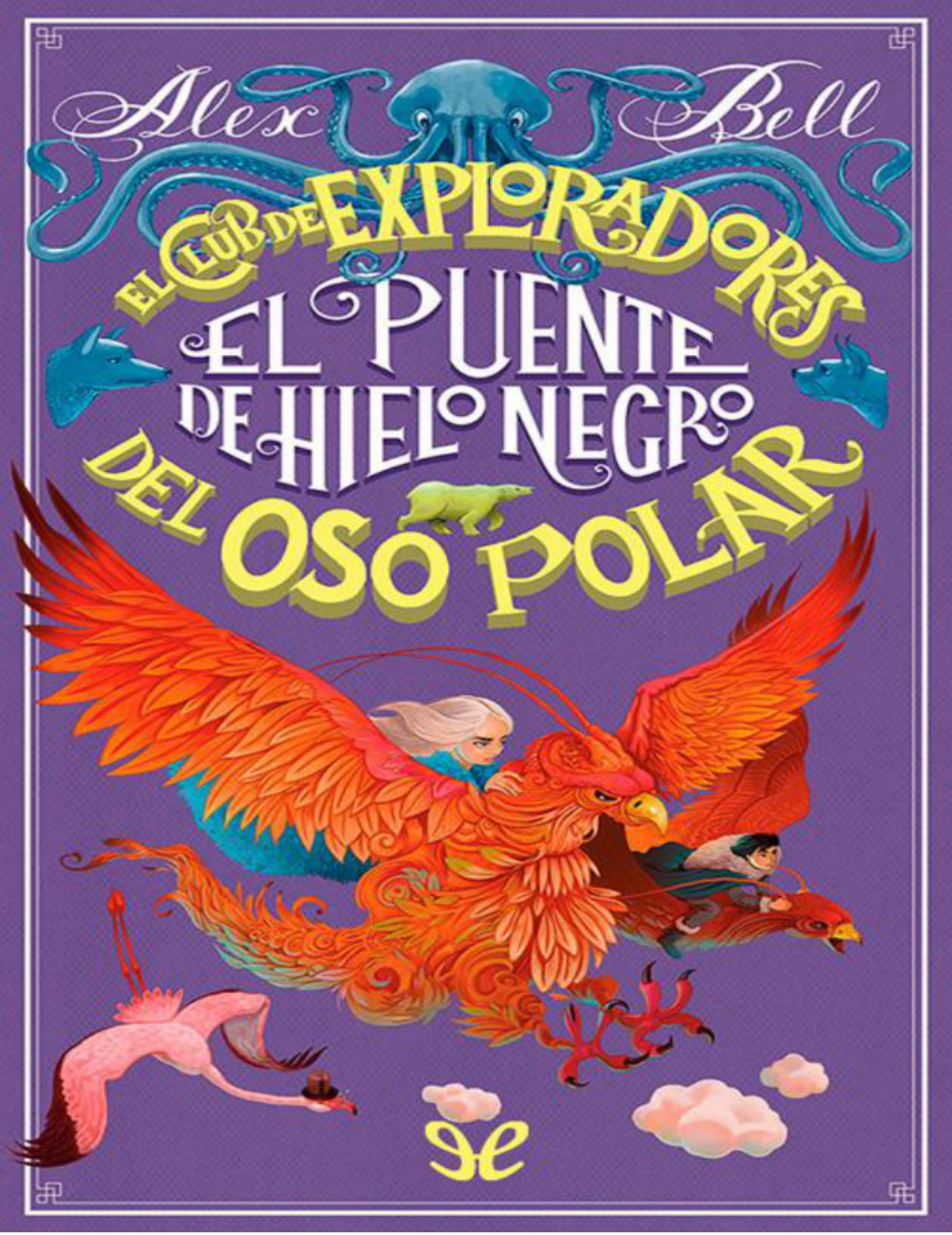
Alex Bell

El club de exploradores

El puente de hielo negro del oso polar



Stella y sus amigos exploradores se embarcarán en su misión más arriesgada hasta la fecha: ¿lograrán cruzar el Puente de Hielo Negro?

La princesa del hielo, Stella Copodestrella, y su padre, Felix, están metidos en un buen lío: los han expulsado del Club de Exploradores del Oso Polar y les han prohibido emprender más expediciones.

Sin embargo, Stella no tiene tiempo para acatar normas ni reglamentos. La vida de Shay está en peligro tras sufrir el ataque de un lobo brujo en su última aventura, y solo podrá salvarlo un conjuro descrito en el Libro de la Escarcha. Nuestra heroína está dispuesta a todo para dar con el ejemplar, incluso a cruzar el Puente de Hielo Negro, un territorio embrujado del que ningún explorador ha vuelto.

En esta arriesgada expedición, los cuatro amigos deberán mostrar más valor que nunca, y se encontrarán con gárgolas, gremlins marinos, sirenas, calamares rojos gigantes ¡y hasta con un flamenco caballero!

Alex Bell

El puente de hielo negro

El Club de Exploradores del Oso Polar - 3

ePub r1.0
Titivillus 23.04.2023

Título original: *Explorers on Black Ice Bridge*
Alex Bell, 2019
Traducción: Begoña Hernández Sala
Ilustraciones: Tomislav Tomic

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Más libros, más libres

10.º Aniversario

epublibre

Leer es placer, aprendizaje, descubrimiento, imaginación y enriquecimiento personal.

Para mi primo, Chris Willrich

1

Stella Copodestrella Pearl se dijo que el palacio de justicia de Puerta de Hielo no le gustaba ni pizca.

No solo era un edificio amenazante, imponente y feo, de techos altos, con retratos de jueces severos y estatuas de grifos justicieros por todas partes, sino que los empleados eran serios y estirados, y llevaban abrochado hasta el último botón del cuello de la camisa. Quizá por eso se los veía sudorosos y parecían un poco asfixiados… incluidos los miembros del jurado, que estaban sentados detrás del estrado.

El jurado estaba formado por el presidente del Club de Exploradores del Oso Polar, Algernon Augustus Fogg, y otros tres exploradores retirados. Todos hombres y todos con el pelo gris y una imborrable expresión de desaprobación reforzada por el bigote, que se les erizaba de vez en cuando. Todos lanzaban miradas acusatorias a Felix, el padre de Stella, que permanecía de pie ante ellos, ataviado con su capa azul claro de explorador.

Normalmente, en el palacio de justicia se juzgaba a criminales, pero al Club de Exploradores del Oso Polar se le permitía usar sus dependencias en ocasiones como aquella, cuando se estaba investigando a uno de sus miembros por quebrantar las normas. Por desgracia, Felix había quebrantado unas cuantas en los últimos tiempos al organizar una expedición no autorizada a la Montaña de la Hechicera. Y Stella y sus jóvenes amigos exploradores —Shay, Ethan y Habichuela— habían incurrido en la misma falta al seguirlo por si necesitaba que lo rescatasen.

Aquella era la tercera vez que Felix y Stella acudían al tribunal, y a ella le parecía que el lugar estaba diseñado para que te sintieras pequeño e insignificante. Incluso el aire que respiraban —cargado con

una larga historia de desacuerdos, discusiones, desgracias y quejas— le producía picores por todo el cuerpo. Pero, más que otra cosa, detestaba que trataran a Felix como si fuera un criminal. Le parecía muy injusto. Sí, de acuerdo, su padre se había saltado unas cuantas normas y había ido a la Montaña de la Hechicera en contra de los deseos del Club de Exploradores del Oso Polar, pero había sido por una cuestión de vida o muerte, y cualquier explorador debería ser capaz de entender eso.

Stella cambió de posición en la silla e intentó convencer a Mustafá, Hermina, Humphrey y Harriet para que se acomodaran en su regazo. Antes de salir de casa, los duendes de la selva que había conocido en su última aventura se le habían colado en los bolsillos sin que se diera cuenta, y ahora le preocupaba que hicieran alguna travesura. Ya había descubierto a Hermina con el tirachinas en la mano, apuntando con una baya fétida a uno de los siniestros grifos de piedra que adornaban la pared.

Las demás personas que habían acudido al tribunal también miraban con gesto de desaprobación a los duendes, que llamaban la atención por su piel verde, su impresionante y puntiagudo cabello azul, y las túnicas de hojas. Aunque ninguna ley prohibía a los duendes estar en el palacio de justicia, lo cierto es que la atmósfera en aquel edificio era tan asfixiante e irrespirable —probablemente debido a la presencia de los abogados— que de algún modo parecía inadecuado que albergara a unos seres mágicos y maravillosos como ellos.

Habían transcurrido tres semanas desde que los duendes regresaron con Stella y sus amigos de su fatídica expedición y desde que empezaron todos los problemas. Habían acusado a Felix y Stella de quebrantar las normas, y ahora su pertenencia al club pendía de un hilo. Tras dos visitas al tribunal, la semana anterior habían recibido un telegrama donde los informaban de que aquella sería la última vista y que al final del día se tomaría una decisión. Stella vio que todo el mundo había acudido a oír el veredicto, incluso el presidente del Club de Exploradores del Felino de la Jungla y su odioso hijo, Gideon Galahad Smythe. Shay, Ethan y Habichuela también estaban allí, junto con la madre de este último, Joss, una esbelta elfa de larga cabellera azul y orejas picudas.

Stella se sorprendió al ver a sus amigos; era el cumpleaños de Habichuela y llevaba meses planeando su fiesta. Cuando ella se enteró de que ese día debía presentarse en el palacio de justicia, mandó a un duende mensajero con una nota para avisarlo de que no podría asistir a la fiesta. Había dado por supuesto que sus amigos la celebrarían sin

ella; no obstante, allí estaban todos, en ese espantoso lugar.

Shay, el susurrador de lobos, la vio y la saludó con la mano desde el pasillo. Aunque dentro del edificio hacía calor, el chico se arrebujaba en su capa como si tuviera frío. Stella le devolvió el saludo, intentando disimular la inquietud que le produjo ver el mechón blanco de su amigo. ¿Había crecido desde la última vez que se habían visto, o solo se lo parecía? Fuera como fuese, no había tiempo que perder.

A *Koa*, la loba sombra de Shay, la había mordido un lobo brujo cuando estaban a punto de marcharse de la Montaña de la Hechicera y, si no hacían nada para evitarlo, el mismo Shay acabaría convirtiéndose en uno. Lo habían probado casi todo, aunque sin el menor éxito, y solo les quedaba una opción: viajar hasta el maldito Puente de Hielo Negro, la estructura abandonada que ningún explorador había logrado cruzar. Al otro lado del puente vivía un personaje misterioso al que llamaban «el Coleccionista», quien había robado a la madre biológica de Stella el Libro de la Escarcha, donde se describía un conjuro que quizá pudiera salvarle la vida a Shay. Conseguirlo era una tarea extraordinaria —según la mayoría, imposible— para la cual deberían estar preparándose en ese momento, en lugar de estar perdiendo el tiempo en ese estúpido palacio de justicia. A Stella le rechinaron los dientes de pura frustración.

—Usted sabía que el club no quería que fuese a la Montaña de la Hechicera —estaba diciéndole a Felix uno de los viejos exploradores del jurado—. Y fue igualmente.

—¿Eso es una pregunta, Nathaniel? —preguntó Felix con amabilidad.

—Tiene una última oportunidad para explicar o justificar su conducta —contestó el explorador.

—En este mundo hay cosas más importantes que el Club de Exploradores del Oso Polar. Como ya le he contado a este tribunal, fui a la Montaña de la Hechicera porque creía que allí había una bruja que pretendía hacerle daño a mi hija. Temía por su vida.

El presidente Fogg apretó tanto los labios que le quedaron reducidos a una fina línea, revolvió algunos papeles que tenía en la mesa, ojeó la primera página, miró a Felix y al cabo dijo:

—Usted es responsable de su hija adoptiva… la princesa del hielo conocida como Stella Copodestrella Pearl… y no niega que dicha joven entró a la fuerza en el Club de Exploradores del Oso Polar para robar un valioso objeto…

—Niego ambas cosas —lo interrumpió Felix, esta vez en tono cortante—. Y con total vehemencia. Para empezar, como miembro juvenil que es, a Stella no deberían haberle impedido el acceso al club.

Además, el objeto que se llevó, una diadema, era de su propiedad; ella se la había cedido al club temporalmente. No es posible robar algo que te pertenece…

—¡¿Y qué hay de mi dirigible?! —exclamó una voz desde el otro extremo de la sala. Al girarse, Stella vio que quien había hablado era Wendell Winterton Smythe, el presidente del Club de Exploradores del Felino de la Jungla—. No intentará convencernos también de que era propiedad de la chica, ¿verdad? ¿Y qué me dice de mi hijo? Le lanzaron un ataque mágico.

—¡Fui yo quien lo atacó! —Ethan Edward Rook, amigo de Stella, se puso en pie con el ceño fruncido. Su capa del Club de Exploradores del Calamar Oceánico resplandecía bajo las mortecinas luces del palacio de justicia—. No fue Stella, fui yo. Y volvería a hacerlo, que conste. ¡Sin dudarlo ni un segundo!

Por desgracia, Gideon Galaghad Smythe iba a bordo del dirigible cuando los jóvenes exploradores escaparon en él de los guardianes del Club de Exploradores del Oso Polar. Gideon era unos años mayor que los cuatro amigos, y también muy guapo, grosero y mezquino. Para consternación del grupo, había intentado sabotear su intento de rescate desviando el dirigible de su ruta. De modo que Ethan había empleado sus poderes mágicos para transformarlo en una rana blanducha y resbaladiza, y Gideon se había pasado la mayor parte de la expedición metido en el bolsillo de alguien.

Stella era consciente de que Ethan no había actuado bien con Gideon, porque debería haberle devuelto su forma humana en cuanto llegaron a la Montaña de la Hechicera, pero el mago aseguraba que había olvidado el conjuro. En el fondo todos sabían que no era cierto, pero tampoco habían intentado convencerlo para que revirtiera el hechizo; las brujas malignas, los trols vampiros y las arañas de hielo ya les habían ocasionado suficientes problemas mientras escalaban la montaña como para encima tener que soportar las quejas de Gideon.

Stella aún pudo ver el odio llameando en los ojos de Gideon, cuando, al regresar a casa, recuperó su forma y se quedó despatarrado en los tablones llenos de salitre del embarcadero. «¡Me las pagarás! —le había espetado a Ethan—. No sé cuándo ni dónde, pero te juro que algún día me las pagarás».

Y de repente estaba allí, complicándoles la vida a todos una vez más. Si Gideon no se hubiera enfurecido tanto por lo sucedido, quizá el presidente del Club de Exploradores del Felino de la Jungla no hubiera protestado con tanto ímpetu y quizá las cosas se hubiesen desarrollado de un modo muy diferente.

Gideon se puso en pie y, haciendo caso omiso de Ethan, se dirigió

al juez.

—El mago no tiene nada que ver —declaró—. Él solo intenta exculpar a la princesa del hielo, quien seguramente lo ha embrujado de algún modo. —Señaló a Stella—. Es ella la que me atacó.

—¡Yo no puedo convertir en rana a nadie! —gritó Stella—. Solo puedo usar magia de hielo…

—¡Nadie sabe de lo que esta joven es capaz! —intervino el presidente Smythe—. Apenas conocemos nada sobre las princesas del hielo. Excepto que son peligrosas.

—¡Su hijo es un embustero y un asqueroso! —exclamó Ethan.

Unos murmullos de indignación recorrieron la sala, y Stella vio que la madre de Habichuela tiraba de su amigo para que se sentara y se precipitaba a susurrarle algo.

—¡Les digo que fue ella! —insistió Gideon.

Stella no sabía qué hacer para que la escucharan. Ya habían repasado todo lo ocurrido en reuniones previas, pero nadie parecía querer oír lo que tenía que decir.

El presidente Fogg dio unos fuertes golpes con el mazo.

—¡Silencio! —exigió—. Si hay más interrupciones de este tipo, mandaré desalojar la sala. —Volviendo la vista hacia Felix, añadió—: No hay nada que disculpe el robo del dirigible del presidente Smythe. Nada. Y no solo lo robaron, sino que lo perdieron durante la expedición. La góndola estaba tallada a mano por ninfas Tikki del río Tikki Zikki. Tenía un valor inestimable.

Stella se estremeció. Al llegar a la Montaña de la Hechicera, habían canjeado el dirigible en el Puesto de Intercambio Comercial de Weenus. En aquel momento les pareció más importante contar con un camello y con una
manta-jaima
mágica para la expedición que tenían por delante, pero de pronto se daba cuenta de que quizá deberían haber intentado volver con el dirigible. Se había centrado tanto en rescatar a Felix que no se le había ocurrido pensar en eso.

—Admito que Stella se llevó el dirigible —declaró Felix—, pero existen precedentes de que cuando la vida de otro explorador está en peligro, en situaciones de emergencia, es aceptable…

—Gracias, Pearl —lo interrumpió el presidente Fogg—, pero no es necesario que nos instruya sobre leyes. Estamos aquí simplemente para aclarar los hechos y para tomar una decisión. —Dejó el mazo en la mesa y se irguió un poco más en su asiento—. Cuando acepté que esta chica entrara en nuestro club… muy a mi pesar, debo añadir, usted me dijo que se haría responsable de sus actos. Y ella se ha

saltado las reglas y ha cometido innumerables infracciones. Innumerables. Ha llevado por el mal camino a otros jóvenes exploradores. —Miró a Habichuela, Shay y Ethan, que se levantaron de un salto y empezaron a protestar al unísono. Sin interrumpirse ni para tomar aire, el presidente elevó la voz para ahogar las explicaciones de los tres exploradores—. Como consecuencia, el Club de Exploradores del Felino de la Jungla ha presentado una queja formal, y no me deja usted otra opción que emprender acciones contundentes. Tanto usted como la chica quedan expulsados del Club de Exploradores del Oso Polar.

Todo el mundo enmudeció de repente, y durante unos instantes un silencio de estupefacción reinó en la sala. Stella sentía que el pecho le iba a estallar ante semejante atropello e injusticia. Recordó las palabras que le dijo Felix justo antes de su primera expedición: «Si algo sale mal, seguro que dejaré de ser miembro del Club de Exploradores del Oso Polar…».

Ella le había prometido que eso no sucedería. Sabía cuánto significaba el club para su padre, sabía que explorar era su vida. Algunas personas de la sala empezaron a vociferar: unas de indignación, otras de satisfacción.

—Su capa, caballero —continuó el presidente Fogg con frialdad—. Ha perdido el derecho a usarla. También debo pedirle que entregue su mochila y su tarjeta de explorador en la mesa de confiscaciones antes de abandonar el edificio.

Stella vio que a Felix le temblaban los dedos levemente mientras se desabrochaba la capa, y antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se puso en pie y los duendes cayeron al suelo indignados.

—¡No! —Su voz resonó por la sala, y todos se volvieron a mirarla —. ¡No! —repitió—. ¡No es justo! Yo robé el dirigible. Yo entré a la fuerza en el club. Felix fue a la Montaña de la Hechicera por mí. ¡No es justo castigarlo a él por algo que hice yo!

—Tú no decides lo que es justo —replicó el presidente Fogg con severidad—. De hecho, tú no tienes nada que opinar en este tribunal.

Stella se dijo que era inútil hacer entrar al jurado en razón cuando era evidente que la decisión estaba tomada. Durante unos segundos de enloquecimiento, palpó con los dedos la pulsera que llevaba en la muñeca. Cuando Felix hubo encontrado por fin a la bruja, que resultó ser la vieja niñera de Stella, Jezzybella, este comprendió que lo había malinterpretado todo. Jezzybella jamás había pretendido hacerle daño a su hija. En su reencuentro, la bruja le entregó a Stella la pulsera. Había regresado a casa con ellos y le había contado que con cada dije podría hacer un hechizo diferente. A lo mejor ahora podía lanzar uno

para atacar al jurado, ¿no?

—Stella —le dijo Felix en voz baja para advertirla.

Ella lo miró, y él negó con la cabeza levemente antes de dirigir la vista hacia Shay. Stella sintió que su rabia se evaporaba. Sabía lo que Felix quería decirle: debía intentar no meterse en problemas porque era la única esperanza de salvarle la vida a su amigo. Si lograban cruzar el Puente de Hielo Negro, y si encontraban al Coleccionista, y si conseguían robar el Libro de la Escarcha, Stella podría usar el conjuro funde-hielo
para contrarrestar la mordedura del lobo brujo.

—No me arrepiento de ninguna de mis acciones y renunciaré de buen grado a ser miembro del Club de Exploradores del Oso Polar si ese es el precio —declaró Felix sosegadamente mientras doblaba la capa con cuidado y la dejaba en una mesa cercana.

—¡Típico de usted, Pearl! —se mofó uno de los exploradores retirados del jurado—. Si quiere saber mi opinión, el Club de Exploradores del Oso Polar tiene ya demasiados inconformistas. Usted perjudica la integridad del club, ataca a nuestras tradiciones y se burla de nuestra historia.

Stella lo conocía. Se llamaba Quentin Bodwin Moore y era duendólogo como Felix, con la diferencia de que Quentin era partidario de las vitrinas llenas de duendes y hadas clavados con alfileres o metidos en tarros. Cuando Felix convenció al club para que retiraran la vitrina donde exhibían duendes empalados se puso furioso, y desde entonces abrigaba el deseo de vengarse de él.

—Permítanme hablar con claridad —dijo Felix—. No siento sino el mayor respeto por el Club de Exploradores del Oso Polar. Por todos los clubes de exploradores, en realidad. Pero a veces conviene reconsiderar las actitudes del pasado y adaptarse a los tiempos…

—¡Majaderías! —exclamó Quentin—. Ahora que ya no estará aquí para meter ideas estúpidas en la cabeza de los socios, ¡podré volver a instalar la vitrina de los duendes que llevaba en nuestro vestíbulo más de cien años!

—Quizá lo consiga, Quentin —respondió Felix con un suspiro.

Y Stella pensó que jamás lo había visto tan triste y cansado.

Antes de que nadie pudiera decir una palabra más, Mustafá se elevó en el aire con el tirachinas en la mano. Stella vio lo que estaba a punto de hacer, pero no tuvo tiempo de detenerlo y, tras apuntar, el duende lanzó una baya fétida a Quentin. Debió de molestarlo la insinuación de recuperar el expositor de duendes asaeteados, y lo cierto es que la joven no podía culparlo.

Aun así, que un duende diminuto bombardeara a un miembro del

jurado con una baya fétida quizá no fuera lo que más les convenía en ese momento. La baya roja atravesó limpiamente la sala e impactó en la mejilla del explorador, donde reventó expulsando su hedor repulsivo. No es fácil describir el tufo de una baya fétida a alguien que jamás lo ha olido, pero vendría a ser una mezcla de caca de oso polar, aliento de morsa y vómito de camello, con unas notas de pies sucios y queso enmohecido. El olor invadió la sala, y todos los presentes empezaron a sentir náuseas de inmediato, a levantarse y a tropezar unos con otros mientras se dirigían corriendo hacia la salida.

2

Como desde que regresaron de la Montaña de la Hechicera habían vivido con los duendes de la selva, Stella y Felix estaban más acostumbrados que nadie al olor de las bayas fétidas. Por eso, en lugar de salir corriendo, él se acercó sonriente a su hija.

—No pongas esa cara de pena… —le dijo dándole un apretón en el hombro—. Sabíamos que podía pasar en cualquier momento.

—Pero no… no creí que fuera a ocurrir de verdad. —Stella notó que le temblaba la voz y se enfadó todavía más—. Es que es tan injusto…

—Es cierto, la vida no siempre es justa —coincidió Felix—, pero ahora mismo tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. —Miró hacia el pasillo, donde los esperaban sus amigos cubriéndose la nariz con pañuelos—. Vayamos con los demás.

Con un gesto, Stella llamó a los duendes, que se apretujaron tan contentos en el bolsillo delantero de su vestido; la modista se lo había diseñado extragrande con esa finalidad.

Cuando salieron al pasillo, la madre de Habichuela abrazó con fuerza a Felix.

—Es un atropello —dijo Joss con voz queda—. Al final entrarán en razón y te admitirán de nuevo. Se retractarán. —Sonrió a Stella y le dio un apretón cariñoso en el brazo—. Has sido muy valiente.

Stella intentó devolverle la sonrisa, pero el nudo que se le había formado en la garganta no se le deshacía. Aun así, se alegraba muchísimo de que sus amigos estuvieran allí, y también de ver a Joss, que siempre estaba contenta. Stella reparó en que la elfa llevaba una

de sus creaciones de punto: un jersey de lana tan grande que prácticamente le cubría el cuerpo entero. Llevaba bordado un yeti enorme y de aspecto afable, con unas hebras blancas y ondeantes a modo de pelo.

—Lo hecho hecho está —dijo Felix—. Cojamos los abrigos y salgamos de aquí.

Se dirigieron al guardarropa, donde entregaron los resguardos para recoger sus sombreros y bolsas. Stella ya había tenido que devolver su capa de exploradora en una de las sesiones previas, y como la lana del abrigo que se ponía ahora era demasiado fina y áspera, no se molestó siquiera en recogerlo; de todos modos, tampoco es que notara mucho el frío.

—Pearl —llamó alguien a Felix.

Al volverse, vieron al presidente Fogg, que tenía los ojos llorosos debido a la baya fétida. Incluso se le había apelmazado un poco el bigote.

—Ha sido usted expulsado del club, Pearl —continuó, secándose los ojos con un pañuelo—. Confío en que entienda lo que eso significa. Ha perdido el derecho a organizar expediciones a lo desconocido. Ese privilegio solo se concede a los exploradores cualificados. —Miró en dirección a la puerta principal, donde el engreído presidente Smythe se había quedado rezagado en compañía de su hijo Gideon—. Y se ha creado un enemigo muy poderoso, Felix —añadió Fogg en voz más baja; justo entonces Stella creyó ver un brillo de tristeza en los ojos del presidente—. Sabe que no puedo poner en peligro la amistad con los demás clubes… Tras el fiasco de la Expedición del Tiburón de las Nieves, las relaciones con el Club de Exploradores del Calamar Oceánico quedaron bastante debilitadas. —Suspiró—. Usted es un gran explorador, y el Club del Oso Polar se alegra de haber contado con su presencia, pero no me ha dejado alternativa. Si me entero de que planea otra expedición, por pequeña que sea, no me quedará más remedio que presentar una orden de detención contra usted.

Stella ahogó un grito. Era cierto que, por ley, solo los exploradores podían participar en las expediciones, pero nadie respetaba esa ley. Al fin y al cabo, ¿qué daño podía hacer que un insensato se comprara una balsa, le pusiera una bandera, se fuera a navegar por el océano y nunca más regresara? A nadie le importaba.

—Lo entiendo —respondió Felix en voz baja.

—Por favor, no me obligue a arrestarlo, Pearl —continuó el presidente—. La cárcel de exploradores no es un lugar agradable. No le gustaría estar encerrado entre cazadores furtivos, piratas, bandidos y…

—Desde luego que no —contestó Felix, poniéndose la chistera—. Buenos días, presidente Fogg.

Cuando siguieron a Felix hacia el vestíbulo, iban todos cariacontecidos y apagados. Stella lo sentía sobre todo por Habichuela; ese no era el mejor estado de ánimo para celebrar un cumpleaños.

—Devuelvo esto… —Felix se las arregló para parecer animado mientras señalaba su mochila de explorador— y nos vamos.

Se acercó al escritorio que había en el otro extremo de la sala. Por desgracia, el presidente Smythe y su hijo cruzaban el vestíbulo en ese mismo instante, en dirección a la entrada principal, abotonándose la capa. Stella percibió que Ethan se crispaba a su lado.

—No les digas nada —le advirtió a su amigo—. No vale la pena.

Puede que Ethan le hubiera hecho caso si Gideon no hubiese chocado con él deliberadamente al pasar por su lado y lo hubiera insultado entre dientes. El mago se tambaleó un poco, pero Joss se apresuró a enderezarlo. Sin embargo, antes de que alguien pudiera detenerlo, Ethan se volvió en redondo y le lanzó un conjuro a Gideon mientras este se alejaba. El hechizo impactó entre los hombros del joven. Pero Stella dudó de lo que había ocurrido exactamente: no sabía si la magia había hecho desaparecer la ropa por completo, o si bien la había vuelto invisible. En cualquier caso, Gideon estaba de pie en medio del vestíbulo con solo unos calzoncillos con estampado de elefantes y plátanos.

—¡Ja! —soltó Ethan triunfal—. ¡Llevo semanas practicándolo!

Algunos de los presentes estallaron en carcajadas, mientras que otros chasquearon la lengua con desaprobación. Joss soltó un gritito, el presidente Smythe lanzó un juramento, Habichuela, alterado, tiró del pompón de su gorro y Gideon se puso rojo como un tomate.

—¡Ethan! —exclamó Joss—. ¡Deshaz ese conjuro inmediatamente!

El mago se encogió de hombros, pero, en cuanto chasqueó los dedos, Gideon recuperó la ropa.

—¡Como sigáis por este camino haré que os expulsen a todos! —bramó el presidente Smythe girándose hacia ellos—. ¡No volveréis a participar en ninguna expedición! ¡En ninguna! En cuanto llegue a casa, pienso enviar quejas oficiales a vuestros…

De repente apareció Felix, y cuando Stella lo oyó hablar pensó que había presenciado lo ocurrido:

—Por favor, no discutamos más. Le pido disculpas en mi nombre y en el de estos chicos. Son jóvenes y aprenderán. Estoy seguro de que tanto usted como yo hicimos cosas en nuestra juventud de las que no nos sentimos orgullosos. Estas disputas no hacen bien a nadie, y, en

todo caso, a mí ya me han expulsado de mi club, así que, ¿no podríamos olvidar el pasado?

Felix le tendió la mano al presidente Smythe, que la miró como si fuera algo sucio y desagradable.

—En realidad, todo empezó cuando admitieron en el club a un hombre de su clase.

—Ah. —Felix retiró la mano lentamente—. Ya veo…

Stella reprimió un grito de indignación.

—Porque usted, señor —continuó el presidente Smythe—, no es un caballero.

Antes de que Stella pudiera salir en su defensa, Joss gritó:

—¡Debería darle vergüenza! Felix Evelyn Pearl es uno de los mejores exploradores… uno de los mejores hombres, de hecho… que he tenido el placer de conocer. En cambio, usted… ¡usted tan solo es un papanatas!

Se le había enrojecido la punta de las orejas, lo cual, como Stella sabía bien, significaba que estaba furiosa.

—No te preocupes, Joss —intervino Felix en tono amable—. El presidente tiene derecho a opinar lo que quiera.

—Vámonos, Gideon —dijo Smythe, lanzando una mirada glacial a la madre de Habichuela antes de darse la vuelta en dirección a la salida.

Stella pensó que aquel desagradable encuentro terminaría allí, pero justo entonces Gideon soltó un escupitajo y por la pechera del abrigo de Felix se deslizó un salivazo de color blanco.

—¡Se acabó! —exclamó Ethan, levantando la mano—. Voy a…

—No vas a hacer nada —lo interrumpió Felix con calma, bajándole el brazo.

Gideon corrió tras su padre antes de que le lanzaran otro hechizo, y al cabo de un segundo los dos habían desaparecido.

Felix se sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el escupitajo sin decir una palabra. Luego miró a los demás.

—Me parece que ha llegado la hora de comer tarta de cumpleaños.

—Gideon te… ¡te ha escupido! —gritó Ethan, indignado, mientras se dirigían hacia la puerta.

—¿Sabes que una vez me estornudó un yeti encima? —le dijo Felix, recordando el incidente con expresión pensativa—. Después de eso, un poco de saliva no me parece suficiente para montar un escándalo.

—Pues ¡yo no hubiera permitido que se fuera como si nada! —le aseguró Ethan, furioso, al tiempo que salían a la calle—. Habría…

—¡Habrías empeorado las cosas, como haces siempre! —estalló

Shay, que parecía enfadado de verdad, algo muy poco propio de él—. ¿No se te ha ocurrido pensar que, tal vez, si no hubieses convertido en rana a Gideon, Felix seguiría siendo miembro del club?

De repente, Ethan pareció afligido.

—Pero… pero yo…

—A ver, venid todos aquí. —Felix los reunió en la acera, que estaba cubierta de escarcha. Se inclinó para quedar a su altura y, una vez más, Stella sintió la calidez que irradiaban sus ojos verdes—. Y ahora escuchadme: los palacios de justicia sacan lo peor de la gente… Esto es así por alguna razón… Pero, a veces, el hecho de no mostrar fuerza es señal de fortaleza, sobre todo cuando te enfrentas a alguien más débil que tú. —Dirigió una mirada penetrante a Ethan, que se encogió un poco a su pesar—. Si, para sentirnos más poderosos, tenemos que humillar a otra persona, provocamos todo lo contrario, porque nos convertimos en seres pequeños y asustados. Así que olvidémonos de esta trifulca. —Y mirando a Joss, añadió—: Ahora mismo tenemos cosas más importantes de las que hablar, y nos necesitamos los unos a los otros, más que nunca, para afrontar lo que se nos viene encima.

El sol empezaba a ponerse cuando Felix encabezó la marcha por las calles adoquinadas de Puerta de Hielo. El palacio de justicia era el lugar donde los abogados huraños y los jueces viejos y apergaminados, que idolatraban las leyes y los reglamentos, se sentían cómodos y a salvo. En cambio, los exploradores necesitaban estar al aire libre, donde podía suceder cualquier cosa, donde, a cada pocos pasos, uno podía embarcarse en una gran aventura.

Fueron andando hasta el Yeti de Hielo, un restaurante cercano a la estación de tren. A Stella le encantó el yeti en miniatura que decoraba el tejado; tenía el pelo enmarañado y los colmillos relucientes, rugía y se golpeaba el pecho cada vez que alguien entraba en el establecimiento.

—No creo que podamos comer aquí —dijo Joss—. Tienen lista de espera.

—El dueño es amigo mío —respondió Felix.

Entraron y de inmediato les salió al encuentro un hombre muy delgado con chaleco rojo.

—¡Señor Pearl! —exclamó estrechándole la mano con una sonrisa radiante—. ¡Bienvenido, señor, bienvenido! ¿Cuántos sois?

—Gracias, Gil. Somos seis.

Mustafá carraspeó sonoramente desde el bolsillo de Stella, y Felix se apresuró a rectificar.

—Lo siento, quería decir que somos diez. Venimos a celebrar un

cumpleaños.

—¡Qué maravilla! Déjeme que los acompañe a su mesa.

El hombre del chaleco apartó una cortina azul y, de pronto, se encontraron en lo que parecía ser una cueva de hielo. Stella se dio cuenta enseguida de que era de escayola e imitaba el interior de una cueva del País del Hielo, incluso había huellas de yeti talladas en el suelo y una catarata congelada y llena de pirañas de aspecto feroz en una pared. A Stella le encantó el lugar nada más entrar.

Se acomodaron en el reservado y, en cuanto pidieron la comida, Felix miró a Joss y le dijo:

—Bueno, en primer lugar, quiero que me aclaréis por qué diablos habéis venido. Pensaba que estaríais en casa, celebrando el cumpleaños de Habichuela.

—Queríamos apoyaros —respondió el chico—. Hay cosas más importantes que las fiestas de cumpleaños.

—Pero tú estabas deseando que llegara este día… —le dijo Stella —. Querías una fiesta con piñatas, sombreros de papel y matasuegras. ¿Y no iban a ir también Cadi y Drusilla? —añadió.

A Cadi y a Dru las habían conocido en su última aventura; la primera era cazabrujas y la segunda, una bruja joven.

—Les mandamos un mensaje para decirles que la fiesta se había aplazado —contestó Joss.

—Pero Shay y yo dijimos que acudiríamos igualmente, así que hemos venido juntos a Puerta de Hielo —explicó Ethan—. Mi padre está en una expedición, o sea que ni siquiera se dará cuenta de que me he ido.

—A mí, mi madre solo me ha dejado venir con la condición de que esté de vuelta mañana mismo —dijo Shay soltando un suspiro.

A continuación, se pasó una mano por su oscuro cabello y, una vez más, Stella se sobresaltó al ver el mechón blanco.

—¿Dónde está *Koa*? —preguntó pensando, de repente, que era raro que no hubiese visto aún a la loba sombra de su amigo.

—Debajo de la mesa —respondió Shay.

Cuando Stella levantó el mantel vio que, en efecto, *Koa* estaba allí, bajo la silla de su dueño, con el hocico entre las patas. Nadie sabía con certeza por qué los susurradores tenían animales sombra, pero mucha gente creía que eran parte del alma del susurrador materializada de una forma distinta. El vínculo que los unía era único y podían comunicarse mentalmente. Los animales sombra no estaban compuestos de sustancia física, así que no se los podía tocar, pero jamás se alejaban demasiado de sus dueños.

—No está bien desde el ataque del lobo brujo —admitió Shay—. Y

mi madre cree… Bueno, la verdad es que, desde que regresé, me trata como si ya estuviera muerto: no para de llorar y lamentarse. —Alzó la vista—. He intentado hablarle del Puente de Hielo Negro. Le he contado que creemos que hay un libro con un conjuro que podría ayudarme. Pero se limita a decirme que hablaremos del tema cuando vuelva mi padre, y solo hace dos meses que se marchó; como mínimo tardará otro mes en regresar. Cuando llegué de la Montaña de la Hechicera ya se había ido, y aunque no sabe nada del lobo brujo, sé que estaría de acuerdo conmigo… Lo sé.

Se quedaron todos en silencio. Solo se oía el crujir de los colines que se estaban comiendo los duendes de la selva.

—Entiendo —dijo Felix al cabo—. Es normal que tu madre se sienta así. —Y miró a Shay a los ojos—. Pero ¿qué quieres hacer tú?

El chico le sostuvo la mirada.

—Quiero intentarlo —respondió con firmeza—. Por lo menos quiero intentar encontrar el Libro de la Escarcha y dar con la cura. Tengo claro que no quiero irme a casa y sentarme a esperar a la muerte. O a convertirme en lobo brujo.

Cuando un lobo brujo mordía a alguien, este se convertía en uno de ellos: adoptaba la forma de lobo para la eternidad y quedaba destinado a deambular por el mundo en busca de otras almas a las que devorar. Pero Shay no era alguien, no era una persona normal y corriente, era un susurrador de lobos, y el lobo brujo no lo había mordido a él, sino a *Koa*. Y aunque nadie sabía qué le iba a ocurrir exactamente, estaban convencidos de que no sería nada bueno.

—¿Y cómo te encuentras? —le preguntó Felix en tono cariñoso.

—Tengo frío —respondió Shay—. Todo el rato.

Stella recordó que en el palacio de justicia no se había quitado la capa.

—Y a veces me cuesta mucho… comer —añadió—. Nunca tengo hambre.

Ahora que lo veía más de cerca, Stella reparó en que la cara de su amigo, de por sí delgada, parecía más angulosa de lo habitual. La invadieron la preocupación y la culpa al instante, porque, en cierto modo, se sentía responsable de lo sucedido. Cuando los lobos brujos los atacaron, Stella usó su magia de hielo para congelar a la manada, pero al hacerlo se le heló el corazón, de modo que sus amigos dejaron de importarle lo más mínimo. Vaciló un instante antes de detener al último lobo brujo… un instante que este aprovechó para morder a *Koa* e insertarle un pedazo de hielo en el corazón.

Shay había hablado con Stella, le había dicho que no la culpaba de nada; aun así, la chica se culpaba por los dos. Su diadema de princesa

era un arma muy poderosa y había resultado extremadamente útil en las expediciones, pero odiaba que le endureciera el alma y la transformara en alguien que no quería ser.

—Muy bien… —susurró Felix—. ¿Y qué vamos a hacer? Ya sabéis lo que Stella y yo descubrimos hace una semana. Según lo que nos contó Jezzybella, en el Libro de la Escarcha hay un conjuro que podría deshacer el efecto de la mordedura del lobo brujo. De modo que tenemos una posibilidad, aunque, seamos sinceros, no es muy consistente. Para empezar, Jezzybella no es la persona más fiable del mundo. A veces creo que la pobrecilla está un poco ida. Pero se encontraba en el castillo de la reina de las nieves cuando lo atacaron, así que quizá lo que dice sea cierto. Ahora bien, aunque fuera así, ningún explorador en toda la historia ha logrado cruzar el Puente de Hielo Negro.

Todos miraron a Habichuela. Su padre, el explorador Adrian Albert Smith, lo había intentado ocho años atrás, pero su expedición desapareció en medio del puente. El grupo de rescate que acudió al lugar encontró su campamento, abandonado y helado bajo la nieve, con todas sus pertenencias esparcidas alrededor como si acabaran de marcharse, pero no hallaron ni rastro de los exploradores. Como si… se hubiesen esfumado.

Lo único que encontraron fue el diario de viaje de Adrian, donde el explorador había anotado todo lo referente a la funesta expedición, incluso que los hombres aseguraban percibir una presencia maligna en el puente y que esta iba volviéndose más intensa conforme avanzaban. Otros decían que el puente estaba maldito y que en el agua vivían monstruos extraños. Nadie tenía la menor idea de lo que había al otro lado, y todo el mundo pensaba que era mejor no saberlo. Desde la desaparición de su padre, Habichuela abrigaba la esperanza de convertirse algún día en el primer explorador que cruzara el puente, y hacía caso omiso de quienes le decían que eso era imposible.

Shay siempre contaba que su padre, el capitán Khan Conrad Kipling, le había dicho una vez: «Hay tierras tan olvidadas, inhóspitas y prohibidas que ni siquiera los exploradores deberían aventurarse en ellas».

—Mi madre cree que cruzar el Puente de Hielo Negro no puede traer nada bueno —dijo Shay—. Y cuando le menciono el Libro de la Escarcha, ella… En realidad, me parece que ni siquiera cree que exista.

—Es atrevido —coincidió Felix—, en más de un sentido.

—Pero es mejor atreverse que darse por vencido sin más. Si mi padre estuviera aquí, lo entendería y organizaría una expedición al

puente. Pero, como no está, tendré que hacerlo yo. —Shay miró a los demás—. Si no voy, sé que moriré, pero tampoco es justo pediros que lo arriesguéis todo por mí.

Ethan le dio un puñetazo en el hombro.

—¡No digas bobadas! —exclamó.

Felix apretó los labios.

—Ethan, no pegues a la gente. Sin embargo, comparto tu opinión. —Miró a Shay y le dijo—: Y tú no olvides que, si no hubieses acompañado a Stella en su misión para salvarme, jamás te habría mordido un lobo brujo. Ambos te debemos mucho y por supuesto que te acompañaremos al puente en busca del Coleccionista, tanto si decide venir alguien más como si no.

Stella le dio un apretón en el brazo y pensó que nunca había querido a Felix tanto como en ese momento. A los duendes de la selva también pareció gustarles la idea, así que vaciaron el azucarero en una servilleta, luego lo transformaron en un hatillo y después lo ataron a un hueso de pollo que tomaron del plato de Stella.

Justo entonces apareció un camarero para retirar los platos.

—Me han dicho que estáis celebrando un cumpleaños —dijo alegremente—. ¿Quién es el afortunado?

Los cuatro duendes de la selva se apresuraron a levantar un brazo, esperando sin duda que los obsequiaran con un dulce. Stella puso los ojos en blanco y respondió, señalando a Habichuela:

—Él.

El camarero sonrió al niño.

—Feliz cumpleaños, jovencito.

Y se sacó del bolsillo unos sombreros de papel que dejó encima de la mesa.

Como todos eran para cabezas humanas, los duendes de la selva empezaron a armar jaleo, pero el camarero dijo:

—¡Parad el carro!

—Yo no tengo ningún carro… —protestó Habichuela con gesto desconcertado.

La gente a veces decía cosas sin sentido, sobre todo si te las tomabas al pie de la letra, como solía hacer él.

—Quiere decir que esperemos un momento —le explicó Stella.

—Tomad. —El camarero se sacó entonces del bolsillo de la chaqueta cuatro sombreros para duendes—. Vuelvo enseguida con el regalo de cumpleaños.

Felix se puso uno de los sombreros. Le encantaba todo lo relacionado con los cumpleaños, incluso los sombreros de papel. Los demás lo imitaron, y Stella se alegró de que Habichuela tuviera

finalmente una fiesta, a pesar de todo.

—Yo iré con vosotros —anunció el chico mientras se enderezaba el sombrero—. Dije que cruzaría el Puente de Hielo Negro incluso antes de que pasara esto. Y, por supuesto, debemos hacer todo lo posible para salvar a Shay.

—Bien dicho.

Ethan chasqueó los dedos y al instante apareció un sombrero de fiesta en la cabeza de *Aubrey*, el narval de madera que el padre de Habichuela había tallado para él durante su última expedición y que ahora descansaba sobre la mesa delante del niño.

El sanador se mostró encantado y sonrió a su amigo. Los duendes de la selva se habían puesto los sombreros y, en la esquina de la mesa, mientras daban volteretas y saltos de campana, entonaban su nuevo cántico de muerte preferido.

—¡Fii-fi-fo-fo! ¡Fii-fi-fo-fo!

Distraían un poco al resto, pero se las apañaron para hablar por encima del ruido.

—Pues yo ya he perdido a un ser querido en ese puente, y no pienso perder a otro —sentenció Joss.

—¡Mamá! —exclamó Habichuela abatido y conmocionado—. ¿No irás a impedir que vaya a…?

—Por supuesto que no, Benjamin —respondió ella, bastante ofendida—. Pero iré contigo. Aunque no soy exploradora, soy enfermera y seguramente os resultaré útil.

Debido a su sangre élfica, tanto Joss como Habichuela hacían magia, pero era una magia bastante distinta de la de Ethan. Este podía realizar una gran variedad de hechizos —desde convertir a alguien en rana hasta materializar flechas mágicas durante una crisis—; Habichuela, en cambio, poseía magia sanadora y estaba estudiando medicina para ser como su madre. Podía sanar cortes y eliminar el dolor que provocaban las magulladuras, así que era muy valorado en el grupo.

—Bueno, pues está decidido —dijo Ethan, contento y taciturno al mismo tiempo—. Nos vamos todos al puente.

—Pero a mí me preocupa un poco tu madre. —Felix miró a Shay —. Si dice que no quiere que vayas…

—No me lo ha prohibido —contestó Shay—. Pero quiere esperar a que mi padre vuelva. Está asustada y no sabe qué hacer. Aun así, esto es asunto mío; se trata de mi vida y de mi loba sombra. Tengo todo el derecho del mundo a intentar salvarnos a ambos.

—Sí, pero los padres también tienen el derecho a decidir qué es lo mejor para sus hijos, a veces. —Felix se mordió el labio—. Por otro

lado, tú no estás en tu mejor momento y la expedición al Puente de Hielo Negro será muy peligrosa, más peligrosa que nada a lo que se haya enfrentado ninguno de nosotros. Quizá no deberías venir. Quizá lo mejor sería que volvieras con tu familia y esperaras a que nosotros…

—¡Felix! —Stella estaba indignada—. ¿Cómo se te ocurre? Tú siempre dices que no debemos pedir a los demás lo que no estamos dispuestos a hacer. Y, en este caso, dudo mucho que tú te quedaras en casa esperando.

—Yo no tengo padres que se preocupen por mí, Stella.

—Comprendo lo que dices, Felix —contestó Shay—. En serio. Pero lo estás enfocando mal. No se trata de decidir si voy o no voy con vosotros. Yo iré digáis lo que digáis. Sois vosotros quienes podéis acompañarme si queréis, porque yo en mi casa os aseguro que no pienso quedarme. —Miró a Felix—. No sabemos cuánto tiempo me queda, pero creo que no es mucho. Lo presiento. Y si no me marcho ahora, será demasiado tarde. Le mandaré una carta a mi madre para contarle lo que voy a hacer. Además, tal vez quien no debería ir eres tú, Felix. El presidente Fogg ha dicho que presentará una orden de detención contra ti si te embarcas en una expedición.

—No me importa. Que me arresten cuando regresemos, ya me preocuparé entonces de eso. —Felix respiró hondo y soltó el aire lentamente—. Estamos acorralados y no tenemos alternativa, pero no voy a impedir que intentes salvarte. Solo espero que tu madre lo entienda. —Lanzó una mirada a Ethan—. Será mejor que tú también escribas a tu padre.

—¿Cuándo salimos? —preguntó Habichuela.

—Tenemos una habitación reservada aquí cerca, en el hotel Cueva de Hielo —respondió Felix—. Propongo que esta noche durmamos allí, y mañana vayamos a casa a recoger el equipo que Stella y yo ya hemos empezado a preparar. Antes de partir deberíamos comprar alguna cosa más, pero debemos andarnos con mucho cuidado ahora que nos han expulsado del club. Tal vez lo mejor sea terminar las compras en otra parte. Y después habrá que pensar cómo llegamos a Negrocastillo.

Negrocastillo era el pueblo costero del que salía el Puente de Hielo Negro. Se llamaba así por el castillo negro que se alzaba en lo alto del acantilado y que había sido el hogar de la reina Portia, la reina de las nieves que había congelado a todos los habitantes del pueblo en un ataque repentino e inexplicable, hacía ya más de doscientos años. Cuando descubrieron lo que había hecho, una turba furiosa del pueblo vecino la persiguió hasta el puente. Desde entonces, nadie había

vuelto a saber de ella.

Tras la tragedia, Negrocastillo se había convertido en un lugar desierto, olvidado, y a los jóvenes exploradores no les hacía ninguna gracia la idea de tener que visitarlo. Sin embargo, era el único modo de llegar hasta el puente.

—¿No podemos salir ya? —preguntó Ethan—. No tenemos tiempo que perder.

—Esta no es una expedición normal —les explicó Felix—. No podemos dirigirnos al Puente de Hielo Negro sin más, a lo loco. Tenemos que prepararnos todo lo que podamos. En realidad, deberíamos dedicar una semana más, quizá dos, a reunir provisiones, planear la estrategia y pensar a fondo qué vamos a hacer exact…

—¡Felix Evelyn Pearl!

Todos se volvieron. El presidente Fogg se dirigía hacia ellos seguido de dos agentes de policía. A Stella no le gustó ni pizca la expresión severa del hombre.

—Por todos los santos, Fogg, ¿qué pasa ahora? —le preguntó Felix, con una nota de frustración en la voz, tirando su servilleta en la mesa —. ¿No ve que estamos celebrando un cumpleaños? No me diga que he conseguido quebrantar otra norma en la última hora… Imagino que no tendrá nada que ver con bigotes, porque yo ni siquiera llevo.

Al presidente le tembló su impresionante bigote mientras los miraba.

—No se trata de usted, Pearl. Se trata de la chica.

—Discúlpeme, señor. —Un camarero pasó junto a Fogg para dejar en la mesa una bandeja con una tapa plateada—. ¡Para el cumpleañero! —exclamó alegremente destapando la bandeja.

Todos se quedaron mirando una tarta en forma de yeti, de unos doce centímetros de alto. El gigante vestía un chaleco rojo bastante elegante y una pajarita negra. El restaurante era famoso por sus postres mágicos. Por eso nadie se extrañó cuando el yeti salió dando un salto de la bandeja, con una vela de cumpleaños en una de sus zarpas peludas, y empezó a cantarle entusiasmado «Cumpleaños feliz» a Habichuela, mientras bailaba claqué con mucha gracia.

Desde que Felix le habló por primera vez de los yetis cantores del restaurante, Stella se moría de ganas de ver uno, pero su atención se desvió enseguida hacia las palabras del presidente Fogg:

—Stella Copodestrella Pearl. Me temo que está usted detenida.

3

Todos se quedaron en silencio… todos excepto el yeti, que siguió cantando y bailando tan contento.

—Si esto es una broma… —empezó Felix muy despacio— debo decir que es de muy mal gusto.

—No es ninguna broma —respondió el presidente Fogg con voz entrecortada. Estaba sudando y se tiraba del cuello de la camisa—. Disculpe, ¿podría quitarse ese sombrero tan ridículo? Con él puesto me veo incapaz de mantener una conversación seria con usted.

Felix se quitó el sombrero y Stella también. Lo último que quería era que la arrestaran con un sombrero de fiesta en la cabeza.

—¿De qué se la acusa? —preguntó Felix.

—Es una princesa del hielo.

—Lo que en sí mismo no es ningún delito —replicó Felix apretando los dientes—. No juzgamos a las personas por haber nacido de una determinada manera.

Stella miró a los policías y reparó en el bastón eléctrico que colgaba de la cadera de uno de ellos. A veces los usaban como protección contra los osos polares salvajes, pero a Stella no le gustó que el agente lo agarrara mientras la miraba fijamente. Esas armas administraban una descarga lo bastante fuerte para tumbar a un oso de cuatrocientos kilos. Se preguntó si estaría planeando usarla contra ella.

—También se la acusa de robo —continuó el presidente Fogg—. En la cena que se celebró tras la expedición conjunta, había un pingüino danzarín llamado *Monty*…

—Fui yo quien se llevó a *Monty* —lo interrumpió Felix—. De lo contrario, lo habrían disecado. Fui yo. Y ahora es de mi propiedad. Y el club no va a recuperarlo. Ha anidado en nuestro salón.

—Eso no importa —contestó el presidente Fogg bruscamente—. Alguien ha presentado una solicitud ante el Tribunal de Justicia Mágica, en el Bosque de los Hechizos Negros, para que se pongan ciertas… limitaciones a los movimientos de la chica, dado que constituye un peligro para la sociedad.

Todos empezaron a protestar a la vez, y Stella notó que se le llenaban los ojos de lágrimas; al esforzarse por no derramarlas, se le formó un nudo en la garganta.

—¡Eso es mentira! —exclamó Habichuela, parpadeando—. ¡No está bien decir mentiras! ¡Stella no es un peligro para la sociedad!

—Bueno, eso es lo que el Tribunal de Justicia Mágica tendrá que…

—¡Los prejuicios y la intolerancia de Wendell Winterton Smythe y de otros como él son una amenaza mucho mayor para la sociedad de lo que jamás será Stella! —gritó Felix.

—Eso debe decidirlo la justicia —sentenció el presidente Fogg. Y miró a Felix—. Sea razonable, Pearl —añadió con voz implorante, enrollándose impacientemente el bigote en un dedo—. Cuando recogió a la chica de la nieve, no sabía lo que era; todos somos conscientes de eso. Pero no se puede tener una princesa del hielo suelta en una sociedad civilizada… ¡Oh, por el amor de Dios! Por favor, el del cumpleaños ¿no podría apagar la vela del yeti de una vez? —espetó de pronto—. Si no, esa maldita cosa no parará de cantar y bailar.

—¡No olvides pedir un deseo! —exclamó, jovial, un camarero al pasar por al lado.

Era evidente que no había entendido la gravedad de la situación, pues se apresuró a ponerles un sombrero de papel al presidente Fogg y a los dos agentes.

Habichuela lanzó una mirada a Stella antes de volverse hacia el yeti danzarín. Expresó su deseo entre dientes, pero Stella le leyó los labios: «Deseo una distracción».

En cuanto Habichuela sopló la vela, el yeti enmudeció y se quedó inmóvil, convertido en una simple tarta de cumpleaños.

Uno de los policías soltó un grito de sorpresa. Al principio, Stella pensó que el yeti lo había impresionado, pero luego se dio cuenta de que un trasgo de nieve de ojos saltones se retorcía debajo de su sombrero de papel. Cuando el agente se lo quitó de golpe, salieron varios trasgos más, que se aferraron a las mangas y al cuello de su camisa. Por un momento parecieron desconcertados, parpadeando a la luz brillante, pero enseguida se entregaron a la actividad que mejor se

les da: morder. Los trasgos de nieve tienen unos dientes afilados como agujas, así que a nadie le extrañó que el agente soltara un alarido y retrocediera despavorido chocando contra la mesa más cercana y tirando al suelo un castillo de azúcar. Los trasgos saltaron a la mesa, donde se hicieron con unos palillos para blandirlos como espadas. La familia que estaba comiendo en ella se apartó chillando de miedo.

—¡Lo siento, lo siento! —dijo el camarero mientras sacudía las manos, alterado—. No me había dado cuenta de que llevaban trasgos de nieve.

—Pero, hombre, ¿por qué tiene sombreros con trasgo de nieve? —El presidente Fogg se arrancó el suyo, y de inmediato una docena de duendes cayeron hasta la pechera del abrigo entre risitas.

—¡Son para las fiestas de trols! —se lamentó el camarero—. Sus mordisquitos les hacen cosquillas a los niños trols, ¿sabe? Y…

—¡Aaaaaah! —bramó el segundo policía, porque un trasgo de aspecto especialmente salvaje le estaba mordiendo la cabeza—. ¿Mordisquitos? ¡Este está arrancándome la cabeza a dentelladas!

Otro saltó al suelo y comenzó a pincharle los tobillos con un mondadientes. Mientras el camarero iba de un lado a otro intentando ayudar a los tres hombres despavoridos, Stella y los demás se pusieron en pie a toda prisa. Felix lanzó el dinero de la cuenta sobre la mesa, y a continuación se escabulleron por la puerta. Había oscurecido mientras cenaban y volvía a nevar; los copos se veían claramente bajo la luz de las farolas. Nevaba de forma copiosa, glacial y violenta —el tipo de nevada que podría albergar trasgos—, y la gente debía de haberse refugiado en su casa, porque apenas había un alma en la calle. La nieve amortiguaba los sonidos, y todo parecía tranquilo y silencioso, como si se hubieran quedado atrapados en una bola.

—Vendrán a por nosotros —les aseguró Felix sin aliento—. Tenemos que marcharnos ahora mismo. Esta noche.

—Pero ¿cómo? —Joss miró alrededor—. A estas horas no hay trenes, y corriendo no llegaremos muy lejos.

Oyeron unas voces airadas procedentes del restaurante, y Stella se dijo que el presidente Fogg y los policías no tardarían en salir por la puerta. No podía ir a la cárcel, y menos ahora que debía encontrar el Libro de la Escarcha para salvar a Shay. Sin ella, el plan se vendría abajo.

Miró la pulsera que llevaba en la muñeca. Tenía catorce dijes de plata; cada uno relacionado con un hechizo mágico en particular. Jezzybella apenas recordaba ninguno, y Felix y Stella pensaban que era demasiado peligroso probarlos sin más. Sin embargo, su vieja niñera le había explicado lo que hacían un par de ellos. Y, de repente,

Stella centró su atención en uno.

—Ya sé lo que voy a hacer —dijo.

El dije escogido tenía forma de carruaje, era de plata, diminuto, y estaba entre un yeti y un hada. Stella había intentado formular aquel conjuro en el jardín trasero de su casa con Jezzybella, pero no había funcionado.

«No lo deseas lo suficiente —le decía la anciana bruja—. Por eso no te sale. Tienes que desearlo con todas tus fuerzas».

Lo que Stella había deseado ese día era cabalgar en *Magia*, su unicornio. Pero en ese momento lo que de verdad quería, y más que nada en el mundo, era tener un carruaje. El corazón le martilleaba en el pecho de pura desesperación y pánico, y al tocar el dije sintió la adrenalina en todo el cuerpo. Estaba frío como el hielo, pero cerró los ojos y se concentró.

Sintió un breve estallido en la boca del estómago y oyó que los demás daban un respingo. Cuando abrió los ojos, vio un oso polar gigantesco plantado justo delante de ella. El animal echó la cabeza atrás y, mirando el cielo nocturno, bramó en medio del silencio de la nevada.

Los demás retrocedieron, pero a Stella no le dio miedo. De hecho, eran dos osos polares e iban atados a un trineo blanco y plateado magnífico, que resplandecía a la luz de la luna. La parte trasera era curva y estaba adornada con carámbanos de aspecto letal. La parte delantera tenía tallado un intrincado diseño de copos de nieve, coronas y yetis, además de un trol de hielo. Este, sentado encorvado, aferraba el trineo con una mano y un farol con la otra. Sus largas orejas de murciélago destellaban bajo la intensa luz que proyectaba el farol. De hecho, el trineo entero centelleaba como diamantes en la noche.

Cuando el segundo oso polar mostró los colmillos mientras gruñía a la nieve, Stella se dio cuenta de que no eran como *Gruñón*, su adorada mascota. No se habían criado en cautividad y no les interesaban lo más mínimo los mimos ni las galletitas de pescado. Eran los osos de una reina de las nieves, salvajes e indómitos. Aun así, la chica no sintió miedo al acercarse a ellos. Uno de sus amigos —probablemente Habichuela— soltó un grito, aterrado, y los duendes de la selva comenzaron a entonar su cántico de muerte, pero nadie intentó impedir que Stella se acercara a las bestias.

Como *Gruñón*, aquellos osos eran descomunales, e incluso a cuatro patas podían mirarla directamente a los ojos. Soltaron gruñidos, quedos y guturales, y mostraron, vacilantes, los colmillos, entre los que se extendían unos finos hilos de saliva. Poco a poco, Stella alargó

las manos y les enseñó las palmas.

Cuando los tuvo muy cerca, la muchacha reparó en que tenían nieve apelmazada en el pelo, alrededor de las zarpas y en el lomo; parecía que acabaran de atravesar una ventisca para llegar allí. Advirtió que habían dejado huellas en la nieve, que su aliento humeaba en el aire helador y que sus cuerpos mojados desprendían vapor. Eran criaturas de carne y hueso… no animales sombra como *Koa*.

Alrededor de sus enormes omóplatos llevaban unos arneses plateados, y no pararon de gruñir mientras olfateaban a Stella y la observaban. Pensó que quizá debería estar más asustada —al fin y al cabo, cualquiera de los dos podría matarla al instante de un zarpazo —; sin embargo, de algún modo sabía que no iban a hacerle daño.

Al cabo de unos instantes tensos, los osos dejaron de gruñir. Stella aún veía en sus ojos marrón oscuro un brillo salvaje y peligroso, pero parecía haberse producido un pequeño cambio, porque de repente estaban más tranquilos, y ella percibió sabiduría en su mirada. Se dijo que jamás podría abrazarlos, pero que no por eso dejaban de ser hermosos, y verlos resoplar a la luz de la farola le produjo una profunda alegría. Lo mejor de todo era que esta vez el corazón no se le había helado, como le había ocurrido al usar la magia de hielo, y que seguía sintiéndose ella misma, algo que ya nunca daba por sentado.

—Vamos —dijo en voz baja para no alarmar a los osos—. Subamos al trineo.

Hubo un momento de indecisión, hasta que Felix avanzó cautelosamente y los demás lo siguieron.

—¡Increíble! —se maravilló Shay, apoyando una mano enguantada en el borde del trineo. Luego miró a Stella con una sonrisa de oreja a oreja—. Eres increíble, Polvorilla.

Ella le devolvió la sonrisa, un poco avergonzada. Cuando alguien reaccionaba positivamente a su magia de escarcha se le desbocaba el corazón, y le encantó que Shay la llamara por su antiguo apodo.

Pero, de pronto, se abrió la puerta del restaurante y el presidente Fogg salió a la carrera, con los dos oficiales de policía pisándole los talones. Uno llevaba en la mano el bastón eléctrico, aunque no parecía muy seguro de qué iba a hacer con él. El otro tenía una expresión furiosa y un palillo clavado en el cuello: el regalo de despedida de uno de los trasgos de nieve.

—¡Deprisa! —exclamó Stella, instando a todos a montar en el trineo.

Todos se subieron de forma atropellada, pero aterrizaron suavemente sobre las sedosas pieles de reno que había apiladas en los

asientos. El trineo era muy grande y cabían con holgura.

—¡No se queden ahí como pasmarotes! —les gritó el presidente Fogg a los policías—. ¡Se van a escapar! ¡Deténganlos!

Stella, que estaba de pie junto a los osos polares, miró por encima del hombro. El agente del bastón eléctrico se les aproximaba con andares indecisos. La joven dio por hecho que nunca se había enfrentado a un oso vivo y mucho menos a una princesa del hielo. Tenía el aspecto de alguien a quien las cosas no le estaban saliendo como había planeado, y, cuando estuvo más cerca, Stella le vio la cara y el cuello llenos de mordeduras de trasgo. Sintió una punzada de compasión antes de que el agente blandiera el bastón en dirección a ella con la clara intención de utilizarlo.

4

Uno de los osos polares abrió la boca al máximo y rugió con tal ferocidad que salpicó con babas la cara del policía. Al hombre se le cayó el bastón eléctrico de la mano y regresó corriendo junto a su compañero. El presidente Fogg pegó un salto, asustado, y aterrizó de espaldas sobre la nieve.

—¡Vamos, Stella! —la apremió Felix tendiéndole la mano para que se subiera al trineo.

En cuanto la chica cayó con un golpe seco, los osos se pusieron en marcha como impulsados por un resorte y avanzaron haciendo temblar el suelo con sus enormes patas, mientras las cuchillas del trineo se deslizaban y se abrían paso en la nevada.

Stella se incorporó para mirar atrás, y vio que el presidente Fogg y los agentes de policía desaparecían tras una esquina. Descubrió que aún le temblaban un poco las manos y que no podía quitarse de la cabeza el bastón eléctrico.

—Ese… ese policía iba a darme con el bastón…

Felix le apretó la mano para tranquilizarla.

—Stella, concéntrate en el trineo. Creo que tienes que conducirlo tú. Esos osos no obedecerán mis órdenes.

—¿Conducirlo adónde? —preguntó ella sin aliento, mientras su padre le pasaba las riendas.

—Tenemos que salir de Puerta de Hielo. Si puede ser, sin atropellar a nadie.

Las calles estaban tranquilas, pero no desiertas. Por suerte, el trineo de una reina de las nieves tirado por dos osos polares hacía el ruido suficiente, incluso sobre la nieve, para que la gente tuviera tiempo de apartarse.

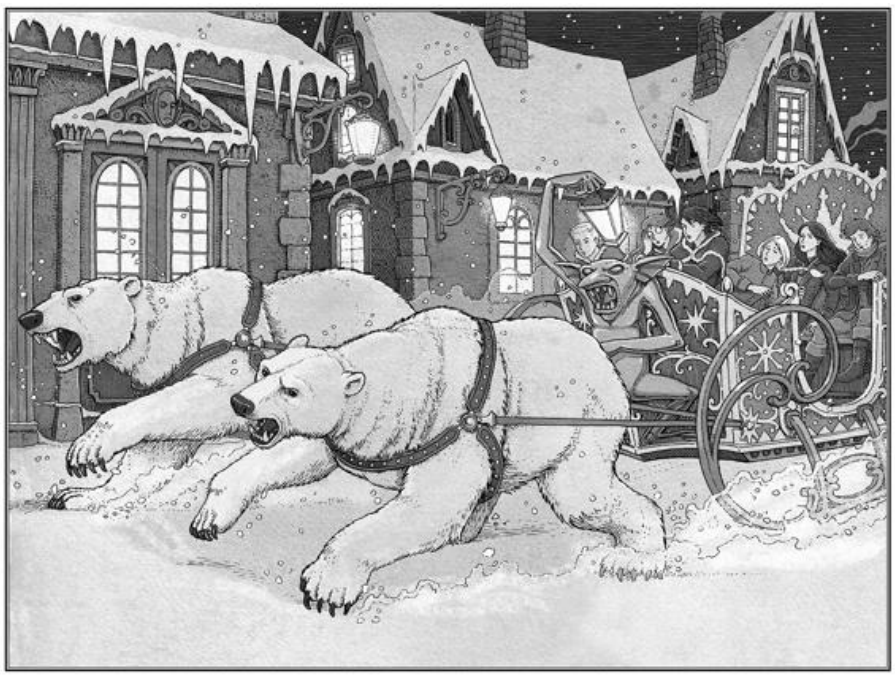
Sin embargo, las calles de Puerta de Hielo eran demasiado estrechas para aquellos osos gigantescos. Stella tuvo que aferrar las riendas y hacer todo lo posible para controlar el trineo, pero los animales iban demasiado rápido, nevaba copiosamente y a la luz amarillenta y tenue de las farolas apenas podía ver por dónde iban.

A pesar de los esfuerzos de la chica, el trineo chocó contra la fachada de varios comercios, produciendo un sinnúmero de desperfectos en toldos y escaparates. Al final de una calle, vio que no había bastante espacio para girar y esquivar a un caballero que no había podido bajar de la calzada. Stella maniobró bruscamente para no atropellar al hombre y se empotró contra una fuente, que quedó destrozada bajo las patas de los osos y las cuchillas del trineo.

Por fin llegaron a las afueras de la ciudad y Stella reconoció el muelle en el que Felix y ella habían desembarcado esa misma mañana. Entonces era de día y el mercado rebosaba de actividad mientras los comerciantes vendían sus productos. Ahora todos los puestos estaban cerrados, algunos con las mercancías guardadas en arcones bajo llave. Los osos irrumpieron en uno de ellos, llenando el trineo de montones de mapas del tesoro enrollados y flores de sirena.

—¡Stella, ¿qué demonios estás haciendo?! —exclamó Ethan, quitándose pétalos del pelo—. ¡Vamos directos al agua!

—Lo sé, pero no puedo… ¡Los osos no frenan! —chilló ella.



Tiraba de las riendas con todas sus fuerzas, pero los osos ya no le hacían caso. Parecían decididos a cruzar el embarcadero e ir mar adentro, hacia los icebergs.

—¿Deberíamos saltar? —preguntó Joss.

Era demasiado tarde para eso. Los osos habían llegado al final del muelle. De pronto se hizo el silencio, y, a continuación, los animales despegaron las zarpas de los tablones de madera arrastrando el trineo. Durante un momento se quedaron suspendidos a la luz de la luna, antes de amerizar ruidosamente, salpicando agua espumosa y gélida por todas partes. Gracias a los laterales del trineo sus pasajeros no se mojaron demasiado.

Stella esperaba que el trineo se hundiese como una piedra, y era obvio que Ethan también, porque gritó en un tono desmoralizador:

—¡Vamos a ahogarnos!

—Al parecer, en las dos últimas décadas se han ahogado veinticuatro exploradores del Oso Polar —se apresuró a contar Habichuela. Stella sabía que lo hacía para tranquilizarse, pero eso lo reconfortaba solo a él—. Aunque nadie sabe a ciencia cierta la cifra exacta, porque algunos podrían haber sido estrangulados por sirenas, o desmembrados por krakens, o engullidos por…

—¡Mirad! —gritó Shay, señalando un lateral—. El trineo no se hunde: ¡está creciendo!

Stella se asomó y vio que su amigo tenía razón. El trineo cabeceaba inestable en el agua, pero se oía un chasquido; era el hielo, que se desplegaba por debajo del vehículo, extendiéndose y transformándose, hasta que este se detuvo sobre un pequeño iceberg, con el agua salada y gélida cayéndole por los costados. Sin descansar ni un segundo, los osos comenzaron a nadar a un ritmo constante y a alejarse cada vez más del muelle.

Felix se echó a reír a carcajadas y Stella se encontró sonriendo a su vez. Vale: los habían expulsado del Club de Exploradores del Oso Polar y ellos se habían escapado y la situación podía parecer un poco deprimente, pero en ese momento los guiaba la aventura y la emoción. Seguían teniendo alma de exploradores, y a un explorador no había nada que le gustara más que una situación cargada de incertidumbres y peligros.

Durante los primeros minutos, todos se mostraron entusiasmados con la exitosa fuga, pero, conforme se fueron internando en el mar, la euforia fue disminuyendo.

—Bueno, nos hemos metido en un lío de narices —dijo Ethan al cabo de un rato—. ¿Qué vamos a hacer?

—No podemos arriesgarnos a volver a casa —respondió Felix

rascándose la barbilla—. Mandarán guardias a detenernos. Me temo que no nos queda más remedio que ir directamente al Puente de Hielo Negro.

—Pero ¡no tenemos nada! —protestó el mago—. Ni lobos, ni tiendas de campaña, ni trineos, ni…

—Nos faltan un sinfín de cosas, lo sé —coincidió Felix—. Pero ¿por qué no contamos lo que sí tenemos? Que todo el mundo se vacíe los bolsillos y las mochilas.

En conjunto, sus provisiones no eran gran cosa, pero Ethan llevaba la
manta-jaima
mágica que habían conseguido en la anterior expedición, por si no encontraban un sitio donde dormir en Puerta de Hielo. Al menos tendrían una tienda lo bastante grande para acomodarse todos, junto con Ruprekt, el genio que vivía en ella y que con su magia les proveería de comidas calientes, almuerzos fríos, baños de espuma, chocolate a la taza y —si estaba de humor— masajes en los pies.

—¡Caramba, esto es fantástico! —exclamó Felix, contemplando encantado la
manta-jaima
mágica, que en ese momento solo parecía un trapo viejo y raído—. No nos faltará de nada. Has hecho muy bien al traerla, muchacho.

—Hay que estar preparado siempre, para lo que venga —afirmó Ethan con solemnidad—. Sobre todo vosotros, los exploradores del Oso Polar, expertos en emergencias y desastres inesperados.

Haciendo gala de una gran diplomacia, el resto pasó por alto la pulla y procedió a contar sus pertenencias. Habichuela llevaba montones de gominolas, pero también un botiquín. Joss tenía unas cuantas vendas y matasuegras; Shay, el bumerán, y Stella, su pulsera con dijes y su brújula. Shay también llevaba encima una copia actualizada de la *Guía para expediciones y exploraciones del capitán Filibustero*, y Felix su equipo habitual: un telescopio, una lupa, dulce de menta, cerillas y un rollo de cordel. Lo había metido todo en una bolsa antes de devolver su mochila de explorador.

—Bueno, pues parece ser que estamos mejor aprovisionados de lo que esperaba —concluyó Felix con tono complacido.

—Sí, tenemos una manta-jaima mágica y unas cuantas gominolas —contestó Ethan con sarcasmo—. Nos serán de gran ayuda cuando nos tropecemos con el temible monstruo que vive en el Puente de Hielo Negro.

—No sabemos con certeza si hay monstruos en el puente… —empezó Shay.

—Algo tiene que haber —lo interrumpió Ethan—. Algo que explique la desaparición de tantos exploradores durante años.

—Cuatrocientos cincuenta y seis —susurró Habichuela—. Han desaparecido más exploradores en el Puente de Hielo Negro que en ningún otro sitio del mundo conocido.

Joss intercambió una mirada con su hijo. Ellos sabían mejor que nadie lo peligroso que podía ser el puente.

—Exacto —dijo Ethan—. ¿Y qué vamos a hacer cuando nos encontremos cara a cara con esa cosa? ¿Lanzarle gominolas?

Habichuela frunció el ceño.

—Me parece poco probable que eso funcione.

—¡Stella ni siquiera lleva la diadema! —señaló Ethan.

—No, pero tengo esto. —Se tocó la pulsera—. Y para mí es mejor hacer magia así porque no se me hiela el corazón.

—Ya, pero todavía no sabes bien cómo funciona —contestó el mago, poniéndose serio de repente—. Sé que no paro de decírtelo, pero la magia es peligrosa y difícil, y hay que practicar mucho para dominarla.

—Mira quién habla… —Stella sonó un poco ofendida—. Te pasas el día creando alubias polares por error, o pepinos en vez de lanzas, o…

—¡Basta! —le espetó él sonrojado, lo que significaba que estaba molesto—. Ya sé que crees que me equivoco con los conjuros porque soy idiota, pero lo cierto es que ninguno de vosotros tiene la más mínima idea de lo complicada que es la magia en sí misma, no digamos ya controlarla.

—Nadie cree que seas idiota —contestó Stella en tono conciliador.

—Pues yo sí lo creo a veces, sobre todo cuando te portas mal con otras personas —confesó Habichuela—. Pero no cuando te equivocas con los hechizos. Todo el mundo se equivoca cuando está aprendiendo.

—Venga, ya habéis discutido bastante por hoy —intervino Felix—. Todos estamos de acuerdo en que nuestra situación no es la ideal, pero no tenemos otra, así que habrá que hacerlo lo mejor posible. Propongo que nos dirijamos hacia tierra firme para desembarcar en algún punto de la costa. Desde allí iremos hasta la población más cercana para reunir todas las provisiones que encontremos…

—Lanzas —lo interrumpió Ethan—. Al menos deberíamos llevar una larga.

—Quizá, pero ya hablaremos de eso más tarde. En cuanto estemos bien equipados, tomaremos el tren a Negrocastillo.

Todos se quedaron en silencio, sumidos en sus pensamientos y

preocupados por lo que los aguardaba. Las luces de Puerta de Hielo quedaban muy atrás, y el negro océano se extendía de forma desconcertante en todas direcciones hasta donde les alcanzaba la vista, que había que admitir que no era muy lejos porque estaba muy oscuro. Solo los alumbraba el farol de la parte delantera del trineo. Stella reparó en el que colgaba de la mano del trol, que tenía dentro una vela que también parecía hecha de hielo. Una llama blanca y extraña titilaba en la mecha, proyectando una luz centelleante y escarchada que bailaba sobre las olas. Cuando la joven apoyó la mano en el cristal del farol, descubrió que estaba helado.

Stella escrutaba el océano en busca del silencioso y mortal movimiento de una aleta de tiburón, o del chapoteo del tentáculo de un calamar asomando a la superficie. Al parecer, los pensamientos de Habichuela seguían los mismos derroteros porque dijo:

—Durante la infausta Expedición del Tiburón de las Nieves en el País del Hielo, el capitán Caspar Jasper Caratacus y su equipo murieron al ser atacados por unos tiburones. ¿A que no sabéis cuántos dientes encontraron clavados en su barco?

—Hijo, ¿recuerdas lo que hablamos el otro día? —le preguntó Joss —. Te dije que, a veces, en ciertas situaciones, esta clase de comentarios incomoda a la gente.

Habichuela se interrumpió y al cabo asintió con la cabeza lentamente. Stella deseaba que su amigo cambiara de tema, sobre todo porque temía que acabara mencionando al hermano mayor de Ethan, Julian, al que había matado un maligno calamar rojo aullador en el Mar de los Tentáculos Ponzoñosos.

—Quizá podrías pensar en esas cosas, pero sin decirlas en voz alta, ¿no crees?

Habichuela volvió a asentir.

—De acuerdo. Pero fueron doscientos cuatro. Me refiero a los dientes de tiburón, claro. Los que encontraron clavados en el barco.

Ethan se giró hacia Stella.

—¿Sabes adónde nos llevan estos osos? Podrían estar nadando directamente hacia la Tierra de las Pirámides.

—Resulta que tal lugar no existe —contestó Shay—. Está demostrado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Felix.

—Lo leí el otro día en una de las revistas científicas de mi padre. El capitán Filibustero lideró una expedición a las coordenadas exactas de la Tierra de las Pirámides, pero no encontraron nada. Dicen que quizá lord Horace Hogarton Jennings se inventó el descubrimiento para conseguir alabanzas y honores. Puede que lo expulsen del Club de

Exploradores del Chacal del Desierto.

—Es imposible… —contestó Felix extrañado—. Yo he visto la Tierra de las Pirámides con mis propios ojos. Desde bastante distancia, lo admito, y hace ya muchos años, pero estoy seguro de que la vi. Además, a la mayoría de los exploradores les importan un bledo las alabanzas y los honores.

Stella sabía que a su padre le tenían sin cuidado esas cosas, pero no estaba tan segura de que no fueran muy importantes para otros exploradores.

—En cualquier caso, los osos no nos llevan a la Tierra de las Pirámides, tanto si es real como si no lo es —dijo, examinando la brújula. De repente le escocían los ojos por el cansancio y notaba un peso enorme en los hombros—. He seleccionado «hogar». Aunque no vamos a regresar, debemos dirigirnos a la playa más cercana del litoral. Ahora los osos van en la buena dirección y parece que vuelven a hacerme caso. No tardaremos en llegar.

—Tardaremos toda la noche y buena parte de mañana —contestó Ethan—. Estamos a muchísimos kilómetros, y estos osos no avanzan ni a diez por hora.

El mago tenía razón. Los osos eran nadadores con mucho aguante, y Stella sabía que podían seguir así durante días, pero no eran los más rápidos del mundo.

—Bueno, llegaremos antes o después —dijo la exploradora, intentando parecer animada mientras se preguntaba por qué se sentía tan agotada de repente—. Lo importante es que llegaremos.

En cuanto terminó de hablar, al trineo empezó a pasarle algo raro. Stella notó que sus dedos se hundían en el asiento como si en vez de hielo estuviera hecho de masilla. Y el vehículo parecía de repente más pequeño. Los demás comenzaron a gritar de angustia al darse cuenta de que el trineo estaba encogiendo. De pronto dejaron de oír el chapoteo de los osos polares y estos se desvanecieron dejando tras de sí un centelleo de luces azules.

Mientras el trineo encogía, sus ocupantes se vieron obligados a bajarse al pequeño iceberg. Al cabo de unos instantes, el carruaje se había esfumado por completo. No quedaba nada más que un trozo de hielo flotante que apenas era lo bastante grande para ellos y que para colmo disminuía a ojos vistas.

5

—¡Haz algo! —le gritó Ethan a Stella—. ¡Haz que vuelvan los osos!

—¡Es lo que intento! —respondió casi sin aire.

Aferraba el dije plateado e intentaba concentrarse con todas sus fuerzas, pero era como si la magia se le escapara entre los dedos. Sin el farol del carruaje, de repente, el océano parecía muy oscuro; solo las estrellas brillaban tenuemente en el firmamento.

—Sabía que pasaría algo así… —gruñó Ethan—. He intentado decirte que la magia no es fácil.

—El iceberg también se está consumiendo —señaló Habichuela.

Y tenía razón. El trozo de hielo que los sostenía se estaba deshaciendo a un ritmo alarmante. De seguir así, acabarían nadando en el océano en unos instantes. Stella miró las olas negras y heladas que lamían ávidamente el iceberg, y sintió un escalofrío de pavor.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó—. No tenemos barca, ni una balsa, ¡nada que flote!

—Yo he estado practicando mi conjuro de balsas —respondió Ethan—. Permíteme.

Se irguió un poco más y, dándose aires de superioridad, chasqueó los dedos. Esperanzados, todos miraron hacia el agua, suplicando que apareciese una balsa fuerte y robusta con una vela grande y bonita, pero, en vez de eso, vieron una colchoneta hinchable con forma de hipopótamo, como las que usan los niños para jugar en la piscina, solo que diez veces más grande. El hipopótamo tenía una expresión malhumorada y se bamboleaba en el agua.

Todos miraron a Ethan.

—Bueno, ¡algo es algo, ¿no?! —les espetó a la defensiva.

—Si hubieras dedicado más tiempo a practicar el conjuro de balsas

y menos a los hechizos para humillar a Gideon, ahora estaríamos en mejor situación —gruñó Shay.

Ethan arrugó el ceño.

—También he practicado un conjuro de escudo —dijo enfurruñado —. Y me sale la mar bien.

—Esto es mejor que nadar —los interrumpió Felix—. Subid todos a bordo, deprisa, o se alejará flotando.

El hipopótamo parecía estar a punto de marcharse sin ellos, así que se apresuraron a montar en él. No fue fácil, pues no paraban de resbalar, empujarse y discutir. Hasta que, por fin, todos estuvieron a bordo, con Ethan en la parte delantera y Felix y Joss en la trasera, y justo a tiempo, porque el iceberg se fundió con las olas en un visto y no visto.

La nueva embarcación se hundió un poco en el agua por el peso de todos sus ocupantes, que se quedaron con las botas casi rozando la superficie del océano. Stella notó que Shay temblaba a pesar de que llevaba su capa y se volvió hacia él.

—¿Te encuentras bien? —le susurró.

—No te preocupes por mí, Polvorilla. —Parecía más pálido, y Stella sintió de nuevo un nudo en el estómago, pero él le dedicó una sonrisa—. Tengo frío, nada más.

La verdad es que allí, en medio del gélido océano, hacía mucho frío y soplaba un vendaval helado. Aun así, nadie temblaba tanto como él.

—Esperemos que no aparezca la afilada aleta de un tiburón —comentó Habichuela—. Reventaría el hipopótamo como si fuera un globo.

No había donde agarrarse, así que para no perder el equilibrio tenían que apretar las piernas.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Stella mirando a Ethan —. No tendrás un conjuro para que esta cosa nade hacia delante, ¿verdad?

El mago negó con la cabeza y la luna destelló en su cabello rubio platino.

—Probablemente empeoraría las cosas —contestó malhumorado—. Como ya has señalado, mi magia no siempre funciona.

—¿No podríamos fabricar una vela con una enagua? —propuso Habichuela esperanzado.

Lo pensaron un momento, pero Joss llevaba pantalones, y aunque Stella estaba dispuesta a ceder sus enaguas, no tenían suficiente tela para confeccionar la vela.

—Antes o después acabará pasando un barco —dijo Felix—. Y nos

recogerá.

—¿Y si nos encuentran unos piratas? —quiso saber Habichuela.

—Aunque nos encuentre un barco corriente —contestó Ethan, mirando a Felix y Stella por encima del hombro—, seguramente os entregarán a la policía.

—La magia de escarcha solo crea cosas con nieve —dijo Stella—. Y unos remos de nieve se desintegrarían. Además, no creo que pueda hacer magia ahora mismo. Siento como si el carruaje la hubiera consumido toda.

—Es que ha sido una gran exhibición… —admitió Ethan rezongando—. No me extraña que haya acabado con todas tus reservas.

El grupo, triste, se sumió en el silencio. Stella pensó que difícilmente habría nada que hiciese sentir más insignificante e impotente a alguien que flotar encima de un hipopótamo hinchable en medio de un océano helado.

Justo estaban debatiendo si enviar a los duendes de la selva en busca de ayuda y, en caso de hacerlo, a cuáles de ellos enviar, cuando Joss exclamó de repente:

—¡¿Habéis oído eso?!

Todos enmudecieron.

—Yo no oigo… —empezó Ethan.

—Yo sí —contestó Habichuela, de pronto pálido—. Son sirenas.

Los elfos tienen mejor oído que los humanos, pero al cabo de unos momentos también lo oyeron los demás: una canción sobrecogedora, susurrante y melodiosa les provocó escalofríos. Para alivio de Stella, esta vez Habichuela no se puso a recordar muertes de exploradores. Todos eran conscientes de lo peligrosas que podían ser las sirenas. Todos sabían que a veces arrastraban a marineros y exploradores bajo el agua para ahogarlos sin ninguna razón aparente.

—Mantened la calma —murmuró Felix—. Y no saquéis conclusiones precipitadas. Hay demasiados rumores sobre las sirenas, pero una vez un hombre me contó que una le había salvado la vida. Quizá no sean tan malas…

El canto sonaba de repente más cerca. Era hermoso pero también extraño; Stella no sabía si le gustaba o no. Se sentía rara, como si en cualquier momento pudiera marcharse flotando. Había visto imágenes de sirenas en libros y pequeñas sirenas dibujadas en los mapas, pero jamás había visto una con sus propios ojos. Por una parte estaba entusiasmada… pero por otra la aterraba que una mano pudiera surgir de pronto del agua, agarrarle el pie y arrastrarla al fondo del mar.

—¡Ahí hay una! —gritó Shay.

Todos siguieron la dirección de su dedo. A Stella le pareció ver un destello, pero era difícil estar segura en la oscuridad.

Luego oyeron un chapoteo justo detrás de ellos, seguido de otro y de otro.

Stella miró el agua y esa vez vio claramente la cola de una sirena, resplandeciente a la luz de las estrellas, antes de que desapareciera bajo la superficie.

—Nos tienen rodeados —susurró.

Una ola hizo que el hipopótamo inflable se balanceara, y todos apretaron las piernas alrededor de la colchoneta con más fuerza. Un segundo después, una sirena asomó la cabeza.

En lugar de cabello tenía una maraña de trenzas verdes y azules, adornadas con conchas y trozos de coral. Llevaba un collar de perlas diminutas y un corpiño que se anudaba al cuello, tejido con tiras de algas. Su piel era casi tan blanca como la de Stella, y sus oscuros ojos parecían demasiado grandes para su rostro. Al igual que su cántico, la sirena era al mismo tiempo extraña y hermosa.

Se miraron unos a otros en un silencio que se podía cortar.

—Hola. Es un honor conocerla. Me llamo Felix Evelyn Pearl. Mis compañeros y yo somos exploradores.

Todos contuvieron la respiración mientras la sirena los observaba.

—Nunca había conocido exploradores que viajaran en un hipopótamo hinchable —dijo al fin con voz queda y áspera, como si tuviera arena en la garganta.

—Ah… —dijo Felix—. Bueno, se debe a una especie de error. Verá, nosotros…

—¿Podríamos recuperar nuestra flor, por favor? —preguntó la sirena.

—¿Disculpe?

—Ese chico tiene una de nuestras flores.

Señaló a Ethan.

—Desde luego que no —protestó él.

—Está dentro de tu capa.

Stella se inclinó hacia delante y, haciendo caso omiso del chillido de Ethan, introdujo una mano por debajo de la tela. Enseguida tocó algo terso y fresco, y sacó con cuidado una flor de sirena.

—Se me debe de haber metido cuando hemos chocado contra los puestos del mercado.

Las flores de sirena estaban hechas de cristal marino, y aquella tenía el tallo azul y los pétalos de jade. Stella se dijo que era preciosa.

—Aquí la tiene. —Y se la tendió a la criatura.

Ella la agarró de inmediato y se la colocó detrás de la oreja.

—Supongo que debo daros las gracias. Aunque me gustaría que los humanos dejarais de robárnoslas.

Stella tragó saliva.

—Lo siento.

A continuación, reparó en que otras dos sirenas habían asomado la cabeza justo por detrás de la primera. Estaba tan oscuro que solo veía su contorno, y era imposible saber si había más. No parecía que fueran a atacarlos, pero Stella se preguntaba qué querrían.

—No deberíais navegar en ese hipopótamo, ¿sabéis? —les dijo la sirena—. No es seguro.

¿Era fruto de su imaginación o sus palabras contenían cierta amenaza?, se preguntó de nuevo Stella.

—Estamos buscando el camino al Puente de Hielo Negro —le explicó Felix.

La sirena le lanzó una mirada de incredulidad.

—¿En un hipopótamo hinchable? Tardaréis muchísimo tiempo en llegar. Además, solo los descerebrados van al Puente de Hielo Negro. Acabaréis muertos, os lo aseguro.

—Eso es asunto nuestro —contestó Ethan—. Mira, ¿qué te parece si hacemos un trato? Tenemos que llegar a la orilla de alguna manera. ¿Qué queréis a cambio de empujarnos hasta allí?

Las sirenas soltaron un respingo y la que había hablado se mostró horrorizada.

—¿Empujaros? ¿Como si fuéramos simples sirenios? —Su mirada se tornó glacial—. Tú hablas de hacer un trato, pero ¿qué nos impide quedarnos con todo lo que tenéis después de ahogaros?

Stella tragó saliva.

—Le suplico que nos perdone, señora —se apresuró a decir Felix—. Le aseguro que no pretendíamos ofenderla. Todos sentimos el máximo respeto por las sirenas.

—Y la verdad es que no me gustaría que una me ahogara el día de mi cumpleaños —intervino Habichuela, apenado.

—¿Cumpleaños? —repitió la sirena bruscamente; soltó un suspiro y miró por encima del hombro—. Hay uno que celebra su cumpleaños hoy.

Las demás también suspiraron por lo bajo.

—No podemos ahogar a nadie el día de su cumpleaños —les dijo volviéndose de nuevo hacia ellos—. Va contra nuestras leyes.

Se aproximó despacio y miró a Habichuela con sus ojos increíblemente grandes. Ahora que estaba más cerca, Stella vio que tenía la piel llena de cicatrices y un corte reciente en la mano derecha.

—Además, debemos hacerte un regalo —dijo la sirena contrariada

—. Es la ley. Así que di: ¿qué deseas? Supongo que querrás que os llevemos hasta la orilla.

Habichuela negó despacio con la cabeza.

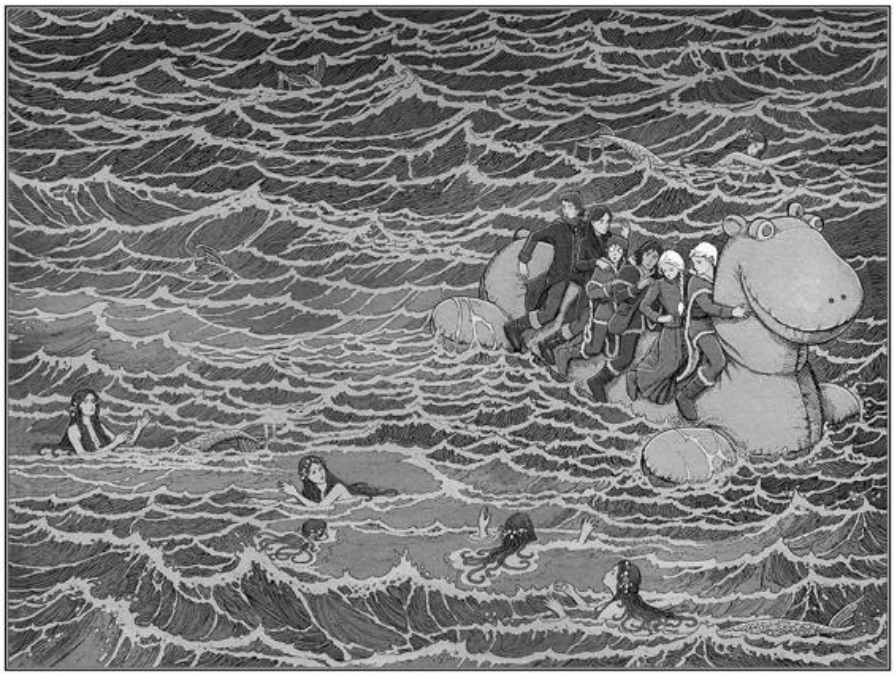
—Gracias, pero prefiero no aceptar un regalo de alguien que está obligado a hacérmelo. Ya encontraremos la manera de llegar a tierra.

—¡Habichuela! —siseó Ethan.

El sanador no le hizo ni caso.

—¿Cómo te has hecho ese corte? —le preguntó a la sirena.

—Hay demasiados barcos yendo de un lado a otro. A veces no logramos apartarnos de su camino a tiempo. Y algunos pesqueros nos persiguen a propósito, con la esperanza de cazarnos para vendernos como curiosidades al Club de Exploradores del Calamar Oceánico.



—Lo lamento —le dijo Habichuela, afligido.

La sirena lo miró entornando los ojos, recelosa.

—¿Por qué?

—Porque no deberían perseguiros, ni robar vuestras flores. Es cruel e injusto. —Alargó la mano hacia el corte—. ¿Te importa?

Ella negó despacio con la cabeza, y entonces, de la punta de los dedos de Habichuela brotaron chispas verdes. La magia sanadora del niño cerró el corte, y en unos instantes, de no ser por un leve enrojecimiento, parecía que la herida no hubiese existido. Stella pensó que la capacidad curativa de su amigo debía de estar aumentando.

La sirena se pasó los dedos palmeados por el dorso de la mano, sorprendida, antes de mirar de nuevo a Habichuela, parpadeando con rapidez.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Qué quieres a cambio?

—Necesitabas ayuda y yo podía dártela —respondió él sin más—. No quiero nada a cambio. No hay razón para que los exploradores y las sirenas no puedan ser amigos.

Otras sirenas se habían acercado a ver qué ocurría. Stella vio que tenían branquias en el cuello, y una expresión fría en los ojos, como de pez.

—Hay infinidad de razones para que no podamos ser amigos —contestó la sirena—. Y la menor de ellas no es que llevemos cientos de años de sangre derramada. Sin embargo, eso no te afecta hoy a ti, pequeño elfo, así que nos gustaría hacerte un regalo de cumpleaños. Por favor.

—¿Nos llevaríais a la orilla? —se inmiscuyó Ethan, esperanzado.

Sin hacer caso del mago, la sirena le dijo a Habichuela:

—Te regalamos la promesa de no atacar a tus amigos; al fin y al cabo, ellos no celebran su cumpleaños. —Sonrió—. Y os llevaremos a la orilla.

Las sirenas ataron unas cuerdas de algas alrededor del hipopótamo y empezaron a tirar de la colchoneta, que avanzó por el océano a tal velocidad que parecía que apenas rozara la superficie. Como era de esperar, aquellas criaturas nadaban mucho más rápido que los osos polares.

—Bien hecho, muchacho —le dijo Felix a Habichuela—. No hay duda de que con un poco de amabilidad se puede llegar muy lejos.

Joss, con expresión orgullosa, le estrechó el hombro a su hijo.

Viajaron bajo las estrellas durante gran parte de la noche. Y apoyándose unos en otros, consiguieron echar alguna cabezada, pese a la precariedad que suponía navegar sobre un hipopótamo hinchable tirado por sirenas. Aunque estaba muy cansada, Stella no pudo conciliar el sueño en lo que duró la travesía. Felix, que se había vuelto experto en dormir en cualquier situación, roncaba suavemente en la parte de atrás; los duendes de la selva, ovillados en sus bolsillos, roncaban al mismo ritmo que él. Habichuela había dejado caer la cabeza hacia delante y Stella no sabía si Shay y Joss habían logrado conciliar el sueño o no.

Sin embargo, Ethan, sentado justo delante de ella, seguía despierto y parecía demasiado intranquilo para descansar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó finalmente Stella—. ¿Te pica algún sitio donde no puedes rascarte o qué?

El mago se giró hacia ella.

—¿Crees que soy un abusón? —le preguntó en voz baja.

—Mmm… —Stella no sabía qué contestar—. Bueno…

—Sí que lo crees, ¿verdad? —suspiró Ethan.

Stella recordó a Gideon en ropa interior, avergonzado y humillado mientras todos en el vestíbulo lo señalaban y se reían de él.

—No es mi intención —afirmó Ethan—. No es mi intención serlo, pero me temo que no puedo controlarlo. No puedo ser diferente de como soy.

—Eso no es cierto —susurró Stella, pensando en su herencia de reina de las nieves.

Ella siempre había querido saber lo que les había ocurrido a sus padres biológicos, pero cuando, durante su primera expedición, encontraron el castillo abandonado donde habían vivido, descubrió que habían sido personas frías y crueles. Y que, si recurría demasiado a la magia de hielo, acabaría helándosele el corazón y pareciéndose a ellos.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que si hubieras sabido lo de la muerte de mi hermano habrías sido más comprensiva conmigo cuando me comportaba como alguien odioso? —le preguntó Ethan—. Bueno, pues lo cierto es que no fue la muerte de Julian lo que me volvió así. Yo ya era así antes, mucho antes, creo que soy así desde que nací. Mezquino por naturaleza. Y a veces no puedo evitar ser un miserable. Y tampoco quiero evitarlo. Soy tan malo como Gideon Galahad Smythe.

Shay, que estaba detrás de Stella, se inclinó un poco hacia delante para decir:

—La diferencia es que tú piensas en lo que has hecho y te arrepientes. Te das cuenta de que has cometido un error, y eso significa que la próxima vez puedes decidir actuar mejor.

—Shay tiene razón —afirmó Stella—. Todos tenemos la capacidad de decidir no ser de cierta manera.

—¿Así de fácil? —refunfuñó Ethan.

—Así de fácil. Y así de difícil.

Shay le dio un apretón en el hombro cariñosamente.

—Tú no eres, ni de lejos, tan malo como Gideon Galahad Smythe, Camarón.

Ethan le sonrió agradecido.

Cuando llegaron a la orilla, el sol asomaba por encima del horizonte y doraba las olas con su luz. Felix se bajó de un salto del hipopótamo, sus botas se hundieron en la arena bajo el agua y arrastró la colchoneta hasta la playa. Los demás corrieron a ayudarlo y,

cuando se volvieron para darles las gracias a las sirenas, estas ya se habían marchado, desvaneciéndose como la bruma matinal.

—Regresan al mar. Mirad.

Stella señaló la cola de una de ellas, que destelló brevemente por encima de las olas.

—¿Creéis que nos habrían ahogado de no ser por Habichuela? —preguntó Shay, mirando al mar.

—Quién sabe —repuso Felix.

Se desperezó y le crujió la espalda. Todos estaban doloridos y agarrotados tras haberse pasado la noche aferrados al hipopótamo hinchable. A Stella se le doblaban las piernas y, al ver el aspecto que tenían los demás, supuso que les pasaba lo mismo. El sol estaba de pronto más alto, y todos se dejaron caer en la arena para disfrutar un instante de su calidez. En cuanto recuperaran el aliento, emprenderían la siguiente etapa del viaje.

6

Pronto descubrieron que las sirenas los habían dejado en las afueras de Peñasco Alto, el pueblo vecino a Negrocastillo. Los exploradores avanzaron por el acantilado, que era muy escarpado, y con el estómago vacío su ascenso resultaba agotador. Cuando llegaron arriba, vieron el conjunto de casas del pueblo, a un par de kilómetros de distancia. Y en la otra dirección contemplaron la increíble vista del Puente de Hielo Negro, que se adentraba en el océano.

Decían que era el puente más largo del mundo, y a Stella no le cupo ninguna duda. Era simplemente monstruoso, como si estuviera construido por y para gigantes, y, colocadas a trechos regulares, se alzaban unas torres enormes, tan altas que su remate se perdía entre las nubes. De las torres descendían unos cables gruesos, también enormes, fijados a las barandillas de mármol negro que discurrían a ambos lados del puente.

Stella había oído muchas historias sobre el puente, por supuesto, pero era muy distinto verlo con los propios ojos. Sus dimensiones colosales la hicieron dudar; después de todo, tal vez sí habitaran gigantes en el otro extremo.

—¿Alguna vez has visto a un gigante, Felix? —le preguntó a su padre.

Él negó despacio con la cabeza.

—Hace muchos años se oían historias sobre ellos, pero hace siglos que nadie dice haber visto a uno.

—¿Crees que están al otro lado del puente?

—Cariño, lo cierto es que no tengo ni idea.

—Hay una teoría que afirma —intervino Habichuela— que el Puente de Hielo Negro lleva hasta uno de los gigantes del fin del mundo.

Aunque nadie conocía la forma del mundo, según una de las teorías más populares, la Tierra era un cuadrado plano, y cada una de sus cuatro esquinas estaba sostenida por un gigante monstruoso.

—El capitán Munro, del Club de Exploradores del Chacal del Desierto, asegura haber visto con sus propios ojos, hace apenas unos meses, a uno de los gigantes del fin del mundo —continuó el niño.

—También asegura haber atravesado el traicionero Desierto de Tambuctu con nada más que una brújula, un rifle, un traje de etiqueta azul y un sombrero de ala ancha —resopló Ethan—. Mi padre dice que es un mentiroso y que deberían expulsarlo del club.

—Parece que su proeza adolece de falta de pruebas —coincidió Felix—. ¿Sabéis? Hace poco leí una teoría nueva en una revista científica. El artículo lo firmaba el secretario de la Real Academia de Ciencias, y en él sostenía que el mundo no es plano, sino que en realidad es una esfera.

Al oír esa idea absurda, todos se echaron a reír. Stella le agradeció a Felix que hubiese expuesto la teoría justo en ese instante; la visión del puente era aterradora, y les fue bien rebajar la tensión con un poco de humor antes de devolver la atención a la gigantesca estructura.

Construido con hielo negro, el puente resplandecía como una mancha de petróleo bajo la luz del sol. Todos sabían que el hielo negro era particularmente traicionero porque contenía magia negra. El puente se adentraba un buen trecho en el frío mar antes de desaparecer en la niebla. Llevaba allí cientos de años. De repente, a Stella le pareció muy raro que nadie supiera quién lo había construido, ni por qué, ni adónde conducía. Ese puente escondía algo malo, muy malo, pensó sintiendo un escalofrío. Había en él algo antinatural que les advertía que no se acercaran.

Alguien sorbió por la nariz y, al volverse, Stella vio que Joss estaba llorando. Habichuela también se dio cuenta y se acercó a su madre.

—Mamá, ¿qué ocurre? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Ay, cielo, no me hagas caso —le respondió Joss, de pronto avergonzada, buscando un pañuelo en los bolsillos—. Jamás creí que me pondría tan tonta al ver el puente…

—Toma —le dijo Felix amablemente, tendiéndole un pañuelo—. No tienes nada de tonta. Perdiste a alguien muy querido.

Joss se sonó la nariz con manos temblorosas. Era tan impropio de ella dar muestras de tristeza que Stella se sintió descorazonada y la

rodeó por la cintura con un brazo.

—Me lo prometió, ¿sabéis? —susurró la elfa—. Adrian me prometió que volvería a casa con nosotros.

Habichuela le apretó la mano a su madre.

—Ya sé que algo así no puede prometerlo nadie —continuó Joss—. Y menos un explorador… —Miró hacia el puente—. Sin embargo… todavía… Siempre creí que volvería. A veces pienso que en cualquier momento entrará por la puerta sacudiéndose la nieve de las botas, esbozando esa enorme sonrisa suya y diciendo que todo ha sido un error.

—Papá se fue, mamá —le dijo Habichuela en voz baja—. Se fue hace ocho años. Y no volverá.

—Lo sé, cielo —suspiró Joss—. De verdad que lo sé. Pero a veces se me olvida. —Inspiró hondo y le devolvió el pañuelo a Felix. Luego se enderezó, apretó la mano de su hijo, estrechó a Stella por la cintura y dijo—: Bueno, ya basta. Adrian se enfadaría mucho si me viese comportarme así. Continuemos.

—¿Seguimos… con la idea de hacer esto? —preguntó Shay indeciso.

Stella se giró hacia él. Un quejido atrajo su atención; *Koa* había aparecido junto al susurrador, temblando de arriba abajo y con escarcha pegada a su pelaje negro.

Shay se arrodilló para hablarle en voz baja, para intentar sosegarla, pero era evidente que la loba se estaba helando.

—Jamás había visto que le afectara el tiempo —dijo Ethan asombrado—. Ni siquiera en el País del Hielo pareció tener frío.

—Es por la mordedura del lobo brujo —contestó Shay—. A mí me pasa igual.

Stella recordó a los temibles y furiosos lobos de pelaje blanco y ojos plateados, y se estremeció.

«Devoradores de almas», así los llamaba Cadi. Condenados a vagar por tierras inhóspitas, atrapados para siempre en un cuerpo de lobo. No podían permitir que les ocurriera lo mismo a Shay y a *Koa*.

—Sí —dijo Felix—. Creo que todos seguimos queriendo hacerlo, pero si alguien ha cambiado de opinión, aún está a tiempo de dar media vuelta. En cuanto pongamos un pie en el puente, quizá sea demasiado tarde.

Nadie quería dar media vuelta, así que Felix propuso que fueran a Peñasco Alto a comprar las provisiones de última hora. Stella cada vez notaba menos el frío y estaba bastante cómoda con el vestido que llevaba para el viaje, pero el resto quería añadir unas capas de ropa debajo del abrigo. Y conseguir armas y otro medio de transporte

tampoco les parecía mala idea.

—No vamos a encontrar un Puesto de Intercambio Comercial de Weenus justo delante del puente —dijo Felix mientras caminaban hacia el pueblo.

Peñasco Alto no era precisamente un centro de exploradores, y, por desgracia, los pequeños comercios parecían estar más especializados en jerséis de lana y cubreteteras que en lanzas y trineos. Por si eso fuera poco, cuando entraron en una de las tiendas se encontraron con un montón de periódicos recién impresos encima del mostrador y un titular que rezaba: «¡PRINCESA DEL HIELO SE LANZA A UNA CARRERA DEMENCIAL POR PUERTA DE HIELO!».

—¡No fue demencial! —protestó Stella, contemplando indignada el periódico—. ¡Y no me lancé a la carrera! Huimos con mucha valentía con unos osos polares preciosos y mágicos.

A pesar de que había sido un desastre y habían terminado desapareciendo en medio del océano, Stella se emocionaba cada vez que pensaba en los osos. Al fin y al cabo, eran magníficos, hermosos, y había sido ella quien los había invocado con su magia.

Incluso un artista había dibujado su fuga de Puerta de Hielo, pero la había representado como una joven cruel e iracunda, y los osos polares parecían muchísimo más salvajes de lo que eran en realidad.

—¡No le arrancaron la cabeza a nadie! —exclamó Ethan, señalando el dibujo: uno de los osos estaba descabezando a un desventurado viandante—. Lo habríamos visto, ¿no?

Felix dejó el periódico en su sitio y susurró:

—Será mejor que Stella espere a las afueras del pueblo con alguno de vosotros. —Y mirando a su hija, añadió—: Cabe la posibilidad de que te reconozcan, y entonces tendríamos problemas. No hace falta que estemos todos para reunir provisiones.

Stella no quería irse, pero entendió que su padre tenía razón. Así que acordaron que Stella, Shay y los duendes de la selva esperarían en la carretera que iba a Negrocastillo. Mientras, Felix, Ethan, Habichuela y Joss comprarían todo lo que pudieran.

Cuando volvieron a verse, una hora más tarde, la búsqueda por las tiendas no había sido muy fructífera. Apenas habían conseguido unas cuantas barritas de dulce de menta, algunos jerséis extra y un trineo maltrecho.

—No hemos encontrado armas en ninguna parte —les contó Ethan disgustado, dándole una patada al trineo.

—Pero tenemos comida y cobijo gracias a la
manta-jaima
mágica —les recordó Felix—. Eso es lo principal.

Emprendieron la marcha hacia Negrocastillo, tomando el serpenteante camino que discurría a lo largo del acantilado. Mientras andaban iban lanzando miradas nerviosas al puente y, en cuanto estuvieron más cerca, vieron letreros que indicaban que el pueblo estaba permanentemente cerrado, por lo que era aconsejable dar media vuelta. Por supuesto, no les hicieron el menor caso y avanzaron por la nieve hacia su destino. Habichuela empezó a tirar del trineo, pero este estaba tan deteriorado y podrido que acabó desintegrándose cuando apenas se habían alejado un kilómetro de Peñasco Alto.

Ethan recogió una tabla de madera rota de la que sobresalía un clavo.

—Al menos podemos usar esto como arma —dijo metiéndosela en la mochila.

Nadie hablaba y Stella, nerviosa, se descubrió mordiéndose el labio. Era la expedición más peligrosa en la que participaban y estaban menos preparados que nunca. Las cosas no estaban saliendo como habían planeado.

Por fin doblaron un recodo y se encontraron con las murallas del pueblo a sus pies.

—¡Mirad! —exclamó Stella señalando—. Ahí hay una niña.

—No es una niña —replicó Joss—. Ya no.

Cuando descendieron, Stella vio que la madre de Habichuela tenía razón. La pequeña figura en medio de la nieve había sido una niña, pero ahora estaba tan congelada e inerte como una muñeca. Tan encogida y con una expresión tan horrorizada que parecía que mirara alguna amenaza desaparecida hacía mucho.

Stella se arrodilló y la miró a la cara, esperando descubrir algún destello de vida. El cuello del vestido y la cofia, de encaje, eran los típicos de dos siglos atrás, pero su rostro no era distinto del que tenían muchas niñas que iban al colegio con ella. Incluso se le distinguían las pecas. Sus pestañas eran delicados hilos de hielo. Se la veía tan viva… Como si fuera a parpadear en cualquier momento.

—¿No podrías descongelarla? —le preguntó Habichuela.

—No tengo ni idea de cómo hacerlo —respondió Stella—. Y no quiero arriesgarme a empeorar las cosas, aunque… no creo que quede nada que descongelar. Ahora está hecha completamente de hielo… igual que su ropa.

Posó levemente la yema de los dedos en la manga de la niña y percibió, no supo cómo, que no podía hacer nada para revivirla.

—Creo que lleva helada demasiado tiempo.

De repente sintió un sabor amargo, que se volvió más amargo aún cuando cruzaron las puertas de Negrocastillo y entraron en el pueblo.

Allí todo estaba hecho de la misma roca negra y reluciente que el puente, por lo que se había conservado muy bien a pesar de los años que hacía que no vivía nadie.

Aunque las casas y las tiendas estaban desiertas y solo se oía el lejano bramido del océano, el silencio que reinaba era espeluznante, y, mientras recorrían las calles, los exploradores se encontraron con más y más personas… Todas congeladas, igual que la niña.

La historia contaba que el ataque de la reina Portia había sido repentino e injustificado… y allí estaba la prueba. Por lo que parecía, a la gente la había sorprendido ocupándose de sus quehaceres cotidianos. Vieron mujeres con cestas colgadas del brazo, perros helados en mitad de un ladrido, niños detenidos mientras hacían rodar un aro con un palo. Todos con la misma expresión horrorizada, aunque aquello que estaban mirando hacía mucho que había desaparecido.

Stella se sintió profundamente avergonzada. Una cosa era leer un informe sobre los actos maléficos cometidos por las reinas de las nieves y otra muy distinta enfrentarse cara a cara con la realidad. Todas aquellas vidas… segadas sin más. Por un capricho.

«Jamás me convertiré en algo así —pensó—. Nunca actuaré como un monstruo».

Cruzaron el pueblo, con cuidado de no tropezar con ninguna de las personas congeladas. Iban mirando por las ventanas, pero no descubrieron nada que les resultara útil. Habían saqueado las tiendas y vaciado las casas. Del pueblo no quedaba nada, solo la estructura de los edificios. La capa de nieve que alfombraba el suelo era lisa y perfecta, y los exploradores casi se sentían mal al hollarla con sus botas. La magia de hielo lo había destruido todo, dejando a su paso zarpazos irregulares en los muros y un rastro de escarcha que aún resplandecía.

—Al Puente de Hielo Negro se va por aquí —dijo Shay, señalando un pequeño arco.

—Bien —contestó Ethan—. Salgamos de este espeluznante lugar.

—¿No sería mejor ir primero al castillo? —preguntó Felix.

Todos miraron hacia la construcción que se erguía en la ladera de la montaña, una silueta amenazadora y hostil, con las ventanas oscuras y desoladas. En la roca vieron unos surcos profundos y serpenteantes que descendían desde el castillo hasta el pueblo: era el rastro que la magia de hielo había dejado muchísimos años atrás. De hecho, parecía haber agrietado también los muros del castillo, cubriéndolos de escarcha.

—La reina Portia era muy malvada —dijo Stella—. Creo que no

deberíamos acercarnos a su castillo.

—Pero no tenemos armas ni medio de transporte —contestó Ethan —. Quizá sí que deberíamos ir a echar una ojeada.

Hubo un silencio.

Stella no podía negar que necesitaban armas y un vehículo para cruzar el Puente de Hielo Negro. Seguramente fuera cuestión de vida o muerte.

—De acuerdo —accedió con un suspiro—. No pasará nada por ir a echar un vistazo. Pero mantengamos los ojos bien abiertos.

7

Ascendieron por el acantilado mientras miraban nerviosos el castillo. Ya habían estado en el hogar de una reina de las nieves, con torreones por todas partes y chapiteles altísimos y elegantes. Este, en cambio, era un cuadrado achaparrado que se inclinaba hacia un lateral del precipicio.

Se detuvieron al llegar a la puerta principal. En la superficie de mármol negro había unas gárgolas malencaradas. Shay probó con la manija de la puerta, pero no se movió.

—Está cerrada con llave —le dijo a Stella.

Ella se acercó y, antes de llegar a tocar la manija, esta se bajó con un sonido metálico y la puerta se abrió lentamente. Se encontraron ante un vestíbulo vacío, frío y oscuro. Recordando lo sucedido la última vez, Stella cruzó el umbral respirando hondo. Y, al instante, el castillo volvió a la vida. El polvo del suelo, las telarañas de la lámpara y el hielo que se había formado sobre los cuadros se esfumaron ante sus ojos.

De pronto, las velas de la lámpara del techo y de los candelabros de la pared se encendieron, lanzando un resplandor centelleante sobre el suelo negro, tan pulido que parecía una laguna inmóvil y reluciente. Un retrato enorme de la reina Portia dominaba la estancia. El cuadro, de tamaño natural, era tan realista que Stella dio un brinco al creer que se trataba de la reina en persona.

La curiosidad superó el temor que sentía y se acercó al retrato para examinarlo. Como la mayoría de las reinas de las nieves, Portia era muy hermosa y elegante, e iba ataviada con un vestido de terciopelo

morado, ribeteado de piel blanca. En el escote lucía un guardapelo de oro espléndido, con un dragón de plata enroscado alrededor que aferraba un copo de estrella con una de las garras.

Portia tenía la tez blanquísima, pero, al contrario que Stella, su cabello era negro como el carbón; lo llevaba recogido en un complicado peinado de trenzas adornadas con cuentas moradas y coronado por una diadema. Sus ojos verdes transmitían altivez y brillaban de un modo que parecía que estuviera observándolos desde el lienzo.

Stella se fijó en que la reina llevaba una pulsera muy parecida a la suya, aunque no todos los dijes eran de plata: entre ellos colgaba un solitario corazón de oro. De repente se le ocurrió una idea y se giró de golpe hacia los demás.

—¿Creéis que tenía su propio Libro de la Escarcha? Jezzybella nos dijo que la mayoría de las reinas de las nieves tienen uno. Igual que las brujas con su Libro de las Sombras.

—Sí, eso es lo que Jezzybella dio a entender —coincidió Felix.

—Pues si la reina Portia tenía el suyo y sigue aquí, entonces, ¡a lo mejor contiene el conjuro que necesitamos para salvar a Shay! ¡Y quizá no necesitemos cruzar el Puente de Hielo Negro!

Una oleada de emoción los recorrió a todos. Tal vez su viaje no tuviera que ser tan largo y peligroso. Tal vez pudiera terminar en ese castillo. Seguiría habiendo una orden de detención contra Stella, y Felix seguiría expulsado del club, pero, si lograban curar a Shay, tendrían un motivo menos de preocupación.

—Podríamos buscarlo —sugirió Felix—. Pero será mejor que no nos separemos, aunque tardemos más.

Se pusieron en marcha y enseguida descubrieron que el castillo era tan fastuoso como el de los padres biológicos de Stella, que de las paredes colgaban un sinfín de mapas y que por todas partes había antiguos globos terráqueos de incalculable valor.

—Qué raro. Parece que la reina Portia era de los que creen que la Tierra es redonda —dijo Stella, haciendo girar uno de los globos—. Incluso se diría que le gustaba viajar.

La idea de tener algún rasgo en común con aquella reina de las nieves no le hacía ninguna gracia, y ese pensamiento no dejó de rondarla mientras subían por las escaleras para registrar los pisos superiores. En la tercera planta se encontraron con una habitación que tenía el muro exterior destrozado, como si hubiera sufrido una especie de explosión mágica. Y en el centro, a través de los tablones del suelo, brotaba hielo hechizado en forma de dedos, que se extendían hacia la pared. Esta se había partido debido al impacto y un aire glacial se

colaba por la grieta.

—¿Por qué hay tantas imágenes de dragones? —preguntó Shay, pasando la mano por un tapiz que representaba a un dragón blanco de aspecto feroz—. Me he dado cuenta de que abajo también hay.

—A lo mejor a la reina Portia le gustaban —contestó Stella.

Recorrieron el resto del castillo, examinándolo de arriba abajo, pero no hallaron ningún Libro de la Escarcha ni nada mágico. El dormitorio de la reina también estaba desmantelado; solo quedaba un joyero vacío.

—Puede que se llevara el libro cuando la multitud la echó de aquí —sugirió Habichuela—. Parece que se llevó su diadema, sus dijes y demás.

Bajaron un poco alicaídos.

—Tengo la sensación de que aquí hay algo más —dijo Stella mirando alrededor—. Pero no sé qué… —Se dirigió a la biblioteca—. El castillo de la reina Jessamine tenía un pasaje secreto que llevaba al exterior —les recordó—. Solo había que sacar de la estantería un libro en concreto. Quizá este castillo tenga algo similar.

De repente, comenzaron todos a sacar libros de los estantes.

—Estos libros son muy antiguos —dijo Habichuela—. Deberíamos llevarnos algunos. Quizá nos resulten útiles.

—¿De qué nos sirve una obra sobre trasgos? —contestó Ethan, lanzando un tomo al suelo, asqueado.

Habichuela no le hizo caso y se metió unos cuantos volúmenes en la mochila.

Empezaban a pensar que tal vez no hubiera ninguna puerta secreta, cuando Habichuela sacó un libro sobre dragones… y una estantería retrocedió con un chirrido y dejó a la vista la entrada de un pasaje.

—Muy bien, Habichuela —lo felicitó Stella.

Al otro lado había un dragón sobre un estante, y en cuanto Stella traspasó el umbral el farol que sujetaba se encendió.

—No es un pasaje —dijo, volviéndose hacia los otros—. Es una escalera.

Estaba excavada en la roca y descendía hacia la oscuridad.

—¿Crees que conduce al interior del acantilado? —preguntó Ethan, asomándose por encima del hombro de su amiga.

—Eso parece. Vamos a averiguarlo.

La escalera podía no ser nada más que otro acceso al castillo, pero cabía la posibilidad de que condujera a una habitación secreta donde la reina hubiera escondido su valioso Libro de la Escarcha. Comenzaron a bajar, con Stella en cabeza y los duendes de la selva

revoloteando a su alrededor. A medida que avanzaba iban encendiéndose más faroles de dragón, que proyectaban una luz parpadeante sobre la reluciente piedra. Los peldaños estaban húmedos y cubiertos de musgo, así que debían andar con mucho cuidado para no resbalarse. Conforme descendían, a Stella le pareció oler a agua salada y oír un tenue repiqueteo de gotas.

La escalera se les hizo interminable. Cuando empezaban a pensar que no llegarían al final, se encontraron con el arco de una puerta. Stella lo cruzó y centenares de velas cobraron vida.

—¡Es una gruta! —exclamó.

Los demás la siguieron y se quedaron contemplando la cueva excavada en la roca. Unas estalactitas largas y finas colgaban del techo, y entre los charcos del suelo brotaban estalagmitas afiladas. Por todas partes había conchas de muchos colores: perla, rosa, azul, coral. El aire olía a sal y a humedad, y se oía el bramido del océano, que no debía de estar muy lejos.

—Y también es… una especie de cochera. Mirad —dijo Shay.

En un extremo de la cueva, varios trineos y carruajes descansaban colocados en fila. Vehículos hermosos y resplandecientes, hechos de cristal marino, dignos de una reina de las nieves.

—Debían de ser de la reina Portia —comentó Stella—. Creo que le gustaba viajar. ¿Os habéis fijado en los mapas y los globos terráqueos?

Se acercaron a examinarlos y vieron que, junto a los trineos tradicionales, había otros con forma de barco y con velas colgando de los mástiles. Por las cuchillas de acero que tenían en la parte inferior, parecían diseñados para deslizarse por el hielo en vez de para navegar.

—Si tuviéramos lobos de expedición, podríamos usar uno de estos vehículos para cruzar el puente —dijo Ethan, señalando los arneses que había sujetos a la proa de una embarcación.

Stella frunció el ceño.

—Parecen demasiado pequeños para lobos. Me pregunto para qué clase de animal serían.

Alargó una mano y, en cuanto tocó las riendas, oyeron un sonido metálico a su espalda. Todos se volvieron a la vez y vieron que unas gárgolas se despegaban de la pared y aterrizaban con un crujido en el suelo cubierto de conchas. Eran siete en total y divergían en tamaño y forma, aunque todas tenían cuernos y unas orejas grandes y puntiagudas. Se pusieron a bostezar y a desperezarse como si se acabaran de despertar y desplegaron las alas con un gruñido.

—Asombroso —se maravilló Felix.

Al oír su voz, las gárgolas miraron bruscamente alrededor y

comenzaron a avanzar a cuatro patas hacia los exploradores, observándolos con sus ojos pétreos y olfateándolos con sus hocicos de piedra.

—Parecen del tamaño perfecto para estos arneses —apuntó Shay —. ¿Es posible que la reina Portia usara gárgolas en vez de lobos?

—¿Creéis que son amistosas? —preguntó Habichuela, visiblemente nervioso.

—Diría que reconocen a Stella —intervino Shay.

Y así era. Las gárgolas se habían arrastrado hasta sus pies y ahora se inclinaban ante ella.

—Hola —las saludó—. Es un placer… ¡Oh!

Se interrumpió, sorprendida, cuando una de las gárgolas la agarró de la mano y comenzó a tirar de ella por un puente de piedra, con las demás a la zaga. La gárgola le apoyó la mano en una parte de la pared que parecía más lisa que el resto y empujó. Ante sus ojos, una gran losa de piedra se desplazó y el sol se coló por el resquicio.

—¡Esperad! —Stella se soltó de un tirón—. Todavía no podemos marcharnos. Primero tenemos que explorar la cueva. Quizá podáis ayudarnos. Mirad, estamos buscando un libro especial que…

Al ver que la gárgola la señalaba sacudiendo la cabeza y diciendo algo, Stella enmudeció. Sus palabras sonaron a grava y metal, como piedras entrechocando.

—Ay, querida. Me temo que no te entiendo —se lamentó.

La criatura volvió a señalarla y repitió lo que acababa de decir. Cuando se dio cuenta de que la joven seguía sin comprenderla, sacudió de nuevo la cabeza. Luego le agarró de repente la muñeca y clavó uno de sus dedos de piedra en su pulsera de dijes.

—Esto… esto es mi pulsera —le explicó Stella, y, al ver que la gárgola parecía alterada, añadió—: No te preocupes; no puede hacerte daño.

—Creo que está señalando un dije en concreto —dijo Shay.

Y tenía razón. La gárgola no paraba de dar golpecitos al dije del dragón de plata y señalaba hacia el fondo de la cueva. Stella recordó la decoración con dragones del castillo de la reina y luego miró hacia las rocas que señalaba la gárgola. Se le ocurrió algo espantoso.

—¿Estás intentando decirme que…? —empezó.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Felix de repente.

Todo el mundo se quedó en silencio, incluso las gárgolas. Por encima del distante rugido del océano y del goteo de las paredes húmedas, surgió un nuevo sonido: un retumbo quejoso que hizo que el suelo temblara y que cayeran pedacitos de piedra y de conchas.

Y entonces, por detrás de un gran montón de rocas, apareció la

enorme cabeza de un dragón blanco. Cuando elevó el morro, volutas de vapor brotaron de sus fosas nasales. Y al soltar una bocanada tremenda de hielo resplandeciente destruyó las estalactitas como si estuvieran hechas de azúcar, cubrió todas las conchas con una capa de escarcha y heló el aire de toda la cueva.

8

Todos se quedaron mirando cómo el dragón se levantaba lentamente y desplegaba las alas. Era descomunal, mediría unos treinta metros desde el morro hasta la cola, que terminaba en un peligroso pincho, le sobresalían unas púas afiladas de la columna y debía de tener cientos de dientes. Parecía estar hecho completamente de hielo… excepto los ojos, que eran de un turbio azul lechoso. Había permanecido enterrado bajo una capa de conchas, y ahora se las sacudía tambaleándose un poco mientras estas caían al suelo en cascada. Dio un golpe tan fuerte a la pared con la cola que abrió un surco en la roca, dejando a la vista la reluciente capa de cristal marino que se ocultaba debajo.

Al entender por fin cuál era el peligro del que habían intentado prevenirlos las gárgolas, los exploradores echaron a correr hacia la salida.

Pero era demasiado tarde. El dragón había reparado en su presencia y soltó un tremendo rugido de rabia. Giró en redondo su monstruosa cabeza para lanzarles una nube glacial que formó de inmediato un muro de hielo peligrosamente resplandeciente. No le dio a nadie, pero Stella advirtió que una de las estalactitas se había roto y descendía en picado, como una espada, en dirección a Joss.

La muchacha chilló para avisarla. Felix se volvió enseguida y, al ver lo que iba a suceder, corrió hacia la madre de Habichuela y la apartó de la trayectoria de la estalactita justo a tiempo. Ambos cayeron por el borde del pequeño puente y aterrizaron en una losa de piedra. Antes de que pudieran ponerse en pie, el dragón les lanzó otra bocanada de hielo, que se solidificó desde la parte superior del puente hasta la losa de piedra, levantando una pared que dejó encerrados al

otro lado a Felix y Joss.

—¡No! —exclamó Habichuela.

Su grito atrajo la atención del dragón, que volvió su mirada hacia los exploradores. Tenía una cabeza enorme y los ojos azules, y el hielo alrededor del morro era grisáceo. Stella pensó que debía de ser muy viejo y que seguramente estaba ciego y no podía verlos.

Ethan le lanzó unas flechas mágicas con fuego en la punta. El dragón bramó cuando se le clavaron en el lomo y comenzó a respirar entrecortadamente. De repente, Stella comprendió que estaba asustado.

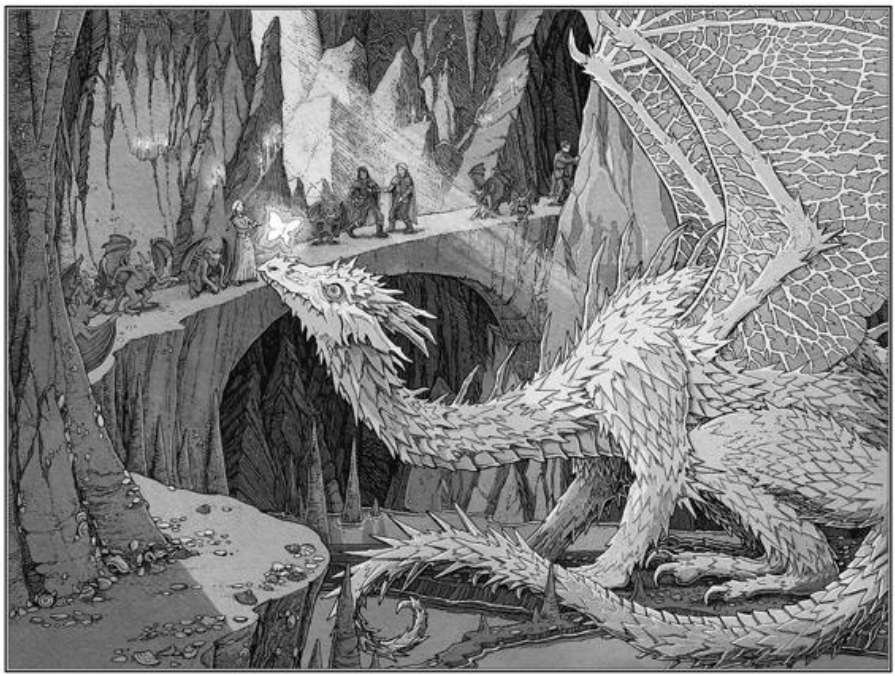
—¡Para! —le gritó a Ethan.

Corrió hasta el puente y levantó las manos. No podía hacer magia de hielo sin su diadema, pero tenía que demostrarle al dragón que era una princesa del hielo y que no suponía ninguna amenaza.

—¡Tranquilo! —chilló—. ¡No vamos a hacerte daño!

Quizá el dragón también fuera sordo —o no entendió lo que le dijo o no la creyó—, porque lanzó otra ráfaga de hielo que pasó tan cerca de la joven que tuvo que agacharse para que no le diera de lleno.

Antes de que el dragón pudiera atacar de nuevo, Stella se enderezó, volvió a levantar los brazos y se concentró. El aire chisporroteó alrededor de sus manos y, por arte de magia, apareció una mariposa. Era tan grande como un águila, y sus alas estaban formadas por unas hebras de escarcha azul celeste reluciente, delicadas y hermosas como la seda que hilan las hadas.



La mariposa se dirigió revoloteando hacia el dragón para posarse en el extremo de su hocico, donde batió las alas con delicadeza. El dragón se quedó inmóvil, y todos contuvieron la respiración. El aleteo de la mariposa pareció calmar a la enorme criatura, que al cabo de un instante bajó la cabeza para apoyarla en el puente de piedra, exhalando nubecillas heladas y temblorosas.

Consciente de que los demás la observaban a distancia, Stella se acercó al dragón.

—Tranquilo —repitió, poniéndole la mano con cuidado en el hocico. El hielo no le quemó la piel mientras lo acariciaba—. Lamentamos haberte molestado —continuó—. Estás a salvo. Ya puedes volver a dormirte.

El dragón comenzó a emitir una especie de ronroneo de satisfacción y, al cabo de unos minutos, se quedó dormido, incluso babeó un poco. La sutil mariposa de escarcha pareció fundirse en el aire.

Stella se puso en pie despacio para no despertar a la bestia y, un segundo después, los jóvenes exploradores corrieron hacia el muro de hielo, patinando y resbalando sobre la inestable alfombra de conchas escarchadas.

Habichuela llegó el primero y empezaron a aporrear el muro con el puño.

—¡Mamá! —gritó, olvidándose de guardar silencio—. ¡Felix!

¿Estáis bien?

Afortunadamente, el dragón no movió ni un músculo. Los demás alcanzaron la pared justo a tiempo para oír a Joss, aunque su voz sonaba débil a través del grueso hielo.

—Estamos bien, hijo.

—¿Cómo los sacamos de ahí? —preguntó Shay mirando a sus compañeros.

—Ojalá hubiéramos encontrado armas en el castillo —dijo Ethan —. Un hacha o algo así.

—La pared es demasiado gruesa —respondió Felix—. No podríais atravesarla ni con un hacha. —Y soltó una palabrota entre dientes.

Stella percibió ira en su voz, algo nada propio de él.

—¿Puedes hacer algo? —le preguntó Habichuela.

Ella negó con la cabeza.

—No conozco el conjuro
funde-hielo,
¿recuerdas? Necesito el Libro de la Escarcha.

Todos se quedaron contemplando la pared, abatidos. Para salvar a Shay necesitaban el mismo conjuro que para liberar ahora a Felix y Joss de su cárcel de hielo. Y, si Jezzybella no se había equivocado, estaba descrito en el Libro de la Escarcha, al otro lado del Puente de Hielo Negro.

—Aunque puedo intentarlo —dijo Stella—. Tampoco sabía cómo crear una mariposa de escarcha, pero de algún modo me ha salido. A lo mejor lo único que tengo que hacer es pensar en ello con todas mis fuerzas.

Esperó que nadie mencionara lo que había ocurrido después de que el lobo brujo mordiera a *Koa*. En cuanto Stella empezó a conjurar el hechizo, *Koa* se puso a aullar y Shay le suplicó que parara, pero el deseo de intentarlo era irresistible.

—Creo que no deberías —se apresuró a decirle Ethan—. ¿Recuerdas lo que pasó cuando…?

Stella lo miró con un resentimiento que habría preferido no sentir.

—Vale, y según tú, ¡¿qué debería hacer?! —le espetó—. Siempre estás diciéndonos lo que no deberíamos hacer, pero ¡nunca propones nada útil! Como dijo Shay: ¡solo consigues empeorar las cosas!

Ethan pareció desconcertado.

—Lo siento. No se me ocurre nada. Lo único que digo es que la magia puede ser peligrosa…

—Quedarse encerrado en una cueva de hielo tampoco es que sea el plan más seguro del mundo. Y los que están atrapados no son tus padres. ¡Así que cierra la boca y deja que yo me encargue!

Ethan se encogió de hombros, pero no dijo nada más. Stella se arrepintió de la forma en que le había hablado; la verdad es que no estaba enfadada con él, sino con la situación. No deberían haber entrado en el castillo de la reina de las nieves. No debería haber dejado que la convencieran.

—Será mejor que os apartéis un poco, por si acaso —les pidió.

Los exploradores obedecieron. Stella advirtió que *Koa* estaba al lado de Shay y que el mechón blanco era más grande. La loba resollaba, cosa que no le había visto hacer jamás.

Stella intentó dejar a un lado las preocupaciones y el sentimiento de culpabilidad, y se plantó frente al muro de hielo. No habían encontrado el Libro de la Escarcha en el castillo de la reina Portia, pero quizá el dragón de hielo le había dado la oportunidad de descubrir el conjuro mágico por su cuenta.

—¡Felix, Joss, será mejor que os alejéis de la pared! —les indicó a voces—. Voy a intentar sacaros de ahí.

Levantó las manos, concentrándose en derretir el hielo que tenía delante. Deseaba poder arreglarlo todo de inmediato; lograr con la magia que las cosas fueran mejor para todos.

Notó el hechizo burbujeando en la yema de los dedos y cómo iban calentándosele las manos, pero al principio no ocurrió nada, hasta que Felix exclamó alarmado:

—¡Stella, sea lo que sea lo que estés haciendo, creo que deberías parar! A este lado cada vez hace más calor.

—Pero eso quiere decir que está funcionando.

La idea de conseguirlo le inyectó una dosis extra de determinación y vertió todas sus energías en la magia.

Pero entonces oyó un chillido detrás del muro.

—¡Stella, haz el favor de parar! —gritó Felix.

De inmediato, ella dejó caer los brazos a los lados, sintiendo que se desmoronaba.

—¿Qué pasa? —preguntó con miedo a oír la respuesta.

—¡A Joss se le ha incendiado el pelo! —exclamó Felix.

—¿Qué?

Habichuela soltó un quejido y corrió hacia la pared.

—Mamá, ¿te encuentras bien?

—No pasa nada —respondió ella—. Estoy bien. Felix ha apagado el fuego. Pero, Stella, cariño, creo que la magia no servirá en esta ocasión.

—De acuerdo, no volveré a probarlo. —La muchacha apretó los puños—. ¿Seguro que estáis bien?

—Perfectamente —le aseguró Joss.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Stella desesperanzada.

Hubo una breve pausa. Al cabo, Joss respondió:

—Tendréis que iros sin nosotros.

—¡Ni hablar! —protestó Habichuela—. ¡No podemos dejaros ahí, mamá!

—Habichuela tiene razón —coincidió Shay—. El viaje de ida y vuelta por el puente durará semanas… Eso si conseguimos volver. Joss y Felix se morirían de hambre.

Hermina tiró a Stella de la manga. La duendecilla de la selva sujetaba una bandeja con magdalenas en forma de piraña. Los duendes parecían capaces de elaborarlas siempre que querían, como por arte de magia. Hermina se señaló a sí misma y luego a un hueco en la pared, que, como Stella vio, era lo bastante grande para que pasara un duende de la selva. Los otros tres desaparecieron por la abertura, cargados también con bandejas de magdalenas.

—Los duendes se quedarán con nosotros —dijo Joss.

—Pero… pero ¡no podéis sobrevivir a base de magdalenas con forma de piraña!

—Yo he sobrevivido comiendo cosas peores —contestó Felix, tenso, y soltó otra palabrota. Stella nunca lo había oído hablar así—. Stella, lo siento muchísimo, pero no hay nada que hacer. Tendréis que marcharos solos.

—Pero ¿y el agua?

—La cueva continúa un poco hacia el fondo —respondió Joss—. Uno de los charcos es de agua de manantial.

Los jóvenes exploradores se miraron unos a otros.

—Me parece que no hay otra solución —dijo Shay.

Stella se volvió de nuevo hacia el muro. Aquello no podía estar pasando. La idea de cruzar el Puente de Hielo Negro juntos ya era horrible de por sí, pero, de repente, con los dos adultos encerrados en el castillo de la reina Portia, se volvía francamente insoportable. Su lado infantil le decía que Felix lo arreglaría todo. Necesitaba a su padre para enfrentarse a aquella aventura.

—Felix, tienes que venir —dijo, consciente de lo inútiles y pueriles que eran esas palabras.

—Cariño, ojalá pudiera —respondió él—. Pero no es posible. Encontrad el libro y curad a Shay, luego ya vendréis a liberarnos.

—Pero ¿y si no encontramos el libro? ¿Y si el puente acaba con nosotros?

Los jóvenes se miraron, vieron el pavor que sentían reflejado en los ojos de los demás.

—Estoy seguro de que lograrás hacerlo, Stella —dijo Felix—.

Recuerda que no solo eres exploradora, también eres una princesa del hielo.

Stella tomó aire profundamente y lo soltó despacio, intentando aceptar la situación. Notó que le apretaban el hombro. Al volverse, vio a Ethan a su lado.

—No te preocupes —le dijo él en una voz baja y firme que le resultó reconfortante—. Podemos hacerlo. De algún modo, lo conseguiremos.

La chica miró a los demás, que asintieron con la cabeza. No había elección. Si no se iban, perderían a Felix y a Joss, y también a Shay. Aun así, Stella no pudo sino pensar que el hecho de perder a dos miembros de la expedición antes siquiera de poner un pie en el Puente de Hielo Negro no auguraba nada bueno.

—De acuerdo, Felix —aceptó al cabo, sintiendo un peso enorme en el corazón—. Nos vamos. Pero volveremos a por vosotros.

Felix y Joss se despidieron desde el otro lado de la pared. Stella habría deseado abrazar a su padre, o al menos verlo de nuevo antes de partir. Después de todo, quizá esa fuera la última vez que estaban juntos. Aunque los duendes de la selva pudieron salir a despedirse, los humanos tuvieron que quedarse tras el muro helado.

—¡Benjamin! —llamó Joss a su hijo cuando estaban a punto de marcharse.

—¿Sí, mamá?

—Por favor, prométeme que volverás.

Habichuela cerró los ojos y respiró hondo.

—Te lo juro. Volveré —prometió.

Los exploradores eran conscientes de que nadie podía prometer algo así. El padre de Habichuela había hecho una promesa parecida y también amaba a su familia profundamente, pero al final eso no bastó. Había desaparecido en el puente.

Stella sabía de sobra que lo tenían todo en contra; lo más probable era que ninguno de ellos regresase.

—Stella, no te enfades, pero ¿no deberíamos llevarnos al dragón? —le preguntó Ethan mientras se dirigían hacia la salida.

—Es viejo —respondió ella—. Y está cansado. No creo que pueda llegar muy lejos. Además, es demasiado grande para salir por el agujero de la pared.

—¿Y qué me dices de uno de estos trineos? —preguntó Shay, señalándolos.

Al volverse, vieron que las gárgolas se habían ceñido los arneses de uno de los barcos y los miraban expectantes, como si estuvieran esperándolos.

Aliviada al ver que no todo iba mal, Stella se acercó al trineo. En la cubierta había espacio suficiente para los cuatro.

9

Las gárgolas tiraron del barco trineo y, tras salir por la boca de la cueva, llegaron a un saliente rocoso en mitad del acantilado. El suelo estaba empapado de agua de mar y resbaladizo, lo cual no pareció afectar a las gárgolas, que, con paso firme, comenzaron a ascender por un sendero sinuoso que tenía la anchura justa para la embarcación.

En cuanto alcanzaron la cima, se detuvieron, se soltaron los arneses y empezaron a rodar alegremente por la nieve. Los jóvenes exploradores bajaron del vehículo. El mar centelleaba a sus pies y el Puente de Hielo Negro se alzaba sobre sus cabezas.

De pronto se fijaron en el barco: tenía más o menos el tamaño de un velero y estaba hecho del mismo cristal marino reluciente que habían visto en la cueva; una hermosa mezcla de blanco, azul y verde. Un yeti tallado gruñía en la proa, y del mástil colgaban unas velas blancas y plateadas. Una escalerilla llevaba a la pequeña cubierta, donde había un timón de latón conectado con las riendas de las gárgolas. Debía de tener una cubierta inferior, porque había ojos de buey.

—Este barco sería perfecto para cruzar el Puente de Hielo Negro —dijo Ethan mirando a Stella—. ¿Crees que podrías ordenarles a las gárgolas que nos llevasen?

Ella frunció el ceño.

—No son esclavas y yo no pienso darles órdenes, pero podríamos pedírselo.

En ese momento las gárgolas se acercaron a ellos a toda prisa. Y enseguida las siete criaturas de piedra se inclinaron ante Stella. De repente, a la luz del sol, vieron que tenían trocitos de concha y coral incrustados en sus oscuros cuerpos, además de percebes pegados a las

garras de los pies y a los tobillos. Stella se preguntó cuánto tiempo llevarían en la cueva.

Todavía inclinadas, las gárgolas miraron expectantes a la chica, como si aguardaran a que les dirigiera la palabra.

—Mmm… Gracias por intentar avisarnos de la presencia del dragón.

—¿Te entienden? —preguntó Habichuela.

—No tengo ni idea… —respondió Stella antes de volverse hacia las gárgolas—. Estamos a punto de emprender una expedición muy importante. Y necesitamos llegar al otro lado del Puente de Hielo Negro. Probablemente sea muy peligroso y, por supuesto, no tenéis ninguna obligación de llevarnos, pero…

Al ver que las gárgolas corrían a ajustarse de nuevo los arneses, se interrumpió y miró a sus compañeros.

—Creo que eso es un sí.

Volvieron a subir al pequeño barco por la escalerilla y, en cuanto todos estuvieron a bordo, las gárgolas tiraron de la embarcación en dirección al Puente de Hielo Negro. Unos instantes después dejaron atrás el castillo de la reina Portia.

Los cuatro exploradores se situaron junto a la barandilla de la proa. Cinco de las gárgolas galopaban por la nieve apoyándose en sus cuatro patas. Arrugaban la cara por el frío, pero a Stella le dio la impresión de que estaban disfrutando. Las otras dos habían desplegado las alas y volaban, impulsando el barco desde arriba. Stella percibió el potente batir de sus alas y, cuando miró al suelo, descubrió que avanzaban a mucha velocidad.

—¡Madre mía! —exclamó Ethan—. ¡Deben de ser fortísimas!

Stella sonrió.

—Justo lo que necesitamos para cruzar el puente. A este ritmo, llegaremos al otro lado en un abrir y cerrar de ojos.

—Y como las gárgolas están hechas de piedra, ni siquiera tienen que parar a comer o descansar —apuntó Habichuela—. Mirad, ya casi estamos.

Por fin estaban frente al Puente de Hielo Negro. De cerca era muchísimo más amenazante e imponente que desde el océano. Una estructura gigantesca y misteriosa que se extendía sobre el agua hasta donde alcanzaba la vista y que al final era engullida por una densa niebla marina.

Pero no era momento de recapacitar y dar media vuelta. Los cuatro jóvenes corrían directamente hacia el funesto puente del que incluso los exploradores más valientes solo hablaban en susurros.

Ahora que contaban con un medio de transporte tan perfecto,

Stella sintió un pequeño fogonazo de esperanza; quizá lograran salir bien parados después de todo.

10

Stella tiró con suavidad de las riendas para que las gárgolas se detuvieran. Todos sintieron cierto temor al desembarcar por la escalerilla, pero no los fulminó ninguna maldición ni ningún monstruo se abrió paso entre la niebla. La estructura debía de medir unos doce metros de ancho, pero, aparte de por su tamaño, era casi como cualquier otro puente.

Casi… pero no del todo.

Había algo raro. Stella lo percibió en cuanto puso un pie encima: un frío antinatural la recorrió de arriba abajo, como si unos dedos helados y temblorosos le hubieran intentado agarrar la mano pidiendo ayuda y ella no supiera si apartarlos o tratar de socorrer a su dueño.

Con un estremecimiento, se volvió hacia los demás.

—¿Vosotros también lo notáis? —les preguntó, pero, al advertir sus rostros demudados, añadió—: Ya veo que sí.

—Quizá es por las historias que hemos oído… —sugirió Habichuela, esperanzado.

Ethan negó con la cabeza.

—Es la magia. Magia maléfica. El puente está empapado de ella.

—Yo tengo un libro sobre magia maléfica —anunció Habichuela, sorprendiendo a todos al sacar de su mochila un tomo viejo y deteriorado.

—¿De dónde diablos lo has sacado? —quiso saber Ethan.

—De la biblioteca de la reina Portia.

Ethan lo miró como si fuera una serpiente peligrosa que pudiera atacarlos de repente.

—Estos libros son muy peligrosos —dijo, negando de nuevo con la cabeza—. No puedes ir por ahí recogiéndolos como si fueran huevos de Pascua. Si tuvieras algo de sentido común, te desharías de él.

Habichuela miró el volumen frunciendo el ceño.

—Pero, si la magia maléfica supone una amenaza tan poderosa, entonces es de sentido común aprender todo lo posible sobre ella. —Y miró a los demás en busca de apoyo.

Shay asintió.

—Yo creo que tiene razón.

—¿No va contra la ley poseer un libro de ese tipo? —preguntó Stella—. Creo que me lo dijo Felix.

—Solo lo he tomado prestado —respondió Habichuela, guardándolo de nuevo en la mochila—. Y ya estamos quebrantando un montón de normas. No creo que nos venga de una. ¿Inspeccionamos bien el velero? Las gárgolas parecen saber adónde van.

Volvieron a la cubierta y las gárgolas se pusieron en marcha. En la proa estaba el timón, en la popa un banco para sentarse y en el centro el mástil, así que con los cuatro exploradores apenas sobraba sitio.

—A lo mejor, si desplegáramos las velas, el barco iría aún más rápido todavía —propuso Habichuela.

Aparte de Ethan, ninguno sabía navegar. Como miembro del Club de Exploradores del Calamar Oceánico, el mago había pasado mucho tiempo en buques, barcos y submarinos. En cuanto desplegó las velas, el viento impulsó el trineo todavía a mayor velocidad.

Stella reparó en que a lo largo de la barandilla había varias estatuas plateadas, tenían forma de yeti y sostenían unos faroles con velas de hielo en el interior. Al parecer, no podían encenderse con cerillas normales, pero, tras recordar que aquel vehículo pertenecía a una reina de las nieves, Stella alargó las manos hacia el farol más cercano y se concentró en encenderlo. Al instante, una brillante llama blanca brotó y creó una reacción en cadena. De pronto, todos los faroles estuvieron encendidos.

—Me pregunto cómo se irá a la cubierta inferior —dijo Shay.

Inspeccionaron el barco y enseguida descubrieron un tirador redondo en el suelo. Cuando abrieron la escotilla, vieron una escalera de mano. Los exploradores descendieron despacio, temiendo que la reina Portia hubiera dejado allí alguna sorpresa peligrosa, pero lo único que encontraron fue una cocina pequeña, vacía desde hacía mucho, además de un par de hamacas que colgaban de las paredes de un estrecho camarote. Como no querían perder de vista el Puente de Hielo Negro, no tardaron en regresar a la cubierta superior. El puente tenía unas dimensiones colosales. No solo era inmensamente largo,

sino también sumamente ancho. Habrían cabido diez barcos como el suyo avanzando a la vez, y aún sobraría espacio.

De pronto se adentraron en una densa niebla marina y apenas pudieron ver a unos pocos metros de ellos, incluso a la luz centelleante de los faroles de los yetis.

—Quizá no deberíamos haber desplegado las velas —comentó Ethan—. Creo que las gárgolas deberían reducir el paso. Sabemos que más adelante hay obstáculos… campamentos abandonados y qué sé yo. Podríamos chocar con algo.

Stella observó a las gárgolas, preguntándose si verían mejor que ellos. Decidió que no estaría de más actuar con prudencia y se inclinó un poco sobre la barandilla para preguntar:

—¿Os importaría ir un poquito más despacio?

Las gárgolas la obedecieron al instante y siguieron avanzando a menor velocidad, mientras Ethan les enseñaba a los demás cómo arriar las velas.

Stella miró a Habichuela.

—Supongo que no habrás traído el diario de tu padre, ¿verdad? Sería útil saber qué nos espera.

El diario del último viaje de Adrian Albert Smith contenía las anotaciones de todo lo que su equipo había visto y hecho en el Puente de Hielo Negro… hasta que la expedición al completo desapareció misteriosamente sin dejar rastro.

—No, no lo he traído —respondió Habichuela, mientras sacaba a *Aubrey* del bolsillo y se ponía a manosearlo—. Pero tampoco lo necesito. Me lo sé de memoria desde hace años. Primero veremos un árbol negro y retorcido, con una fruta extraña que no hay que comer bajo ningún concepto porque te ardería el estómago. Luego pasaremos junto a un cementerio de barcos, pero quizá no lo veamos debido a la niebla.

—Entonces, ¿cómo sabremos que está ahí? —preguntó Ethan.

—Oiremos las campanas de las embarcaciones —contestó Habichuela, sombrío—. Y poco después deberíamos llegar al campamento de mi padre, o a lo que quede de él. Y luego… ni idea.

Continuaron mirando fijamente hacia delante mientras avanzaban arrastrados por las gárgolas. Stella echaba de menos el telescopio. La brújula parecía no servirle de nada en el Puente de Hielo Negro: al sacarla del bolsillo y levantar la tapa, vio que la aguja daba vueltas a toda velocidad, yendo de «refugio» a «yetis» o «gnomos furiosos», sin detenerse sobre nada.

—Probablemente le afecte la magia maléfica —apuntó Habichuela.

Soltando un suspiro, Stella volvió a meterse la brújula en el

bolsillo. Nevaba otra vez. Unos copos gruesos revoloteaban alrededor del mástil y la bruma que se elevaba del mar era tan densa que ni siquiera se veía el agua. De hecho, era difícil ver casi cualquier cosa.

Empezaba a oscurecer cuando llegaron al árbol negro que se mencionaba en el diario del padre de Habichuela. Shay vio sus retorcidas ramas surgiendo como dedos entre la niebla.

—¡Ahí está! —exclamó señalándolo—. Deberíamos parar a echarle un vistazo.

—No podemos, sería peligroso —contestó Stella.

—Más peligroso sería no parar. La noche no tardará en caer, y necesitamos dormir. Todos. Y no creo que debamos seguir avanzando mientras dormimos. Debemos mantener la cabeza despejada para lo que está por venir. En mi opinión, deberíamos detenernos y acampar.

Tras debatirlo brevemente, decidieron que sería lo más sensato. Así que, cuando llegaron junto al tronco, Stella les ordenó a las gárgolas que se detuvieran y los cuatro amigos desembarcaron a la sombra que proyectaba el árbol negro entre la bruma.

Era endeble y raro, con ángulos retorcidos y hojas pegajosas. Sus combadas ramas se inclinaban de una manera enfermiza, lo cual no era de extrañar, pues allí no había nada de lo que necesitaba para desarrollarse: ni nutrientes, ni lluvia fresca, ni siquiera tierra; había echado raíces en un hielo compacto y rebosante de magia maléfica.

Cuando Stella empezó a acercarse al tronco, una gárgola le salió al paso y comenzó a señalarle de nuevo, insistentemente, el dije de dragón de su pulsera.

—Sí, teníais razón con lo del dragón —suspiró Stella—. Y lamento no haber entendido vuestra advertencia en el castillo…

La gárgola sacudió la cabeza con un bufido de irritación y fue a reunirse con sus compañeras, que se habían quitado los arneses y estaban retozando tan contentas sobre la nieve.

Stella se aproximó al árbol con sus amigos. Vieron que estaba hecho de maderos a la deriva, unidos entre sí con una sustancia negra pegajosa, y que de las ramas dobladas colgaban unos frutos de aspecto extraño, hinchados y relucientes. El aire apestaba a sal y a algas.

—Qué raro —dijo Habichuela, extrañado—. Estoy seguro de que en su diario mi padre decía que los frutos eran como racimos de uva, pero estos son muchos más grandes, como melones.

Ethan se encogió de hombros.

—Parece un montón de huesos rotos que alguien hubiera recolocado de forma equivocada. ¿Quién sería tan idiota como para comerse sus frutos?

Al oír esas palabras, Habichuela se ofendió, pero Shay se apresuró

a intervenir:

—Si nadie hubiera probado las piñas de la Isla de la Piña, jamás se habría sabido lo deliciosas que son. Y parecían mucho más peligrosas, con todos esos pinchos y demás.

Los melones negros no estaban cubiertos de pinchos, pero a Stella tampoco le parecieron apetecibles. Su superficie, oscura y brillante, parecía transpirar una sustancia pegajosa.

—Menos mal que no han venido los duendes de la selva —dijo Shay.

Los demás estuvieron de acuerdo con él, porque se habrían comido todo lo que hubieran encontrado, incluidos esos melones repugnantes.

—¿Qué es esa cosa negra? —preguntó Ethan, observando el árbol.

—Puede que brea… —sugirió Habichuela.

—No lo creo. Me recuerda a algo. —Ethan frunció el ceño—. Pero no consigo recordar qué…

—¿Creéis que deberíamos llevarnos algún fruto? —preguntó Shay —. Como curiosidad para el Club de Exploradores del Oso Polar.

A Stella no le entusiasmó la idea. Para empezar, a Felix y a ella los habían expulsado; además, aún no sabían si podrían curar a Shay, eso por no hablar de si conseguirían regresar sanos y salvos de la expedición.

—Venga… —protestó Shay—. Todavía somos exploradores, ¿no? Somos conscientes de que no podemos comernos los melones, o lo que quiera que sean, pero no sabemos de qué están hechos. Y yo jamás había visto un árbol como este. Si nos llevamos algunos frutos, los investigadores del club podrían analizarlos. Quizá hasta se animen a readmitir a Felix y a Stella. —Y, dicho esto, dio un paso hacia la rama más cercana y arrancó uno de los melones—. Caray, qué sensación más rara. Parece un globo de agua… como si estuviera lleno de líquido…

—¡Eso es! —exclamó Ethan palideciendo de pronto y soltando un quejido—. No es brea… ¡es tinta! —Señaló el melón oscuro que sujetaba Shay—. Haz el favor de devolverlo a su sitio, ¡deprisa! Eso no es un árbol. ¡Es un nido!

Shay bajó la mirada hacia el fruto.

—¿Qué…?

Eso fue todo lo que dijo antes de que el árbol prorrumpiera en alaridos.

11

El atroz estruendo pareció atravesar el aire.

—¡Es un nido de calamar rojo aullador! —gritó Ethan.

—Pero… pero ¡yo pensaba que solo vivía en el Mar de los Tentáculos Ponzoñosos! —se lamentó Shay, mirando a los demás con desesperación.

—Migran para desovar y, hasta ahora, no se sabía adónde iban. ¡Devuelve el huevo de una vez!

Shay se dio prisa en devolver el melón a su sitio, pero ya era demasiado tarde. El árbol siguió chillando de un modo tan estridente que el puente empezó a temblar. El huevo se cayó de la rama y se estrelló contra el suelo, desparramando tinta negra por la nieve y las botas de Shay.

Por si eso fuera poco, los alaridos de la cría de calamar perturbaron a los demás huevos, y, uno tras otro, fueron cayendo de las ramas y liberando tinta y más crías monstruosas por el suelo. Según el capitán Ajax, el calamar rojo adulto era una de las criaturas más peligrosas del Mar de los Tentáculos Ponzoñosos. Había sido uno de esos monstruos lo que había dado muerte a Julian, el hermano mayor de Ethan.

Habichuela tiró del pompón de su gorro de lana.

—¡¿Qué hacemos ahora?! —exclamó.

—¡Largarnos! —respondió Ethan, volviéndose hacia el barco—. ¡Escapemos antes de que llegue la madre!

Echó a correr y los demás lo siguieron pisándole los talones. Stella vio con alivio que las gárgolas estaban atándose los arneses

frenéticamente, preparándose para tirar de la embarcación. Una de ellas, muy impaciente, les hizo señas para que se apresuraran.

Sin embargo, cuando estaban a unos pocos metros del trineo, el mar se abrió y un monstruo gigantesco salió a la superficie. Una cascada de espuma heladora inundó el puente y tiró al suelo a los exploradores, que rodaron por la nieve. Stella jadeó cuando notó el escozor de la sal en los ojos. Se los secó con el dorso de la mano y levantó la cabeza justo en el momento en que un descomunal calamar rojo aullador enroscaba sus tentáculos alrededor de una de las torres negras del puente para izarse desde el océano.

—¡Cuidado! —gritó Ethan—. ¡Si os agarra, os arrastrará hasta el fondo del mar!

Stella se dijo que no permitiría que le ocurriera semejante horror. Una milésima de segundo antes de que un tentáculo de la bestia se abatiera sobre ella, rodó de costado y lo esquivó por los pelos. El tentáculo no solo estaba cubierto de ventosas, sino que también tenía unos colmillos relucientes en la punta.

Los demás se habían puesto de pie y se desperdigaban en distintas direcciones, intentando evitar los golpes del calamar. El monstruo debía de medir al menos seis metros, y a causa de la espesa niebla costaba saber dónde empezaba y dónde terminaba.

Stella se alejó del tentáculo… pero acabó chocando con un pico enorme, casi tan grande como ella. Para su espanto, se dio cuenta de que había corrido en dirección al monstruo en vez huir de él. No podía congelarlo sin su diadema, y el pequeño yeti de nieve al que invocó instintivamente se deshizo en copos en cuanto golpeó a la bestia con los puños.

El calamar abrió el pico y soltó un alarido espeluznante. Un hedor a pescado podrido y a algas viejas le produjo náuseas y la fuerza del aliento le apartó el pelo de la cara. Stella dio media vuelta e intentó escapar. Cuando el pico se cerró a sus espaldas, se imaginó partida en dos, pero entonces Ethan la agarró del brazo y tiró de ella con tanta energía que pensó que se le dislocaría el hombro.

Casi al mismo tiempo, Shay lanzó un bumerán, que, con un zumbido, surgió entre la niebla e impactó directamente en el enorme ojo del calamar. El monstruo aulló de dolor, cerró el párpado y sacudió los tentáculos a ciegas.

Stella se fijó en que Ethan, que siempre iba repeinado, tenía el pelo delante de la cara y un gesto de desesperación.

—¡Corred hacia el barco! —exclamó el mago, apenas sin aliento.

Precedidos de Shay y Habichuela, Stella y Ethan salieron disparados hacia el trineo, agachándose para evitar los tentáculos y

saltando por encima de las crías. Mientras corría por la nieve con todas sus fuerzas, a Stella le costaba respirar y notaba un dolor punzante en el pecho.

Cuando por fin se subieron al barco, las gárgolas se pusieron en marcha con una sacudida. Era demasiado pronto para sentir alivio; no habían avanzado ni un metro cuando oyeron un estruendo, el velero dio un bandazo y todos cayeron al suelo de la cubierta.

—¡Por el gran Scott! —gritó Stella con voz estrangulada—. ¡Nos está atacando!

Así era: el calamar rojo aullador había enrollado sus tentáculos alrededor de la nave y la arrastraba hacia el pretil del puente. Las gárgolas, que habían quedado aprisionadas por las monstruosas patas, intentaban desatarse los arneses y liberarse.

—¡Esto es el fin! —se lamentó Habichuela.

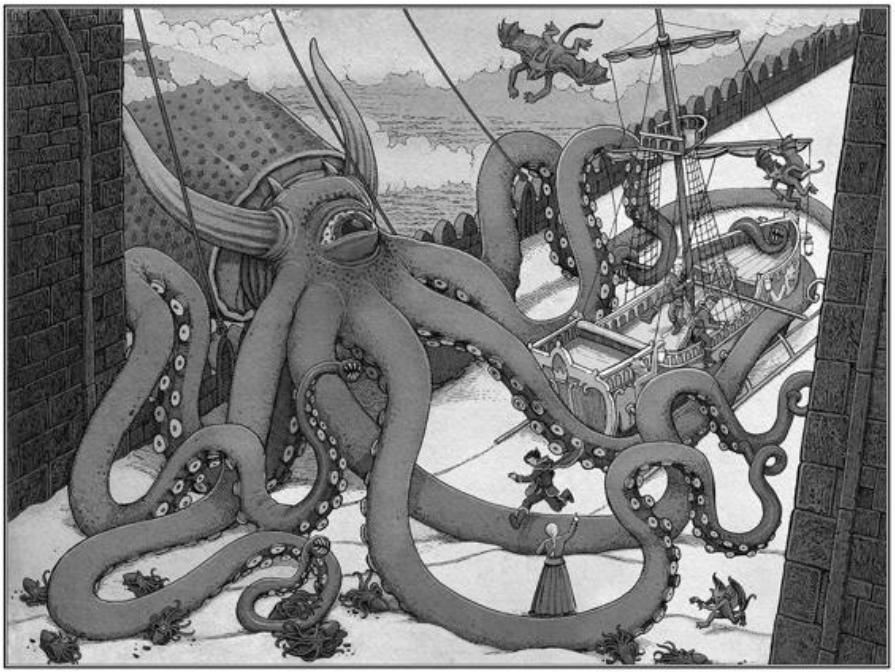
—¡Deprisa! —chilló Stella—. ¡Tenemos que abandonar el barco antes de que se hunda en el océano!

Uno a uno, los exploradores descendieron por la escalerilla.

Stella fue la primera en aterrizar en la nieve, seguida de Shay y Habichuela. Pero Ethan seguía a bordo. Y cuando el calamar tiró de su presa otra vez, el mago se enredó con las cuerdas del mástil. Sucedió todo tan rápido que no pudieron hacer nada. El calamar partió en dos el mástil con los tentáculos y alzó una de las partes por encima del pretil, arrastrando a Ethan con ella, pero dejando el resto del barco en el puente.

—¡Salta! —le gritó Stella a su amigo, pero este tenía el brazo atado a las cuerdas y no pudo soltarse a tiempo.

La muchacha logró ver la cara del mago, totalmente pálida, justo antes de que el calamar rojo aullador lo arrastrara al fondo del mar levantando una gigantesca ola de espuma helada.



12

Stella se quedó mirando el espacio que había ocupado Ethan unos segundos antes, con los alaridos de las crías de calamar resonándole en los oídos. Recordó lo que su amigo le había contado sobre el maligno calamar rojo aullador que se había llevado a su hermano. La idea de que fuera a ocurrirle lo mismo a él le resultaba insoportable, y corrió con los otros exploradores hacia el pretil del puente, lista para saltar al agua.

Pero al llegar vieron que la cuerda se había roto al enredarse en la barandilla. Y, para su alegría, Ethan colgaba de ella a varios palmos de distancia de la superficie del agua. No había ni rastro del mástil ni del calamar, aunque uno de los tentáculos dentudos debía de haber golpeado al mago, porque la cara le sangraba profusamente.

—¡Oh, gracias, gracias! —exclamó Stella—. ¡Ayudadme a izarlo!

Todos agarraron la cuerda y tiraron de ella.

—¡No os preocupéis por mí! —bramó Ethan—. ¡Id a por las crías y lanzadlas al agua! ¡Deprisa, o la madre volverá!

Sus amigos hicieron lo que les decía, y corrieron a atrapar a los pequeños calamares por los tentáculos. Con mucho cuidado, para evitar los dientes de los extremos y los agresivos picos, los fueron echando al agua, donde se sumergían con rapidez. Mientras tanto, Ethan había ido trepando por la cuerda y se aupó solo al puente, sin dejar de resollar.

Los demás volvieron para comprobar que se encontraba bien y luego miraron angustiados al mar. Se había formado un remolino inquietante a cierta distancia, pero no vieron ninguna señal del monstruoso calamar y el árbol había dejado de chillar por fin. De repente, el silencio resonaba en sus cabezas como una campana.

Parecía que hubiese ocurrido una masacre en el puente. Había tinta negra por todas partes y trozos de madera rota. Las gárgolas habían remolcado el barco un poco más allá, y Stella las observó y le pareció que estaban todas e ilesas. Aparte del mástil roto, el velero también parecía encontrarse en buenas condiciones, y los exploradores se apresuraron a embarcar una vez más.

Las gárgolas se pusieron en marcha de inmediato, corriendo sobre la nieve, y todos se alegraron de dejar atrás el árbol.

—Me pregunto por qué ningún calamar atacó a la expedición de tu padre —le dijo Stella a Habichuela.

—Probablemente porque los huevos eran más pequeños. Debían de pesar menos, así que seguro que no alertaron al árbol cuando los arrancaron. —Luego miró a Ethan—. Deja que te cure ese corte.

Se acercó al mago para usar sus dotes sanadores. Ethan se lo agradeció.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Stella al chico al ver que le temblaban las manos.

—Sí. Pero… la experiencia con el calamar rojo aullador ha sido especialmente dura, teniendo en cuenta lo que le sucedió a Julian…

—La verdad es que es una bestia muy feroz —dijo Shay—. Tu hermano debía de ser realmente valiente.

—Sí que lo era. —Ethan se estremeció—. Esperaba no volver a ver a una de esas horribles criaturas, pero…

—Bueno, ya es agua pasada —suspiró Stella—. Nos hemos librado de ella. Hemos tenido suerte.

Y esperaba que siguieran teniéndola con lo que los estuviera esperando más adelante.

Siguieron avanzando por el puente un par de horas más, y luego se detuvieron para acampar.

Stella les preguntó a las gárgolas si les gustaría refugiarse en la jaima mágica, pero las criaturas de piedra prefirieron quedarse en el barco. Había caído la noche, y la niebla, ahora teñida de un gris polvoriento, era cada vez más densa y les empapaba la ropa.

Una gárgola alada señaló de nuevo la pulsera de Stella, clavando el dedo en el dije del dragón.

—Lo siento —se disculpó la chica—. No sé qué queréis que haga. ¿Me estás diciendo que use el dije? Me temo que no puedo correr ese riesgo… Es demasiado peligroso.

Recordaba que Jezzybella había estado dándole vueltas al dije del dragón, y que al final le había dicho que servía para invocar a un dragón de hielo enorme. «Es bastante peligroso si no tienes experiencia —le había dicho en su día la anciana bruja—. El dragón

nace salvaje, ¿sabes? Varias reinas de las nieves han perdido el control y han sido engullidas por su propio dragón. Quizá será mejor que dejemos ese dije para cuando seas un poco mayor, cariño».

—¡Venga! —exclamó Ethan cuando las gárgolas se marcharon volando a la cubierta del barco—. Están hechas de piedra, probablemente no notan el frío. En cambio, yo tengo los dedos congelados. —Tenía la
manta-jaima
en las manos y se apresuró a pronunciar las palabras mágicas para desplegarla—: ¡Síncopa de serpiente sonora!

La manta-jaima mágica era una de las mejores adquisiciones que habían tomado de la Montaña de la Hechicera. Parecía una manta normal y corriente, pero, si pronunciabas las palabras mágicas apropiadas, se transformaba al instante en una tienda de campaña maravillosa. Los exploradores la encontraron tan cálida, acogedora y cómoda como siempre, llena de cortinas de seda, mullidos pufs y otomanas doradas. A Stella se le saltaron las lágrimas al ver la fogata que chisporroteaba en medio de la tienda, con un caldero encima en el que borboteaba un guiso de aroma delicioso.

—Pero ¿dónde diablos estamos? —preguntó una voz indignada. Se trataba del genio Ruprekt, que acababa de salir de la botella ataviado con su habitual túnica colorida, el turbante y las babuchas puntiagudas. Stella advirtió que llevaba el bigote tan rizado y engominado como siempre y que en sus ojos brillaba el miedo—. Este sitio me da mala espina…

—Estamos en el Puente de Hielo Negro —le explicó Stella.

El genio se quedó boquiabierto e incluso pareció que se le marchitaba el bigote.

—Me estás tomando el pelo —dijo al cabo con un tono casi suplicante.

Stella negó con la cabeza.

—Bueno, imaginaba que sería un lugar frío, desolado y peligroso, pero jamás, ni en mis sueños más locos… —Ruprekt sacudió la cabeza —. Sois más temerarios que el mismísimo lord Rupert Benedict Arnold, pero nada más lejos de mi intención que tratar de convenceros de que actuéis con sentido común. Al fin y al cabo, yo no soy más que un genio de expedición. —Ruprekt, que era un genio propenso a enfurruñarse, resopló—. Me he tomado la libertad de prepararos un baño…

No pudo añadir nada más, porque, para el asombro del resto, Ethan estrechó al genio en un abrazo.

—¡Qué maravilla, un baño! —exclamó el mago—. ¡De todas las

cosas buenas de este mundo, un baño es la más fantástica que se me ocurre en este momento! ¡Gracias, Ruprekt, gracias!

El genio se mostró un poco desconcertado ante aquella repentina muestra de afecto.

—Es un placer, joven Rook —balbució zafándose del abrazo—. He dispuesto el baño en ese espacio —dijo señalándole el dormitorio a Ethan, que salió disparado hacia allí—. ¡No sé qué le pasa a ese joven! —gritó Ruprekt, alisándose la túnica.

Ethan solía ser bastante reservado y no prodigaba los abrazos más que Habichuela.

—Ha sido un día muy largo —dijo Stella.

De hecho, había sido largo y duro para los cuatro amigos, y todos se alegraron de poder darse un baño y ponerse los pijamas limpios y calentitos que el genio les había preparado. Eran de color arena y tenían el emblema del Club de Exploradores del Chacal del Desierto. La
manta-jaima
mágica había pertenecido a los exploradores de ese club, y muchas de sus cosas seguían desperdigadas por allí, desde los mapas del desierto que había clavados en las paredes hasta el salacot que descansaba en la cabeza de una hiena gruñidora disecada.

—Creo que es la primera vez que la veo —comentó Stella, observando a la hiena.

—La encontré en el armario de las provisiones —le explicó Ruprekt señalando una alacena—. Pensé que adornaría un poco la estancia.

Como objeto decorativo estaba bastante vieja y raída, pero Stella le dio unas palmaditas igualmente.

—Ruprekt, espero que no te importe que te hayamos hecho venir al Puente de Hielo Negro. Sé que deberíamos habértelo preguntado primero, pero es que todo ocurrió tan rápido que…

—Tonterías, señorita Stella —la interrumpió él, e irguiéndose en toda su estatura, añadió—: Soy un genio de expedición. A donde vaya la aventura, allá voy yo.

—Gracias, es un alivio.

Ruprekt miró las paredes de lona y dijo:

—No dudo de que tengan sus razones para estar aquí, señorita, pero este es un mal lugar. Un lugar malísimo. Oigo voces extrañas en el viento, ecos antinaturales y murmullos retorcidos y atormentados que no auguran nada bueno.

Stella asintió.

—Lo sé, pero es nuestra única esperanza de salvar a Shay.

En ese momento salieron del dormitorio los demás exploradores,

todos en pijama, y se sentaron alrededor de la fogata para cenar el estofado. Stella recordó que, la primera noche que pasaron en la jaima, los duendes de la selva se sentaron en el borde del caldero y empezaron a pelear por el sombrero de copa y a meter los pies en el guiso. No pudo evitar echar de menos su bulliciosa compañía. Al pensar en ellos, recordó que Felix y Joss estaban encerrados en la cueva del castillo de la reina Portia y esperó que se encontraran bien.

Al ver que todos estaban un poco tristones, Ruprekt recogió los cuencos vacíos y les sirvió chocolate caliente con malvaviscos extra. Stella se dijo que el chocolate caliente mejoraba el ánimo de cualquiera, fueran cuales fuesen sus circunstancias. De repente, al notar cómo la reconfortaba, sintió que se relajaba por primera vez en mucho tiempo.

—¿Sabéis? He estado pensando que quizá el puente no sea tan malo como todo el mundo cree —dijo Shay soplando el chocolate—. A lo mejor, el único responsable de la desaparición de todos esos exploradores sea el calamar aullador. Puede que la gente oyera chillar al calamar y al árbol, y, al no saber qué eran, empezaran a contar historias sobre fantasmas.

—Es posible —respondió Stella, aunque en realidad no lo creía, porque esa teoría no explicaba las malas sensaciones que tenía en el puente.

—Este atlas es muy curioso —intervino Habichuela, que estaba ojeando otro de los libros de la biblioteca de la reina Portia.

Era un tomo grande, encuadernado en cuero y con las páginas amarillentas. Parecía viejísimo, y Stella estaba segura de que debía de oler maravillosamente.

—Mirad. —Habichuela levantó el libro abierto para mostrarles un mapa. Cuando se acercó más, vieron que se trataba del Mar Azul Gelatinoso—. Aquí hay islas de las que nunca había oído hablar. —Y las señaló—. Como la del Lince, el Archipiélago de la Perla Arenosa, el Islote de los Flamencos Caballero…

—Venga ya, todo el mundo ha oído hablar del Islote de los Flamencos Caballero… —lo interrumpió Ethan en tono despectivo—. Es un lugar ridículo en el que la gente creía antes de que empezaran las exploraciones de verdad. Pero en realidad no existe.

—Pues sale aquí, en este mapa —contestó Habichuela, mirando la página—. Si incluso hay dibujado un pequeño flamenco con un bombín…

—Ese atlas parece tener cientos de años —lo interrumpió Ethan de nuevo—. No será preciso. Los mapas viejos como ese están llenos de lugares fantasma que no existen. Creo que por hoy ya hemos hablado

bastante de fantasmas, monstruos y flamencos caballero. ¿Quién quiere ver un truco de magia? He estado practicando uno y me parece que ya lo domino.

Todos querían verlo, así que Ethan se puso a buscar un sombrero.

Habichuela le ofreció su gorro de lana con pompón, pero el mago lo rechazó con un gesto.

—No, no seas absurdo. No puedo sacar un conejo de un gorro de lana. En realidad, debería usar una chistera. —Reparó en la hiena gruñidora del rincón—. Pero a lo mejor eso me sirve. —Así que fue a quitarle el salacot al animal disecado y regresó con los demás junto al fuego—. Durante un montón de tiempo solo conseguía sacar mangostas —confesó el mago—. Y son las criaturas más salvajes que hayáis visto…

—En realidad, los animales más salvajes del mundo son los minigatos salvajes —replicó Habichuela—. Y también son bastante peligrosos, porque, debido a su tamaño, la gente los confunde con cachorros de gato…

—¿Has visto alguna vez un minigato salvaje? —quiso saber Ethan.

—No en persona.

—Entonces, lo que yo he dicho es correcto.

—Quizá no sea una buena idea probar el truco ahora mismo —intervino Shay—. Y menos después de hablar de minigatos salvajes. Podría aparecer uno por accidente, Ethan. Recuerda cuando intentaste crear una alubia polar y conjuraste un escorpión que se puso a correr chasqueando las pinzas…

—Gracias —le espetó el mago—, pero no hace falta que me recordéis mis errores. ¿Podríais cerrar el pico y estar atentos antes de que cambie de idea?

Todos los presentes miraron a Ethan mientras este observaba el sombrero que tenía entre las manos. El joven respiró hondo y exclamó:

—¡Uno, dos, tres, alakazam!

Vieron un destello luminoso y una nubecilla de humo. Todos soltaron gritos de asombro y también chillidos de alarma, porque lo cierto es que esperaban que del salacot saltara un minigato salvaje; Stella reparó en que Ruprekt incluso tenía preparado un cazamariposas para capturarlo.

Pero entonces, ante sus ojos, un animal salió del sombrero. Solo que no era un minigato salvaje, ni un conejo, ni siquiera una mangosta. Era un flamenco de un vivo color rosa; no, más que eso: era, sin duda alguna, un caballero. Lo supieron porque iba ataviado con un pequeño bombín, una chaqueta elegante y una pajarita, y,

además, debajo del ala llevaba un paraguas a rayas muy bonito.

13

En un instante, el flamenco desapareció de la vista de todos. Ruprekt, con un grito de alarma, había dejado caer sobre él el cazamariposas, creyendo que se enfrentaban a un minigato salvaje.

—¡No se preocupe, señorita Stella! —chilló el genio—. ¡No permitiré que esa bestia feroz le haga el menor daño!

—¡Bestia feroz! —exclamó dentro de la red una voz profunda y bastante engolada—. Por el amor del cielo, ¿dónde?

—¡Puede hablar! —se pasmó Habichuela. Luego miró a los demás, de repente emocionado—. ¿Habéis oído eso? ¿O es que de pronto soy un susurrador de flamencos caballero? ¡Caray, espero que sea eso!

—Bueno, yo también lo he oído claramente —respondió Shay.

—Y yo —se sumó Stella—. Ruprekt, no pasa nada. No es un minigato salvaje. Suéltalo.

No muy convencido, el genio levantó el cazamariposas y todos se quedaron mirando al flamenco rosa. Era muchísimo más pequeño que uno normal y corriente —no mediría más de treinta centímetros—, y observaba alarmado a los exploradores. Tenía los ojos amarillos, vivos e inteligentes, y uno de ellos agrandado por un monóculo.

—¿Dónde está esa bestia feroz? —preguntó el flamenco—. Yo haré que retroceda. —Y blandió su paraguas a rayas con la clara intención de usarlo como arma—. No tema, señora —le dijo a nadie en particular—. Ahora se encuentra a salvo. Melquiades está aquí.

—¡Oh, maldita sea! —soltó Ethan mirándolo indignado. Luego fulminó a Habichuela—. Esto es culpa tuya. ¡Con tu ridículo parloteo sobre los flamencos caballero me he equivocado de conjuro!

—No te preocupes —le dijo Stella al flamenco educadamente—. Aquí no hay ninguna bestia feroz. Todo ha sido un malentendido.

El flamenco bajó el paraguas.

—Oh, bien. En ese caso, permitidme que me presente como es debido. Soy Melquiades Montgomery, de la bahía de Montgomery. —Levantó un ala para enderezarse el bombín y ajustarse la manga del esmoquin—. Encantado de conoceros. Y ahora, por favor, decidme a quién debo agradecerle que me haya salvado la vida con semejante valentía y desinterés.

—Bueno, Ethan es quien te ha sacado del sombrero —respondió Shay señalando al mago—. Aunque, en realidad, se trata de un salacot.

—¡Un mago, por Júpiter! —exclamó Melquiades, contemplando a Ethan—. Bueno, estimado joven, ¡debes de ser un mago indubitablemente talentoso!

—¡No lo soy! —contestó él.

Como no tenía ni idea de lo que significaba «indubitablemente», supuso que le había dicho que era una birria de mago, pues así era como se sentía. Llevaba semanas y semanas practicando el hechizo del conejo, y estaba muy avergonzado de que le hubiera salido tan mal delante de sus amigos, aunque fuese culpa de Habichuela por haber mencionado a los flamencos caballero.

Por suerte, Stella poseía un vocabulario muy amplio gracias a las clases que le daba Felix, y se apresuró a sacarlo de su error.

—Ha sido un elogio —le explicó a Ethan—. «Indubitablemente» significa «indudablemente».

—Así es —corroboró Melquiades—. He dicho que debes de ser indudablemente talentoso para haberme rescatado del modo en que lo has hecho. Mi querido amigo, no puedo agradecértelo lo bastante, en serio. Yo, y toda mi gente, estaremos en deuda contigo eternamente.

Ethan se quedó mirando al pequeño flamenco.

—Pero ¿de dónde eres?

—Oh. —A Melquiades se le ensombreció el rostro—. ¿No lo sabes?

—Nunca he sacado un animal del sombrero que pudiera hablar. Una mangosta intenta arrancarte los ojos y luego sale disparada y se pone a buscar, con aire furtivo, cualquier cosa que pueda hacer pedazos. Y un conejo se limita a dar saltos y a tratar de comerse los muebles.

—Oh, bueno, eso es un poco decepcionante. Entiéndeme; no pretendo sonar desagradecido. Es solo que nuestro islote se esfumó. Primero le sucedió a la Isla de las Damas Cisne. Un día estaba allí y al siguiente había desaparecido. —Clavó la punta del paraguas en el suelo para dar énfasis a sus palabras—. ¡Desaparecido! Sin más. Buscamos en el océano que nos rodeaba. Mi querida Clementina

estaba en esa isla… mi adorada dama cisne, la luz de mi vida y el verdadero amor de mi corazón. Buscamos y buscamos, pero no vimos ni rastro. Simplemente… se había esfumado.

—¡Yo he visto la Isla de las Damas Cisne! —exclamó Habichuela, volviendo a sacar el atlas—. Está en la misma página que el Islote de los Flamencos Caballero, justo al lado.

—Pero ese sitio no existe —contestó Shay, examinando el atlas—. Yo he estudiado mapas del Mar Azul Gelatinoso con mi padre y jamás había oído hablar de esas islas. Ahí no hay nada más que océano.

—Quizá sea así ahora —contestó Melquiades—. Pero las dos islas estaban allí. Yo esperaba que vosotros supierais adónde se habían ido.

—Pero… pero si tú estabas allí, sea donde sea, ¿no lo sabes? —le preguntó Stella, confundida.

El flamenco negó con la cabeza.

—Un día nos despertamos y, al mirar por las ventanas de nuestras casas solariegas, descubrimos que el mar y el cielo habían desaparecido.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Shay, perplejo.

—No había más que una especie de blancura sobre todas las cosas. Sabemos cuándo sucedió: a las once y tres minutos. Lo sabemos porque todos los relojes se pararon, incluso el de mi querido abuelo, que ha ido pasando de generación en generación y jamás había fallado un solo tictac. Y mi reloj de bolsillo también se detuvo. Mirad… ¡Oh! —Melquiades se interrumpió. Se había sacado del bolsillo un reloj dorado muy elegante, y había abierto la tapa. Observándolo, anunció —: Ha vuelto a ponerse en marcha. Debe de haber sucedido hace unos minutos, cuando he llegado aquí. —Miró a los exploradores—. No sé dónde está mi hogar… Solo sé que se desvaneció sin dejar rastro y que el tiempo pareció detenerse. Cuando bajamos a la playa de guijarros, ya no había olas lamiendo la orilla. Solo una extraña blancura que lo cubría todo como una cortina de niebla. Mi hermano, Berengario, se internó en la niebla con un grupo de búsqueda para intentar encontrar una salida. Todos temíamos no volver a verlos, pero reaparecieron al cabo de cinco minutos. Si tratas de abandonar la isla, acabas regresando a ella. Así que imaginaos mi sorpresa cuando, al abrir la puerta de mi casa esta mañana para ir a recoger unas fresas para el desayuno, me encuentro saliendo de un sombrero aquí, con unas personas tan agradables. Y ahora no hay tiempo que perder. Debemos localizar mi hogar y rescatar de inmediato a mi gente. —Miró a los amigos con expresión esperanzada y sincera—. Y luego habrá que rescatar la Isla de las Damas Cisne. ¿Me ayudaréis?

Stella miró a los demás antes de responder con tono de disculpa:

—Me temo que en estos momentos estamos muy ocupados con otros rescates. No sé si te has dado cuenta de que estamos cruzando el Puente de Hielo Negro.

Esperaba que Melquiades chillara horrorizado, como haría la mayoría, pero quizá la fama del puente no había llegado al Mar Azul Gelatinoso, porque él se limitó a sostenerle la mirada cortésmente.

—Es un puente maldito —añadió la joven—. Parece que nadie que haya llegado hasta el final ha vivido para contarlo. Vamos en busca de un conjuro que le salvará la vida a este amigo mío. Y cuando lo consigamos, debemos regresar a rescatar a mi padre y a la madre de Habichuela, que están atrapados con un dragón de hielo en una cueva del castillo de una reina de las nieves.

Ese resumen no era ni la mitad de la historia, porque, aunque lograran coronar con éxito esas aventuras, sobre Stella seguía pesando una orden de detención y Felix seguía expulsado del club. Resultaba difícil no sentirse abrumado por todo aquello.

Como era de esperar, el flamenco caballero se mostró impresionado.

—¡Santo cielo! Tenéis una gran tarea entre manos. —Luego miró a Ethan y añadió efusivamente—: Y pensar que has empleado parte de tu escaso tiempo en rescatarme… No sabes cómo te lo agradezco.

Ethan hinchó el pecho.

—No tiene importancia.

—Tal vez podrías sacar del sombrero a los demás flamencos caballero —propuso Shay—. Al menos así serían todos libres y podríamos dedicarnos a encontrar su islote en otro momento.

—¿Cuántos sois? —preguntó Ethan.

—En el último recuento éramos seiscientos setenta y cuatro —respondió Melquiades.

—Nos pasaríamos aquí toda la noche —dijo Ethan. Y desanimándose un poco, confesó—: Además, no sé cómo hacerlo. La verdad es que yo no pretendía sacarte a ti del sombrero, sino a un simple conejito.

—¡Oh! —soltó Melquiades, decepcionado—. ¿Podrías al menos intentar rescatar a mi hermano mayor, Berengario? Él sabría qué hacer y cómo rescatar a los demás. Yo solo soy el hermano pequeño e inútil; en realidad no estoy hecho para esta clase de situaciones.

—Seguro que no eres ningún inútil —respondió Stella amablemente.

Ethan suspiró.

—Vale, lo probaré —accedió, agarrando el salacot—. Pero ¿sabes una cosa, Melquiades? No siempre soy un mago eficaz.

—¡Al contrario, joven! Eres un mago excelente —le aseguró el flamenco—. ¡Sencillamente magnífico! No me extrañaría nada que fueras uno de los mejores de tu generación.

Ethan enrojeció hasta las orejas de pura satisfacción. Se quedó mirando el salacot concentrado de nuevo y al final introdujo la mano en su interior. Sacó algo, solo que esa vez no era una mangosta, ni un conejito, ni otro flamenco caballero.

—¡Oh, es un gatito adorable! —exclamó Stella, alargando una mano para acariciarlo.

Lamentablemente, tampoco era un adorable gatito, sino un minigato salvaje que saltó directo hacia su cara y que podría haberle sacado los ojos a zarpazos si Melquiades no se lo hubiera impedido agitando el paraguas.

Todo el mundo echó a correr tras el minigato, que desgarró paredes, se coló bajo las camas, se escondió en los armarios y arañó con violencia a cualquiera que se le acercara, creando un verdadero caos.

El cazamariposas de Ruprekt quedó despedazado en apenas unos segundos, y el genio se pasó el resto de la persecución subido a una silla, retorciéndose las manos y gimoteando. Al final, cuando todos estaban llenos de arañazos, lograron sacar de la jaima al minigato, que se perdió entre la nieve, y suspiraron aliviados.

—Vaya —resolló Melquiades—. Será mejor que no intentes sacar a mis parientes de ese sombrero. Tendremos que pensar en otra solución. Eso sí, después de que coronemos con éxito todas vuestras misiones de rescate. Si puedo ayudaros, estaré encantado de hacerlo.

Los últimos días habían sido agotadores, así que, cuando llegó la hora de acostarse, agradecieron contar con una cama caliente y sábanas limpias. Ruprekt preparó una camita para Melquiades al lado de las de los demás y le proporcionó un gorro de dormir minúsculo que parecía haber pertenecido a un duende de la selva.

Stella estaba tan nerviosa por encontrarse en el Puente de Hielo Negro que temía no poder conciliar el sueño. ¿Y si, mientras estaban dormidos, aparecía un ser peligroso y se los tragaba? Aun así, su cansancio era tal que se quedó dormida en cuanto apoyó la cabeza en la almohada.

14

Stella se despertó al oír unos aullidos. Se incorporó de golpe y bajó de la cama, pensando que alguna criatura peligrosa debía de haberse colado en la tienda mientras dormían. Pero no había ningún monstruo; los aullidos eran de *Koa*.

La loba sombra estaba encorvada en un rincón de la jaima. Echó la cabeza hacia atrás y soltó otro aullido tan lleno de angustia que Stella se estremeció. Abatida, la muchacha descubrió que el animal tenía el pelaje aún más blanco. Lo que al principio era solo una franja ahora le cubría casi un tercio del cuerpo. Era evidente que estaba empeorando, fuera lo que fuese lo que le ocurría.

Los aullidos habían despertado también a Ethan, Habichuela y Melquiades, que ya estaban levantados. Sin embargo, Shay seguía enredado entre las sábanas, gimiendo y sujetándose la cabeza con las manos. Stella corrió hacia él, seguida de inmediato por los demás, y todos rodearon al joven, preocupados.

—Shay. ¿Qué te pasa? —dijo Stella apretándole un hombro.

—No puedo… —respondió el susurrador de lobos con voz estrangulada—. No puedo…

—¿No puedes qué? —preguntó Ethan—. Cuéntanoslo.

Le apartó las manos de la cara agarrándolo por las muñecas y los demás soltaron un grito. Shay tenía un ojo plateado, exactamente igual que los lobos brujos de la Montaña de la Hechicera. Además, el ojo no solo había cambiado de color, también estaba congelado, y cubierto por una capa de escarcha que reflejaba la luz de un modo extraño. Al intentar mirarlo directamente, Stella descubrió que le

dolía la cabeza.

—No veo bien —dijo Shay—. Algo va mal…

—Déjame ayudarte.

Habichuela levantó las manos hasta el rostro de su amigo, y la magia verde sanadora chisporroteó entre sus dedos. Al cabo de un momento, el hielo del ojo de Shay empezó a fundirse y recuperó su color castaño habitual.

—Lo has conseguido… —dijo el susurrador levantando las manos y mirándoselas—. Vuelvo a ver con claridad. Gracias.

—Es solo un remedio temporal —contestó Habichuela con expresión disgustada—. Es como cuando Ethan se congeló, ¿recordáis? La magia solo ralentiza el proceso; no lo revierte por completo.

—Pero nos proporciona algo de tiempo —apuntó Stella.

Vio que el mechón blanco de Shay también había aumentado de tamaño, como el de *Koa*. Un recordatorio de que no tenían tiempo que perder y de que no podían permitirse cometer ningún error en el Puente de Hielo Negro.

—Será mejor que sigamos —constató.

Shay se levantó de la cama y se acuclilló junto a *Koa*. Aunque la loba no tenía sustancia física, solía restregar el hocico contra el chico afectuosamente. Ahora, en cambio, cuando él le tendió la mano, el animal le gruñó y le mostró los dientes.

Shay se quedó de piedra.

—*Koa* —dijo con voz suave—. Está todo bien, *Koa*. Eh, tranquila. Soy yo.

Alargó la mano hacia ella de nuevo y, con la velocidad de un rayo, la loba lo mordió.

Stella contempló horrorizada cómo la loba sombra —que supuestamente carecía de sustancia física— atacaba a su amigo. Supo que era un mordisco de verdad por el grito de dolor que soltó Shay y por el hilillo de sangre que le bajó por la muñeca.

Ethan fue el primero en reaccionar: con la ráfaga de magia que le lanzó a *Koa* hizo que esta soltara a Shay. El conjuro del mago pareció provocarle una conmoción que la devolvió a su ser, porque enseguida fue a apretarse contra el susurrador con el rabo entre las piernas y expresión culpable.

—¿Habéis visto eso? —preguntó Shay con voz quejumbrosa.

—Sí, pero ¿cómo es posible? —respondió Stella—. Yo creía que *Koa* estaba hecha de sombras…

—No, no me refiero a eso —la interrumpió su amigo—, sino a mí. He sentido que… desaparecía un instante. ¿Ha sido así?

Stella lo miró boquiabierta.

—Creo que no. No, te he visto todo el rato.

Shay alargó una mano temblorosa para tocar a *Koa*, pero la loba había recuperado su ser insustancial y la mano del joven la atravesó como si estuviera hecha de humo. Al cabo de un momento, el animal desapareció.

Habichuela se acercó a examinar la mano de Shay.

—No es gran cosa —dijo el susurrador mientras su amigo lo curaba —. Pero *Koa* no debería poder hacer eso.

—El mordisco del lobo brujo la ha afectado de un modo que desconocemos —dijo Stella, intentando contener su abatimiento.

Por lo que sabían, un lobo sombra nunca había sido mordido por un lobo brujo, así que desconocían las consecuencias que ello podía acarrear. Pero ahora tenían la prueba de que, fuera lo que fuese lo que estaba pasando, no era bueno.

—Mirad. —Habichuela se inclinó sobre el sitio que había ocupado *Koa* unos segundos antes—. Pelos de lobo. —Levantó unos pelos blancos para que los demás los vieran—. Como si hubiera habido un lobo de carne y hueso.

—Deberíamos ponernos en marcha —dijo Shay en voz baja.

Ethan asintió. Estaba más pálido de lo normal y parecía tenso.

—Vamos a vestirnos.

Todos regresaron a sus camas para correr las cortinas y ponerse los jerséis, bufandas y chaquetas de punto. En cuanto estuvo lista, Stella fue a la zona de estar, donde encontró a Ethan y Shay junto al fuego.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó el mago al susurrador—. Quiero decir, aparte del hecho de que tu loba sombra haya enloquecido unos minutos y de que el ojo se te haya puesto raro, ¿te encuentras bien?

Shay suspiró.

—La verdad es que en mi vida había tenido tanto miedo como ahora. —Esbozando una sonrisa a duras penas, añadió—: Pero, por lo demás, me encuentro bien.

Ethan le tocó el hombro.

—No estás solo. Encontraremos la manera de ayudarte, ya lo verás.

—Sí —coincidió Stella uniéndose a ellos—. La encontraremos.

Nunca había deseado nada tan intensamente, pero no podía sino pensar que se enfrentaban a una tarea imposible. Recordó lo que Felix solía decirle: «No puedes rehuir un deber solo porque las circunstancias son desfavorables. Al contrario, debes lanzarte y luchar con todas tus fuerzas. Cuando pasas por alto las circunstancias, suceden cosas maravillosas».

Desayunaron deprisa.

Ruprekt les dijo que Melquiades no podía permanecer en la jaima cuando la transformaran en manta; como era un ser vivo —y no un genio—, se pulverizaría, y como nadie quería que eso ocurriera, el flamenco caballero tendría que acompañar a los exploradores.

—En el puente de hielo hace un frío espantoso —le había explicado Stella, mirando su esmoquin—. Deberíamos buscarte un abrigo apropiado.

Buscaron por la tienda, y a Ruprekt se le ocurrió hacer unos agujeros en un cubretetera.

—¡Diantres! No es que sea muy refinado, ¿verdad? —se quejó Melquiades un poco molesto—. Estoy ridículo.

—Si quieres que te sea sincero, también estás un poco ridículo con ese bombín —replicó Ethan—. Al menos con eso no morirás congelado.

—Como me has salvado la vida, no te tendré en cuenta ese comentario. —El flamenco sorbió por la nariz—. Pero te hago saber que este sombrero fue de mi tatarabuelo, y es magnífico —añadió ajustándoselo sobre su cabeza rosada.

Ethan alzó la vista al cielo con expresión de hastío.

—Lo que tú digas. —Levantó a Melquiades del suelo y exclamó—: ¡Alerta de intruso!

La jaima desapareció de inmediato y se transformó en una manta vieja y raída que el mago se guardó en la mochila. Los cuatro exploradores y el flamenco caballero se encontraron de nuevo sobre el Puente de Hielo Negro, que seguía pareciendo tan inhóspito como siempre. Nevaba copiosamente y todo estaba cubierto por una niebla densa y helada que les caló hasta los huesos.

—¡Por el amor del cielo! —soltó Melquiades—. ¡Aaaggg, qué frío! En el Islote de los Flamencos Caballero nunca hace este tiempo, os lo aseguro. Allí solo hay sol y piñas. ¡Caray, esto es verdaderamente insoportable! ¡Se me está congelando el pico! ¡Siento como si se me fuera a caer!

Lo cierto es que hacía un frío atroz. Incluso Stella lo notaba, y eso que la nieve no solía afectarla. Se puso los guantes e intentó con todas sus fuerzas no pensar en sol y piñas. Ethan se metió al flamenco —que temblaba espantosamente— dentro del jersey y se abrochó la capa, dejando solo que asomara la cabeza.

—¿Dónde están las gárgolas? —preguntó Shay de repente.

Stella se volvió y atisbó entre la densa niebla, que apenas permitía ver más allá de unos palmos. El pretil del puente, las altas torres, incluso el sol habían desaparecido tras su manto. Incluso los sonidos parecían extrañamente amortiguados, y no se oían las olas del mar.

Todo a su alrededor era blanco. Stella tuvo la sensación de que no estaban en un lugar real, sino en un sueño.

Pero entonces las gárgolas aparecieron tirando del barco, con las velas de hielo brillando intensamente. Aliviada, se disponía a subir por la escalerilla cuando se detuvo de pronto.

—¿Qué es ese ruido?

—Yo. Estaba sonándome la nariz —respondió Ethan, guardándose el pañuelo en el bolsillo—. Perdón.

—No. Ha sonado como… un corazón.

Aguzaron el oído, pero solo percibieron el silencio amortiguado de la niebla, que lo cubría todo.

—Te lo habrás imaginado —dijo Ethan al cabo—. Sabemos que el puente puede jugar malas pasadas. Necesitamos mantener la cabeza fría y no sucumbir a la fantasía.

Stella frunció el ceño. Le dolían los ojos por el esfuerzo de mirar a través de la niebla. Se dijo que el mago tenía razón y que no debían dejarse llevar por la imaginación.

Pero, acto seguido, habría jurado que acababa de ver una silueta.

—¡Ahí hay alguien! —exclamó, intentando hablar en voz baja—. ¡Lo he visto! Justo ahí delante, entre la niebla.

15

Todos miraron hacia donde les señalaba Stella. La niebla giraba a su alrededor formando espirales y, al abrirse un instante, le había parecido vislumbrar una capucha ribeteada de piel, un ostentoso abrigo de armiño, un guante de seda o un destello de diamantes.

Pensó en la reina Portia, a la que se había visto por última vez huyendo por el Puente de Hielo Negro. Pero eso había ocurrido doscientos años atrás. Era imposible que siguiera con vida. ¿Cuántos años vivían las reinas de las nieves? Stella no lo sabía. Siempre había dado por hecho que su existencia sería igual de larga que la de cualquiera, pero ¿y si seguía viviendo cuando los demás hubiesen desaparecido?, se preguntó sintiéndose muy pequeña y sola.

—Yo no veo nada —dijo Ethan.

Stella tampoco, pero no podía sacarse de la cabeza a la reina.

—A lo mejor ha sido *Koa* —dijo Shay—. Está en alguna parte del puente. Lo noto.

En cuanto dijo eso, la loba sombra apareció sigilosamente entre la niebla. Fue derecha a Shay a lamerle los dedos con el mismo afecto de siempre.

—Estamos solos —rezongó Ethan—. Nadie sería tan estúpido de venir aquí. Vámonos.

Subieron a la cubierta del barco y las gárgolas se pusieron en marcha.

Al cabo de un rato, la niebla se disipó y pudieron ver un poco más. Montaron guardia por turnos y pasaron el tiempo cobijados en la cubierta inferior, hojeando los libros que Habichuela se había llevado

de la biblioteca de la reina Portia o charlando con Melquiades para conocerlo mejor.

—¿Y tú qué estás leyendo? —le preguntó Stella, al reparar en el libro encuadernado en un elegante cuero rojo que sostenía el flamenco.

—Es el código de los caballeros —respondió Melquiades—. Todos intentamos vivir según sus normas. ¿Te gustaría verlo?

Stella negó con la cabeza.

—No, gracias. En el Club de Exploradores del Oso Polar tenemos un libro similar. Creo que sé todo lo que hay que saber sobre atusarse el bigote y cosas así.

Melquiades la miró desconcertado.

—¿Qué diantres tienen que ver los bigotes con ser un caballero? Que yo sepa, en este libro no aparece ni un solo bigote… En mi opinión, son más propios de maleantes. Ten, echa un vistazo.

Antes de que Stella pudiera protestar, el flamenco le había puesto el libro en las manos. Como no quería ser grosera, lo abrió y fue pasando páginas. Las normas despertaron su curiosidad, así que empezó a leerlas con atención.

Era cierto. Allí no se decía nada sobre bigotes. En vez de eso, encontró muchos de los consejos que Felix le había dado:

Sé amable.
Trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti.
Aprecia a tus amigos.
Sé siempre sincero contigo mismo.

Stella sonrió. Eso sí que era un auténtico código para caballeros, no las estupideces retrógradas que difundían los clubes. Recordó al presidente Smythe insultando a Felix en el palacio de justicia de Puerta de Hielo: «¡Usted, señor, no es un caballero!». Ahora esas palabras ya no le sonaban igual de hirientes, su padre era un caballero como la copa de un pino, nada de lo que dijeran aquellos ineptos podría cambiar esa realidad.

—¡Es una maravilla! —exclamó, devolviéndole el libro a Melquiades—. Todo el mundo debería seguir estos consejos —afirmó —. ¿Las habitantes de la Isla de las Damas Cisne también tienen un código?

—Naturalmente. Es un libro precioso, con perlas incrustadas en la cubierta. Por supuesto, las normas básicas son las mismas que las nuestras, pero también tiene algunas adicionales. Déjame pensar… Sí, recuerdo unas cuantas. A Clementina le gustaba especialmente la número seis: «Ríete durante tanto tiempo y con tantas ganas como sea

posible, siempre que sea posible, preferiblemente hasta que las lágrimas te caigan por el pico». La número doce: «Si has de escoger entre nabos y galletas de chocolate, escoge siempre las galletas de chocolate». La número nueve: «Mantén siempre a raya a los abusones con palabras firmes y, si es necesario, con sombrillas». Y, por supuesto, la número veintidós: «Esfuérzate al máximo para que la malsana envidia de los demás no te afecte, y abraza tu maravilloso, único y raro ser a cada paso».

—¡Caramba, es genial! —gritó Stella.

Quizá, cuando aquello hubiera pasado y todos estuvieran a salvo, podría escribir su propio código para damas, aunque solo fuera como un recordatorio para los momentos en que dejaba de actuar como la persona que quería ser.

Tras una breve parada para almorzar, siguieron viajando durante una hora aproximadamente, y luego Stella les pidió a las gárgolas que se detuvieran.

—¿Por qué nos paramos? —quiso saber Ethan, asomándose desde la cubierta inferior—. Es demasiado pronto para acampar.

—Escucha —le dijo Stella—. Vuelvo a oír ese sonido. —Notaba una reverberación subiéndole desde las botas, y esa vez estaba segura de que no eran imaginaciones suyas—. Es el latido de un corazón.

Los demás se reunieron con ella en la cubierta superior, pero al instante el sonido enmudeció.

—Lo he oído —aseguró Stella—. Estoy segura.

Shay frunció el ceño.

—Si lo que has oído es el latido de un corazón, tiene que ser de algo enorme.

—Según cierta teoría —dijo Habichuela—, el puente fue construido por unos gigantes, y estos son los responsables de la desaparición de los exploradores. Al parecer los devoran.

—Espero que solo sean rumores —contestó Ethan estremeciéndose —. Preferiría no acabar triturado por ningún gigante.

Stella negó con la cabeza. Si unos gigantes se hubieran llevado a los exploradores, habrían dejado algún rastro; habrían destrozado el campamento con sus descomunales pies. En cambio, todo estaba en perfecto orden, como si la expedición se hubiera ido de allí voluntariamente.

Stella ordenó a las gárgolas que se pusieran en marcha de nuevo. Anochecía cuando Habichuela, que estaba montando guardia, llamó a los demás.

—¿Otra vez el latido? —le preguntó Stella.

Les pidió a las gárgolas que se detuvieran, y los cuatro amigos se

quedaron escuchando el fúnebre tañido de campanas que ascendía de debajo del puente.

—Es el cementerio de barcos —les explicó Habichuela—. Tal como ponía en el diario de mi padre.

La niebla había vuelto con el anochecer, pero no era tan espesa ahora y pudieron ver el bosque de mástiles que se elevaba desde el fondo del océano.

—¡Santo cielo! —exclamó Melquiades, mirando boquiabierto a través de su monóculo—. Es asombroso.

Debía de haber cientos de barcos. Algunos seguían sosteniendo jirones de banderas, mientras que otros eran poco más que armazones oxidados, cascos vacíos y llenos de algas, percebes y estrellas de mar, como si también formaran parte del océano. Los había de todo tipo: naves de contrabandistas, galeones piratas, buques balleneros, clíperes, rompehielos, navíos mercantes y lanchas.

Al parecer, las sirenas habían recuperado uno de los barcos y habían improvisado en la cubierta un salón de belleza, donde había todo tipo de objetos desperdigados: peines de coral, sujetadores de conchas y accesorios para el pelo hechos con flores marinas. En realidad, parecía que habían aprovechado varias embarcaciones, pero estas ya no se reconocían.

—Diría que han transformado ese rompehielos en una plataforma para acicalar caballitos de mar —dijo Shay señalando una nave—. El barco de al lado es un solárium, y en el otro es donde deben de hacerse la manicura.

También había antiguas naves de exploradores.

—Fijaos en esa. —Ethan apuntó hacia una con los mástiles altos y las velas hechas trizas—. Tiene la insignia de un club de exploradores, pero ¿qué animal es ese? ¿Un fénix? —Miró a los demás—. No sabía que hubiera un club del fénix.

Todos se volvieron hacia Habichuela, que era el que más sabía sobre exploradores y su historia.

El muchacho frunció el ceño.

—Alguna vez he oído hablar del Club de Exploradores del Fénix del Cielo, pero creía que era una leyenda. Se cuenta que, hace muchos años, había cinco clubes. Pero el de Exploradores del Fénix del Cielo no tenía mucho sentido, porque siempre estaba «descubriendo» lugares que en realidad no existían. No eran muy buenos exploradores que digamos. —Se rascó la nuca—. Además, se decía que usaban fénix gigantes para viajar, pero no hay pruebas de la existencia de esas criaturas. Tal vez fueran una versión de los pájaros de fuego, que ya se han extinguido. No hay nadie que crea que ese club haya existido. Yo

siempre he pensado que se lo inventaron los demás clubes, así pueden echar la culpa a alguien cuando encuentran errores en los mapas, en los cuadernos de bitácora y cosas por el estilo. O sea, como un chivo expiatorio.

—Si nunca ha existido, ¿cómo explicas ese barco? —quiso saber Ethan.

En las banderas raídas se distinguía tenuemente un fénix elevándose por encima de unas llamas.

Habichuela negó con la cabeza.

—No puedo explicarlo.

—¿Sabéis que en el Islote de los Flamencos Caballero llegamos a la conclusión de que la historia la escriben los vencedores? —intervino Melquiades, que seguía observando con su monóculo—. A lo mejor vuestros clubes han reescrito la historia a su conveniencia.

—Para empezar, ¿cómo han llegado todos estos barcos hasta aquí? —preguntó Shay.

—Tal vez intentaban alcanzar el otro lado del puente —supuso Stella.

—Algunos de ellos puede que sí —dijo Habichuela—, pero no todos. —Señaló un navío cercano—. Ese es el *Bruja del agua*. Lo reconozco de haberlo visto en los libros. Pertenecía al capitán Conrad Conway Twythe. Un kraken gigantesco atacó el barco y este se hundió en la Ensenada de Cristal, que se encuentra a cientos y cientos de kilómetros. Aquí han venido a parar muchos barcos que se han hundido en otras partes del mundo, pero sigue siendo un misterio cómo y por qué justo aquí.

El mundo estaba lleno de misterios, pensó Stella. Islas que se volatilizaban, naves naufragadas que aparecían a kilómetros de distancia, exploradores que se esfumaban sin dejar rastro, puentes gigantescos, reinas de las nieves espectrales… y el enigmático Coleccionista, el asesino de sus padres biológicos que había robado el Libro de la Escarcha y del que ni siquiera sabían el nombre.

La visión de tantos barcos hundidos los entristeció, sobre todo porque algunos aún conservaban las campanas, y el melancólico tañido les llegaba a través de la niebla. Los exploradores reemprendieron la marcha, contentos de dejar atrás aquel cementerio.

Al rato, por fin llegaron al campamento abandonado del padre de Habichuela.

16

El campamento estaba envuelto en una fantasmal bruma marina, y al verlo desde lejos les pareció un espejismo. La expedición de rescate que se había organizado para buscar a Adrian Albert Smith había estado allí, pero, tras recoger algunos objetos personales de los exploradores para llevárselos a sus familiares, se había marchado a toda prisa. Nadie quería poner a prueba su suerte ni tentar al destino en el Puente de Hielo Negro.

De las cinco tiendas de campaña, dos se habían hundido, pero el resto permanecía en pie, como si un explorador aturdido fuese a salir de ellas gateando en cualquier momento. De hecho, parecía que la expedición acabara de abandonar el campamento. Aún había objetos desperdigados por todas partes: rifles, tazas de hojalata y rollos de cuerda que las gélidas temperaturas habían mantenido en buen estado. Incluso había gemas escarchadas dentro de los sacos de comida para unicornios.

Los amigos dieron una vuelta por el lugar para ver si había algo útil que pudieran llevarse. Encontraron una bandeja llena de comida intacta y congelada, además de un escritorio desvencijado con un mapa y una lupa encima. Algunas cosas estaban cubiertas de nieve, pero se distinguía su contorno.

Habichuela estaba demacrado y pálido, y Stella comprendió que para él debía de ser muy duro pasearse por allí, por el último sitio conocido en el que había estado su padre.

—¿Seguimos un poco y acampamos más adelante? —le preguntó a su amigo.

Él negó con la cabeza.

—Primero deberíamos inspeccionar las tiendas. Quizá encontremos

algo.

Stella pensó que eso era bastante improbable… Incluso los rifles estaban tan oxidados que eran inservibles. Pero como sospechó que lo único que quería su amigo era localizar rastros de su padre, escudriñaron las dos tiendas hundidas, donde no encontraron nada más que unas cuantas latas de carne vacías.

—Tendría que haber más tiendas —dijo Habichuela frunciendo el ceño—. A la expedición se unieron muchos exploradores.

—Quizá se hundieron y están cubiertas de nieve —apuntó Ethan—. O quizá no tuvieron tiempo de montarlas todas antes de que les ocurriese lo que… ocurrió.

—Quizá —respondió el chico, pero no parecía muy convencido.

Por fin entraron en la última tienda.

—En esta tampoco hay nada —dijo sombrío.

—Espera. —Stella estaba examinando un rincón—. ¿Qué es eso?

—No es más que una piedra —contestó Shay.

—Pero tiene un agujero, lo que significa que pertenecía a un duende. A veces las usan a modo de bolsa… Los he visto hacerlo en el jardín de casa. Atan al agujero un trozo de cordel, como si fuera un asa. —Recogió la piedra—. Solo hay que saber dónde presionar…

Se quitó los guantes para palparla mejor y al cabo de un segundo la piedra se abrió con un suave chasquido.

—¡Lo sabía! —exclamó.

Los demás se apiñaron alrededor para verla bien. La piedra contenía varios artículos de explorador: unos prismáticos minúsculos, un caramelo de menta perfectamente conservado y una cámara Polaroid diminuta, del tamaño del pulgar de Stella. Esta la levantó para inspeccionarla.

—Caray. ¿Cómo creéis que llegó hasta aquí? —Miró a Habichuela —. ¿Había duendes en la expedición?

Él asintió.

—Uno. Iba con Henry Gulliver Rowling, el duendólogo del equipo. Estas deben de ser sus cosas. Supongo que a la expedición de rescate le pasó inadvertida; debieron de tomarla por una simple piedra.

—Me pregunto dónde estarán las fotos. Quizá contuvieran pistas de lo que sucedió.

Antes de que Habichuela pudiera responder, Shay dijo bruscamente:

—¿Qué es ese ruido?

Los demás guardaron silencio un instante.

—Yo no oigo nada —declaró Ethan al cabo—. Seguro que ha sido el viento.

Shay negó con la cabeza.

—No. Ahí fuera hay alguien. Lo he visto pasar por detrás de la loneta.

Stella se guardó las pertenencias del duende en el bolsillo del vestido, y todos se apresuraron a salir para inspeccionar el campamento.

—¿Ves? —dijo Ethan—. No hay nadie.

Cuando Shay se giró hacia el mago, estaba pálido de espanto.

—¡¿Estás de broma?! —le espetó el susurrador con voz ronca. Todos lo miraron sin entender nada—. Hay un hombre. ¿No lo veis? Justo ahí.

Y señaló al centro del campamento.

—Ahí no hay nadie —susurró Stella.

Shay volvía a tener el ojo plateado.

—¿Quién eres? —preguntó Shay, adelantándose unos pasos.

Los demás se miraron entre sí, preocupados, preguntándose si su amigo estaría sufriendo algún tipo de alucinación. Luego, Shay se volvió de nuevo hacia ellos.

—Dice que se llama Henry Gulliver Rowling. Es el duendólogo.

—Será mejor que te sientes —le sugirió Ethan agarrándolo por los hombros.

Shay se zafó de él con impaciencia.

—No me lo estoy imaginando, ¡idiota! —le espetó—. El tipo está ahí, de verdad. Dice que cuando apareció la dama de hielo se escondió, pero que murió congelado a solo unos pasos de aquí. —Viendo que sus compañeros seguían sin creerlo, les dio la espalda y preguntó—: ¿Por qué soy yo el único que puede verte? —Tras un breve silencio, les dijo a sus amigos—: Dice que no lo sabe. Quizá tiene algo que ver con la mordedura del lobo brujo. Ellos se alimentan de almas, ¿no? He percibido la presencia del duendólogo antes de verlo.

—El ojo se te ha vuelto a poner plateado —le informó Stella.

—¡Chorradas! —exclamó Ethan mientras Habichuela, asustado, tiraba del pompón de su gorro—. Los fantasmas no existen.

—¿Puedes hacer algo? —le preguntó Shay al espacio vacío que tenía delante—. Para demostrarles que estás aquí de verdad. —Guardó silencio un instante, y al cabo se giró—. Va a poner en marcha el gramófono.

Ethan negó con la cabeza. Melquiades —que seguía dentro del jersey del mago— contemplaba la escena con los ojos como platos. Stella y Habichuela esperaron nerviosos. Todos miraban el gramófono congelado que había delante de las tiendas de campaña.

—Lo más probable es que ese trasto ya no funcione —empezó Ethan—. ¡Mirad! Está todo oxidado y…

Pero enseguida enmudeció cuando, ante sus ojos, la aguja comenzó a moverse y empezó a oírse música. Era una melodía metálica y chirriante, porque el disco estaba muy rayado, pero, aun así, el gramófono funcionaba.

—¡¿Qué?! —gritó Shay muy ufano—. ¿Me creéis ahora?

—Pregúntale si sabe qué ocurrió —le pidió Habichuela de inmediato—. Me refiero a la expedición.

Shay miró al gramófono, escuchó un instante y después se volvió con gesto preocupado hacia los demás.

—Dice que no quiere hablar de eso. No para de decirme que deberíamos abandonar el puente y regresar a casa mientras estemos a tiempo.

—No podemos hacer eso —contestó Stella con firmeza—. Tenemos que llegar al otro lado. Está en juego la vida de más de una persona. Por favor, señor Rowling, si sabe lo que nos aguarda más adelante, debería contárnoslo.

Esperaron mientras el espectro del duendólogo le respondía a Shay.

—Dice que deberíamos mirar las fotografías que hay dentro de la cámara del duende…

De repente, *Koa* gruñó y saltó hacia donde debía de estar el fantasma. La expresión de sus ojos era salvaje y voraz; Stella nunca la había visto así y se le heló la sangre. Pero Shay alargó una mano, agarró a la loba por el pescuezo y la detuvo. Un segundo más tarde, una corriente de aire extraña formó un remolino en la nieve y les provocó un escalofrío.

—Se ha ido —le dijo Shay a *Koa*—. Es tarde, el duendólogo se ha ido.

La loba sombra gruñó una vez más, se dio media vuelta y desapareció entre la niebla; su nueva forma sólida dejó huellas en la nieve.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Stella a Shay.

Él la miró con desesperación.

—*Koa* quería devorar al fantasma. Creo que está transformándose en lobo brujo. Y yo me estoy transformando en… Ni siquiera lo sé. Rowling se ha ido… *Koa* lo ha espantado. Pero al menos sabemos que en la cámara del duende hay fotografías.

Stella se la sacó del bolsillo y abrió la parte de atrás mientras los demás la rodeaban. El duendólogo tenía razón: dentro de la cámara había un montón de fotos pequeñas. Con cuidado de que no se las

llevara el viento, Stella las dejó caer sobre la palma de su mano. Debía de haber unas veinte, pero eran tan pequeñas que apenas se veía nada.

—En una de las tiendas hay una lupa —recordó Ethan.

Y corrió a por ella. Incluso con la ayuda de la lupa, seguía costando ver las fotos, pero por lo menos lograron distinguir las imágenes.

Estaban ordenadas cronológicamente, pues empezaban con la tradicional fotografía de grupo de todos los exploradores en la entrada del Puente de Hielo Negro, junto a la bandera del Club de Exploradores del Oso Polar. Después había varias fotos del árbol del maligno calamar rojo aullador.

Y por fin aparecía el campamento. El duende debía de haberlas tomado desde el interior de la tienda, porque una de las solapas de loneta oscurecía parcialmente la vista. Stella y los demás se inclinaron ansiosos para verlas mejor. Debían de ser las últimas fotos de la expedición. Tal vez estuvieran a punto de averiguar qué había sucedido y, por fin, resolverían el misterio de la desaparición de tantas personas en el puente.

Habichuela las tomó y se las acercó a la cara.

—En esta se ve que está pasando algo. Mirad, los exploradores no parecen moverse por el campamento sin más… Han visto algo. Están asustados.

Stella pensó que su amigo tenía razón. En la imagen había tres exploradores: dos se dirigían corriendo hacia sus tiendas, mientras que el tercero había agarrado un rifle y apuntaba con él hacia la niebla. Ese explorador era el padre de Habichuela. Resultaba imposible distinguir sus expresiones en aquellas fotos minúsculas, pero su postura revelaba el miedo que sentían.

—Parecen percibir algo que nosotros no podemos ver —dijo Shay —. O han oído algo.

—¿Podría ser el calamar rojo aullador? —preguntó Stella—. A lo mejor los persiguió por el puente.

Ethan negó con la cabeza.

—Los calamares no se desplazarían por tierra firme… Ahí son más vulnerables.

—A ver la siguiente fotografía —dijo Shay—. Quizá nos muestre algo.

Habichuela pasó a la siguiente. En ella, tres exploradores se habían unido a su padre. Estaban hombro con hombro, todos apuntando con sus rifles en la misma dirección.

—¡Mirad! —exclamó Ethan, señalando un punto en la imagen—. Ahí hay algo.

Los amigos observaron la instantánea entornando los ojos y descubrieron que el mago tenía razón. Entre la niebla surgía una figura, pero no era un monstruo con tentáculos ni un gigante temible, sino una mujer.

—Se ve el borde de la falda —dijo Habichuela—. Y eso es una mano.

Cierto: una mano fina y pálida señalaba a los exploradores desde la niebla.

Habichuela pasó a la siguiente fotografía y, de repente, todo se transformó. Los exploradores habían desaparecido y sus rifles descansaban sobre la nieve, todavía humeantes. Una única persona salía en la imagen.

—La reina Portia —dijo Stella con voz ronca.

Todos se quedaron mirando boquiabiertos a la reina de las nieves. Era como si el duende la hubiera captado en el instante en que realizaba un conjuro. Estaba en medio de un giro, la larga falda volaba a su alrededor, tenía una mano estirada y se le veía el bello rostro de perfil.

—Pero… pero eso no es posible —dijo Ethan—. Parece joven, exactamente la misma que en los retratos del castillo. Hace ocho años, debía de tener más de doscientos, ¿no?

—Quizá las reinas de las nieves envejezcan de un modo distinto —repuso Stella—. Nadie lo sabe con certeza, ¿verdad?

—Debió de hacerles algo a los exploradores —dedujo Habichuela —. Usó algún tipo de magia contra ellos.

Pasó a la siguiente foto, que mostraba a la reina Portia inmóvil, aferrando algo contra su pecho con actitud protectora. Pero no podían ver de qué se trataba, porque la reina estaba de espaldas.

—Solo queda una foto —anunció el sanador.

Era casi idéntica a la anterior, excepto por una cosa. En esta, la reina Portia miraba por encima del hombro, directamente a la cámara. Era como si los estuviera mirando a los ojos, y Stella se estremeció.

—Perece que pueda vernos —susurró Ethan como si le leyera el pensamiento a su amiga.

—No —contestó Habichuela—. Vio al duende haciendo las fotos y lo persiguió. Ya no hay más fotografías; y el duende también desapareció.

Los exploradores se miraron.

—Al menos ahora ya sabemos qué ocurrió —dijo Ethan.

Habían resuelto el misterio, pero el grupo de amigos seguía igual de afligido.

17

—¿Cómo vamos a protegernos del ataque de una reina de las nieves? —preguntó Ethan malhumorado, clavando el atizador entre los leños de la fogata—. Ni siquiera sabemos lo que les hizo a los exploradores.

Se habían alejado un poco del campamento abandonado antes de desplegar la
manta-jaima
mágica para pasar la noche. Ruprekt los había recibido con cuatro tazas de chocolate caliente bien humeante para ellos y una huevera para Melquiades. Stella vio que el genio se había esforzado más de lo habitual, pues los malvaviscos que flotaban en el chocolate no tenían forma de escorpión sino de oso polar.

—Quizá transformó a los exploradores en figuras de hielo —conjeturó Habichuela, rodeando su taza con las manos.

—Pero entonces seguirían en el campamento —replicó Stella—, como los habitantes de Negrocastillo. Pero de los exploradores no hay ni rastro.

—A lo mejor pasó un yeti y los aplastó —sugirió Ethan.

Habichuela hizo una mueca y Stella miró al mago frunciendo el ceño.

—En realidad, lo importante no es averiguar qué hizo exactamente la reina Portia —dijo la chica—. Basta con que descubramos si usó su magia de hielo para hacerlos desaparecer.

—¡Eso es justo lo que yo quería decir! ¿Cómo vamos a impedir que ella…? ¡¿Podrías estarte quieto de una vez?! —le espetó Ethan a Melquiades, que llevaba un buen rato intentando acomodarse en su regazo.

—Lo siento, amable joven, es que tienes las rodillas muy huesudas,

¿lo sabías?

—Pues entonces siéntate en una silla.

—Lo haría, pero quiero estar lo más cerca posible del fuego. Tengo el pico congelado; apenas lo noto. Sigue ahí, ¿verdad? —Y alzó una de sus alas para palparse con cuidado el pico.

—Sí, sigue ahí —lo tranquilizó Stella.

—Lo que estaba diciendo es —continuó Ethan—: ¿cómo conseguiremos que la reina de las nieves no nos haga desaparecer por arte de magia? Ni siquiera tenemos rifles.

—Tampoco es que les fueran muy útiles a los exploradores —señaló Habichuela en voz baja.

—Al parecer, nada sirve —apuntó Shay—. Las expediciones al Puente de Hielo Negro siempre han ido armadas hasta los dientes.

—Y ningún arma les ha sido de ayuda —se lamentó Ethan—. Además, los miembros de las expediciones que nos precedieron eran exploradores adultos y experimentados, mientras que nosotros no somos más que cuatro críos. ¿Qué posibilidades tenemos? La reina de las nieves podría entrar aquí hecha un basilisco en cualquier momento y no tendríamos nada que hacer.

—Si nos damos por vencidos antes de empezar, estamos perdidos —contestó Stella, aunque estaba lejos de creer lo que decía. Pero, haciendo de tripas corazón, añadió—: Además, nosotros tenemos una cosa que los demás no tenían. Dos cosas, de hecho.

—¿Un genio y un flamenco caballero? —se mofó Ethan—. ¡Para lo que nos van a servir!

La salida del mago irritó profundamente a Stella, pero enseguida recordó que este siempre recurría a la burla cuando estaba nervioso o angustiado.

—No —le respondió—. No me refería a…

—Supongo que Ruprekt podría ofrecerle a la reina de las nieves una deliciosa taza de chocolate caliente —la interrumpió Ethan—. Quizá incluso podría lanzarle un par de malvaviscos con forma de escorpión. Y tú, Melquiades, ¿qué harás si nos ataca?

—¡Ethan! —explotó Stella—. ¡Por favor, escúchame un momento! Cuando he dicho que tenemos dos cosas que las demás expediciones no tenían no me refería a Ruprekt y Melquiades. —Mirando a los aludidos, añadió—: Aunque es todo un placer contar con vuestra compañía, por supuesto. Yo hablaba de otras cosas.

—Ilumínanos —le pidió Ethan, huraño.

—Para empezar, tenemos una princesa del hielo. —Y se señaló a sí misma—. Y, sí, ya sé que no soy ni tan experimentada ni tan poderosa como la reina Portia, pero cuento con la magia de escarcha y con la

pulsera de dijes, así que quizá pueda protegeros de algún modo. Si nos vemos completamente desesperados, podría probar el dije del dragón que tanto parece gustarles a las gárgolas.

—¿Y crear un dragón de hielo para que nos devore a todos? Eso no mejoraría mucho la situación, ¿no te parece?

—Por supuesto, sería el último recurso. Pero al menos es algo.

Ethan suspiró.

—¿Y cuál es la segunda cosa maravillosa que nadie más ha tenido?

—Bueno… —Stella miró a Shay—. Tenemos una loba sombra que parece estar convirtiéndose en un lobo brujo.

Todos miraron al susurrador.

—*Koa* quiere almas, ¿no? —preguntó la muchacha—. Pues quizá ataque a la reina de las nieves si aparece. ¿Crees que podrías sugerírselo?

Shay se frotó la nuca.

—Tal vez. Aunque últimamente *Koa* no parece querer hablar mucho conmigo. De hecho, cada vez me habla menos. Y cuando lo hace, lo que dice no siempre tiene sentido. —Suspiró—. Pero vale la pena probarlo. Siempre está hambrienta; lo sé. Busca almas que devorar, igual que los lobos brujos. He notado que tenía hambre cuando ha visto al fantasma del duendólogo. Pero si le digo que en el puente hay algo que sí puede cazar, quizá… no lo sé… puede que sea como una compensación, algo en lo que concentrar su energía salvaje. —Mirando a Stella, añadió—: No perdemos nada por intentarlo. Quizá resolvamos dos problemas a la vez.

A los demás les pareció razonable, así que Shay llamó mentalmente a *Koa*. La loba sombra apareció casi de inmediato y se sentó a su lado. Todos supieron que el susurrador estaba hablando con ella porque el colgante de lobo que llevaba al cuello abrió los ojos, que destellaron con un brillo rojo.

A pesar de que *Koa* resollaba levemente, casi parecía la de siempre. Observó con calma a Shay mientras él le hablaba de forma pausada, y le dio un par de lametazos cariñosos. Había perdido su forma sólida, y cuando el susurrador intentó acariciarla, la mano traspasó el cuerpo del animal, como solía ocurrir. Sin embargo, cuando la loba se fue, Stella reparó en los pelos blancos que habían quedado en el suelo.

—Creo que la atacará si nos encontramos con ella —los informó su amigo—. Pero está cambiando tan rápidamente que es imposible saber lo que pasará cuando llegue el momento.

—Bueno, al menos tenemos algo parecido a un plan —dijo Stella, mirando su pulsera—. Y contamos con el dije del dragón por si acaso.

Como todos estaban cansados, decidieron acostarse. Pero, aunque

le dolían los ojos de agotamiento, a Stella le costó dormirse. Estaba preocupada por Felix y Joss, que seguían encerrados en la cueva; solo esperaba que los duendes les proporcionaran comida suficiente.

Además, a su mente acudían una y otra vez las imágenes de la reina Portia y de las caras horrorizadas de los habitantes de Negrocastillo congelados. El ataque al pueblo no parecía tener explicación, como tampoco se entendía lo que había hecho con los exploradores del puente. Era como si, de repente, la reina se hubiera vuelto malvada. Y a Stella le daba mucho miedo que un día, por más que intentara impedirlo, a ella le sucediera lo mismo.

Cuando a la mañana siguiente los exploradores se pusieron en marcha, se sentían aterrorizados. Estaban a punto de entrar en territorio desconocido, pues ya no contaban con el diario del padre de Habichuela para advertirles de los peligros con los que iban a enfrentarse.

—Podríamos toparnos con cualquier cosa —se lamentó Ethan mientras se reunían en la cubierta del barco—. Desde gigantes fuera de sí hasta dinosaurios jugando a la rayuela.

Stella le dio unas palmaditas en la espalda.

—Así me gusta. Tanto puede haber monstruos dispuestos a devorarnos como dinosaurios jugando a la rayuela. Al menos hoy hace sol. Con un poco de suerte, tendremos buen tiempo.

La niebla se había levantado y se veía un buen tramo del puente. Parecía bastante despejado, pero apenas habían recorrido unos kilómetros cuando la situación empezó a cambiar. La superficie del puente ya no era lisa; ahora en la nieve parecía haber grandes bultos y objetos enterrados. Stella detuvo a las gárgolas, y desembarcaron para inspeccionar el suelo.

—¿Qué deben de ser? —preguntó la joven.

—Espero que cuerpos no —respondió Ethan—. Ni un monstruo hibernando.

—Bueno, tendremos que despejar el camino para poder pasar con el barco, así que antes de empezar a cavar con las palas veamos de qué se trata —dijo imaginándose que estaban a punto de despertar a un dragón.

Con cautela, los exploradores comenzaron a retirar nieve. Stella se dio cuenta de que Ethan tenía el guante roto y que el índice se le estaba poniendo azul a toda velocidad.

—¿Qué le ha pasado a tu guante? ¿Se te rompió al caer por el pretil del puente?

Ethan bajó la vista y, para sorpresa de Stella, se ruborizó.

—No. —Y añadió tras una pausa—: Lo he cortado yo.

Ella frunció el ceño.

—¿Y por qué diablos lo has hecho? Hace un frío que pela.

Antes de que el mago pudiera responder, Melquiades apareció revoloteando.

—Me gustaría ayudar, si es posible. A lo mejor puedo retirar nieve con el paraguas.

Su voz profunda sonaba un tanto amortiguada y, al mirarlo, Stella descubrió que llevaba el dedo del guante de Ethan alrededor del pico.

La chica se volvió hacia el mago, que se encogió de hombros.

—No paraba de quejarse del frío que tenía en el pico.

—Has hecho algo muy bonito —le dijo ella sonriendo.

—Es que me estaba poniendo de los nervios, lo he hecho por eso —se justificó el chico.

Stella sintió una oleada de afecto por el gruñón de su amigo.

—Deberías habérmelo dicho. Yo tengo un par de recambio en el bolsillo.

Le tendió los guantes a Ethan, que la miró agradecido mientras se los ponía.

Siguieron excavando y al poco dejaron a la vista un objeto.

—Es una bandera —anunció Habichuela tirando de ella.

—¿De qué club? —quiso saber Ethan.

Habichuela retiró una capa de escarcha y reveló un emblema rojo intenso. Miró a sus amigos.

—Es del Club de Exploradores del Fénix del Cielo.

—Creo que son los restos de un globo aerostático —dijo Shay—. Debió de hacer un aterrizaje forzoso. Mirad, esto es la barquilla y esto, la envoltura del globo.

Cuando retiraron más nieve, descubrieron que, efectivamente, se trataba de una embarcación del Club de Exploradores del Fénix del Cielo. El globo estaba pintado a rayas blancas y rojas, con llamas de color naranja y amarillo. Una segunda bandera del club colgaba en la barquilla, en cuyo interior encontraron mochilas de explorador de tela roja con el emblema del fénix bordado. Algunas también tenían bordado el nombre del propietario.

—Percy Leeroy Vane —leyó Ethan—. Theodore Franklin Goudge.

—En esta pone: Harkam Peewee Lewis —dijo Habichuela señalando otra.

Al abrirlas encontraron brújulas, telescopios abollados y sextantes antiguos, junto con rollos de cordel y silbatos de emergencia.

—Esto significa que el Club de Exploradores del Fénix del Cielo sí existió —dijo Shay, examinando el interior de una de las mochilas—. Estos son nombres de exploradores auténticos, y estas sus cosas.

Estuvieron aquí de verdad. No son una leyenda.

El descubrimiento de un quinto club de exploradores les resultó muy extraño. Para ellos siempre había habido solo cuatro.

—Es increíble… —dijo Stella—. Felix se emocionará cuando se entere. Deberíamos llevarnos la bandera como prueba.

Quitaron la bandera cuidadosamente, la doblaron y la metieron en la bolsa de Stella.

—No hay cuerpos —señaló Ethan mientras continuaban limpiando el camino entre los restos del globo, seguidos por las gárgolas, que iban tirando del barco.

—Bueno, es lógico, después de tanto tiempo… —contestó Shay—. Este globo debió de estrellarse aquí hace cientos de años.

—Pero al menos debería de haber esqueletos. ¿Se los habrá llevado la reina de las nieves?

Encontraron otros globos estrellados en el puente; todos del Club de Exploradores del Fénix del Cielo. Hallaron mochilas, equipos y banderas, pero ni rastro de los exploradores. Y, para empeorar las cosas, una vez que dejaron atrás los globos, encontraron un letrero siniestro:

¡DETÉNGASE!
¡GIGANTE DEL FIN DEL MUNDO ACECHA!

Junto a ese había varios letreros más, en los que se leían cosas como «¡PELIGRO!», «¡CUIDADO!» o «NO PASAR».

Stella vio otro que rezaba:

LOS INTRUSOS SERÁN
ENGULLIDOS POR LOS GIGANTES.

Mientras que otro decía:

NO DISTRAER, NI HACER COSQUILLAS NI INCORDIAR A UN GIGANTE DEL FIN DEL MUNDO BAJO NINGÚN CONCEPTO, SEMEJANTE ACCIÓN PUEDE PROVOCAR LA DESAPARICIÓN CATASTRÓFICA DEL PLANETA.

Y otro:

LOS GIGANTES SON CRIATURAS DE INTELIGENCIA LIMITADA Y SE DISTRAEN FÁCILMENTE CON MUCHAS COSAS, ENTRE LAS QUE SE INCLUYEN:
EXPLORADORES Y AVENTURAS;
SOMBRAS Y SUSURROS;
CAMINAR DE PUNTILLAS Y MASCAR;

Debía de haber unos cincuenta letreros en total, y todos parecían comunicar el mismo mensaje: más adelante había un gigante del fin del mundo que, si captaba la más mínima señal de tu presencia, podría distraerse con facilidad, con lo que podría dejar caer su esquina del mundo, lo que, a su vez, causaría la destrucción de todo el planeta.

—Caramba… —susurró Shay, volviéndose hacia sus amigos con preocupación—. ¿De verdad creéis que al otro lado del puente hay un gigante?

—¡Fijaos en lo que estamos pisando! —exclamó Habichuela—. No me había dado cuenta hasta ahora. ¡Mirad!

Los demás bajaron la vista y descubrieron que lo que al principio les habían parecido un gran bache era, en realidad, una huella. Una huella enorme.

—¡Es la huella de un gigante! —se alarmó Habichuela—. ¡Debe de medir casi dos metros!

—A lo mejor es la huella de un yeti —sugirió Stella, sabiendo que no podía ser porque los yetis iban descalzos, mientras que el propietario de aquel pie iba claramente calzado.

—Si es un gigante del fin del mundo, tenemos que marcharnos —dijo Shay—. No podemos correr el riesgo de destruir el planeta.

—No puede ser. Jezzybella dijo que al otro lado del puente vive el Coleccionista.

—No te ofendas, Stella, pero Jezzybella no está muy bien de la cabeza —contestó Ethan—. Quiero decir que el Coleccionista podría no existir. Aparte de eso, aunque hace muchos años estuviera al otro lado del puente, no hay garantías de que siga allí.

—Ya lo sé —dijo ella, apretando los puños—. Todos sabemos que es poco probable. Pero cualquiera podría haber colocado esos carteles y la huella; el Coleccionista mismo, por ejemplo, para intentar mantener a distancia a la gente.

—Quizá —aceptó Shay—. Pero sigue siendo muy poco probable.

—De acuerdo, si vemos un gigante del fin del mundo, seremos muy silenciosos y cautos para no distraerlo, y nos daremos la vuelta. Pero en realidad no tenemos ninguna prueba que confirme que hay un gigante al otro lado.

—Excepto la huella —apuntó Habichuela—. Eso es una prueba, ¿no?

Stella la observó frunciendo el ceño.

—No sé qué decirte. A mí me parece demasiado perfecta.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, para empezar, está muy definida; no tiene los bordes

borrosos ni nada por el estilo. Es como si alguien la hubiera dejado deliberadamente. Además, ¿por qué solo hay una? ¿Y las otras? Es decir, el gigante debe de haber llegado aquí de algún modo. Y aunque solo tuviese una pierna, tendría que haber más huellas a lo largo del puente, y no las hay.

—Eso es cierto —coincidió Ethan, mirando puente abajo—. Salvo por esta huella, la nieve está intacta.

—Exacto. Yo no creo que haya ningún gigante. Creo que los carteles no son más que un engaño.

Decidieron seguir adelante, pero a pie, para estar más atentos y captar cualquier rastro del gigante.

18

No habían avanzado mucho cuando Habichuela dijo:

—¿Qué es eso de ahí delante?

Entre la niebla que había empezado a disiparse vieron que el camino estaba bloqueado por unos objetos grandes y redondeados.

—Ojalá no tengan nada que ver con gigantes —dijo Shay—. Podrían ser pelotas de goma enormes, o algo así.

—Pues yo espero que no sean más nidos de maligno calamar rojo aullador —repuso Ethan estremeciéndose.

—No lo son —aseguró Stella—. Abultan demasiado.

Sacó el telescopio de la mochila y se puso a observar los objetos misteriosos.

—¡Madre mía! —exclamó.

Ethan suspiró.

—Venga, suéltalo. Supongo que son rocas venenosas, o huevos pinchudos, o…

—No. Nada de eso. Parecen submarinos minúsculos.

—¡Bobadas! —le espetó el mago con menosprecio—. Son demasiado pequeños para ser submarinos.

—Pero si veo la cúpula superior de cristal, la hélice de detrás y…

—Te digo que es imposible. El submarino más pequeño del mundo es diez veces más grande que esas cosas.

Cuando llegaron a la altura de los objetos, resultó que Stella tenía razón. Las gárgolas se quedaron en el barco mientras ellos iban a inspeccionar.

—Son submarinos, no hay duda —anunció Shay mientras

examinaba el que le quedaba más cerca—. Este incluso tiene la palabra «submarino» pintada en el lateral.

—Bueno, pues no deben de ser muy útiles —apuntó Ethan—. Este tiene un agujero enorme.

Debía de haber unas veinte naves desperdigadas por el puente y todas eran pequeñas; apenas tenían cabida para un adulto. La pintura, originalmente verde, estaba oxidada y descascarillada. El diseño variaba un poco: unas eran redondas como burbujas, mientras que otras eran alargadas y finas como el morro de un pez espada.

—Seguro que pertenecían al Club de Exploradores del Calamar Oceánico —dijo Stella.

—El club jamás ha tenido submarinos como estos —contestó Ethan —. Para empezar, en cualquiera de los nuestros caben los miembros de una expedición entera. Además, todos llevan el emblema del Club de Exploradores del Calamar Oceánico estampado en un lateral y una bandera impermeable. Estos han sido diseñados para llevar a una sola persona sentada. —Soltó otro resoplido burlón—. Con estos chismes no se puede llegar muy lejos. Los submarinos necesitan una cocina para almacenar la comida, servicios y cañones de arpones para protegerse de los krakens. Estos submarinos no sirven para nada; no me extraña que se encuentren en este estado.

Stella tuvo que admitir que tenía razón. Aquellos submarinos no parecían diseñados para recorrer grandes distancias. El interior solo albergaba un asiento para un piloto.

—Mirad. Aquí hay algo escrito —dijo Shay, limpiando la escarcha de una de las naves.

—Quizá sea el emblema del Club de Exploradores del Fénix del Cielo —imaginó Habichuela, mientras todos se reunían alrededor del susurrador.

En lugar de una insignia vieron un mundo redondo con cuatro palabras alrededor.

—La Sociedad del Atlas Fantasma —leyó Stella, y miró a los demás arrugando el ceño—. ¿Alguien ha oído hablar de esta sociedad?

Todos negaron con la cabeza.

—No existe ningún Atlas Fantasma —aseguró Ethan encogiéndose de hombros—. Quizá estas naves pertenezcan a algún explorador loco y disidente. Es obvio que no era miembro de ningún club, o tendrían un emblema y una bandera, como también está claro que no sabía nada de geografía, porque dibujó un mundo redondo, no plano. Lo más probable es que lo raptara la reina de las nieves.

—Mmm… —Stella contempló los submarinos pensativa—. Entonces, ¿por qué hay tantos?

Nadie supo qué decir. Pero de pronto oyeron un largo y sonoro eructo que dejó un intenso hedor en el aire y que pareció salir de uno de los submarinos.

Los jóvenes exploradores se volvieron en redondo y vieron a una criatura del tamaño de un gato gordo arrastrándose fuera de una de las naves. Era azul claro, tenía las manos y los pies palmeados, orejas de murciélago y unos ojos grandes como pelotas de golf y tan saltones que parecían a punto de salírsele de las órbitas. Tenía la piel correosa y llena de bultos, y unos dientes afilados y puntiagudos le asomaban entre los labios.

Stella nunca había visto nada igual, pero Ethan reconoció a la criatura de inmediato.

—¡Por el gran Scott, es un gremlin marino! —exclamó.

Actuando con rapidez, estiró el brazo al máximo y lo agarró por el tobillo. Al gremlin no pareció gustarle que lo atraparan de ese modo y se debatió con todas sus fuerzas, pero era un ser huesudo y poco musculoso, y no pudo liberarse.

—¡No le hagas daño! —le rogó Stella, que no pudo evitar que la pobre y desgarbada criatura la enterneciera.

Ethan miró al cielo con gesto de exasperación.

—Stella, seguro que crees que es monísimo y te gustaría achucharlo y tejerle un gorrito de lana, pero debes saber que los gremlins marinos suponen una gran amenaza. Se cuelan en el motor de los submarinos y estropean la maquinaria, cortando y mordiendo cables, colocando objetos entre las hélices y quién sabe qué más. Todos los años provocan docenas de bajas entre los exploradores del Calamar Oceánico.

—Ethan tiene razón —coincidió Habichuela—. Nada menos que doscientas treinta y nueve muertes de miembros del club se han atribuido a los submarinos averiados por gremlins marinos. Son incluso más peligrosos que los frostis.

—Y rapidísimos —añadió el mago—. Este debe de ser viejo, en caso contrario no lo habría atrapado con tanta facilidad.

Al acercarse a él, Stella vio que al gremlin le salían de las orejas unos mechones de pelo blanco y que tenía bastantes arrugas en la cara y el cuerpo, como si la piel fuera un traje que le quedara grande. La criatura apretó los puños y los agitó furiosamente hacia Ethan, que no se inmutó.

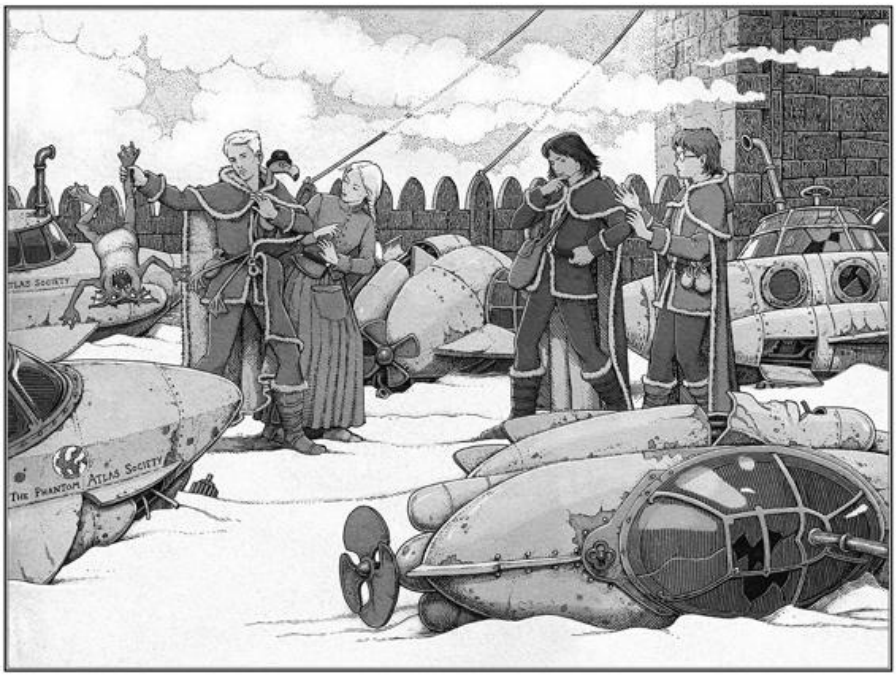
—Seguro que ellos estropearon estos submarinos.

—¿Pueden hablar? —le preguntó Stella.

—Cuando les interesa. Pero en general solo abren la boca para insultar.

La chica se acercó más a la criatura, pero Ethan la empujó hacia un lado.

—Ten cuidado, atacan directamente a los ojos. Créeme, no querrás que te clave sus sucias uñas. Julian sufrió una infección ocular espantosa después de que intentara sacar a un gremlin del motor de un submarino.



Stella no quería tener una infección ocular, así que se mantuvo a una distancia prudente y le dijo al gremlin:

—Hola. Me llamo Stella Copodestrella Pearl. ¿Cómo te llamas tú?

Al oír el tono amable de la exploradora, Ethan volvió a mirar al cielo, hastiado. La criatura la observó sin dejar de parpadear y luego abrió la boca. Durante un instante, Stella pensó que iba a responderle, pero, en vez de eso, el gremlin bostezó antes de meterse un huesudo dedo en la nariz y sacarse un moco azul, que transformó con destreza en una bola y se lo lanzó a Stella.

El viscoso proyectil volaba directamente hacia la cara de Stella, pero Shay, veloz como el rayo, lo interceptó con la mano y el moco impactó en su palma con un plaf.

—¡Bien hecho, compañero! —exclamó Melquiades. Luego miró a Stella—. Cuando alguien no duda en atrapar un moco de gremlin que va directo a ti… demuestra que es un amigo de verdad, ¿no te parece? No creo que exista mejor prueba de la verdadera amistad.

Stella se dijo que el flamenco caballero tenía razón y miró agradecida a Shay, que le devolvió la sonrisa encogiéndose de hombros.

—Cuando cuidas lobos, te toca hacer cosas peores —dijo antes de limpiarse el moco en la nieve.

Al descubrir que estaban en la línea de fuego, las gárgolas habían decidido retroceder un poco y se habían llevado el barco.

—¡No seas asqueroso! —le gritó Ethan al gremlin al tiempo que lo sacudía.

—¡Suéltame! —chilló la criatura, que hablaba por primera vez, con voz ronca—. ¡Os lanzaré mocos a todos!

—Ethan, suéltalo —le pidió Stella—. No tenemos submarinos, ni ningún tipo de maquinaria, así que no supone ninguna amenaza. Suéltalo.

—¡No hables de mí como si fuera un macho! —farfulló la criatura —. Supongo que querrás saber cómo me llamo, ¿no? ¡Pues me llamo Dafne!

—Lo lamento —se disculpó la muchacha—. Pero la verdad es que es culpa tuya. Si en vez de lanzarme un moco te hubieras presentado como es debido, no me habría confundido.

—Bien dicho —soltó Ethan—. Por suerte, sé un par de cosas sobre gremlins marinos, como el hecho de que si les haces una pregunta mientras los sujetas por el tobillo, tienen que responder con sinceridad. —Miró a Dafne—. A ver, ¿de dónde has salido?

Ella lo miró con cara de pocos amigos.

—Ya que quieres saberlo, te diré que vine con Harkam Peewee Lewis.

Stella frunció el ceño al recordar que ese era uno de los nombres bordados en las mochilas que habían encontrado en el globo.

—¿Del Club de Exploradores del Fénix del Cielo? —preguntó.

—¡Pues claro! —Todavía boca abajo, la gremlin se cruzó de brazos —. Yo no conozco a ningún otro Harkam Peewee Lewis, ¿vosotros sí?

—Pero si no se ha sabido nada de ese club durante años… — apuntó Shay—. ¿Qué edad tienes?

—¡Eso no se le pregunta a una dama! Es de mala educación — gruñó Dafne, dilatando las fosas nasales—. Aunque, bueno… ayer cumplí doscientos cuatro años.

—Feliz cumpleaños con retraso —la felicitó Habichuela de inmediato.

—¡Doscientos cuatro! —repitió Ethan—. ¡Caray! No me extraña que estés arrugada como una ciruela pasa.

—Ethan… —le dijo Stella con tono de advertencia.

—¡¿Qué?! —espetó él—. No he dicho ninguna mentira. —Volvió a mirar a Dafne—. Yo creía que los gremlins marinos solo viajaban en submarinos.

—Harkam Peewee Lewis vino en submarino desde su casa y nos tendió una trampa en la sala de máquinas. Quería volver con nosotros al Club de Exploradores del Fénix del Cielo y presentarnos como curiosidades y disecarnos. Pero entonces mi hermano Bob logró liberarse. Primero le dio un mordisco a ese horrible explorador y le hizo un agujero en los pantalones… ¡justo en el trasero!… Y luego mordió el globo.

—¿Por eso os estrellasteis aquí?

—Sí.

—¿Sabes lo que hay al otro lado del puente?

Dafne esbozó una amplia sonrisa y les enseñó todos los dientes.

—Sí. Pero no pienso decírtelo.

Ethan lo miró extrañado.

—¿Por qué?

La gremlin le gruñó.

—Porque, mientras vosotros parloteabais, ¡mis amigos os han rodeado!

El mago entornó los ojos.

—¿Qué amigos?

Pero, antes de que nadie pudiera decir ni una palabra más, unos cincuenta gremlins marinos aparecieron de debajo de la nieve.

19

Como Ethan había dicho, los gremlins marinos eran muy veloces. Se acercaron volando a los jóvenes exploradores y aterrizaron sobre sus cabezas, espaldas y piernas creando una tormenta de nieve. Una de las criaturas atrapó a Melquiades, se lo puso bajo el brazo e intentó huir con él, pero Ethan soltó a Dafne y lo persiguió, y cuando recuperó al flamenco volvió a guardárselo dentro de la capa. Cuando Dafne se vio libre corrió a ponerse a salvo en uno de los submarinos siniestrados que estaba más lejos. La gremlin aposentó su huesudo trasero en el techo de la nave con sus pies palmeados colgando por el borde, y desde allí empezó a insultar a los exploradores a voz en grito.

—¡Eh, que es mío! —chilló Habichuela cuando un gremlin le arrebató el gorro y echó a correr sin dejar de reír.

Mientras tanto, Stella se peleaba con dos de esos bichos que parecían decididos a quitarle la pulsera de dijes; Shay luchaba para que no le arrancaran el colgante de susurrador de lobos y Ethan sujetaba con fuerza a Melquiades para que no se lo llevaran otra vez.

—¡Son rapiñadores! —exclamó el mago mientras asestaba un golpe a una de las criaturas—. ¡Ojo con los bolsillos, a la que os descuidéis os los vaciarán!

Los gremlins también parecían decididos a arrebatarles la ropa, y a Habichuela ya casi le habían quitado la capa. Eran muchísimos y estaban por todas partes.

—¡¿Cómo podemos detenerlos?! —gritó Stella cuando otros tres gremlins le treparon por la espalda.

—¡No lo sé! —gruñó Ethan—. Detestan la luz fuerte. ¿Alguien

tiene una linterna? Si los iluminas con un foco potente huirán.

Por desgracia, nadie tenía una linterna.

—¿A cuántos de vosotros os capturó Harkam Peewee Lewis? —quiso saber Ethan.

—Solo a Bob y a mí —le contestó Dafne, señalando a otro gremlin viejo y arrugado que estaba metiendo su huesudo brazo en una bota de Shay—. Los demás han venido a la escuela.

—¿Qué escuela?

Dafne chasqueó los dedos y los gremlins dejaron en paz a los exploradores y se volvieron hacia ella como si esperaran órdenes.

—¡¿No habéis visto el letrero?! —les espetó a los cuatro amigos, y señaló uno de los letreros que habían dejado atrás.

Los jóvenes habían dado por hecho que ese cartel también alertaba del gigante del fin del mundo, pero ahora Stella leyó: «ESCUELA PARA GREMLINS DE DAFNE».

—Vienen aquí para aprender a ser gremlins —explicó Dafne con una sonrisa desagradable—. Yo les enseño cuanto sé usando los viejos submarinos.

—Pero ¿de dónde han salido estos submarinos? —quiso saber Stella—. ¿Y por qué queréis sabotearlos? ¿Qué os han hecho los exploradores?

—Los exploradores siempre meten las narices donde no deben. Si los dejáramos, destruirían el mundo.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—¡Pues hablo de exploradores entrometidos que meten las narices en todas partes! Vosotros mismos, sin ir más lejos. ¿Qué hacéis en el puente? ¿Es que no sabéis leer? ¿No habéis visto los letreros sobre el gigante? Tenéis que dar media vuelta.

—No podemos —respondió Stella—. Antes debemos encontrar a alguien que vive al otro lado. Lo conocen como el Coleccionista. ¿Qué sabes de él?

Dafne guardó silencio un instante y al cabo dijo:

—El Coleccionista no quiere veros. El Coleccionista no quiere ver a nadie.

—Entonces, ¿existe? —preguntó la muchacha entusiasmada.

—Dad media vuelta y marchaos —insistió Dafne—. De lo contrario, estos gremlins os meterán sus huesudos dedos en los ojos. Sufriréis infecciones oculares y luego os acribillaremos con mocos.

—No vamos a marcharnos —contestó Stella—. Así que, por favor, apartaos de nuestro camino.

Dafne negó con la cabeza y giró en redondo; luego levantó una mano y chasqueó los dedos. Los gremlins volvieron al ataque,

arañando y desgarrando la ropa de los exploradores e intentando clavarles sus largos dedos en los ojos. En un momento crearon el caos en el puente; aquellas criaturas los superaban en número y a los cuatro amigos les costaba muchísimo mantenerlas a raya. A Stella se le subió un gremlin en el hombro y le arañó la cara con tanta fuerza que la hizo sangrar; no le acertó en un ojo por los pelos.

Ethan les lanzaba flechas mágicas, pero eran tan rápidos que las atrapaban al vuelo y se las devolvían. Y cuando Shay lanzó su bumerán, un gremlin lo atrapó y huyó con él. Habichuela corrió tras el ladrón que le había quitado el gorro, pero sufrió la emboscada de siete gremlins, que le cayeron encima a la vez.

Desesperada, Stella decidió invocar el trineo para que los dos osos polares ahuyentaran a aquellos bichos, pero en el último momento un gremlin tiró de la pulsera y en vez de tocar el dije del trineo tocó el del unicornio.

Acto seguido, del dije brotó una luz centelleante, y el gremlin, que se había colgado de la muñeca de Stella, se soltó emitiendo un alarido de dolor y protegiéndose los ojos. Los demás dejaron lo que estaban haciendo y retrocedieron a su vez, mirando atemorizados la fuente de luz plateada que inundaba el puente.

Ante sus ojos apareció un caballo que resoplaba y pateaba. Al verle el cuerno en mitad de la frente, Stella pensó que era un unicornio, pero el animal desplegó unas alas. Se trataba de un Pegaso. La exploradora no había reparado en las alas que había grabadas en el dije. Ahora, el animal extendía sus enormes alas contra el cielo y las plumas emitían una luz resplandeciente.

Parecía hecho de luz estelar y, al moverse, brillaba como un diamante. Tenía una mirada salvaje, crines indómitas y cuando sacudía la cabeza se le dilataban los ollares. La luz que le brotaba del cuerno era tan potente que incluso a los exploradores les costaba mirarla directamente.

Los gremlins aullaron, tapándose los ojos y la cara, y escaparon en desbandada chocando unos contra otros. Al cabo de un instante habían alcanzado el pretil del puente y saltaban al agua.

Incluso Dafne huyó cuando el Pegaso de luz estelar galopó en dirección a ella. Chillando, la gremlin se subió a la barandilla y se volvió hacia los exploradores para gritarles:

—¡No está permitido cruzar el puente! ¡Me chivaré!

—¡Aquí no hay nadie! —contestó Ethan—. ¿A quién se lo dirás?

Ella sonrió burlona.

—A la autoridad.

Acto seguido tomó mucho impulso y se tiró al agua encogiendo las

piernas y sujetándoselas con los brazos.

Los cuatro exploradores se quedaron solos con el Pegaso, que trotaba en círculos, nervioso, y expulsaba bocanadas de aliento helado. Stella se le acercó y alargó una mano. El animal se detuvo y dejó que lo acariciara. La chica había pensado que carecería de sustancia física, como *Koa*, y que lo atravesaría con la mano; sin embargo, pudo tocarlo y descubrió que era tan frío y suave como el cristal.

—Tranquilo —le dijo en voz baja—. Ya se han ido. Los has ahuyentado; bien hecho.

—¡Caramba! —exclamó Ethan—. Esa pulsera es bastante práctica, ¿no?

Recogió el gorro de Habichuela, que, en sus prisas por llegar al mar, el gremlin ladrón había dejado caer, y Habichuela se lo encasquetó de inmediato y tiró del pompón, consternado.

—Qué maravilla… —dijo Shay acercándose al Pegaso.

A Stella le habría encantado quedarse con aquella magnífica criatura, sobre todo porque su luz atravesaba la niebla marina y permitía ver a muchos metros de distancia. Pero empezaba a notar que le escocían los ojos y recordó lo exhausta que la había dejado mantener el trineo de osos polares. Los gremlins se habían marchado, y lo más sensato era reservar la magia para cuando la necesitaran de verdad.

Stella dejó de concentrarse en el conjuro, se despidió del Pegaso y permitió que la criatura se desvaneciera en la niebla.

—¿Crees que volverán los gremlins? —preguntó Habichuela, mirando inquieto alrededor.

Ethan negó con la cabeza.

—Por lo menos no enseguida —respondió—. No pueden volar, así que tendrán que fabricarse sogas con algas o algo… ¡Oh! —Mientras hablaba, se había asomado por la barandilla del puente, pero retrocedió de inmediato—. Están todos sentados ahí abajo —susurró, señalando el mar—. Hay una pequeña plataforma atada a una escalera de cuerda. En cuanto los alumnos de Dafne encuentren un modo de subir al puente desde el agua, volveremos a tenerlos aquí. Supongo que aún no se han dado cuenta de que el Pegaso se ha ido.

—Entonces pongámonos en marcha antes de que se enteren —contestó Stella—. Más adelante el puente parece bastante liso. En cuanto despejemos el camino de submarinos, embarcaremos y pondremos tierra de por medio.

Entre todos empujaron las naves a los lados del puente, y luego Stella llamó a las gárgolas, que seguían esperando. Estas acudieron de

inmediato, los exploradores montaron en el barco y pronto volvieron a deslizarse a toda prisa por el puente; al principio bien alerta por si los gremlins los seguían.

—¿Ves algo? —le preguntó Shay a Stella cuando se reunió con ella en la popa una hora más tarde.

Ella bajó su telescopio y negó con la cabeza.

—Nada. Parece que no nos han seguido. Vayamos adentro.

—¿A quién crees que se refería Dafne cuando ha dicho «la autoridad»? —le preguntó el susurrador mientras entraban en la cubierta inferior.

Habichuela estaba leyendo absorto en un rincón de la cocina, mientras que Ethan y Melquiades jugaban al dominó sentados a la mesa.

La chica se encogió de hombros.

—Quizá a la reina de las nieves. O al Coleccionista, pareció que lo conocía.

—Stella, esto no tiene sentido —dijo Habichuela, levantando la cabeza del libro con expresión desconcertada—. Es uno de los ejemplares que me llevé de la biblioteca de la reina Portia. Contiene mucha información sobre las reinas de las nieves. Mira.

Se levantó y le tendió el volumen abierto por una página en la que aparecía la imagen de una reina de las nieves. En la otra había una lista de datos que Stella ojeó y que la hicieron estremecerse. En ese momento, no le apetecía demasiado pensar en corazones helados y conjuros maléficos.

—Todo esto ya lo sabemos —dijo alargándole el ejemplar a Habichuela.

Pero su amigo negó con la cabeza.

—Mira —dijo, y señaló un cuadro en la esquina superior derecha de la página—. Datos y cifras sobre las reinas de las nieves, incluida su esperanza de vida.

—Setenta años —leyó ella.

—¿Y qué? —preguntó Ethan, levantando la vista de la partida de dominó—. Es normal, ¿no?

—Pero la reina Portia que vimos en las fotografías del duende parecía la misma que la de los retratos del castillo —contestó Habichuela—. Y hace ocho años debía de tener más de doscientos.

—Tienes razón —coincidió Stella—. A mí también me extrañó.

—Los datos del libro deben de ser erróneos —opinó Shay frunciendo el ceño—. Todos hemos visto a la reina Portia en las fotos y se la ve joven. A veces los libros contienen errores.

—Supongo que sí —respondió Stella, devolviéndole el tomo a

Habichuela—. Pero me extraña.

—¡Ajá! —exclamó Melquiades, colocando una ficha de dominó—. ¡He ganado!

Y le tendió un ala a Ethan, que se la estrechó, aunque de mala gana.

—Te deseo más suerte la próxima vez, colega —añadió el flamenco.

—¿Jugamos otra? —propuso el mago.

—Esperad —los interrumpió Shay, acercándose—. ¿De dónde ha salido ese juego de dominó?

—Lo ha encontrado Melquiades —respondió Ethan, y miró al flamenco—. ¿Dónde estaba?

—En uno de los submarinos. —De repente, Melquiades pareció alarmarse—. Caramba, espero que no le importe a nadie, ¿qué creéis? Me pareció que no lo usaba nadie, pero eso fue antes de encontrar a los gremlins. ¿Les habrá molestado?

—¡Que se fastidien los gremlins! —contestó Ethan, poniendo las fichas boca abajo para mezclarlas.

Stella se fijó en el emblema que aparecía en el reverso.

—La Sociedad del Atlas Fantasma de nuevo —murmuró frunciendo el ceño. El juego era bastante bonito: las fichas estaban hechas de una madera pulida y brillante—. Es muy raro que nadie haya oído hablar de ellos.

—A lo mejor la sociedad desapareció hace cientos de años —sugirió Shay.

—O podría ser una sociedad secreta —propuso Habichuela—. Es lo que sugiere otra teoría sobre el puente, ¿sabéis? Que conduce a una antigua sociedad secreta.

—¿Y a qué se supone que se dedica esa sociedad? —preguntó Stella.

—Nadie lo sabe. Es un secreto.

Cuando consideraron que se habían alejado lo bastante de los gremlins, se detuvieron y desplegaron la
manta-jaima
para comer. Después prosiguieron la marcha, y durante el resto de la tarde no encontraron nada digno de mención, excepto algunos letreros con advertencias sobre el gigante del fin del mundo. La aguja de la brújula de Stella seguía girando sin ton ni son, pero no les importaba porque sabían que debían continuar avanzando por el puente.

Las gárgolas parecían impacientes por llegar a su destino. Al día siguiente, mientras los exploradores desayunaban lo que Ruprekt les había preparado, una de las gárgolas se asomó por la entrada de la

jaima y les farfulló algo con su voz bronca. Cuando Stella salió para ver qué quería, se encontró a todas las gárgolas sujetas a sus arneses y señalando el trineo para que los exploradores subieran a él cuanto antes.

—¿Qué les pasa? ¿Por qué tienen tanta prisa? —se preguntó Ethan.

—No lo sé —respondió Shay—. Quizá sean como los lobos y necesiten correr de vez en cuando.

Viajaron durante dos días sin ver nada que les llamara la atención, excepto otra huella de gigante. El segundo día oyeron el chapoteo de algún monstruo marino que la niebla les impidió ver, y un ave oscura y enorme pasó volando sobre sus cabezas y provocó tal ráfaga de viento que les quitó las capuchas.

Pero luego, a primera hora de la tarde, mientras Stella estaba mirando por su telescopio, vio algo que le cortó el aliento.

—¡Parad! —les ordenó a las gárgolas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Shay intentando ver a través de la niebla.

—No estoy segura, porque vuelve a haber niebla y no veo bien, pero me ha parecido que el puente se termina un poco más adelante.

—¿Cómo que se termina? —repitió el susurrador—. ¿Quieres decir que no hay otro lado?

Parecía consternado, y Stella no podía sino compartir su estado de ánimo. Después de todo a lo que se habían enfrentado y de los esfuerzos que habían hecho para llegar hasta allí, sería espantoso descubrir que el puente no llevaba a ninguna parte y que no había Coleccionista ni Libro de la Escarcha. Eso significaría que habían hecho ese largo y peligroso viaje para nada y, sobre todo, que no podrían salvar a Shay y a *Koa*, ni rescatar a Felix y Joss de su cárcel de hielo.

—Continuemos a pie, a ver qué encontramos —propuso Stella—. Si seguimos con el trineo, corremos el peligro de caer al vacío cuando el puente se termine.

Las gárgolas se detuvieron y los exploradores desembarcaron. La niebla marina volvía a extenderse a toda velocidad, y al cabo de unos instantes su campo visual se había reducido de nuevo a unos palmos. En el puente reinaba un silencio sepulcral. Ya no se oía el chapoteo de los monstruos marinos ni el aleteo de las aves. Era como si los cuatro amigos fueran los únicos seres vivos del planeta.

Avanzaron despacio, entornando los ojos para escrutar el paisaje entre la niebla mientras las gárgolas tiraban del barco detrás de ellos.

—Recordad —susurró Shay—: si nos encontramos con uno de los gigantes sujetando una de las cuatro esquinas del mundo, damos

media vuelta y retrocedemos sin hacer ruido. Que no se os escape ni un estornudo. Las consecuencias serían desastro…

Koa, que había aparecido a su lado, empezó a gruñir con las orejas pegadas a la cabeza. A estas alturas, la mitad del pelaje de la loba se había vuelto blanco y, por la forma en que se restregaba contra la pierna de Shay, Stella pensó que de nuevo tenía sustancia física. El animal escudriñaba la amenazante niebla emitiendo un gruñido gutural, y la nieve, en lugar de amortiguar los sonidos, como de costumbre, les devolvía un eco.

—¡Cállate, *Koa*!

Shay intentó tranquilizarla, pero solo consiguió que la loba gruñera aún más y se lanzara hacia delante. El susurrador intentó sujetarla por el pescuezo, pero ella se zafó y se internó en la niebla, ladrando ferozmente.

—¡Ya la hemos fastidiado! —exclamó Ethan—. Por nuestro bien, esperemos que no se encuentre con un gigante del fin del mundo. Si el eructo de un renacuajo basta para distraerlos, ¿qué no conseguirán los ladridos de un híbrido de loba sombra y lobo brujo? El gigante soltará su esquina, todos caeremos rodando al espacio y seremos culpables de la destrucción del planeta…

—No es un gigante del fin del mundo —contestó Shay.

El lobo del colgante había abierto sus ojos rojos, que brillaban en la escasa luz, lo cual significaba que el joven estaba hablando con la loba sombra telepáticamente.

—*Koa* dice que es la reina de las nieves.

—Vuelve a invocar al Pegaso, Stella —le pidió Habichuela—. Al menos podremos ver algo.

A la joven le pareció buena idea, y estaba a punto de tocar el dije de la pulsera cuando los ladridos de *Koa* cesaron de repente. Fue un final brusco, extraño y antinatural, como si de golpe la loba sombra hubiera dejado de existir.

Stella percibió algo más entre la niebla… Una presencia, y estaba muy cerca. Apretó el dije del Pegaso y, con un estallido de destellos, el caballo mágico cobró vida y la luz de su cuerno atravesó la niebla e iluminó el puente.

Y allí, justo ante ellos, vieron a la mismísima reina Portia.

20

El velo de niebla se descorrió y dejó al descubierto a la reina de las nieves. Se hallaba a unos pasos de los exploradores, en medio del puente, que, en efecto, terminaba de pronto. Se interrumpía sin más… y después no se veía sino bruma y un vacío enorme.

La reina de las nieves era idéntica a la que habían visto en los retratos del castillo y en las fotografías del duende. Y llevaba el mismo vestido elegante de terciopelo morado y ribeteado de piel blanca. Su cabello negro estaba peinado en un complicado recogido de trenzas y, en comparación, su piel nívea parecía más blanca aún.

No había ni rastro de *Koa* y Stella se fijó en la esfera de cristal que la reina sujetaba con sus manos enguantadas. Tenía una hermosa base de plata incrustada con copos de nieve y remolinos de hielo azulado. Y dentro de la esfera, un lobo atrapado. El lobo no era de cristal, como los de las típicas bolas con nieve que habían visto en Puerta de Hielo, sino que era un animal de carne y hueso en miniatura que no paraba de dar vueltas, buscando la forma de salir. Pese a la distancia, Stella vio que tenía la mitad del pelo blanca y la otra mitad negra.

—¡Es *Koa*! —exclamó Shay, angustiado—. ¡La ha capturado! —Miró furibundo a la reina de las nieves—. ¿Qué le has hecho a mi loba?

—Salvarle la vida, probablemente —respondió la reina Portia con voz suave y glacial—. Estaba a punto de convertirse en un lobo brujo, pero en esta esfera el tiempo está congelado. No te preocupes, no le pasará nada.

Dicho eso, de un bolsillo de la capa sacó otra esfera de cristal. Cuando Stella vio que estaba vacía comprendió que pretendía meterlos a ellos. Seguramente había hecho lo mismo con los

exploradores que se habían aventurado en el puente, de ahí que a lo largo de los años hubieran desaparecido tantas expediciones sin dejar rastro. La esperanza de que *Koa* pudiera detener a Portia se había esfumado, y Stella supo que debía actuar inmediatamente o, de lo contrario, todo habría acabado para ellos. Los bumeranes, las flechas mágicas y las gominolas serían inútiles contra una reina de las nieves. Todo dependía de ella.

Felix y Jezzybella habían insistido en que no usara el dije del dragón. Según ellos, era demasiado peligroso, pues cabía la posibilidad de que hiciera aparecer un dragón que la devorara sin pensárselo. Pero ¿qué otra opción tenía?, pensó angustiada. Si no actuaba enseguida, la reina de las nieves los atraparía en su esfera de cristal.

Stella tocó el dije mientras las gárgolas se abrían paso entre los exploradores y se arremolinaban delante de Portia. La reina de las nieves, que estaba desenroscando la base de la esfera de cristal, se detuvo. Las gárgolas empezaron a dar saltos sacudiendo los brazos, como intentando decirle algo a Stella. La muchacha intuyó que no querían que atacara a Portia, pero Stella estaba decidida a intentar proteger a sus amigos.

De modo que respiró hondo y cerró los dedos alrededor del dragón de plata, concentrándose con todas sus fuerzas. Esperaba que apareciera un dragón de hielo con un estallido, igual que había sucedido con el Pegaso, un monstruo gigantesco y espectacular, similar al que habían visto en las cuevas del castillo de la reina. Sin embargo, en vez de eso, hubo un destello de luz plateada y luego… nada.

Stella pensó que el conjuro no había funcionado porque no tenía la fuerza suficiente para invocar a un dragón, o porque solo podía usar un dije a la vez y antes debía deshacerse del Pegaso. Pero entonces notó un cosquilleo en la muñeca y vio un dragón plateado y del tamaño del meñique. El animal correteó por su mano y sus pequeñas escamas centellearon bajo la luz que irradiaba el Pegaso. Era de carne y hueso, no de hielo, pero notó su cuerpo diminuto muy frío.

De repente levantó la vista hacia Stella; sus brillantes ojillos eran como cuentas de cristal. Luego desplegó las alas y revoloteó por el aire, formando nubecillas gélidas con sus resoplidos. En condiciones normales, Stella se habría puesto muy contenta al ver un dragón tan mono y chiquitín, pero en ese momento solo sintió desesperación. No era de extrañar que las gárgolas aplaudieran… aquel dragoncito no iba a serles de ninguna ayuda.

Stella pensó que se iría volando y se perdería en la niebla, pero,

para su sorpresa, se posó en su hombro y luego se colgó de su oreja izquierda como si fuera un hermoso pendiente. Se aferró con delicadeza al lóbulo, dejando que su espinosa cola bajara por el cuello, y apoyó el hocico en el oído.

—Es un honor serviros, majestad —susurró con una voz tenue y melodiosa—. ¿Qué deseáis que os traduzca?

—¿Cómo? —se extrañó Stella, que notaba un aire frío en la oreja, como un burbujeo mágico—. ¿Qué quieres decir con que me traduzcas?

—Soy traductor, majestad —le explicó el dragón, haciéndole cosquillas en la piel con su diminuta lengua—. Solo debéis decirme en qué idioma queréis hablar y podréis hacerlo a través de mí.

—Ah. Lo siento mucho… Creía que serías un magnífico dragón de combate, ¿sabes?

—No, la verdad es que no soy un dragón de combate. Solo traduzco.

—¿Qué está pasando, Stella? —le preguntó Ethan—. ¿Con quién hablas?

Ella se dio cuenta de que los demás no podían oír al dragón. La cabeza le daba vueltas, intentando comprender lo que estaba ocurriendo. La reina Portia parecía igual de perpleja, y se había quedado paralizada, con la esfera de cristal en la mano. De hecho, ya no miraba a los jóvenes exploradores, sino a las gárgolas, que seguían dirigiéndose a Stella en su idioma ininteligible. Los ojos verde esmeralda de la reina no expresaban la ira asesina que había esperado, sino una gran tristeza.

—Las gárgolas parecen deseosas de comunicarse con vos —señaló el pequeño dragón—. Quizá os gustaría entender lo que dicen, majestad.

—Sí —respondió Stella, sobre todo porque no sabía qué otra cosa decir—. Sí, por favor, traduce lo que están diciendo.

En cuanto pronunció esas palabras, notó un cosquilleo más intenso en la oreja izquierda y, de repente, le pareció oír dos versiones simultáneas de las voces de las gárgolas. El oído derecho captaba los sonidos ásperos e incomprensible de siempre, pero, con el izquierdo, del que colgaba el dragón, distinguió algunas palabras. Tuvo que concentrarse, sobre todo porque lo que oía por el derecho la confundía, pero por fin entendió algo. Aunque no mucho, porque las siete gárgolas hablaban a la vez y el dragón solo podía traducir fragmentos de frases inconexos y entremezclados.

—… la reina Portia no es lo que crees.

—La magia se desparramó por todas partes…

—El Coleccionista se lo llevó…

—… no fue culpa de ella.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —exclamó Stella agitando las manos—. Os entiendo.

—¿Sí? —le preguntó Shay, boquiabierto.

—Más o menos. —Miró a las gárgolas—. Pero no si habláis todas al mismo tiempo. De una en una, por favor.

Las gárgolas enmudecieron y luego una se adelantó soltando un gran suspiro.

—Ya era hora —refunfuñó, sonando como si alguien hubiera lanzado un puñado de piedras—. No hemos parado de pedirte que usaras el dije del dragón.

—Temía que apareciera un monstruo salvaje y peligroso. No sabía que invocaría a un traductor.

—Pero ¡¿por qué no estudiaste el Libro de la Escarcha?! —le espetó la criatura, irritada.

—Es una larga historia…

—Da igual —la interrumpió la gárgola—. Escucha: aunque vosotros no nos entendáis, nosotras sí, llevamos escuchándoos desde el principio, y debo deciros que estáis absolutamente equivocados con la reina Portia. No es una reina malvada y no congeló el pueblo. O, al menos, no era esa su intención. Fue Jared… o el Coleccionista, como

creo que lo llamáis vosotros. El Libro de la Escarcha estaba protegido con magia, pero Jared logró romper el hechizo protector y robar el libro. En consecuencia, la magia rota escapó del castillo y el pueblo se congeló.

Stella miró a la reina Portia, que, con los ojos relucientes de lágrimas, se había arrodillado en la nieve y abrazaba a algunas gárgolas como si fueran mascotas a las que hiciera mucho tiempo que no veía.

—No lo entiendo —dijo.

La gárgola se acercó a Portia y le susurró algo al oído. La reina de las nieves asintió, y tras quitarse el colgante de dragón, se lo entregó a la gárgola, que regresó junto a Stella.

—Jared Aligheri era hechicero —le explicó la criatura, mostrándole el colgante.

De repente, Stella recordó haber visto el mismo colgante en el cuadro: un dragón de plata enroscado en un disco de oro que sujetaba un centelleante copo de estrella con una de las garras. Luego reparó en la inscripción que había grabada en mitad del guardapelo. «Te amo hasta las estrellas».

—Fue uno de los últimos hechiceros de su clase —continuó la gárgola—. Hace doscientos años.

Abriendo con cuidado el guardapelo, le enseñó a Stella el minúsculo retrato al óleo que había en su interior. Era el de un apuesto hombre de barba pulcra y puntiaguda, cabello rubio y mirada magnética.

Así que aquel era el Coleccionista, el que había matado a sus padres y robado el Libro de la Escarcha. Stella no pudo evitar estremecerse al ver su mirada oscura y fría.

—Pero… pero si era un hechicero malvado, ¿por qué lleva la reina Portia un retrato suyo en el guardapelo?

Miró a la reina de las nieves, que seguía arrodillada en el suelo. No había hecho el menor intento de unirse a la conversación, y ni siquiera parecía estar escuchando. Tenía una expresión ausente y una lágrima solitaria le corría lentamente por el rostro.

—Porque era su alma gemela y lo amaba —dijo sin más la gárgola —. Al principio, Jared no era malvado. Hacía feliz a nuestra reina. Le regaló el guardapelo. La amaba.

—¿Y qué pasó?

—Bueno… Empezaron a discrepar sobre algo muy importante para ambos. Sus opiniones los distanciaban cada vez más, hasta que, al final, el amor no fue suficiente.

Stella frunció el ceño.

—¿Y sobre qué discrepaban?

La gárgola suspiró, mirando a la reina.

—Es una larga historia. Te lo explicaré más adelante. De momento, lo único que necesitas saber es que Jared robó el Libro de la Escarcha y, al hacerlo, liberó una magia peligrosa que invadió Negrocastillo. Los habitantes del pueblo vecino creyeron que Portia era la responsable de su desgracia y, provistos de antorchas y horcas, aporrearon las puertas del castillo. En medio del caos, la reina nos pidió que la esperáramos en la cueva, pero nunca apareció.

—Según las crónicas, la multitud la forzó a marcharse por el Puente de Hielo Negro —le contó Stella.

—¡La multitud no la forzó a nada! —se burló la gárgola—. Puede que pensaran que la reina se iba por ellos, pero en realidad su intención era marcharse desde el principio. Quería enfrentarse a Jared y recuperar lo que le pertenecía por derecho. Al ver que nuestra reina no regresaba, supimos que le había pasado algo malo… que había desafiado a Jared y que este la había vencido. Nosotras no pudimos hacer otra cosa que quedarnos esperando en la cueva, muertas de tristeza. Ni siquiera podíamos ir a buscarla, porque ella nos había dejado encerradas por nuestra propia seguridad. Solo una princesa del hielo ha podido abrir las puertas del castillo y devolverlo a la vida.

—Bueno, pero ¿qué ocurrió? —preguntó Stella, mirando a la reina de las nieves—. ¿Y ahora qué le pasa? ¿Y cómo es que sigue viva después de tanto tiempo? Parece tener la misma edad que cuando se marchó, hace más de doscientos años. —Y recordando la expedición del padre de Habichuela, añadió—: ¿Y por qué ataca a los exploradores que vienen al puente? Si dices que no es malvada, ¿por qué lo hace?

—¡Como llevo todo el rato parloteando contigo, no he tenido ocasión de preguntárselo! —le espetó la gárgola, un poco malhumorada—. Pero ahora que ya no estás empeñada en atacarla, quizá podamos mantener una conversación civilizada. —Hizo una pausa y se quedó mirando a Stella con los ojos entornados—. Porque has cambiado de opinión sobre atacar a la reina, ¿verdad?

—Nunca hemos querido atacar a nadie —protestó la muchacha—. No hemos venido hasta aquí para eso. Simplemente intentamos llegar al otro lado del puente para encontrar al Coleccionista. —Miró hacia Portia y hacia el inmenso vacío que se extendía tras ella, y suspiró—. Aunque parece que no hay nada. Solo el vacío.

La gárgola no contestó y se alejó de Stella para devolverle el guardapelo a su ama con una gran reverencia. La reina volvió a colgárselo del cuello.

—Mi reina —dijo la criatura con tono amable—. Os estuvimos esperando, pero no regresasteis. ¿Qué sucedió?

Portia levantó la cabeza para mirarla y al cabo respondió:

—Fuimos amigas una vez, hace muchísimo tiempo. —Frunció el ceño, como intentando recordar—. ¿Es cierto?

—Sí, majestad. —La gárgola le tomó la mano entre las suyas—. Muy buenas amigas.

Gracias a la luz del Pegaso, Stella vislumbró algo en la muñeca de la reina. La pulsera de dijes era idéntica a la del retrato, excepto por el hecho de que el corazón de oro estaba muy oxidado. Sin embargo, junto a la pulsera brillaba otro objeto, y Stella se dio cuenta de que era un grillete de un blanco perlado y muy hermoso. Aun así, la reina tenía la piel roja y descarnada por el metal.

—¿Te tienen prisionera? —le preguntó señalando el grillete.

Portia soltó la mano de la gárgola, se puso en pie lentamente y se quedó mirando el grillete.

—Prisionera —dijo al fin—. Sí. Se llevó mi corazón. Yo lo alcancé aquí en el puente, creo. Luchamos… —Vaciló—. Me cuesta recordarlo. —Volvió a mirar el grillete—. Pero supongo que ganó. Al final, su magia fue más potente y feroz que la mía. Así que llevo aquí todos estos años, obligada a hacer su voluntad.

—¿Atacas a la gente que viene al puente? ¿Y haces que desaparezca? ¿En esas esferas de cristal?

Stella miró la esfera vacía que Portia había dejado en el suelo. Empezaba a notar un dolor intenso en los ojos por el esfuerzo de mantener el conjuro de dos dijes a la vez, así que dejó ir al Pegaso, que se desvaneció en el aire.

—El Coleccionista no quiere que lo molesten —respondió la reina —. Tiene un trabajo muy importante que hacer. Hace años que no lo veo. Los letreros que advierten sobre el gigante del fin del mundo no bastaban para mantener a raya a la gente, así que estoy condenada a rondar por el puente en busca de intrusos. Hace tanto que no viene nadie, que no lo he vigilado como debería. Pero es que estoy muy cansada. —Miró a Stella—. Lamento lo de los exploradores. De verdad. —Toqueteó el grillete blanco—. Pero el hechizo que usó conmigo es muy potente. Si veo intrusos en el puente, debo capturarlos… —Enmudeció, clavando los ojos en Stella como si la viese por primera vez. Empezaron a temblarle las manos y pareció palidecer más todavía—. ¡Oh! —exclamó—. Tú… ¡eres una princesa del hielo!

—Me llamo Stella Copodestrella Pearl —se presentó la chica con cierto recelo.

La reina le lanzó una mirada penetrante. De pronto se movió y todos los exploradores se encogieron, pero la reina cayó de rodillas en la nieve delante de Stella y le agarró la falda.

—¡Por favor, libérame! —gimió.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? No sé cómo hacerlo.

—Usó un conjuro de mi Libro de la Escarcha para crear este grillete —respondió la reina—. Solo puede abrirse con magia de hielo.

—Entonces, ¿por qué no lo abres tú?

—Perdí los poderes cuando él se llevó mi corazón. Solo otra persona dotada de magia puede liberarme del hechizo. —Y añadió—: Te conviene ayudarme. Con cada momento que pasa, el deseo de atraparos en esta esfera de cristal se vuelve más irresistible para mí.

—No es que no quiera… —contestó Stella—, es que no sé cómo hacerlo.

La reina Portia la miró con incredulidad.

—Pero si veo el dije justo ahí, delante de mis ojos.

Stella bajó la vista a su pulsera.

—¿A qué dije te refieres? Mira, yo no crecí siendo una princesa del hielo, así que no conozco todas estas cosas. Tendrás que explicármelo.

—La llave. —Portia señaló un dije plateado—. Con eso crearás una llave de hielo que puede abrir cualquier cerradura.

—¿Y funciona como los demás dijes? ¿Solo hay que tocarlo y pensar en lo que quieres hacer?

—Sí. Concéntrate con todas tus fuerzas y sucederá.

—¿Crees que es una buena idea? —le susurró Shay a su amiga—. Has usado dos dijes en los últimos cinco minutos.

La reina de las nieves soltó un quejido y pareció recoger la esfera del suelo casi en contra de su voluntad.

—¡Hazlo rápido! —exclamó con voz quebrada—. De lo contrario, terminaréis todos encerrados en esta esfera.

—No tengo más remedio —les dijo Stella a sus amigos—. Todos sabemos lo que ocurrirá si no lo hago. Además, es lo correcto. Nadie debería estar esclavizado de ese modo.

Así que apretó la llave de plata entre los dedos y se concentró todo lo que pudo, aunque el esfuerzo le aceleró el corazón. Al cabo de un momento, una llave pequeña de hielo destelló en la palma de su mano. Sin dudarlo, la introdujo en el cierre del grillete de la reina Portia.

Entró sin problema, pero, para sorpresa de la chica, no hubo forma de girarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó, mirando a la reina.

Esta miraba el grillete abatida.

—Debe de ser porque él tiene mi corazón. Se lo llevó aquí mismo, en el puente. —Contempló la imponente estructura negra—. Cuando me atacó, algo de magia maléfica se filtró en el mármol e hizo que el puente se volviera un poco extraño. Pero se llevó mi corazón encerrado en una de sus esferas de cristal. La llave no funciona porque una parte de mí no está aquí. —Se giró hacia Stella—. Vas a tener que recuperar mi corazón. Y tendrás que hacerlo deprisa. Yo me quedaré aquí todo lo que pueda, pero, antes o después, tendré que ir a por vosotros, y el Coleccionista también tendrá que saber que estáis aquí.

—Pero… —A Stella le daba vueltas la cabeza—. Pero ¿dónde está el Coleccionista? El puente termina ahí; más allá no hay nada.

Habían llegado muy lejos y habían corrido muchos riesgos pensando que al otro lado del puente habría algo. Habían creído que al final ganarían, que salvarían a Shay, y a Felix y Joss. Los aterrorizaba pensar que no iba a ser así. Pero quizá no todas las historias tuvieran un final feliz…

—El Coleccionista está aquí —anunció la reina Portia—, pero no al otro lado del puente, sino debajo de él.

—¿Qué quieres decir?

A Stella le dolía la cabeza y no podía pensar con claridad. Notó que la magia se desvanecía rápidamente mientras la llave se derretía en su mano y el minúsculo dragón le susurraba «adiós» al oído. Se tambaleó un poco, y Shay se apresuró a sujetarla del brazo.

—¡No queda tiempo! —exclamó Portia, que agarró la esfera de cristal donde estaba encerrada *Koa* y se la lanzó al susurrador—. ¡Tenéis que iros inmediatamente!

—Pero… —empezó Stella.

—¡No puedo seguir resistiéndome al hechizo! —se lamentó la reina —. Debéis iros ya, o de lo contrario será demasiado…

Pero ya era demasiado tarde. Mientras hablaba, Portia desenroscó la base de la esfera de cristal, y del interior pareció salir despedido un gran huracán de hielo que fue directo hacia ellos.

Los exploradores intentaron correr, pero la magia de hielo los persiguió hasta que se vieron acorralados justo al borde del puente. Stella no pudo evitar mirar hacia abajo y vio que el océano también había desaparecido: el puente parecía suspendido sobre un vasto vacío negro que se extendía en todas direcciones. Era como si de verdad estuvieran en el fin del mundo, rodeados de nada. A Stella le pareció percibir el tenue titileo de las estrellas en el firmamento que los rodeaba por todas partes.

La magia de hielo de Portia tiró del vestido de la joven, lo que significaba que iba a succionarla con los demás hasta la esfera de

cristal, donde quedarían atrapados para siempre. Y esta vez no cabría la esperanza de que alguna expedición fuera en su busca, ni de que Felix lo arriesgara todo para salvarlos. Sería el final. Si Stella tuviera su diadema de hielo, habría podido repeler al huracán, pero por desgracia no la tenía.

Afortunadamente, Ethan saltó delante del remolino y con las manos creó un gran escudo mágico. Un objeto magnífico, de un negro reluciente, con la insignia del Club de Exploradores del Calamar Oceánico. Pero no lo bastante fuerte para resistir mucho tiempo la potente magia de hielo de la reina Portia, y su superficie comenzó a agrietarse.

Unos segundos después, el escudo se hizo añicos. Sin embargo, un momento antes las gárgolas habían salido corriendo hacia los exploradores y los habían empujado con todas sus fuerzas hasta el pretil del Puente de Hielo Negro… desde donde los cuatro amigos se precipitaron a la nada infinita.

21

Mientras caía, Stella se preguntó si las gárgolas se habrían vuelto en su contra repentinamente. ¿Si no por qué los habían despeñado desde lo alto del puente? Una gárgola les estaba gritando algo, pero ella ya no las entendía porque el dragón había desaparecido.

Caían en picado… en un aire helado que giraba a su alrededor y les tiraba de la ropa y del pelo. El descenso era tan rápido y aterrador que Stella ni siquiera podía inspirar para soltar un grito, y caer en silencio era incluso peor. A los demás debía de pasarles lo mismo… Incluso Habichuela estaba mudo; ni siquiera enumeraba las formas de morir de los exploradores como hacía habitualmente.

Stella solo veía negrura, y pensó que acabarían volando entre las estrellas, donde lo más probable es que murieran congelados o asfixiados. Aunque no se sabía lo que podía pasarle a alguien en el espacio, porque nadie había estado allí, los científicos coincidían en que ningún humano podría sobrevivir en ese entorno.

Stella se acordó de Felix y de lo mucho que lo quería, y deseó desesperadamente poder abrazarlo por última vez mientras se preparaba para el terror del espacio infinito…

Pero entonces chocó con la copa de un árbol y fue descendiendo entre sus ramas, al tiempo que caían hojas y frutos, hasta que al final impactó con el duro suelo y soltó de golpe todo el aire de los pulmones.

A su alrededor cayeron sus amigos y las gárgolas, gimiendo y boqueando en medio de una lluvia de hojas fucsia. Aturdida, Stella se preguntó si no estaría alucinando.

De pronto notó una mano en el hombro. Era Shay.

—¿Te encuentras bien?

Su amigo la ayudó a sentarse.

—Creo… creo que sí —le respondió mientras intentaba comprender lo que le había ocurrido—. ¿Y los demás?

Vio con alivio que Ethan y Habichuela se ponían en pie. Aparte de un par de chichones y rasguños, parecía que estaban bien. En cambio, tenían la capa desgarrada y llena de manchas moradas.

Habichuela estaba más pálido que nunca.

—Seiscientos treinta y tres exploradores han muerto al caer de un puente.

—Yo he tenido días mejores —rezongó Ethan, sacándose ramitas y una rana despachurrable del cuello de la camisa—. Pero sobreviviré.

—¿Qué haces con una rana? —le preguntó Shay extrañado.

—¿Qué? Ah, es Melquiades. Lo he convertido en rana durante la caída, por si acaso.

El mago la mostró a los demás para que vieran que estaba completamente aplastada, porque había aterrizado encima de ella. Por suerte, como todos sabían de la expedición anterior, aquella clase de rana podía aplastarse, estrujarse e incluso incendiarse sin que sufriera el menor daño.

Ethan le devolvió su forma de rana y luego la puso en el suelo para convertirla de nuevo en Melquiades mediante un conjuro. El flamenco caballero se tambaleó sobre sus largas patas, despavorido.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Ethan dándole un codazo.

—Por todos los santos, ¡qué experiencia tan impactante! —Se palpó de arriba abajo—. Pero creo que estoy de una pieza, gracias a ti, amable joven.

—*Koa* también parece estar bien —dijo Shay inspeccionando la esfera de cristal, donde se paseaba la loba sombra, antes de guardársela en el bolsillo—. Has hecho un buen trabajo con el escudo, Camarón.

—Para lo que ha servido… —contestó Ethan secamente—. ¡La reina de las nieves lo ha rasgado como si fuera de papel! ¡Llevaba semanas practicándolo!

—Bueno, gracias a él hemos conseguido escapar. Así que tus esfuerzos han valido la pena.

—Pero ¿dónde estamos?

—Ni idea.

Shay le ofreció una mano a Stella, que se puso en pie trabajosamente y por fin pudo ver lo que los rodeaba. Se quedó boquiabierta de asombro y comprobó que los demás, incluidas las gárgolas, estaban igual de atónitos.

Al parecer, habían aterrizado en un huerto de árboles frutales. La

luz del sol se colaba entre las hojas fucsia de unos árboles altos y plateados. De las ramas colgaban racimos de frutos morados grandes como naranjas. Un sendero de mármol blanco serpenteaba entre los árboles, que crecían en una tierra fértil y bien regada. No se veía nieve y no hacía frío. De hecho, la luz del sol caldeaba el ambiente.

Al levantar la mirada, Stella vio que el Puente de Hielo Negro se erguía por encima de sus cabezas, y que el huerto estaba sujeto al puente con unas cadenas finas y plateadas.

—Creo que hemos atravesado alguna especie de dosel —dijo Ethan, mirando también hacia arriba—. Ahí están los restos destrozados… ¡Mirad!

Los jirones del gran toldo colgaban de unas sogas que estaban atadas al puente.

—Quizá sea una pintura mágica —dijo Ethan— que simula el espacio y a la vez oculta todo esto de la vista.

Los árboles no dejaban ver más allá de donde estaban, pero se oía el rumor de una cascada cercana y el trino de los pájaros.

—Salgamos del huerto —sugirió—. Quizá podamos ver dónde estamos.

—Buena idea —aprobó Shay, pero luego se la quedó mirando—. ¿Sabes? Estás muy pálida, más de lo normal. Te has excedido con la magia. ¿Te encuentras bien?

Stella estaba exhausta… como si hubiera corrido una maratón. Se habría metido en la cama a disfrutar de un merecido descanso, pero no había tiempo para eso. La reina Portia les había dicho que no tardaría en alertar al Coleccionista de su presencia. Así que, aunque se moría de ganas de desplegar la
manta-jaima
mágica y echar un sueñecito, negó con la cabeza y dijo:

—Estoy bien. Sigamos.

El barco se había quedado en el puente, así que tendrían que caminar. Ethan se metió a Melquiades debajo de la capa, y todos echaron a andar por el sendero blanco. Pero de pronto sucedió algo extraordinario. Los frutos morados comenzaron a entonar una canción alegre y encantadora, los árboles se estremecieron y las hojas fucsia se volvieron azul cielo.

—¡Por el gran Scott! —exclamó Ethan—. ¿Qué demonios está pasando? ¿Nos atacan?

En cuanto se detuvieron, los frutos enmudecieron.

—¡Caray! —susurró Habichuela, con un brillo de asombro en los ojos—. ¿Podrían ser…? Pero no. No es posible que…

—¡¿Qué farfullas?! —le espetó Ethan.

Habichuela negó con la cabeza.

—Tengo una teoría. Echemos a andar de nuevo.

En cuanto lo hicieron, los frutos comenzaron a cantar otra vez. Stella no entendía lo que decían, pero la canción le pareció tan bonita que se animó de golpe.

—¡Son los árboles azules cantores! —gritó Habichuela.

En ese instante, un ave se posó en una rama cercana; ladeó la cabeza y miró a los exploradores con curiosidad. Parecía un pavo real, aunque era más pequeña y sus magníficas plumas eran rojas, naranjas y amarillas. Desapareció al cabo de un segundo, como una llamarada pequeña, para reaparecer a los pies de Stella.

—¡No me lo puedo creer! —soltó la muchacha—. ¿Esto no es un pájaro de fuego?

—Yo creía que los pájaros de fuego se habían extinguido —dijo Ethan desconcertado.

—El huerto de árboles azules cantores y el aviario de pájaros de fuego —murmuró Habichuela antes de mirar a los demás—. ¡Creo que ya sé dónde estamos! ¡Podrían ser perfectamente los Jardines Colgantes de Amadon!

Todos lo miraron sin pestañear.

—¡Imposible! —contestó Ethan—. Los jardines colgantes no son más que una leyenda. Jamás han existido.

—Pero así es exactamente como los describen los exploradores en las antiguas crónicas.

Shay frunció el ceño.

—Yo pensaba que Amadon estaba al otro lado del Exótico Mar del Sur. O sea, en la otra punta del mundo. Si estos son los auténticos jardines colgantes, ¿cómo pueden haber llegado hasta aquí?

Nadie tenía una respuesta para eso, así que continuaron andando mientras los frutos les cantaban una serenata, y cuando llegaron al otro lado, se quedaron boquiabiertos. Habichuela tenía razón. Estaban en los Jardines Colgantes de Amadon, balanceándose en unas islas sujetas al Puente de Hielo Negro con unas cadenas de plata. Algunos jardines parecían diminutos —no más amplios que el dormitorio de Stella—, mientras que otros eran lo bastante grandes como para albergar un bosque entero.

Unos ondulantes puentes de cuerda conectaban las islas entre sí formando un círculo, y a la derecha estaba el aviario de pájaros de fuego que Habichuela había mencionado. Los pájaros revoloteaban de un lado a otro, girando y descendiendo de esa isla, y dejando a su paso una estela de fuego danzarín de llamas naranjas y amarillas que iluminaba el aire. A la izquierda había una gran isla llena de cascadas

de agua azul zafiro ribeteada por un encaje de espuma blanca. De esa isla emanaba un aroma limpio y fresco.

Todas las islas que estaban a la vista parecían albergar alguna maravilla natural, desde árboles con rayas de cebra hasta loros dorados y fuentes con el curso invertido, donde el agua manaba hacia el cielo en vez de hacia el suelo.

Pero más extraordinario aún que los propios jardines era el hecho de que las islas parecían habitadas. En el centro del círculo había una donde se alzaba una hermosa mansión, con una fachada de columnas blancas y una esfera colosal en el jardín delantero.

Habichuela señaló la cancela de hierro forjado, donde se veía la imagen de un globo terráqueo rodeado de unas palabras grabadas: «Sociedad del Atlas Fantasma».

Los exploradores se miraron.

—Ahí debe de vivir el Coleccionista —dijo Shay.

Stella frunció el ceño.

—No me lo imaginaba así. Creía que un hechicero malvado viviría en una mazmorra como mínimo.

Miró hacia atrás para asegurarse de que Portia no estuviera persiguiéndolos. Buscó una manera de descender a los jardines desde el puente, pero no vio ninguna. A lo mejor la reina de las nieves se comunicaba con el Coleccionista de otro modo. En cualquier caso, debían actuar de inmediato para aprovechar el factor sorpresa.

Todos habían esperado ese momento, y ahora que había llegado, Stella se descubrió dudando. Le daba muchísimo miedo el Coleccionista —o Jared Aligheri, como habían descubierto que se llamaba—, el hombre que había asesinado a sus padres biológicos y le había cambiado la vida para siempre. De repente sintió que aquel era el último lugar del mundo en el que deseaba estar. Pero el Coleccionista le había robado el Libro de la Escarcha, y ella debía recuperarlo como fuera.

Se enderezó y se volvió hacia los demás.

—Bien. Pues nos dirigiremos a la isla central. ¿Cómo creéis que podremos llegar?

—Está demasiado lejos para saltar —respondió Ethan—. Qué lástima que no tengamos la alfombra voladora… con ella llegaríamos en un momento y luego podríamos escapar a toda velocidad. No me imagino cómo conseguiremos volver al puente.

—Ya nos preocuparemos de eso más tarde —contestó Stella—. Debe de haber una forma de llegar; de lo contrario, el Coleccionista estaría atrapado en su isla.

—Los puentes parecen ir de un jardín al siguiente —dijo

Habichuela—, y seguro que alguno de ellos lleva al central. A nosotros el que nos queda más cerca es ese.

Y señaló el jardín que había al otro lado de la cascada. Solo podían ver el borde, así que no estaba claro qué contenía.

—Vale —dijo Shay, colgándose la mochila del hombro—. Entonces, vamos hacia allí.

Rodearon el extremo del huerto hasta el puente de cuerda que llevaba a la cascada. Era muy estrecho y recorría una distancia bastante larga, pero parecía fuerte y estable, así que los exploradores comenzaron a cruzarlo en fila india. Las gárgolas los siguieron. Stella supuso que estaban ansiosas por recuperar el corazón robado de la reina Portia. Sopesó brevemente la idea de usar el dragón para hablar con ellas, pero aún le dolía la cabeza y no se atrevió a emplear otro dije mágico tan pronto.

—Bueno, pues adelante, no te quedes con las ganas —le dijo Ethan a Habichuela cuando ya iban por la mitad del puente.

El sanador lo miró confundido.

—¿Con las ganas de qué?

—Te encantan los datos funestos. ¿No vas a contarnos cuántas cosas horribles y peligrosas hay en estos jardines colgantes que podrían matarnos? Debes de estar deseando informarnos del número de personas que han sido envenenadas, incineradas, pulverizadas…

—Ninguna —se apresuró a responder el chico—. Aquí no ha muerto nadie, por lo que sabemos. Los jardines colgantes los diseñó el emperador de Amadon como un paraíso, para regalárselos a la emperatriz por su cumpleaños. Están llenos de maravillas naturales, artefactos invaluables y cosas hermosísimas.

—Ah. —Ethan se quedó perplejo—. Pues qué sorpresa tan agradable. Ya era hora de que tuviéramos un poco de suerte.

—Puede que los jardines propiamente dichos no sean peligrosos —intervino Shay en voz baja—. Pero sabemos que el Coleccionista sí lo es.

Siguieron recorriendo el puente. Un mar azul se extendía a sus pies, salpicado de trozos de hielo de un blanco resplandeciente. No tardaron en alcanzar el otro lado y empezaron a ascender por el sendero que discurría junto a las cascadas. Cada una desembocaba en una gran poza que llevaba a otra cascada. Stella se asomó a una de las pozas mientras subían, y vio que estaba llena de pequeños peces naranjas con aletas rojas.

—Son peces adivinos —le dijo Habichuela—. Pueden ver el futuro.

—¡¿Ah, sí?! —exclamó Stella sin dejar de observarlos.

La temperatura era tan agradable que los exploradores se quitaron

la capa mientras ascendían por las cataratas.

—¿Cómo puede ser que haga tanto calor? —preguntó Stella. De todos ellos, era la que peor lo llevaba—. Al fin y al cabo, aún estamos en una parte muy fría del mundo. Incluso hay hielo flotando en el mar.

—Seguramente los jardines estén hechizados para que haya un microclima —respondió Habichuela.

Por fin alcanzaron la cima y empezaron a bajar por el otro lado. En vez de peces adivinos, en las pozas de aquella ladera había duendes acuáticos azules con alas de libélula transparentes. Unos revoloteaban por encima del agua y otros estaban sentados en el borde, con los pies metidos en la poza. Saludaron con la mano a los exploradores, pero no hicieron amago de querer hablar con ellos.

A Stella le habría gustado charlar con los duendes y explorar minuciosamente todos los jardines colgantes. Era evidente que Habichuela sentía lo mismo, porque dijo con un suspiro:

—Habría sido maravilloso encontrar el arpa cantarina, que se supone que está aquí. Y los búcaros de caramelo y las rosas de voltereta.

Pero no había tiempo para eso, así que se limitaron a cruzar el puente que llevaba al otro jardín. Cuando llegaron, se encontraron con un lugar bonito y limpio, pero entonces Habichuela soltó un grito.

—¡Mirad! ¡Son las peras ornamentales!

Y señaló una hilera de cinco plintos sobre los que descansaban sendas peras de un verde brillante.

—¿De qué están hechas? —quiso saber Stella, examinándolas—. ¿Son de jade, de esmeralda o algo así?

—No, no. Son mucho más raras que eso. Están hechas de moco de ogro.

—¡Qué asco! —exclamó Ethan—. ¿Y por qué demonios exhibiría nadie mocos de ogro en un jardín? Es más, ¿por qué les daría forma de pera?

—Qué cosa tan peculiar… —coincidió Melquiades.

—Bueno, son unos barómetros fantásticos —explicó Habichuela.

—¿Que son qué? —preguntó Ethan.

—Los barómetros sirven para predecir el tiempo —le dijo Stella—. Miden los cambios de la presión atmosférica.

—Exacto —confirmó Habichuela—. Una pera ornamental es verde si se espera buen tiempo, pero se volverá negra si se avecina tormenta, o azul si va a nevar. Se pone morada antes de los huracanes, roja con los tifones, plateada con los tornados…

—¡Parecen muy útiles para navegar! —se maravilló Ethan—. Quizá

debería llevarme una para el Club de Exploradores del Calamar Oceánico.

—Yo creo que no deberías llevarte nada de los jardines —contestó Stella, dubitativa.

—¿Por qué? Todo esto pertenecía a la emperatriz de Amadon, que murió hace muchísimo tiempo, y parece que aquí no queda nadie para disfrutarlo. Excepto, quizá, el Coleccionista.

Antes de que alguien pudiera protestar, Ethan agarró una de las peras ornamentales. Stella esperaba que se activara algún tipo de trampa, pero no sucedió nada y el mago se guardó la pera en la mochila tan tranquilo. Stella miró extrañada el plinto vacío, pero no contestó. Reanudaron la marcha y llegaron al otro extremo del jardín, donde se encontraron con otro puente colgante que parecía conducir directamente al cuartel general de la Sociedad del Atlas Fantasma.

22

Desde el punto en el que se encontraban, divisaron una panorámica que antes había quedado oculta. Estaban detrás de la mansión, que tenía un gran porche con mecedoras de aspecto cómodo. Había una escalera de cuerda para bajar al mar y a un pequeño pontón flotante al que estaba amarrado un submarino diminuto, muy similar a los que habían visto en el Puente de Hielo Negro, aunque nuevo. En un lateral tenía pintado el símbolo negro de la Sociedad del Atlas Fantasma.

Sin embargo, el submarino no era el único medio de transporte interesante que había junto a la casa. En un extremo de la isla, un globo aerostático flotaba suavemente en el aire; un objeto precioso a rayas blancas y grises, con una barquilla de madera enorme.

Aún más increíble era el extraño artilugio que había aparcado en el amplio prado trasero. Alargado, con una cola en el extremo, grandes alas extendidas a ambos lados, una reluciente hélice en la parte delantera y una cabina en el centro lo bastante grande para que cupieran dos personas.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Ethan, mirándolo sin pestañear.

—Podría ser una especie de máquina voladora —respondió Stella —. El otro día leí un artículo sobre algo parecido en una revista de Felix. En el mundo hay mucha gente intentando inventar una. Serían más rápidas que los globos y los dirigibles, más fáciles de controlar y el combustible tendría un mejor rendimiento.

—Pero aún no se ha logrado perfeccionar ninguna —intervino Habichuela—. Aunque en el intento ya han muerto trece personas y

veinticuatro han resultado heridas.

—¡Mirad! —exclamó Stella—. En ese patio hay una puerta abierta.

Todos se miraron.

—El Coleccionista podría estar ahí dentro —señaló Ethan—. Si cruzamos esa puerta, nos convertirá en lagartos o en lo que se le ocurra en ese momento.

Stella se estremeció al rememorar la vaga imagen de la nieve ensangrentada después de que el Coleccionista entrara en su casa muchos años atrás.

—Pero ¿qué otras opciones nos quedan? Si el Coleccionista todavía tiene el Libro de la Escarcha, estará en alguna parte de la casa. Hemos de entrar a buscarlo. Y también debemos encontrar el corazón de la reina Portia. —Miró a sus amigos—. Quizá lo mejor sea que os quedéis aquí. Iré sola a por el libro. No tiene sentido que nos arriesguemos todos.

Pero antes de que terminara la frase los demás ya estaban negando con la cabeza.

—De eso nada —dijo Shay.

—Iremos juntos —coincidió Ethan.

Habichuela también asintió.

—De acuerdo —contestó Stella, aliviada de no tener que hacerlo sola. Miró a las gárgolas—. ¿Y si nos separamos? Nosotros cuatro podríamos ir a buscar el Libro de la Escarcha y las gárgolas el corazón de la reina Portia. ¿Qué os parece?

Una de las gárgolas asintió con la cabeza. Cruzaron el puente y, unos instantes más tarde, atravesaron el prado a toda prisa. No había árboles ni matorrales tras los que ocultarse, y, conscientes de que podían verlos desde cualquier ventana de la mansión, corrieron lo más rápido que pudieron. Por fin alcanzaron la relativa seguridad del porche, donde pegaron la espalda a la pared evitando las ventanas.

Stella se acercó de puntillas a la puerta abierta y se detuvo a escuchar. Del interior le llegó el chirrido de un gramófono y la melodía de una pieza de cuerda, pero al asomarse vio que la estancia estaba vacía. Era una biblioteca con paneles de madera oscura y estantes en las paredes. En un rincón, sobre una mesa de nogal, una esfera verde oscuro descansaba junto al gramófono.

Stella les hizo una seña a los demás. Con el corazón desbocado, entraron en la sala, donde inspeccionaron velozmente las estanterías con la esperanza de encontrar el Libro de la Escarcha, pero todos los volúmenes de aquella biblioteca estaban relacionados con viajes. Vieron atlas, almanaques y cuadernos de bitácora, pero ningún ejemplar mágico.

Por suerte, tampoco había ni rastro del Coleccionista. Los amigos soltaron un suspiro de alivio antes de acercarse con cautela hacia la puerta del otro lado. Stella la abrió, y salieron a un pasillo en penumbra. Había más puertas y, al final, una escalinata magnífica que llevaba al primer piso. Las gárgolas corrieron de inmediato hacia allí, moviéndose con sorprendente sigilo para tener los pies de piedra, mientras los exploradores iban en dirección contraria, pasillo abajo. Las baldosas del suelo habrían servido para adornar un club de exploradores: unas representaban medios de transporte, como un globo o un tren; otras un lugar exótico, como una isla, un volcán o una selva. De las paredes colgaban mapas de sitios de los que Stella nunca había oído hablar.

—Mira —le susurró Habichuela a Stella—. Las puertas tienen nombre.

Así era. En cada una había una placa de latón. Como no sabían dónde estaba el Libro de la Escarcha, se acercaron a la más cercana y leyeron: «Sala de las Islas».

Los jóvenes exploradores se miraron desconcertados.

—Aquí dentro no puede haber islas de verdad, ¿no? —susurró Shay.

—Vamos a averiguarlo —contestó Stella.

Pegó la oreja a la puerta por si el Coleccionista estaba al otro lado. No oyó nada y decidió empujar la manija con cuidado.

La puerta no estaba cerrada con llave, así que se abrió fácilmente y entraron en una estancia muy parecida a la biblioteca. Tenía el mismo suelo de madera pulida y estanterías en las paredes, pero era mucho más grande y el techo más alto; los estantes no estaban llenos de libros, sino de esferas de cristal dispuestas en hileras. Todas tenían una base de plata con copos de nieve incrustados y eran idénticas a la que había usado la reina Portia para atrapar a *Koa*. También había una escalera de mano para subir a los estantes más altos.

Stella se acercó a uno de ellos.

—Isla del Cacahuete Reventón —leyó en la etiqueta pulcramente pegada a la base de la esfera.

Las siguientes eran la Isla del Elefante, la Isla de las Flores Danzarinas y la Isla de la Rayuela. Todas las esferas parecían contener cosas reales y vivas. Al observarlas de cerca, Stella vio que el agua lamía la orilla de la Isla de la Rayuela; y que la brisa ondeaba las palmas de la Isla del Elefante; y en la Isla del Cacahuete Reventón divisó un mono de aspecto aburrido y malhumorado sentado en la playa y lanzando cáscaras de cacahuetes al agua.

Stella examinó las esferas de cristal mientras la mente le daba

vueltas. Recordó que Melquiades les había contado que la Isla de las Damas Cisne se había esfumado un día sin más y que, poco después, los habitantes del Islote de los Flamencos Caballero habían despertado y descubierto que el océano había desaparecido y que estaban rodeados de una neblina impenetrable.

Recordó lo que Felix les había contado sobre la Tierra de las Pirámides, que él mismo había visto. Luego estaba la Isla Perdida de Munga Munga, que llevaba siglos sin ser vista, y el Club de Exploradores del Fénix del Cielo, misteriosamente desaparecido. También recordó que en el club de Exploradores del Oso Polar había oído a dos exploradores hablando sobre la desaparición de la Isla del Anca de Rana.

Y luego, por supuesto, estaba el nombre de la propia sociedad: la Sociedad del Atlas Fantasma.

—¿Creéis que es esto lo que colecciona? —preguntó, volviéndose hacia sus amigos—. Islas, tierras lejanas, maravillas como los Jardines Colgantes de Amadon. Todos esos lugares que pensábamos que no eran sino leyendas, o errores en los mapas, o historias que se habían inventado algunos exploradores para impresionar a los miembros de sus respectivos clubes… Quizá todos esos lugares existían de verdad hasta que el Coleccionista los atrapó en estas esferas de cristal.

De pronto, Melquiades, conmocionado, soltó un sonoro graznido desde el otro extremo de la estancia. Asustados, todos corrieron para hacerlo callar, pero el flamenco no paraba de pegar saltos.

—¡Ahí, por Júpiter! —exclamó—. ¡Está ahí!

—¿El qué? —susurró Ethan—. ¡Baja la voz, idiota, o nos capturarán y nos matarán!

Melquiades señaló con su paraguas uno de los estantes, y todos observaron el interior de la esfera que había provocado su reacción: una isla con relucientes estanques azules donde unos elegantes cisnes con grandes sombreros se deslizaban airosamente de un lado a otro.

—¡Es la Isla de las Damas Cisne! —dijo Stella leyendo la etiqueta de la base.

—¡Clementina! —gimió Melquiades con la cara pegada al cristal—. ¡Querida mía! ¡Debe de estar ahí, en alguna parte! Clementina, ¿me oyes?

—¡Para ya! —le espetó Ethan, apartándolo—. Si las damas cisne ven tu gigantesco pico tapando el cielo, lo más probable es que les dé un ataque al corazón.

—Yo no estoy segura de que puedan vernos —dijo Stella, examinando la esfera—. No parecen reaccionar a nuestra presencia…

Se interrumpió al oír un golpe en algún lado de la casa. Los amigos

se miraron con aire interrogante.

—El Libro de la Escarcha no está aquí —dijo Ethan—. Salgamos.

—Pero ¡no podemos dejar las islas sin más! —protestó Melquiades —. Lo más probable es que mi propio islote también esté por aquí.

Los jóvenes exploradores lo buscaron rápidamente, pero nadie vio el Islote de los Flamencos Caballero.

—Lo lamento, Melquiades, no podemos perder más tiempo… Es demasiado peligroso —le dijo Stella—. Pero nos llevaremos esta esfera por si luego descubrimos cómo liberarla.

Stella se metió la esfera de la Isla de las Damas Cisne en la mochila. Los demás empezaron a recoger esferas al azar y a guardárselas antes de correr hacia la puerta.

—¿Qué creéis que ha sido ese ruido? —susurró Habichuela mientras salían al pasillo.

—Ojalá sean las gárgolas tendiéndole una emboscada al Coleccionista —contestó Ethan.

Recorrieron el pasillo y fueron asomándose a las distintas salas. Las placas de latón lucían nombres como «Sala de los Volcanes», «Sala de las Selvas», «Sala de las Cascadas» o «Sala de las Especies Raras». Y todas contenían filas y más filas de esferas de cristal.

—¡Esto es horrible! —exclamó Stella al salir de la Sala de las Montañas—. Me pregunto cuántos trozos de mundo habrá logrado robar el Coleccionista. ¿Y por qué lo hará?

—A mí me preocupa más dónde está en este momento —contestó Ethan, mirando por encima del hombro—. Vive aquí, ¿no?

—A lo mejor se mueve despacio, porque es viejo —supuso Habichuela—. Al fin y al cabo, debe de tener más de doscientos años.

—Aun así, démonos deprisa —dijo Ethan.

Abrieron la puerta de la última habitación, al final del pasillo, que tenía el extraño nombre de «Sala de los Exploradores». Al entrar, descubrieron que no era más grande que una alacena y solo tenía un estante con esferas.

Los ojos de Stella se fijaron de inmediato en una esfera en particular.

—¡Por el gran Scott! —gritó—. Fijaos en eso. ¡Es el Club de Exploradores del Fénix del Cielo!

Se quedaron mirando el edificio blanco atrapado dentro de la esfera. Estaba al borde de un acantilado, parecía el nido de un pájaro y tenía varios globos aerostáticos flotando a su lado, todos con las mismas rayas y los mismos colores que los globos estrellados que habían visto en el puente. Y en todos aparecía la insignia del Club de Exploradores del Fénix del Cielo.

—¡Resulta que es real! —exclamó Stella—. El Coleccionista debió de robarlo, por eso nadie ha oído hablar de ellos en muchísimos años. —Tomó la esfera y se la metió en la mochila—. Será mejor que también nos la llevemos. Puede que haya exploradores atrapados en su interior.

—¿Y seguirán vivos después de tanto tiempo? —preguntó Ethan.

—La reina Portia dijo que dentro de las esferas el tiempo se congela —respondió la chica—. Así que podrían seguir vivos. Tendremos que…

De repente, Habichuela soltó un grito y se abalanzó hacia otra de las esferas del estante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Stella corriendo al lado de su amigo.

Mudo y con manos temblorosas, Habichuela alzó una esfera y todos pudieron leer la placa. Solo ponía «Expedición de exploradores», pero debajo aparecía una fecha de hacía ocho años.

—Es el día que desapareció la expedición de mi padre —dijo el muchacho—. Al menos eso es lo que dicen. Y es el Puente de Hielo Negro. Mirad.

No cabía duda: dentro de la esfera se veía un campamento de exploradores. Había un par de tiendas de campaña y unos cuantos artículos de expedición esparcidos por el suelo.

—Pero no hay rastro de los exploradores —señaló Ethan.

—La gente puede moverse, ¿no? —repuso Habichuela—. ¡A lo mejor están dentro de las tiendas! ¡Mi padre podría estar ahí ahora mismo!

Agarró la base de la esfera, como si quisiera desenroscarla, pero Stella lo detuvo.

—No lo hagas. No sabemos qué puede pasar, y ahora no es buen momento. Tenemos que encontrar el Libro de la Escarcha y el corazón de la reina Portia, y marcharnos antes de que nos atrape el Coleccionista.

Habichuela pareció decepcionado y apretó las manos contra la esfera, pero luego suspiró.

—Tienes razón. Aunque deberíamos llevárnoslas todas. —Señaló las esferas que quedaban en el estante—. Hay siete. Y en todas podría haber exploradores encerrados. Hagamos sitio en las mochilas.

—Bien dicho —aprobó Ethan—. Los exploradores no abandonan a otros exploradores.

Los cuatro amigos se repartieron las esferas para guardárselas en las mochilas, que ya estaban muy llenas.

Stella acababa de cerrar la suya e iba hacia la puerta, cuando de repente empezó a sonar el estruendo de una alarma por toda la casa.

23

El silencio se hizo pedazos como un cristal roto mientras la alarma aullaba ensordecedoramente. Stella supuso que la habría activado una gárgola sin querer, así que a esas alturas ya los habrían descubierto. Corrieron hacia la puerta, y Stella fue la primera en salir al pasillo, un instante antes de que una reja de hierro descendiera desde el techo y dejara atrapados a los demás dentro de la estancia.

—¡No! —se lamentó mirando abatida a sus amigos.

—¡Maldita sea! —Ethan sacudió las barras de metal en vano—. ¡Sabía que no deberíamos haber traído a esas gárgolas!

—¿Y si usas el dije de la llave? —le preguntó Habichuela a Stella.

La idea de volver a recurrir a la magia tan pronto la angustiaba, pero no quería a dejar a sus amigos encerrados allí. Estaba a punto de tocar la pulsera cuando Shay le señaló la reja.

—No tiene cerradura.

Era cierto. Incluso aunque creara otra llave con la pulsera, no habría manera de utilizarla.

—La reja ha bajado del techo —dijo Habichuela—. Debe de haber algún mecanismo central que la dirija por control remoto.

Lo último que quería Stella era dejar a sus amigos encerrados en aquella sala, pero allí parada no podría liberarlos. No le quedaba más remedio que recorrer la casa en busca de un modo de subir la reja.

Se tocó el pelo.

—Esto se nos está yendo de las manos, ¿verdad?

Los demás le lanzaron una mirada de inquietud. Quedándose allí no conseguiría nada, así que intentando parecer lo más segura posible,

añadió:

—Si existe alguna manera de abrir la reja, la encontraré.

—Ten cuidado —le dijo Shay.

—Buena suerte —añadió Melquiades.

Stella asintió con la cabeza y desapareció a toda prisa por el pasillo. Todas las puertas habían quedado bloqueadas por rejas de hierro, y en la entrada de la biblioteca había un panel numérico. Se preguntó si sería algún tipo de cierre, pero, como no sabía la combinación, no le sería de gran ayuda.

Cuando alcanzó el final del pasillo, se oyó un estrépito procedente de las escaleras. Se apresuró a esconderse en un rincón, por si se trataba del Coleccionista, pero al cabo de unos segundos aparecieron las gárgolas, tropezando unas contra otras en los últimos peldaños. Una llevaba una esfera de cristal, y Stella supuso que habrían activado la alarma al sacarla de su sitio.

Tras salir de su escondrijo, las criaturas se sobresaltaron, pero al reconocerla se tranquilizaron enseguida. Habían encontrado el corazón de la reina; este ocupaba casi todo el espacio de la esfera, y parecía un corazón normal y corriente, excepto porque estaba congelado y tenía partículas de hielo destellando en toda su superficie.

—¡Qué bien! —suspiró Stella—. Pero habéis disparado la alarma, y ahora los demás están atrapados en una de las salas.

Señaló hacia el pasillo, pero a las gárgolas no pareció importarles, lo cual tampoco la sorprendió demasiado. Solo estaban allí para conseguir el corazón de la reina Portia, y ahora que lo tenían no se las veía muy dispuestas a permanecer más tiempo en la mansión. Una incluso agarró a Stella y tiró de ella hacia la biblioteca.

—¡Eso sí que no! —protestó la muchacha, soltándose—. No pienso irme sin ellos.

La gárgola se encogió de hombros y siguió a sus compañeras.

—¡No podréis pasar! —exclamó Stella—. Todas las puertas tienen reja de… ¡Oh!

Se interrumpió al ver que una de las gárgolas iba directa a las barras de hierro y las separaba simplemente con las manos, creando un hueco lo bastante grande para que todas pasaran por él.

Stella las llamó con la esperanza de que regresaran a liberar a sus amigos, pero las gárgolas desaparecieron en la biblioteca. Corrió tras ellas y vio que se abrían paso por las rejas que ahora rodeaban el porche y se esfumaban en el jardín. Ella regresó a la escalera negando con la cabeza. La reina Portia era la única razón por la que las gárgolas habían ido al Puente de Hielo Negro, se dijo; más que a nada eran leales a su soberana, así que no iban a quedarse allí dando

vueltas.

Al otro lado de la escalera había un pasillo, pero las gárgolas habían bajado del primer piso, así que prefirió subir; se agarró a la barandilla y avanzó con cautela y con los ojos bien abiertos, por si aparecía el Coleccionista.

Casi esperaba encontrar al anciano asesino aguardándola entre las sombras en lo alto de la escalera. Y, de hecho, en el descansillo circular se alzaba una figura alta y varios rostros la observaban desde las paredes. Se dio un susto de muerte antes de advertir que no eran más que una armadura y unos cuantos retratos. Entre ellos, reconoció el de Jared Aligheri, un hombre apuesto y de expresión despiadada. Por su indumentaria, Stella dedujo que los retratados pertenecían a distintos períodos de los últimos doscientos años. Uno de los cuadros en particular —el de un hombre moreno con la línea del cabello en forma de «V»— parecía haberse pintado unos veinte años atrás. La placa de debajo decía: «Eli Sauvage». Tenía la mirada tan fría y desalmada que al verlo a Stella se le heló la sangre.

Observó las pinturas desconcertada, intentando comprender qué significarían. Pero, antes de que tuviese tiempo de llegar a alguna conclusión, captó un movimiento en el pasillo. Unos segundos después, algo se movió de nuevo entre las sombras. Stella descubrió que era un gremlin marino, que había cruzado el pasillo para desaparecer en la habitación más cercana.

Por la puerta de la estancia salía luz y del interior llegaba el tenue sonido de unos pasos. ¿Estaría el Coleccionista allí con los gremlins marinos? Había varias puertas en aquel pasillo, pero no tenían placas indicativas como las del piso inferior. Iba a tener que abrirlas al azar y, para hacerlo, no le quedaba otra que pasar por delante de la que estaba abierta. Si el Coleccionista estaba dentro, repararía en su presencia… a menos que fuese tan viejo que apenas pudiera ver u oír.

Stella se fijó en la armadura que había junto a la pared del rellano. Sus enguantadas manos sujetaban una espada preciosa. Cuando la agarró, Stella notó que era muy pesada y apenas podía sostenerla. En realidad, no tenía la intención de usarla contra nadie… ni siquiera contra el mismísimo Coleccionista. Aunque él hubiese matado a sus padres, ella no era una asesina, dijeran lo que dijesen. Aun así, podría resultarle útil para defenderse.

Y si el Coleccionista se abalanzaba sobre ella, quizá pudiera golpearlo con la empuñadura. Su magia de escarcha apenas servía para atacar. Contaba con la pulsera de dijes, pero temía consumir todas sus fuerzas si realizaba otro conjuro. Necesitaba dormir una semana como mínimo, y las piernas le temblaban un poco.

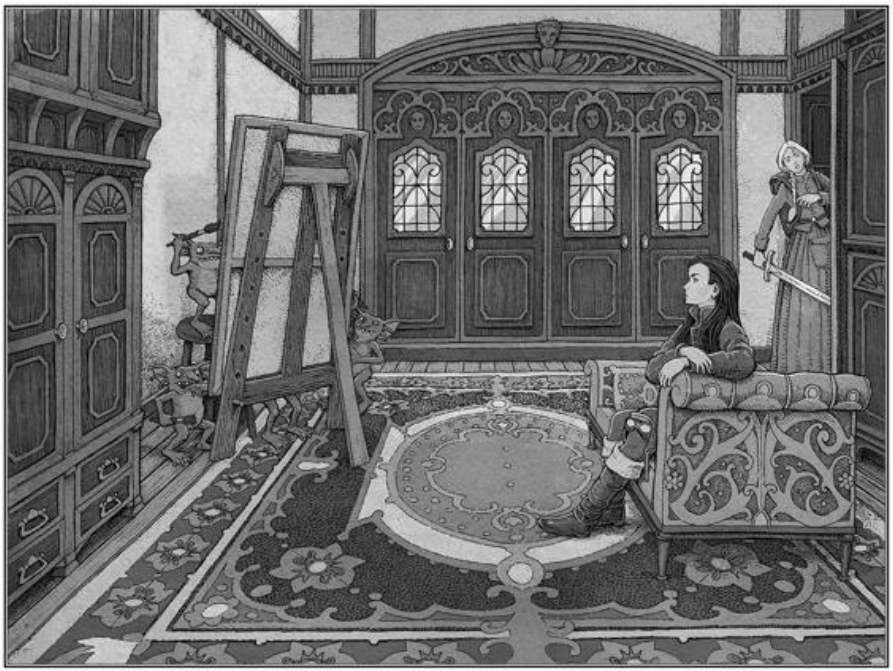
Con suerte, si el Coleccionista se encontraba en la habitación, tal vez estuviera echando un sueñecito en el sillón y ella podría pasar de largo de puntillas. Quizá incluso estuviera muerto. Tal vez por eso no había salido corriendo al oír la alarma… que seguía aullando en el piso de abajo. El Coleccionista moriría algún día, ¿no? Ni siquiera los hechiceros vivían eternamente.

Ya no oía nada en la estancia, aunque le extrañó detectar un ligero olor a pintura… Cuando por fin se asomó, a punto estuvo de soltar la espada de la impresión. En la estancia había varios gremlins apiñados alrededor de un caballete montado en un rincón. Sujetaban pinceles y no paraban de empujarse para pintarrajear el lienzo. Agarrando los pinceles, rascándose la cabeza y frunciendo el ceño, contemplaban a alguien que tenían sentado enfrente, en una elegante *chaise longue*.

Sin embargo, ese alguien no era el anciano que Stella esperaba encontrar, sino una mujer joven. Una melena larga y oscura le bajaba por la espalda, y llevaba ropa de hombre: pantalones marrones remetidos en unas botas altas, a juego con una chaqueta de cuero oscuro que le quedaba demasiado grande. En una de sus rodillas descansaba un gorro de piel de carnero con unas gafas atadas, similar a los que usaban los pilotos de globo aerostático para volar.

La joven miraba los gremlins, pero debía de haber notado la presencia de Stella, porque, sin girar la cabeza, dijo en voz baja y un poco ronca:

—¿Y bien, Stella Copodestrella Pearl? ¿Vas a quedarte ahí o vas a entrar?



24

Aferrando la espada, Stella entró despacio en la habitación.

La mujer de cabello oscuro se volvió para mirarla y, para su sorpresa, Stella descubrió que era más joven aún de lo que había pensado al principio; no debía de tener más de dieciocho años. Había algo imponente en sus magnéticos ojos verdes, su larga nariz y sus espesas y oscuras cejas, que transmitían severidad. Su piel mostraba una palidez enfermiza y la línea del pelo en forma de «V» que tenía en la frente le recordó a Stella uno de los retratos que había visto en el rellano de la escalera.

—¿Quién eres? —le preguntó—. ¿Y cómo sabes quién soy?

La joven enarcó una ceja.

—¿No crees que debería ser yo quien hiciera las preguntas, teniendo en cuenta que te has colado en mi casa y estás robando mis posesiones?

Stella iba a contestarle que no había robado nada, pero en ese momento oyó el tintineo de las esferas de cristal entrechocando dentro de su mochila.

—Si me he llevado algo, es porque no pertenece a este lugar —dijo —. Estoy buscando al Coleccionista.

—Bueno, pues ya puedes dejar de buscar. —La mujer sacó un puro del bolsillo, lo encendió y dio una calada hasta que el extremo se enrojeció—. Scarlett Sauvage —se presentó, soltando una bocanada de humo—, la Coleccionista, a tu servicio.

Los gremlins marinos comenzaron a refunfuñar.

—No podemos retratarla si no deja de moverse, señorita Sauvage —le dijo uno de ellos.

—¡Es que esa maldita obra debería estar terminada! —les espetó

Scarlett—. Llevo horas aquí sentada. Rellenad los huecos con vuestra imaginación. —Miró a Stella de soslayo—. A mí me parece una tradición estúpida, pero todos los miembros de la Sociedad del Atlas Fantasma tienen su retrato colgado en las paredes de esta casa, y los gremlins marinos adoran sus tradiciones. Así que aquí estamos. —Agitó el puro, dejando una estela de humo con aroma a vainilla.

—Pero yo… no lo entiendo —dijo Stella, intentando concentrarse pese al dolor de cabeza que tenía.

—¿Por qué no te sientas para que pueda explicártelo? —le propuso Scarlett, señalando una mesa situada en un rincón y preparada para tomar el té—. Dado que las dos somos damas —continuó—, creo que podemos comportarnos de forma civilizada. Pero ¿qué les ha pasado a tus amigos? Dafne me contó que erais cuatro.

—Están atrapados en una sala del piso de abajo. Se ha disparado una alarma…

—Ah, sí, cuando las gárgolas se han llevado la esfera de cristal con el corazón de Portia. Es una de las pocas esferas que tienen alarma. A mí me da igual, pero a alguno de mis predecesores le preocupaba bastante la reina de las nieves. Supongo que al principio era necesario impedir que los exploradores se internaran en el puente y metieran las narices donde no debían, pero la gente ya parece haber aprendido que ha de mantenerse a distancia, y los que logran esquivar de algún modo a la reina Portia se tropiezan con los gremlins marinos o con esos letreros sobre el gigante. —Miró fijamente a Stella—. Vosotros sois los primeros visitantes que tenemos en muchísimo tiempo. No te preocupes por la alarma, ya he introducido el código de desactivación. Parará en cualquier momento. —En efecto, la alarma enmudeció antes incluso de que Scarlett terminara la frase—. Ya está. Las rejas se abrirán automáticamente dentro de unos quince minutos.

Se acercó a la mesa, retiró una silla y se sentó. Stella no sabía qué hacer, así que la siguió. No parecía que Scarlett fuera a hacerle daño, aunque no le gustaba su mirada. No tenía la expresión desalmada que había visto en el retrato de Eli Sauvage, pero sí cierta dureza implacable; Stella se dijo que la joven no permitiría que nada se interpusiera en su camino.

—Si has venido a matar a mi padre —le dijo Scarlett—, me temo que llegas demasiado tarde. Pero puedo ofrecerte té y pastel. ¿Te va bien el té? No sé lo que suelen beber los niños, y no voy a ofrecerte aguardiente.

Mientras hablaba, tomó una botella de aguardiente y se llenó la taza de té hasta el borde. Felix también guardaba una en el armarito de las bebidas; él nunca bebía, pero a veces la sacaba para brindar con

otros exploradores por el éxito de una expedición. Una vez, cuando nadie la miraba, Stella bebió un sorbo de aquel líquido de color ámbar y casi le estalla la cabeza. Sin embargo, Scarlett tomó un gran trago como si bebiese agua de las hadas.

La joven miró a Stella por encima de la taza, arqueando las cejas. La taza era preciosa, de color verde oscuro y negro, con el emblema de la Sociedad del Atlas Fantasma.

—¿Y bien?

—Lo siento… —respondió Stella—. No recuerdo cuál era la pregunta.

—Querida, estás agotada, ¿verdad? Para ser sincera, no creo que te convenga luchar a muerte. Te estaba preguntando si querías té.

—Oh, sí, por favor. Y en realidad yo no quiero luchar a muerte con nadie. Solo he venido a recuperar algo que me pertenece por derecho.

—El Libro de la Escarcha, supongo. —Scarlett alargó la mano hacia la tetera para servirle. No humeaba, y al moverla se oyó un tintineo de cubitos de hielo—. Pensé que lo preferirías helado, teniendo en cuenta que eres una princesa del hielo.

Stella frunció el ceño.

—¿Cómo es que me estabas esperando? ¿Y cómo sabes quién soy?

—Dafne me contó que veníais. Creo que la conocisteis en el puente. Y tengo entendido que le causasteis una gran impresión. Y en cuanto a lo de saber quién eres… Bueno, todo el mundo lo sabe, ¿no? —Le brillaron los ojos levemente—. La primera exploradora de la historia. Yo soy la primera Coleccionista, ¿lo sabías? Así que ya tenemos algo en común. Toma un sándwich, ¿o prefieres pastelillos?

Los pastelillos tenían muy buena pinta, pero Stella esperó a que Scarlett mordiera el suyo antes de llevarse uno a la boca. La mezcla de nata, mermelada y azúcar era deliciosa, y tras unos cuantos bocados notó que recuperaba algo de energía.

Luego miró a Scarlett.

—¿Por qué creías que había venido a hacerle daño a tu padre?

—Bueno, él era un ser malvado. Y tú eres una princesa del hielo, así que me imagino que mató a tus padres, o a tu tía, o a tu abuela, o a quien fuera. Mientras robaba los Libros de la Escarcha acabó con algunos de sus propietarios.

—Pero ¿para qué los quería? —preguntó Stella desconcertada.

—Estaba buscando un conjuro en particular. No llegó a encontrarlo, pero mientras lo buscaba hizo daño a mucha gente.

—Tu padre era Eli Sauvage, ¿verdad? He visto su retrato en el rellano.

—Así es.

—Pero yo pensaba que aquí vivía Jared Aligheri. Pensaba que él era el Coleccionista.

—Y lo fue —le confirmó Scarlett—. Hace unos doscientos años. Él fue el primer Coleccionista, pero lleva muerto mucho tiempo. Nadie vive doscientos años, ni siquiera un hechicero. Tuvo que buscar a alguien a quien trasmitirle su magia, alguien que apoyara su causa. Y esa cadena se ha seguido desde entonces.

—Entonces… ¿tú eres hechicera?

Scarlett frunció el ceño.

—Estrictamente hablando, sí. Tengo una varita mágica.

Y señaló con indolencia una varita de madera blanca que había en una ventana cercana en saledizo. Tenía una piedra roja reluciente en el extremo, y poseía el inconfundible aire de algo mágico y poderoso. Stella no pudo evitar advertir que, pese a la aparente cortesía relajada de que hacía gala, Scarlett había dejado la varita al alcance de su mano.

—Pero también soy inventora —prosiguió la joven—. De hecho, por fin he logrado crear un submarino monoplaza eficaz… después de muchos intentos fallidos. También soy aviadora. Y científica. Podemos ser más de una cosa, ¿verdad? Imagino que tú lo debes de saber de sobra.

Miró fijamente a Stella, y durante un momento pareció capaz de entender lo que se sentía al ser vista solo como una princesa del hielo; una caricatura infame en vez de una persona completa formada por una mezcla de fortalezas y debilidades, sueños y talentos, defectos y peculiaridades, anhelos, esperanzas y miedos.

—Sí, claro —dijo Scarlett, que parecía leerle la mente a Stella—. Entiendo bastante bien lo que se siente. Por eso pienso que a lo mejor te gustaría que fuéramos socias.

—¿Socias?

—¿Qué sabes sobre el Coleccionista y la Sociedad del Atlas Fantasma?

—Prácticamente nada.

—Lo que imaginaba. Claro que se supone que la sociedad es secreta; así es más fácil llevar a cabo nuestro trabajo.

—¿Y qué hacéis exactamente?

Scarlett apoyó los codos en la mesa y unió sus largos dedos.

—Somos conservacionistas.

—¿Qué es un conservacionista? —preguntó Stella.

—Alguien que se dedica a proteger el planeta. Alguien a quien le preocupa el bien general. Jared Aligheri y la reina Portia fueron los primeros. Creo que empezaron con las especies en peligro. La reina

Portia advirtió que el número de osos resopladores estaba reduciéndose dramáticamente, así que creó estas esferas mágicas para albergar a unos cuantos ejemplares y mantenerlos a salvo. Luego hizo lo mismo con una isla, donde un volcán estaba a punto de entrar en erupción y destruirlo todo. Catástrofes y desastres naturales inminentes… ese tipo de cosas. Salvaron esos lugares metiéndolos en esferas de cristal, donde estarían protegidos hasta que se encontrara una solución. En el interior de las esferas siguen viviendo animales y personas, pero el tiempo está detenido, así que no envejecen. Jared y Portia trabajaron juntos y en armonía en ese proyecto, por lo menos durante un tiempo.

—Pero luego tuvieron algún tipo de desencuentro, ¿no? —preguntó Stella, recordando lo que habían dicho las gárgolas.

—Exacto. Portia creía que la colección debía limitarse a lo mínimo posible, mientras que Jared sentía que su responsabilidad con el mundo era mucho mayor. Comenzó a coleccionar lugares que no estaban bien cuidados. Los Jardines Colgantes de Amadon, por ejemplo. La gente no los respetaba: dejaban basura, contaminaban las cascadas y, en su desesperación por asegurarse el cumplimiento de sus ambiciones egoístas, molestaban a los peces de los deseos. Jared creía que si la gente no cuidaba de un lugar, entonces no merecía disfrutar de él.

—Así que… ¿se llevó los jardines? Pero no tenía ningún derecho a hacerlo. Las maravillas del mundo nos pertenecen a todos.

—¿Ah, sí? —contestó Scarlett—. ¿Aunque nadie las cuide? La gente es perezosa, egoísta y estúpida. Tarde o temprano, lo estropean todo.

—Eso no es cierto —protestó Stella—. Puede que algunas personas sean así, pero no muchas. Y mucho menos todas.

—Es verdad que algunas personas no son estúpidas. Pero entonces son listas, violentas y crueles, y eso es peor todavía. —Miró a Stella a los ojos—. Creo que esa es una lección que mi querido y difunto padre nos enseñó a las dos. Pero tenía razón en una cosa: la gente no se merece el mundo, y es nuestra obligación proteger todo lo que podamos antes de que lo destruyan. Por eso fuimos a lugares que todavía permanecían intactos, como el Islote de los Flamencos Caballero.

—¿Y os lo llevasteis incluso sabiendo que allí no ocurría nada malo? —se asombró Stella, pensando en Melquiades.

—No ocurría nada malo todavía —contestó Scarlett—. Pero ¿por qué esperar? Si queremos proteger y preservar el mundo, entonces tiene más sentido hacerlo antes de que empiecen a destrozarlo o

contaminarlo. Al fin y al cabo, salvar cosas rotas tiene menos valor. De modo que, sí, desde hace algunos años, varios Coleccionistas han salvaguardado algunos de los lugares más preciados y algunas de las maravillas naturales. Pero se encontraron con un problema: el número de esferas de cristal es limitado, porque Portia se negó a crear más cuando ella y Jared discutieron. Están todas llenas desde hace tiempo; por eso, si queremos coleccionar un sitio nuevo, tenemos que devolver otro a su lugar. Llevamos años tratando de descubrir cómo crear esferas de cristal.

—¿El Coleccionista no pudo obligar a Portia a hacer más? —preguntó Stella, recordando cómo habían forzado a la reina a vigilar el puente.

—No sin devolverle su corazón y, por consiguiente, sus poderes. Y entonces habrían regresado al punto de partida, el momento en que intentaron matarse el uno al otro en el puente. No; el Coleccionista creyó que era más seguro descubrir el conjuro y crearlas él mismo.

—Por eso se llevó el Libro de la Escarcha —comprendió Stella.

—Exacto.

—¿Y encontró el conjuro?

Scarlett negó con la cabeza.

—Por desgracia, no. No se menciona en ninguno de los libros. Los ejemplares son ligeramente distintos, y a nosotros no nos sirven. Puedes llevarte el tuyo, junto con mis más sinceras disculpas.

Scarlett se levantó y se acercó a uno de los armarios lacados, que estaba lleno de Libros de la Escarcha de diferentes tamaños y colores. Se puso unos gruesos guantes que había en la balda contigua y examinó los volúmenes.

—Déjame ver. ¿Cuál era? —murmuró—. Ah, sí. Aquí está. El de la reina Jessamine. —Sacó el ejemplar, que era tan grande que tuvo que sujetarlo con ambas manos—. ¡Está helado! —exclamó, dejándolo delante de Stella—. Si lo toca alguien normal, le provoca una quemadura espantosa.

Stella observó el libro. Era un tomo espléndido, con la cubierta decorada con intrincados remolinos de hielo y minuciosos copos de nieve. El volumen resplandecía bajo una capa de escarcha centelleante, pero Stella pudo apoyar los dedos en la superficie sin quemarse.

Cuando lo abrió, leyó el nombre de su madre biológica.

—Siento mucho lo que te hizo mi padre —dijo Scarlett en voz baja —. Era un hombre malvado, lo reconozco.

Stella levantó la vista.

—¿Tú… sabes cómo los mató?

Era algo que se preguntaba desde niña. Apenas sabía nada de reyes de las nieves, y no tenía ni idea de si su padre poseía poderes propios, pero seguro que la reina Jessamine debería haber podido defenderse con magia de hielo.

—Bueno, los hechiceros obtienen sus poderes del fuego —contestó Scarlett—, mientras que las reinas de las nieves usan hielo. —Se encogió de hombros—. Y el fuego funde el hielo.

—¿Estás… estás diciendo que los quemó?

—No lo sé con certeza, porque no estuve presente. Aunque vi a mi padre usar esta varita para matar a algunas personas con fuego. No fue una experiencia agradable, y te recomiendo que no sigas dándole vueltas a ese asunto.

—Ya no importa —dijo Stella—. Tu padre no está y los míos tampoco, y mi vida ha sido mejor de lo que habría sido. Mis padres biológicos eran personas crueles a las que no conocí, así que no lamento su pérdida.

—Bueno, pues entonces ya tenemos algo más en común.

Stella bajó la mirada al libro y pasó sus gruesas páginas de color crema. Contenía docenas y docenas de conjuros para llevar a cabo distintas clases de magia, desde elaborar galletas de nieve venenosas hasta congelar el corazón de las personas. O descongelarlo. De inmediato, comprendió que aquel era el conjuro por el que había ido hasta allí: el que podía salvarle la vida a Shay. Describía con claridad lo que había que hacer, y sintió que la emoción le cortaba la respiración. Sus amigos y ella se habían arriesgado mucho y habían recorrido un larguísimo camino para recuperar aquel libro, y ahora que lo tenía delante de verdad apenas podía creérselo.

—Te devolvería los demás con mucho gusto —dijo Scarlet, mirando el armario—, pero la mayoría se robaron hace muchos años y no sé dónde exactamente. Ninguno de ellos nos ha servido para nada. El único que contenía el conjuro de las esferas de cristal era el de la reina Portia.

—Pero yo creía que Jared Aligheri se lo había robado —contestó Stella, recordando el relato de las gárgolas.

—Sí, así fue —respondió Scarlett—. Está en esa caja. Pero supongo que Portia lo sospechaba y por eso arrancó la página del conjuro de las esferas de cristal y la destruyó. —Miró a Stella—. Antes te he propuesto que nos asociáramos y lo he dicho en serio. Con una princesa del hielo a bordo podríamos hacer cosas realmente extraordinarias. Si encontraras la forma de recrear el conjuro de las esferas de cristal, podríamos salvar al mundo entero.

—Pero ¡no lo estaríamos salvando! —exclamó Stella—. Se lo

estaríamos robando a los demás, ¡y eso no está bien! El mundo nos pertenece a todos.

Scarlett arqueó levemente una ceja.

—Si de verdad piensas así —contestó con frialdad—, ¿por qué diablos has seguido adelante al ver todos esos letreros que advertían sobre el gigante del fin del mundo?

Stella sintió que había caído en una trampa.

—Bueno, yo… No sabía con certeza que hubiese un gigante del fin del mundo… —empezó.

—Tampoco estabas segura de lo contrario —señaló la Coleccionista —. Nos gustaría que el bien y el mal estuvieran claramente definidos, pero luego las cosas no son así, ¿verdad?

Stella no supo qué decir. Estaba desesperada por salvar a Felix y a Shay y eso la había llevado a actuar de forma temeraria, sí, pero no se arrepentía… sobre todo ahora que había recuperado el Libro de la Escarcha.

—Supongo que el hecho de ser exploradora ha distorsionado bastante tu perspectiva —continuó Scarlett—. Los exploradores siempre han sido un incordio para la Sociedad del Atlas Fantasma, ¿sabes? Atraen la atención del mundo sobre lugares que no necesitan ser descubiertos, lugares que deberían haber permanecido sin ser pisados. Por eso somos enemigos desde siempre, incluso aunque vosotros desconocierais nuestra existencia. No hay nada que consiga manteneros alejados de los sitios. Recogimos esas naves naufragadas y las reunimos debajo del puente para bloquear el paso, para disuadir a los exploradores de que navegaran por ahí. Y los gremlins marinos también resultan muy útiles. Hacen un trabajo excelente estropeando maquinaria e impidiendo que los descerebrados se aventuren entre las embarcaciones hundidas.

—Así que todo respondía a vuestras órdenes… —Stella no pudo disimular su disgusto—. Pero ¡se trata de un juego muy peligroso! Y ha provocado numerosas desgracias y la muerte de muchas personas.

—Bah —soltó Scarlett con frialdad—. A veces hay que sacrificarse por el bien común. Espero que lo entiendas algún día, cuando seas mayor, en cuanto se te congele el corazón. Quizá entonces pienses de nuevo en lo que te he dicho y reconsideres tu decisión.

—¡Jamás me uniré a ti! —le espetó Stella, poniéndose en pie—. Creo que lo que estás haciendo está mal. Y aunque aprendiera a crear esferas de cristal, jamás te ayudaría. Solo pensarlo… va contra todo lo que representan los clubes de exploradores.

—Qué lástima —replicó Scarlett con un suspiro—. Yo esperaba que, como princesa del hielo, fueras más razonable. Pero, ya que no lo

eres, supongo que comprenderás que no puedo permitir que te marches. La existencia de la Sociedad del Atlas Fantasma debe permanecer en secreto, y tú sabes demasiado.

Stella agarró el Libro de la Escarcha y dio unos pasos atrás.

—¿Qué estás diciendo? ¿Vas a hacernos prisioneros?

La Coleccionista negó lentamente con la cabeza.

—Esto no es una cárcel. Y yo no soy carcelera. Los prisioneros requieren unos cuidados, una atención y un tiempo de los que simplemente no dispongo. Haré una excepción contigo teniendo en cuenta que podrías serme útil más adelante. Los humanos no pueden entender a las gárgolas, así que ellas son irrelevantes. Pero me temo que tus compañeros tendrán que ser aniquilados.

Stella vio que la joven hablaba en serio y que no sentía la menor emoción ante la idea de hacer daño a los jóvenes exploradores.

Recordó la expresión despiadada del retrato de Eli Sauvage, y supuso que Scarlett debía de haber recibido una educación muy rara, con la única compañía de su sanguinario padre en aquella maravillosa mansión. En realidad, no era extraño que tuviese una visión del mundo tan particular.

De pronto se abalanzó desesperada hacia la varita de hechicera, pero Scarlett fue más rápida.

Al cabo de unos segundos, la sujetaba con sus largos dedos y la piedra del extremo brilló con un rojo sanguinolento y profundo cuando la apuntó directamente hacia Stella.

25

—Quizá no te hayas dado cuenta aún, pero este es un momento decisivo en tu vida —le dijo Scarlett a Stella, apuntando tranquilamente hacia ella su varita mágica—. También es el error más grande que has cometido. Algún día echarás la vista atrás y desearás desesperadamente haberte unido a mí cuando tuviste la oportunidad.

Stella estrechó el libro con más fuerza, levantó la barbilla y respondió:

—Estás tan equivocada… El error más grande lo has cometido tú al amenazar a mis amigos.

—¡Amigos! —se burló la Coleccionista, frunciendo la boca en una mueca de desprecio—. ¿De verdad crees que son tus amigos? ¿Crees que se preocupan por ti? Las personas como tú y como yo somos las malas de la historia. Las personas como tú y como yo no tenemos amigos; por eso debemos cuidar de nosotras mismas. A estas alturas, las rejas del piso de abajo ya se habrán abierto y tus amiguitos habrán huido.

Stella negó con la cabeza. En una ocasión había dudado de la amistad de Shay, Ethan y Habichuela, cuando creyó que la habían abandonado en el castillo de hielo, cautiva de trols de piedra y de un espejo mágico. Pero en realidad habían estado intentando salvarla desde el primer momento. Y desde entonces habían pasado por muchas cosas juntos; primero en el País del Hielo, luego en la Montaña de la Hechicera y ahora en el Puente de Hielo Negro. Stella confiaba tanto en el amor y la amistad de los tres jóvenes exploradores, y estaba tan segura de que Scarlett se equivocaba, que se sintió más reconfortada que nunca mientras aferraba con fuerza el Libro de la Escarcha.

—Te equivocas —dijo convencida—. Nunca se marcharían sin mí.

Scarlett entornó los ojos.

—¿Cómo lo haces? —pregunto intrigada.

Stella siguió su mirada hasta el Libro de la Escarcha y vio que unas pequeñas cintas de oro se extendían desde la yema de sus dedos por toda la cubierta y resplandecían intensamente junto al hielo.

Scarlett negó impaciente con la cabeza.

—Da igual.

Introdujo una mano en el bolsillo de su cazadora y sacó una esfera de cristal vacía. De pronto, Stella se dio cuenta de lo que pretendía hacer la Coleccionista.

Todo pareció ir a cámara lenta cuando giró sobre sus talones y echó a correr hacia la puerta abierta, que se le antojó increíblemente lejos. Tomó aire y pidió ayuda a voz en grito, con la esperanza de que sus amigos la oyeran desde el piso de abajo. Si las rejas estaban abiertas, como había dicho Scarlett, ellos ya debían de estar acudiendo en su ayuda.

Sin embargo, solo tuvo tiempo de chillar una vez antes de oír a Scarlett pronunciar su nombre en voz baja. Acto seguido, la puerta que estaba ante ella se esfumó, al igual que toda la estancia.

Stella trastabilló, intentando mantener el equilibrio sobre el suelo blanco que de repente había aparecido bajo sus pies, sustituyendo a las baldosas de la mansión. Al girarse, vio que Scarlett no estaba, y que la rodeaba una niebla nacarada. Stella recordó lo que Melquiades les había contado de que la niebla alrededor de su islote era impenetrable y que no les permitía ver nada excepto movimientos borrosos al otro lado. Con un estremecimiento de pavor comprendió que estaba atrapada dentro de una esfera de cristal.

Con el corazón desbocado y respirando entrecortadamente, se puso a dar vueltas en ese espacio vacío y blanco, buscando una salida que sabía inexistente. Sobrecogida, contempló el futuro frío y solitario que le esperaba como prisionera en una esfera de cristal mágica, congelada como Melquiades durante años y años. Pero el flamenco caballero había escapado. La magia de Ethan de algún modo había logrado liberarlo de su prisión, lo que significaba que era posible salir de allí.

Stella cerró los ojos, estrechó el Libro de la Escarcha y se concentró en respirar sosegadamente. Si se dejaba llevar por el pánico, no podría pensar, y lo que más necesitaba en esos instantes era pensar.

—No me quedaré prisionera en esta esfera —se dijo—. ¡Ni hablar!

Abrió los ojos para escrutar entre la niebla que se arremolinaba alrededor, pero no vio nada. Si alargaba la mano para tocarla, la notaba muy fría. Dio un paso atrás y miró el Libro de la Escarcha.

Quizá contuviese un hechizo que pudiera liberarla. Se sentó de rodillas, dejó el libro en el suelo y lo abrió para buscar desesperadamente entre sus páginas. Pero no encontró ningún apartado sobre cómo escapar de prisiones mágicas, y sabía que Scarlett era demasiado inteligente como para haberle dejado el libro si este pudiera ayudarla a salir de la esfera de cristal.

Presa de la frustración, Stella lo cerró y se irguió. Luego se fijó en la cubierta y en que las cintas doradas que había visto antes seguían allí; de hecho, estaban retorciéndose y enrollándose, hasta que por fin se congelaron en una figura pequeña y sólida, no mayor que la uña de su dedo meñique.

Stella se inclinó para observar el objeto dorado que se había solidificado en la cubierta del libro. Era claramente un corazón que centelleaba en medio del hielo, idéntico al dije que Stella había visto en los retratos de la reina Portia en su castillo.

De pronto notó un roce en la muñeca y se miró la pulsera. El dije de plata con forma de hada se estaba moviendo. Batió suavemente las alas y hundió sus delicados dedos en el bolsillo de su vestido, de donde sacó un objeto minúsculo de oro colgado de una finísima cadena de plata. Era tan pequeño que a Stella le pareció una simple bolita, pero en ese momento el hada lo prendió con destreza en la pulsera de la muchacha, donde comenzó a crecer y crecer hasta alcanzar el mismo tamaño que los demás dijes. Stella vio que era un corazón de oro exactamente igual al del Libro de la Escarcha.

El hada de plata había vuelto a congelarse, y estaba tan inmóvil e inerte que costaba creer que hubiera cobrado vida hacía unos instantes. Pero en la muñeca de Stella seguía el corazón de oro, idéntico al que lucía la reina Portia en los cuadros. Al tocarlo, la joven descubrió que no era frío como los otros sino cálido, al igual que el corazón del Libro de la Escarcha.

Se colocó el libro en el regazo y de repente notó que pesaba más. Reparó en que al final había unas páginas ribeteadas de oro, en vez de escarcha, que antes no estaban. Abrió el libro por la primera página dorada y se encontró con un título: *El volumen del corazón cálido*.

Y debajo, un párrafo que decía:

> *Este es el volumen del corazón cálido, y solo se revelará a la reina de las nieves que posea uno. Esta sección aparecerá cuando el libro detecte esa calidez, pero desaparecerá en el momento en que el corazón de la reina se hiele de nuevo*.

Stella hojeó ansiosa las páginas doradas y vio que contenían más conjuros mágicos. Eran muy distintos de los anteriores, más suaves y

encantadores. Había uno para sanar la congelación, otro para crear un bosque de helado y otro para hacer fuegos artificiales de escarcha. Siguió revisándolo y, de pronto, se topó con el dibujo de una esfera de cristal.

Se quedó mirando la página sin pestañear. Con su ornamentada base, la esfera de cristal se parecía mucho a la que la tenía presa. La única diferencia consistía en que la del libro encerraba una rosa azul en vez de un prisionero humano. Debajo de la ilustración había un texto que describía cómo crear una esfera de cristal a modo de recipiente donde almacenar y conservar flores. Para cambiar la flor del interior solo había que desenroscar la base. Pero también había una breve posdata al final:

> *Si alguien se queda atrapado accidentalmente en el interior de una esfera de cristal, resulta muy sencillo liberarse. Basta con tocar el dije del corazón de oro de la pulsera y contar hasta tres para abrir el mecanismo de seguridad.*

Stella miró la pulsera y sintió una oleada de esperanza. ¡Podría escapar de allí! No estaba todo perdido. Se levantó sin pensarlo.

—Uno —dijo, abrazando el libro contra su pecho—. Dos.

Se aseguró de tener los dos pies bien plantados en el suelo, listos para correr o pelear.

La recorrió una pequeña oleada de triunfo. El presidente del Club de Exploradores del Felino de la Jungla, los periódicos, Gideon Galahad Smythe y todos los demás se equivocaban. Su corazón no estaba helado, era cálido.

Cerró los ojos y susurró:

—Tres.

Se produjo un leve «pop» seguido de una lluvia de cristales rotos, y el espacio blanco del interior de la esfera desapareció. Stella estaba de nuevo en la casa de la Coleccionista. Solo que no en la misma sala. Era un lugar más oscuro; oyó gritos y notó que el suelo no era plano. Trastabilló al intentar mantener el equilibrio, oyó que Scarlett chillaba muy cerca y luego cayó. Al rodar hacia atrás, se dio cuenta, demasiado tarde, de que estaba en las escaleras. Durante el tiempo que había permanecido dentro de la esfera, Scarlett debía de haber empezado a bajarlas. Por suerte, ahora ya estaba casi al pie, así que Stella rodó por los últimos peldaños antes de aterrizar en el suelo de madera con un golpe que le cortó la respiración.

—Pero ¡¿qué demonios…?! —exclamó la Coleccionista.

Stella se incorporó apoyándose en un codo y vio que la joven

estaba unos pocos escalones más arriba, con un montón de cristales rotos a sus pies y sangre en una mano. Debía de sujetar la esfera en la que se encontraba y al estallar se habría cortado. Pero Scarlett seguía aferrando su varita con la otra mano y miraba a Stella boquiabierta.

—¡¿Cómo has conseguido hacer eso?! ¡Era imposible! —siseó. Por primera vez, pareció vacilar—. ¿Qué eres?

Stella se fijó en la punta de la varita, de un rojo ardiente, y supo que sus problemas aún no habían terminado. Seguía corriendo un grave peligro, y no sabía cómo librarse de él. Sin embargo, y pese a encontrarse tirada en el suelo, sintió una oleada de orgullo y contestó:

—Soy una princesa del hielo con un corazón cálido.

Oyó a sus amigos gritando al otro lado del pasillo; obviamente, seguían atrapados en la Sala de los Exploradores. Todos chillaban a la vez y no distinguió lo que decían, pero sí oyó que Shay llamaba a *Koa*. Y al cabo de un instante la loba sombra apareció en lo alto de las escaleras, detrás de Scarlett.

Stella supuso que Shay la había liberado de su esfera de cristal con la esperanza de que pudiera ayudarlos. Al fin y al cabo, aunque estuviera transformándose en lobo brujo, aún era una loba sombra. Sin embargo, el pelo blanco ya era mucho más abundante que el negro, y Stella se estremeció al pensar lo que eso podría significar para su amigo.

Pero ahora la loba le estaba mostrando los colmillos a Scarlett de un modo aterrador.

—¿Corazón cálido? —repitió la chica en tono sarcástico—. Entonces, ¿de qué sirves?

Mientras alzaba de nuevo la varita, Stella se puso en pie sin saber qué hacer. Scarlett tenía razón, el fuego fundía el hielo, y ni siquiera podía echar mano de la diadema. Levantó el Libro de la Escarcha, esperando que le sirviera de escudo. De pronto, *Koa* saltó desde lo alto de la escalera y se abalanzó contra la Coleccionista.

Aunque no hizo ruido, Scarlett debió de percibirla de algún modo, porque se giró en redondo en el último momento con la varita levantada. No tuvo tiempo de apuntarla hacia *Koa*, pero le hizo de protección porque la loba sombra mordió la varita en vez de a ella.

Se oyeron el crujido de la madera y el grito de Scarlett cuando la loba la derribó. Cayeron al suelo, a los pies de Stella, y del extremo de la varita brotó un estallido de fuego que provocó un agujero enorme en la pared opuesta.

Koa soltó la varita de hechicera con un aullido, y Scarlett se levantó trabajosamente. Apuntó a la loba con la varita, mirándola con los ojos enloquecidos y la melena despeinada.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó sin aliento—. ¿Es… es un lobo sombra o un lobo brujo?

—Ahora mismo, las dos cosas a la vez —respondió Shay.

Stella se volvió y vio a su amigo, a Ethan y Habichuela corriendo por el pasillo.

—¿Estás herida? —le preguntó Habichuela, deteniéndose sin resuello junto a ella.

La chica negó con la cabeza y sintió un gran alivio por no tener que seguir enfrentándose sola a la Coleccionista.

—¡Ya basta! —espetó Scarlett—. No deberíais haber venido a esta casa. La culpa es solo vuestra.

Levantó la varita, y de nuevo un chorro de fuego brotó del extremo, pero el mordisco de *Koa* debía de haberla dañado, porque en vez de trazar una línea recta y nítida, el fuego surgió de forma intermitente, primero en una dirección, luego en otra, abrasando al azar tablones del suelo, mapas e incluso el techo. Era evidente que Scarlett había perdido el control de la varita.

—¡Agachaos! —gritó Ethan al ver que una bola llameante se dirigía hacia ellos.

Los demás se agacharon, y el mago volvió a crear el escudo que había materializado en el Puente de Hielo Negro. Se quedó flotando ante ellos, con la insignia del Club de Exploradores del Calamar Oceánico, y pareció ser más efectivo con el fuego que con el hielo, porque aguantó el ataque de Scarlett con firmeza y apenas se chamuscó.

A continuación, Scarlett soltó un chillido de dolor. Cuando se asomó por un lateral del escudo, Stella vio que se le estaba quemando la manga de la chaqueta. Mientras se la quitaba frenéticamente y la tiraba al suelo, a la Coleccionista se le cayó la varita, y cuando la recogió y se fue corriendo a la biblioteca parecía que se le hubiera quemado la mano.

Ethan bajó el escudo.

—¿La seguimos? —preguntó, girándose hacia los demás.

Pero, antes de que sus amigos pudieran responder, Shay se tambaleó hacia atrás, agarrándose la cabeza con ambas manos, y Stella vio que tenía los dos ojos plateados.

—Deja que se vaya —dijo—. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

Koa se había encogido en un rincón mientras el fuego se extendía, pero ahora que se estaba acercando a ellos no parecía muy amistosa. De hecho, mostraba los colmillos, y Stella tuvo la impresión de que ni siquiera los reconocía. Shay empezó a hablarle en tono tranquilizador,

pero la loba apenas parecía reparar en él, porque de inmediato se abalanzó en dirección a Habichuela, que era el que tenía más cerca. Era evidente que pretendía morderlo, pero Shay se interpuso en su camino de un salto, y la loba chocó contra él. Los dos cayeron al suelo.

—¡*Koa*, no! —exclamó el susurrador.

Pero el pelaje de la loba ya era prácticamente blanco, y Shay se vio obligado a agarrarle el hocico con las dos manos para impedir que lo mordiera.

Stella se arrodilló, colocó el Libro de la Escarcha en el suelo e intentó con desesperación encontrar el conjuro para descongelar corazones que había visto antes.

Koa parecía tan furiosa que Stella temió que en cualquier momento pudiera soltarse de las manos de Shay. Sabía que cuanto más transformada estuviera en lobo brujo, más difícil sería que el conjuro funcionara. De hecho, tal vez no lo hiciera. Se estaban quedando sin tiempo.

Stella por fin encontró la página que buscaba. Sobre todo se describía cómo congelar un corazón, pero contenía un breve conjuro por si se cambiaba de opinión, o por si se congelaba a la persona equivocada y se deseaba deshacer el hechizo. También se aconsejaba emplear el dije de estrella para obtener poder extra, así que Stella tocó el frío y puntiagudo dije y leyó el conjuro en voz alta:

> *Este fragmento de hielo desaparecerá en un instante,*
> *para que todo vuelva a ser como antes.*

Una corriente helada y crepitante le bajó por el brazo hasta los dedos, produciéndole un hormigueo de punzadas leves. Stella abrió la mano cuando un rayo de luz plateada le brotó de la yema de los dedos para impactar justo en mitad de los omóplatos de *Koa*.

La loba sombra paró inmediatamente de debatirse entre los brazos de Shay. Él la soltó, y ella retrocedió unos pasos sacudiéndose, como si no supiese muy bien lo que le había sucedido.

—¡Mirad! —gritó Habichuela, señalando el lomo del animal. El pelaje de la loba donde había impactado la magia de Stella había recuperado su color negro habitual. Y no solo eso: el contorno de *Koa* estaba volviéndose más y más tenue a medida que perdía consistencia física. Al final, la loba era de nuevo negra de la cabeza a la cola, excepto por unos pocos pelos en el pecho, y cuando Shay estiró la mano, la atravesó como había pasado siempre.

La loba sombra olfateó los dedos del susurrador y los lamió en un gesto afectuoso. Sus ojos oscuros habían perdido la expresión salvaje,

y volvían a transmitir tranquilidad y fortaleza.

—¡Ha funcionado! —exclamó Shay con voz quebrada. Y miró a Stella—. Lo has conseguido.

Stella sintió muchísima alegría, y también alivio, al ver que su amigo ya no tenía los ojos plateados y que casi todo su cabello había recuperado su color habitual; solo le quedaba un fino mechón blanco.

Abrió la boca para decir algo, pero entonces se sintió tan agotada que apenas podía pensar, y muchísimo menos hablar.

Ethan se arrodilló a su lado.

—Tranquila. Lo has conseguido.

Stella percibió las palabras del mago como si estuviera al final de un túnel.

La rodeó con un brazo, cariñoso y reconfortante. Stella notó que ya no podía mantener los ojos abiertos, y fue un alivio recostarse contra Ethan, con la cabeza sobre su hombro. Acto seguido, el mundo se desvaneció.

26

Cuando Stella abrió los ojos al cabo de unos minutos, descubrió que estaba fuera, bajo la luz del sol. Descansaba apoyada en la base de un cenador de mármol y durante un momento no recordó dónde se encontraba. Pero entonces pasó volando un pájaro de fuego, y comprendió que estaba en los Jardines Colgantes de Amadon. Con Habichuela justo a su lado.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó su amigo.

En sus dedos chisporroteaban chispas verdes, y la chica se imaginó que habría usado su magia sanadora con ella.

—Sí, un poco —respondió sorprendida.

Aún se sentía muy cansada, pero al menos estaba despierta.

No muy lejos, Shay y Ethan miraban al cielo protegiéndose los ojos con la mano. Habichuela ayudó a Stella a ponerse en pie para unirse a los otros dos muchachos.

—¿Qué miráis? —les preguntó.

—Scarlett Sauvage está ahí arriba —respondió Ethan, señalando un punto—. Se ha ido volando con los gremlins en esa máquina.

—¡Vaya! —exclamó Stella decepcionada, pues le habría encantado ver la máquina voladora en acción.

—¿Cómo estás, Polvorilla? —le preguntó Shay, girándose hacia ella.

—Mejor. Solo un poco cansada.

Shay le rozó el brazo con la mano.

—Un millón de gracias por lo que has hecho. Nunca lo olvidaré.

—Un acto sumamente valeroso —coincidió Melquiades, golpeando

el suelo con la punta del paraguas para enfatizar sus palabras.

Stella negó con la cabeza.

—Era lo menos que podía hacer.

—Estábamos pensando en regresar a la casa para llevarnos más esferas de cristal —dijo Habichuela—. No creo que podamos con todas, pero no me parece bien dejarlas aquí.

—También deberíamos llevarnos el globo aerostático —repuso Stella, mirando el globo de rayas grises y blancas que había amarrado a un lado de la mansión.

—¡Ahí está Scarlett de nuevo! —exclamó Ethan de repente, señalando al aire—. ¡Y viene hacia aquí!

Stella siguió su mirada y enseguida vio la máquina voladora entre las nubes. Era asombroso ver un aparato tan grande suspendido en el aire como si nada. De pronto empezó a descender de un modo muy elegante.

—¡Caramba! —gritó Stella—. ¿No es maravilloso? Parece que va muchísimo más rápido que un dirigible.

—Pues sí —coincidió Ethan. Luego añadió frunciendo el ceño—: Parecía que se había ido, pero está volviendo. —Miró a los demás—. ¿Y si trae un arma? ¡A lo mejor nos está apuntando!

—Espero que no —respondió Shay—. Aparte de que debe de ser complicado dirigir ese aparato y disparar un rifle al mismo tiempo, y encima con una mano herida.

—Complicado pero no imposible —contestó Habichuela—. El capitán Yancy Tuckerton Trotter guio una balsa con una mano por el borde de una cascada mientras con la otra disparaba a unos cazadores furtivos que lo perseguían.

—¿Y qué le sucedió? —preguntó Ethan.

—Jamás volvió a saberse de él. Se supone que murió, claro.

—Yo lo único que sé es que Scarlett se está acercando mucho —dijo Stella, observando el avión preocupada.

La Coleccionista volaba directamente hacia ellos, y tan bajo que distinguieron su cazadora, las gafas de aviadora y la larga y oscura melena ondeando al viento.

—Creo que deberíamos ponernos a cubierto —propuso Stella—. Por si acaso.

Todos se apretujaron en el cenador, agazapándose tras el murete.

—Prepárate para materializar de nuevo el escudo —le dijo Habichuela a Ethan—. Por si Scarlett tiene una pistola.

—Es bastante agotador, ¿sabes? —contestó el mago un poco malhumorado—. No sé si voy a poder crear otro tan deprisa.

—Yo os protegeré —anunció Melquiades, saltando sobre el murete

y abriendo su paraguas a rayas.

Ethan miró al cielo con fastidio.

—Esa cosa no servirá de nada.

—Querido jovencito, desde luego que servirá —protestó Melquiades—. Es a prueba de balas. Todos los flamencos caballero llevamos siempre paraguas a prueba de balas. Eso se debe a que a veces nos gusta…

Enmudeció cuando el avión pasó volando tan cerca de ellos que notaron la fuerza del aire de las hélices. Pero el plan de Scarlett no era dispararles con un rifle. Al pasar volando, toda la mansión de blancas columnas se desvaneció ante los ojos de los amigos, junto con el globo aerostático. Desaparecieron sin más, dejando únicamente un enorme círculo de tierra seca.

Todos se quedaron boquiabiertos. Al cabo de un instante, la Coleccionista apuntó el morro del aeroplano hacia el cielo y se perdió a toda velocidad entre las nubes.

—¡Madre mía! —exclamó Ethan—. ¿Cómo ha logrado hacer eso?

—Seguramente habrá metido la mansión en una esfera de cristal —respondió Stella—. Debía de quedarle una. Creo que le basta con pronunciar el nombre de lo que quiere encerrar.

—Se ha llevado todas las esferas de cristal que había en la casa… —se lamentó Habichuela, abatido—. Las hemos perdido.

—Bueno, por lo menos hemos conseguido salvar unas cuantas. —Stella intentó animar a su amigo con una sonrisa—. Y ahora que conocemos a Scarlett, podremos contarle a todo el mundo lo que ha hecho.

Habichuela asintió.

—Sí. Y también tenemos el Atlas Fantasma.

—¿El qué?

Habichuela sacó de su mochila un libro precioso, enorme y encuadernado en piel.

—Estaba en una vitrina de la biblioteca —explicó mirando a Stella —. Me lo he guardado mientras Ethan te sacaba al jardín.

Abrió el libro, que contenía un registro de los lugares que los Coleccionistas habían ido robando a lo largo de los años, desde la Ciudad Perdida de Tippi Tappi hasta los Jardines Colgantes de Amadon.

—Al menos ahora sabremos qué lugares han desaparecido —dijo Habichuela.

—Cuántos hay… —Ethan miró el libro negando con la cabeza—. Es increíble que hayan actuado durante tantos años sin que nadie lo advirtiera.

—En realidad, la gente sí se daba cuenta de que ciertos sitios recién descubiertos habían desaparecido cuando habían intentado visitarlos —señaló Shay—. Pero supongo que preferían pensar que los primeros exploradores se habían equivocado, o que se habían inventado esos lugares para colgarse medallas o recabar fondos.

—Al menos ahora sabemos la verdad —dijo Stella—. Y eso ya es un comienzo. Pero no nos servirá de nada si no logramos volver al puente. El globo ya no está, así que ¿qué vamos a hacer?

—Tendremos que cruzar los jardines —afirmó Shay con tono preocupado—. Y esperemos encontrar algo que pueda ayudarnos a conseguirlo. Eso es lo único que podemos hacer.

Como Scarlett Sauvage se había marchado y probablemente no iba a regresar, los cuatro amigos desplegaron la
manta-jaima
mágica en los jardines. Todos estaban agotados y necesitaban comer bien, una noche de sueño reparador y una taza de chocolate bien caliente. Stella les contó todo lo que había descubierto sobre Scarlett Sauvage y el Libro de la Escarcha, y cómo las gárgolas se habían llevado el corazón robado de la reina Portia, y luego prácticamente se desmayó en la cama y no volvió a abrir los ojos hasta que, bien entrada la mañana, Habichuela fue a despertarla.

—Lo siento, Stella —se disculpó su amigo—. No queríamos despertarte, pero es tarde y ya deberíamos estar buscando un modo de llegar al Puente de Hielo Negro.

Ella se incorporó. Se sentía mucho mejor tras el descanso y estaba lista para levantarse y emprender la vuelta a casa, así que se pusieron en marcha.

—¿Quieres intentar abrir la esfera de cristal de tu padre? —le preguntó Stella a Habichuela mientras cruzaban el puente de cuerda.

Su amigo negó con la cabeza.

—Creo que deberíamos esperar hasta volver a la civilización. Nos queda mucho camino por delante y puede ser peligroso.

Cruzaron el puente, pasaron junto a las peras ornamentales y emprendieron el ascenso por las cascadas. En una de las pozas descubrieron un banco de peces azules.

—¡Caray! —exclamó Habichuela—. Parecen peces de los deseos.

—¿Peces de los deseos? —repitió Ethan entusiasmado—. Entonces, ¿deberíamos pedirles un deseo?

—Sí, pero primero hay que entregarles un mal recuerdo —le explicó Habichuela.

—Bueno, me parece bien. No me importa librarme de un mal recuerdo; que se queden con él los peces.

Habichuela negó con la cabeza.

—Pues yo quiero todos los míos —contestó en voz baja—. Me ayudan a ser quien soy. Sin ellos, sería un poco más débil y vulnerable.

Stella se dijo que tenía razón. A todos les había costado mucho llegar a conocer sus puntos fuertes, y sería una lástima tener que aprender de nuevo esas lecciones. Así que dejaron a los peces en paz y continuaron adelante.

Cuando llegaron al puente, repararon en un jardín que no habían podido examinar a la ida. Lo primero que les llamó la atención fue una bandera roja y naranja en lo alto de un mástil. La insignia del Club de Exploradores del Fénix del Cielo ondeaba suavemente con la brisa, y era idéntica a la que tenían los globos que habían visto estrellados en el Puente de Hielo Negro.

Los jóvenes exploradores se quedaron mirándola intrigados.

—A lo mejor deberíamos echar un vistazo —propuso Stella.

Todos estuvieron de acuerdo, así que rodearon el jardín de las cascadas y cruzaron el puente que llevaba al jardín colgante del Fénix del Cielo. Era una isla mucho más grande que las demás, pero enseguida se dieron cuenta de que también era una jaula. En cuanto cruzaron el puente, se encontraron con una verja cerrada y una tela metálica de alambre grueso que se elevaba hasta formar una cúpula en lo alto… como una enorme pajarera.

Stella se giró hacia los demás, intentando controlar su emoción.

—¿Creéis que ahí dentro podría haber aves fénix de verdad?

—Solo son un mito… —contestó Ethan, aunque no parecía muy seguro— ¿verdad? Casi todo el mundo dice que nunca existieron.

—Tampoco creíamos que hubiera existido el Club de Exploradores del Fénix del Cielo —señaló Stella—. Y ahora sabemos que existe, porque yo misma lo llevo en la mochila.

—Eso es cierto, pero, aunque un Coleccionista se hubiera llevado al club mucho tiempo atrás, ¿las aves no habrían muerto ya a estas alturas?

Habichuela negó con la cabeza.

—Los fénix pueden vivir cientos de años. Además, cuando por fin mueren renacen de sus cenizas.

—De modo que, si están ahí dentro, ¿podrían ser los mismos que pertenecieron al Club de Exploradores del Fénix del Cielo? —preguntó Shay.

—Es posible.

Intentaron mirar a través de la tela metálica, pero su espesura impedía ver nada.

—Si están en esta jaula, no podemos dejarlos encerrados —dijo Stella.

—Pero la puerta está cerrada con llave —señaló Habichuela.

—Yo puedo crear una llave, ¿recuerdas?

Estaba buscando ya en su pulsera el dije adecuado. Se concentró en el conjuro y, al cabo de un momento, una pequeña llave de hielo se materializó ante ellos. Tras el esfuerzo de crearla, el mundo empezó a darle vueltas, y Stella se habría caído al suelo de no ser porque Shay la sujetó por el brazo. Durante un momento espantoso pensó que iba a vomitar.

—Deberías descansar de la magia durante un tiempo —le dijo Ethan quitándole la llave de la mano antes de que se le cayera—. Dormir bien una noche no basta para recuperar la normalidad, y todavía no estás acostumbrada.

—Lo sé. Pero no voy a dejar a los fénix encerrados aquí.

Ethan suspiró, introdujo la llave en la cerradura y la giró. La portezuela se abrió. El mago volvió a meterse a Melquiades en el jersey —no fuera a ser que el flamenco caballero se convirtiera en el aperitivo de un fénix gigante—, y luego los cuatro amigos cruzaron la puerta.

Tomaron un sendero sinuoso que se internaba en el jardín entre árboles y arbustos. Reinaba un silencio sepulcral y Stella empezó a pensar que, quizá, allí no hubiera nada después de todo.

—Esto podría haber pertenecido al Club de Exploradores del Fénix del Cielo —dijo Habichuela—. Su insignia aparece en las losas del camino. Y los bancos de piedra tienen forma de fénix. Igual que los faroles que cuelgan de los árboles, mirad.

El chico tenía razón. Decorando las ramas, unos aves fénix de latón sostenían un farol entre sus grandes garras.

—Ahí hay árboles de guindillas chisporroteantes, la comida preferida de las aves fénix. Y el aire huele a humo de fogata. ¿Sabéis? Se dice que en los terrenos del club había una pajarera gigantesca, pero no creo que las aves estuvieran enjauladas. Es una de las historias más inverosímiles, porque se dice que tenía forma de…

Al doblar un recodo del camino, Habichuela enmudeció de golpe y todos se quedaron con los ojos como platos.

—¿Estabas a punto de decir «pluma gigantesca», por casualidad? —le preguntó Ethan al sanador.

Habichuela asintió, mudo. De hecho, todos se quedaron sin palabras ante aquella extraordinaria visión. Frente a ellos se alzaba una pajarera descomunal con forma de pluma roja y naranja, que se elevaba cientos de metros en el aire. Cada uno de los filamentos

formaba una larga percha en la que descansaba un ave fénix. Habría unos cincuenta en total, enormes, exhibiendo un plumaje vistoso y espectacular. De pronto, una de las aves reparó en su presencia y voló hasta posarse en el suelo justo delante de ellos.

Era más grande incluso que los buitres de la Montaña de la Hechicera; mediría unos tres metros o más. Los observó unos segundos con sus ojos fieros e inteligentes, antes de desplegar sus magníficas alas, que resplandecieron como ascuas bajo la luz del sol.

Habichuela pegó un salto, sobresaltado por el movimiento, pero Stella no temió que el ave fuera a hacerles daño. Y no se equivocaba: al cabo de un instante, el fénix bajó la cabeza y se agachó, como esperando que montaran sobre él. Stella miró sus relucientes ojos amarillos y captó una expresión suplicante, como si la instara a huir volando de allí. Al instante, las demás aves advirtieron lo que estaba pasando y descendieron hasta los exploradores creando un remolino de plumas doradas. El aire estaba cargado del olor a humo y cenizas.

—Quieren llevarnos volando —dijo Shay.

Stella miró el cielo y vio la tela metálica de la jaula en lo alto.

—Pero ¿cómo? —preguntó—. Los fénix son demasiado grandes para caber por la portezuela que hemos abierto.

Se miraron unos a otros con impotencia.

Pero entonces Habichuela observó la tela metálica con más atención y dijo:

—Parece que ahí arriba hay un mecanismo de abertura. Veo la bisagra.

—Bueno, ¿y cómo lo abrimos? —preguntó Ethan.

—Debe de haber una palanca por algún sitio. Vayamos a echar un vistazo.

Los cuatro cruzaron la puerta de madera con la insignia del Club de Exploradores del Fénix del Cielo. Estaba insertada en el astil de la pluma, que formaba una torrecilla circular. Encontraron el suelo lleno de libros que detallaban los cuidados, la alimentación y el entrenamiento de los fénix. En muchos de ellos aparecían escritos los nombres de los exploradores.

—Mirad este —dijo Shay, levantando uno—. Tiene una nota escrita a mano: «Propiedad del Club de Exploradores del Fénix del Cielo. Si se pierde, por favor, devuélvanlo a la biblioteca del club».

Ya no cabía la menor duda al respecto. Había existido un quinto club de exploradores. Los amigos subieron al primer piso, donde descubrieron arreos de cuero, sillas de montar y riendas.

En el segundo piso encontraron una especie de bar, lo que no les sorprendió demasiado, porque a todos los exploradores les gustaba

empinar el codo. En él había unos elegantes muebles rojos roídos por los ratones, unos cuantos vasos de *whisky* polvorientos, botellas de aguardiente y un humidificador vacío, con la insignia del club, que aún olía ligeramente a tabaco.

En el resto de las habitaciones vieron más muebles y objetos del club desaparecido. Los cuatro amigos tuvieron que subir hasta el último piso para encontrar por fin lo que estaban buscando. En medio de una sala absolutamente vacía había un pedestal con una única palanca roja, iluminada por la luz que inundaba el espacio a través de las ventanas panorámicas. Para cualquier joven explorador resultaba casi imposible resistirse al atractivo de una gran palanca roja, pero aquella era todavía más interesante porque impresas claramente debajo de ella estaban las palabras: «Techo de la pajarera».

Todos corrieron hacia el pedestal, y Habichuela tiró de la palanca triunfalmente. Enseguida oyeron el chirrido y el sonido de maquinaria poniéndose en marcha, y desde las ventanas observaron cómo la parte superior de la jaula se enrollaba hacia atrás, dejando una abertura enorme en el techo.

Las grandes aves se lanzaron hacia el cielo inmediatamente, y durante los siguientes minutos la vista desde las ventanas de la torrecilla fue un incesante frenesí de alas rojas y naranjas, elevándose hacia la libertad como pequeños cohetes en llamas. Stella sintió una oleada de felicidad y sonrió a sus amigos.

Cuando ya no quedaban más aves en el aire, descendieron de nuevo al jardín. Sin embargo, al abrir la puerta de la torre y salir, descubrieron que no todos los fénix se habían marchado. Quedaban dos. Uno era el que se había arrodillado ante ellos, y el otro adoptaba una postura parecida. Miraron directamente a los exploradores con ojos sabios y fieros.

Stella se tapó la boca con las manos, maravillada.

—¡Nos han esperado! —exclamó, mirando a sus amigos—. ¿Creéis que podríamos montarnos en ellos?

—¡Así podríamos regresar al puente! —gritó Shay—. Pero no sabemos cómo montarlos…

No terminó la frase. Todos sonreían de oreja a oreja. De ninguna manera iban a perder la ocasión de subirse a aquellas magníficas aves, y lo sabían.

—Iré a por los arreos —dijo Shay.

27

Las dos aves fénix se elevaron hacia el cielo en una profusión de espléndidas plumas, y se pusieron a cantar una hermosa y cálida melodía con tal regocijo que contagiaron su estado de ánimo a los jóvenes exploradores. Stella se agarró a las plumas del ave y soltó un grito de alegría, y Shay, que iba sentado detrás de ella, la abrazó con más fuerza por la cintura y se echó a reír.

A sus pies se extendían los Jardines Colgantes de Amadon, un paraíso exuberante de flores de vivos colores, estanques y cascadas azules. Pero la visión solo duró un instante, porque las aves se internaron en las nubes y atravesaron la pintura mágica de camuflaje.

—¡Están todos aquí! —exclamó Stella cuando llegaron a cielo abierto.

Y así era: todas las aves fénix extendían sus grandes alas para notar el calor del sol mientras giraban, hacían piruetas y cantaban felices de verse por fin libres, como deberían haber estado siempre.

Stella se giró y vio que Habichuela y Ethan también parecían maravillados por aquella exhibición. La pintura mágica de camuflaje que colgaba del puente ocultaba de nuevo los jardines, así que, salvo por el desgarrón en la lona, era imposible saber que estaban allí. De pronto solo veían las estrellas brillando en el firmamento y el Puente de Hielo Negro extendiéndose sobre la superficie del océano.

—Esperemos que los fénix obedezcan nuestras instrucciones —le dijo Shay a Stella—. Y que no se les ocurra irse volando adonde les plazca.

—Supongo que eso dependerá de lo bien entrenados que estén.

Esperemos que sean como los lobos de expedición del Club de Exploradores del Oso Polar, y no como los lobos sin amaestrar que el Club de Exploradores del Calamar Oceánico llevó a nuestra primera expedición.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Stella asintió y se volvió hacia el ave fénix.

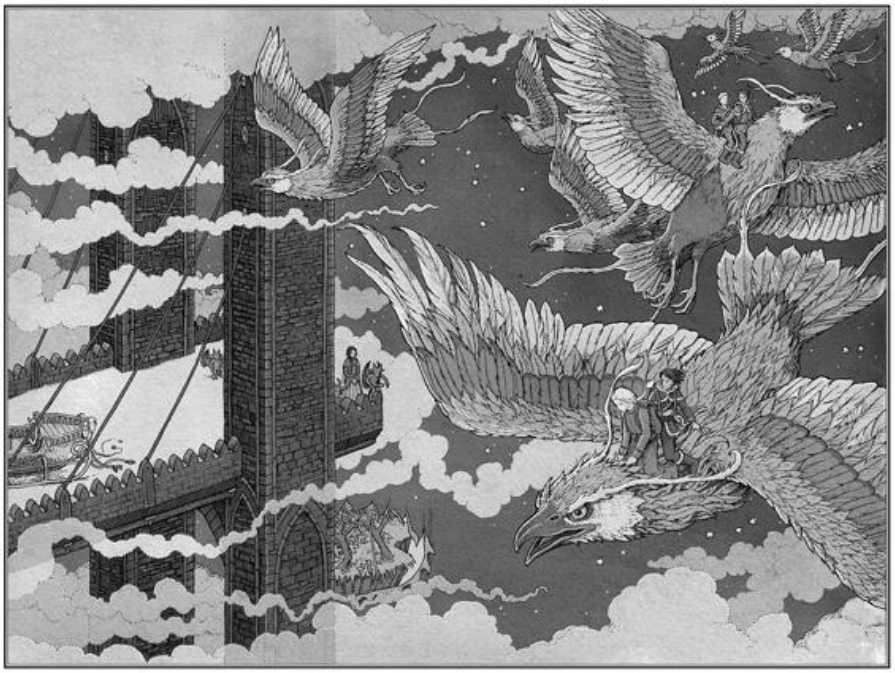
—Preciosa ave, no sé si puedes entenderme, pero debemos cruzar el Puente de Hielo Negro y regresar cuanto antes a las cuevas de la reina Portia en Negrocastillo.

El ave no dio la menor muestra de haber comprendido sus palabras, pero, cuando ella tiró con delicadeza de las riendas para guiarla hacia el puente, respondió al instante, y los demás fénix la siguieron flotando en el cielo como una preciosa nube dorada.

Con la emoción de los últimos acontecimientos, Stella se había olvidado por completo de la reina Portia. Pero en cuanto los fénix volaron por encima del puente, la vio rodeada del grupo de gárgolas, que debían de haber llegado volando directamente desde los jardines. Portia estaba en el borde del puente y parecía que buscaba algo.

—Será mejor que aterricemos y nos aseguremos de que la reina Portia se encuentra bien —le dijo Stella a Shay.

Guio al fénix hacia el puente, y Habichuela y Ethan la siguieron. Cuando vio a las dos espléndidas criaturas, a la reina de las nieves se le salieron los ojos de las órbitas. Las gárgolas, en cambio, se encogieron de miedo y se agarraron a las faldas de su soberana como si fueran niños.



—Tranquilas —les susurró la reina, acariciándoles las cabezas de piedra—. No van a haceros daño.

Se la veía diferente, y sus ojos brillaban mucho más. Aunque seguía pareciendo agotada, daba la impresión de que estaba del todo presente.

—¿Te encuentras bien? —Stella se fijó en que la reina sujetaba una esfera de cristal vacía, pero seguía teniendo el grillete en la muñeca—. ¿No ha funcionado?

—Estoy segura de que ahora funcionará —le respondió Portia—. Toma, será mejor que aguantes esto. —Le tendió la esfera y se sacó una llave de hielo del bolsillo—. Te he esperado porque quería darte las gracias. Y pedirte perdón.

—¿Por qué?

—Por crear las esferas de cristal. Lo he recordado todo. El espanto que me invadió cuando comprendí que el Coleccionista habría coleccionado el mundo entero si hubiera podido. Las gárgolas me han contado que existe otro Coleccionista y que es una mujer, pero, por lo que dicen, es tan mala como Jared Aligheri.

—No te preocupes. Ahora, como sabemos lo que está ocurriendo, podremos luchar contra ella y contra la Sociedad del Atlas Fantasma. Algo es algo.

—Empezamos con una intención noble —aseguró la reina Portia—. De verdad, intentábamos hacer algo bueno para la humanidad. Me

gustaría que me creyeras.

—Te creo —respondió Stella—. Tranquila. No te preocupes por eso.

La reina cerró un momento los ojos.

—Gracias —dijo al cabo—. Y buena suerte.

Introdujo sin dificultad la centelleante llave de hielo en la cerradura del grillete, que se abrió y cayó al suelo. La reina de las nieves exhaló profundamente, como si llevara muchísimo tiempo conteniendo la respiración debajo del agua y por fin hubiera salido a la superficie.

Esbozó una gran sonrisa y le dio las gracias a Stella moviendo solo los labios. Luego se desvaneció, dejando tras de sí un montón de copos de estrella que resplandecieron en el aire antes de fundirse con la bruma marina que cubría el puente.

Las gárgolas parecieron sentirse tristes y al mismo tiempo aliviadas cuando la vieron marchar. Las siete le dieron las gracias a Stella con un movimiento de cabeza y luego desplegaron las alas, dieron un salto y echaron a volar; un instante después habían desaparecido en la niebla. El barco trineo se había quedado abandonado en el puente, pero, por suerte, los jóvenes exploradores ya no lo necesitaban.

Stella soltó un suspiro.

—Muy bien. Ya podemos irnos.

Tiró con delicadeza de las riendas y su ave se unió a los fénix que volaban por el cielo, seguida de la de Ethan y Habichuela. Por fin pusieron rumbo hacia el castillo que se alzaba en el otro extremo del puente.

Al parecer, los fénix podían volar a mucha velocidad, y los cuatro amigos tuvieron que ceñirse bien las capas y las bufandas para protegerse del gélido viento. Como iban por el aire, no había nada que entorpeciera su avance. Cuando pasaron junto a un par de nidos de gremlins, construidos en lo alto de las torres del puente, y ahora abandonados, Ethan comentó:

—Por fin entiendo cómo derribaban los globos aerostáticos. Los gremlins se catapultaban desde sus nidos hasta el globo y luego manipulaban su mecanismo interno.

—¿Cómo lo hacían? —le preguntó Stella—. Tendría que ser una catapulta bastante potente.

—Lo es —respondió Ethan—. Los gremlins pueden catapultarse kilómetros y kilómetros.

A pesar del viento glacial, y de que todos tenían las piernas agarrotadas, los cuatro exploradores estaban maravillados de viajar a Negrocastillo con la bandada de aves fénix. Avanzaron a buen ritmo;

solo se detenían para comer y para dormir. Stella descubrió que Shay y *Koa* parecían haberse recuperado por completo. *Koa* volvía a ser la misma de siempre, y daba la impresión de que Shay también, pues ya no tenía pesadillas ni dolores de cabeza, ni oía voces. Aun así, cuando pasaron por encima del campamento abandonado, Stella notó que su amigo se sobresaltaba y le preguntó qué le ocurría.

—Probablemente me lo he imaginado, pero me ha parecido ver al fantasma del duendólogo saludándonos desde el suelo.

La muchacha frunció el ceño.

—¿Crees que aún puedes ver fantasmas?

Shay se encogió de hombros.

—Espero que no.

Al cabo de tres días llegaron al final del puente y vieron el castillo en el escarpado acantilado.

—Lo hemos conseguido —suspiró Stella sin dar crédito a sus propias palabras.

Las aves aterrizaron delante del castillo y los exploradores bajaron al suelo de un salto.

—Ha llegado el momento de rescatar a tu madre y a mi padre —le dijo Stella a Habichuela con una gran sonrisa.

Se moría de ganas de volver a ver a Felix. Esperaba que él y Joss estuvieran sanos y salvos en la cueva de hielo, y que los duendes de la selva los hubieran atendido bien. Durante el viaje de regreso no habían tenido que hacer ningún conjuro mágico y esperaba contar con las fuerzas suficientes para fundir el muro de hielo.

Se dirigían hacia la puerta cuando Habichuela dijo:

—Esperad.

Al girarse, los tres amigos vieron que Habichuela sostenía una esfera de cristal en la mano: era la que encerraba la expedición perdida de su padre.

—Primero tengo que hacer esto —dijo, más pálido de lo habitual —. Si no funciona… si al final resulta que mi padre no está aquí dentro, prefiero saberlo antes de decirle nada a mi madre. No quiero darle falsas esperanzas.

Stella asintió.

—Claro.

Vio a *Aubrey* asomando por el bolsillo de su amigo y pensó que la esperanza iba a resultar un peso insoportable para todos.

Stella contuvo el aliento y cruzó los dedos. Advirtió que Ethan y Shay hacían lo mismo. Incluso Melquiades se las arregló para cruzar las alas.

Habichuela bajó la vista a la esfera de cristal y comenzó a

desenroscar la base lentamente.

28

Minutos más tarde, Stella bajaba corriendo la escalera de piedra que conducía a la cueva, seguida de cerca por los demás. Todo estaba igual que cuando se marcharon; el agua de las estalactitas iba a parar a las pozas horadadas en la roca, y el dragón de hielo dormitaba pacíficamente sobre su reluciente lecho de conchas. El muro de hielo que tenía atrapados a Felix y Joss era igual de grueso y sólido, y Stella sintió un hormigueo en los dedos, ansiosa por llevar a cabo el conjuro que lo derretiría.

No había ni rastro de los duendes de la selva, y la chica temió que hubieran perdido el interés y se hubiesen marchado, cuando un movimiento atrajo su atención. Vio que las cuatro criaturillas habían improvisado una especie de minigolf en lo alto del dragón y que usaban palitos de hielo para golpear minúsculas conchas redondas y lanzarlas a las garras del dragón y por encima de su cola.

—¡Eh! —los llamó Stella.

Hermina soltó su palo, sorprendida, y luego gritó de alegría al verla. Al cabo de un segundo, los cuatro duendes bajaron rodando por el dragón con una sonrisa de oreja a oreja, bailando y dando volteretas. Stella les sonrió y los saludó con la mano, antes de dirigirse corriendo hasta el muro.

—¡Felix! —exclamó, golpeando el hielo con el puño—. ¿Sigues ahí?

Un grito amortiguado sonó desde el otro lado, y luego oyeron la voz de su padre.

—¿Stella? Tesoro, ¿de verdad eres tú o es que hemos perdido la razón aquí dentro?

—¡Soy yo! —respondió ella con una gran sonrisa.

—¿Habichuela? —preguntó Joss a la vez que él llamaba a su madre.

—¡Stella, date prisa! —chilló el sanador—. Sácalos de ahí.

La muchacha había empezado a tocar el dije con forma de estrella y a recitar el conjuro del Libro de la Escarcha:

> *Este fragmento de hielo desaparecerá en un instante,*
> *para que todo vuelva a ser como antes.*

Por supuesto, no se trataba de un simple fragmento de hielo, sino de un muro grueso y enorme, de modo que Stella tuvo que repetir el conjuro varias veces hasta que el hielo se volvió lo bastante fino como para romperlo con las botas.

La joven exploradora terminó extenuada, pero cuando Felix la abrazó la invadió el alivio.

—¡Eres extraordinaria! —exclamó Felix, y retrocedió para mirarla —. ¿Te encuentras bien?

—Sí —lo tranquilizó Stella—. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

A su padre le había crecido una barba desaliñada, pero los brillantes ojos que la observaban eran los de siempre.

—¡Espero no volver a ver una magdalena de piraña en toda mi vida! —respondió él—. Pero, aparte de eso, los dos estamos bien. Los duendes de la selva se han portado estupendamente.

Habichuela conversaba con Joss, que estaba arrodillada frente a él y le apretaba el hombro con cariño. De pronto, el chico se volvió y dijo:

—Mamá, alguien más quiere verte.

Joss siguió la mirada de su hijo y soltó un grito. A unos metros de distancia había un hombre alto y corpulento vestido con el uniforme del Club de Exploradores del Oso Polar.

—¡No… no puede ser! —gritó en un susurro.

Adrian Albert Smith avanzó despacio. Parecía cansado y un poco aturdido, pero esbozó una amplia sonrisa, y al hacerlo se le marcaron las arrugas de la cara.

—Joss —dijo con voz temblorosa, esperanzada e insegura al mismo tiempo. Alargó una mano vacilante hacia ella—. Soy yo.

Joss negó con la cabeza y parpadeó con fuerza, como si temiera estar contemplando un espejismo, pero, al ver que no se desvanecía en el aire, se levantó de un salto y echó a correr hacia su marido llorando de felicidad. Cuando lo tuvo delante, le rodeó el cuello con los brazos y lo estrechó con fuerza mientras gesticulaba para que Habichuela se uniera a ellos. Stella sabía que a su amigo no le gustaba que lo tocaran, pero esa vez hizo una excepción y agarró a sus padres de la

mano. El chico temblaba de los pies a la cabeza, mientras Joss lloraba y cubría de besos la cara de su marido.

—¡Me rompiste el corazón! —exclamó—. ¡Te quiero demasiado, y tú me rompiste el corazón!

—Lo sé —le susurró Adrian al oído, cerrando los ojos—. Pero todo volverá a ser como antes. Os lo prometo a los dos.

—Por todos los santos, Stella —le dijo Felix mientras ella se recostaba contra él—. ¿Qué habéis hecho todos estos días? —Bajó la mirada—. ¿Y quién es este simpático caballero?

Melquiades se quitó el sombrero.

—Soy Melquiades Montgomery —se presentó el flamenco—, de la bahía de Montgomery, a su servicio.

—Procede del Islote de los Flamencos Caballero —le explicó Stella a su padre.

—Pero… si ese islote no existe —contestó Felix, pero luego miró de nuevo a Melquiades—. Oh, le ruego que me disculpe. Por supuesto, estoy encantado de conocerlo, pero es que hace unos años se dijo que el Islote de los Flamencos Caballero no existía y se borró de los mapas.

—¡Ya! —exclamó Stella—. Respecto a eso, hay unas cuantas cosas que tenemos que contaros.

Epílogo

Tres meses más tarde

Era un día frío, pero hacía un sol radiante, y Stella se encontraba en el jardín haciendo muñecos de nieve con su oso polar cuando Felix la llamó desde la galería. La muchacha se sacudió la nieve del vestido, le dio un gran beso a *Gruñón* en la cabeza y fue hasta donde la esperaba su padre, con el periódico en la mano.

—He pensado que te gustaría ver esto —le dijo Felix sonriendo.

Stella miró el periódico con desconfianza. Desde que habían vuelto de la expedición y habían informado a la opinión pública de los Coleccionistas y la Sociedad del Atlas Fantasma se había producido un buen revuelo, por decirlo con delicadeza. La revelación de lo que había realmente al otro lado del Puente de Hielo Negro había corrido como un reguero de pólvora. En el Club de Exploradores del Oso Polar se convocó una reunión de urgencia a la que asistieron representantes de los otros clubes, además de los miembros de la expedición de Stella.

Al principio escucharon la historia de los jóvenes exploradores con un escepticismo enorme. El presidente del Club de Exploradores del Felino de la Jungla llegó al punto de insinuar que todo aquello era una mentira elaborada para evitar la orden de arresto.

—Mi querido señor —protestó Felix—, como puede usted ver con sus propios ojos, ¡ahí fuera hay una gran bandada de aves fénix!

Desde su regreso a la civilización, los fénix no se habían separado de Stella, lo que hacía muy difícil que la arrestaran. Esas aves tenían un pico fuerte y feroz, y con él podían arrancarle la mano a cualquier incauto.

—Nadie niega que esos jovencitos hayan descubierto una bandada de aves fénix, pero eso no significa que el resto de su historia sea verdad —contestó el presidente Fogg.

—¿Y qué me dice de Melquiades? —intervino Stella, señalando al flamenco caballero, que también había acudido a apoyarlos.

—Probablemente no sea más que una anomalía que habéis recogido en alguna parte —resopló el presidente Smythe.

—¡No puedo creer lo que oigo! —exclamó Melquiades, indignado.

—Pearl, no esperará que nos creamos que esta esfera de cristal contiene la Tierra de los Gigantes —dijo el presidente Fogg, tomando una de las esferas que había en la mesa y mirándola con ojos entornados—. O la Isla de las Damas Cisne —añadió, pasando a la siguiente—. ¡O el Club de Exploradores del Fénix del Cielo, por el amor de Dios!

—Pues nosotros sí lo creemos —declaró Felix con calma.

—Entonces, ¿por qué no abrimos una ahora mismo y lo comprobamos? —preguntó el presidente Smythe, alargando la mano hacia la esfera de los gigantes.

—No, no. —Felix negó con la cabeza—. No puede abrirla aquí sin más.

—¿Por qué no? —quiso saber el presidente Smythe en un tono receloso.

—Use el sentido común, hombre. Es la Tierra de los Gigantes. Si la devolvemos a la vida aquí, nos aplastará a todos. No hay espacio suficiente aquí dentro.

—Vaya, lo que resulta muy conveniente para usted —se burló el presidente Smythe, dejando de nuevo la esfera en la mesa.

—Al contrario; es de lo más inconveniente —contestó Felix tajante —. Sin embargo, debemos procurar ser sensatos, si es posible. —Tomó el Atlas Fantasma, que también estaba sobre la mesa—. Este libro recoge los sitios de donde se sustrajeron estos parajes. Hay que llevar las esferas a su lugar original y abrirlas allí. Miren, se supone que la Tierra de los Gigantes está aquí. —Y señaló una página del atlas—. Viajando en dirigible, llegaríamos en menos de una semana. Y el Club de Exploradores del Fénix del Cielo se encuentra a solo unos pocos días de viaje desde allí.

Al final, después de mucho discutir, decidieron llevar las dos esferas de cristal que había mencionado Felix a su ubicación correcta para abrirlas allí. Por mucho que suplicó Stella, se negaron en redondo a aceptar que fueran Felix o ella los encargados de la misión, ya que, estrictamente hablando, ambos habían dejado de ser miembros del club.

—Iré yo —se ofreció Zachary Vincent Rook, el padre de Ethan—. Fijaos en el mapa —dijo, y lo señaló—. Llegaríamos antes si fuéramos en submarino.

Como todos estuvieron de acuerdo, Zachary se apresuró a organizar una expedición con el Club de Exploradores del Calamar Oceánico, y Ethan lo acompañó. A Stella y Felix les permitieron regresar a casa con las aves fénix. Habichuela también volvió a casa con sus padres, pues tenían que recuperar el tiempo perdido. Y la madre de Shay fue a recoger a su hijo, que también necesitaba pasar tiempo con su familia.

• • •

—Lo han conseguido —anunció Felix, mientras Stella tomaba el periódico en sus manos—. Ethan y Zachary lo han conseguido.

Stella leyó el titular, que decía: «PRINCESA DEL HIELO SALVA A UN CLUB DE EXPLORADORES OLVIDADO».

El artículo detallaba cómo la expedición de Zachary Vincent Rook había liberado al Club de Exploradores del Fénix del Cielo de su esfera de cristal. Dentro de la sede del club había docenas de exploradores atrapados, y el periódico recogía algunas de sus declaraciones.

«Nunca podremos agradecérselo lo bastante a la princesa del hielo».

«De no ser por ella, seguiríamos encerrados».

«Aunque hayamos perdido a la mayoría de nuestros miembros, el Club de Exploradores del Fénix del Cielo renacerá de sus cenizas».

«Aceptaremos de buen grado a nuevos socios».

«Stella Copodestrella Pearl puede unirse a nosotros cuando lo desee…».

—Los periódicos no hablan de otra cosa —dijo Felix—. También han liberado la Tierra de los Gigantes. Tienes que agradecerle a Ethan que todo el mundo se haya enterado de lo que hiciste.

—No lo hice sola. Fuimos todos.

—Bueno, tú eras la única que se enfrentaba a una orden de arresto. Y ahora los periódicos te consideran una heroína.

—Probablemente mañana volverán a criticarme.

Aun así, no pudo evitar sentirse emocionada mientras leía la noticia.

—Pues de eso ya nos preocuparemos mañana —contestó Felix—. Hoy la opinión pública está de nuestro lado. Y nos queda mucho trabajo por hacer: devolver las esferas de cristal a su lugar de origen,

atrapar a la Coleccionista y desmontar la Sociedad del Atlas Fantasma. Además, he recibido un telegrama del presidente Fogg en el que nos ofrece a los dos volver a ser miembros de pleno derecho del Club de Exploradores del Oso Polar, si así lo deseamos. También ha llegado un telegrama del presidente del Club de Exploradores del Fénix del Cielo, un tipo muy amable que se llama Alistair Fox Jacob, que nos invita a tomar el té en su club. El rey de los gigantes nos ha mandado una carta, y los criados la están desplegando todavía en el jardín delantero… resulta que es un poco grande… pero me imagino que también será una invitación. —Miró a Stella—. Bueno, ¿y qué quieres hacer tú?

La muchacha dobló el periódico y se lo metió debajo del brazo. Luego miró a su padre sonriendo.

—Quiero hacerlo todo —respondió—. Volver a ser exploradora. Visitar a los gigantes y al Club de Exploradores del Fénix del Cielo. Llevar las esferas de cristal a su lugar. Y detener a Scarlett Sauvage antes de que pueda ocasionar más daños.

—Muy bien. —Felix se frotó las manos—. Entonces tenemos muchas cosas que hacer. Propongo que nos llevemos a la biblioteca una tetera llena y unos bollos tostados. Y a continuación, tesoro, será mejor que nos pongamos en marcha.

NORMAS DEL CLUB DE EXPLORADORES DEL OSO POLAR

1. Los exploradores del Oso Polar mantendrán su bigote recortado, encerado y, en general, bien atusado en todas las ocasiones. Cualquier explorador sorprendido con un bigote desaliñado será conminado a abandonar de inmediato las instalaciones del club.

2. Los exploradores con bigote despeinado o barba descuidada también tendrán prohibida la entrada al bar reservado a los miembros, así como al comedor privado y a la sala de billar, sin excepciones.

3. Todos los iglús situados en las dependencias del club deberán contar, en todo momento, con un termo de chocolate caliente y con una provisión adecuada de malvaviscos.

4. En las dependencias del club solo podrán servirse malvaviscos con forma de oso polar. De igual modo, los siguientes platillos se prepararán exclusivamente con forma de oso polar: tortitas, gofres, bollos, pastelillos, gelatina de fruta y donuts. Por favor, que nadie pida a la cocina formas o animales alternativos —ni siquiera pingüinos, morsas, mamuts lanudos o yetis—, porque ofende al chef.

5. Se recuerda amablemente a los miembros que si el chef se siente ofendido, insultado o irritado, en el comedor solo se ofrecerán tostadas con mantequilla. Las tostadas tendrán forma de pan.

6. Los exploradores no deben cazar ni hacer daño a los unicornios bajo ninguna circunstancia.

7. Todos los trineos del Club de Exploradores del Oso Polar deben estar adecuadamente decorados con siete cascabeles de bronce y deben contener los siguientes artículos: cinco mantas de lana, tres bolsas de agua caliente metidas en fundas de punto, dos termos de chocolate caliente para emergencias y una cesta con bollos de mantequilla calientes (con forma de oso polar).

8. Por favor, que nadie lleve pingüinos a los baños de agua salada del club: acapararán el *jacuzzi*.

9. Todos los pingüinos son propiedad del club y los exploradores no pueden llevárselos. El club se reserva el derecho de inspeccionar cualquier mochila sospechosa. Cualquier mochila que se mueva por sí sola se considerará automáticamente sospechosa.

10. A todos los muñecos de nieve hechos en las dependencias del club se les debe poner un bigote debidamente acicalado. Por favor, tengan en cuenta que una zanahoria no es un objeto apropiado para imitar un bigote. Tampoco una berenjena. En caso de duda, el presidente del club siempre está disponible para las consultas sobre el bigote de los muñecos de nieve.

11. Se considera de mala educación amenazar a otros miembros del club con carámbanos, bolas de nieve o muñecos de nieve vestidos de forma estrafalaria.

12. Los patos silbadores no están permitidos en las dependencias del club. Cualquier miembro sorprendido en posesión de un pato silbador será invitado a

marcharse.

DESPUÉS DE SER ADMITIDOS EN EL CLUB, TODOS LOS EXPLORADORES DEL OSO POLAR RECIBIRÁN UNA MOCHILA DE EXPLORADOR CON LOS SIGUIENTES ARTÍCULOS:

• Un tarro de Cera para el Bigote a Prueba de Expediciones del Capitán Filibustero.

• Un frasco de Aceite Perfumado para la Barba del Capitán Filibustero.

• Un peine para el bigote, plegable y de bolsillo.

• Una brocha de afeitar con mango de marfil, dos pares de tijeritas para el vello facial y cuatro pastillas, envueltas individualmente, de lujoso jabón de afeitar.

• Dos espejos compactos de bolsillo.

NORMAS DEL CLUB DE EXPLORADORES DEL CALAMAR OCEÁNICO

1. Los trofeos de monstruos marinos, krakens y calamares gigantes son propiedad exclusiva del club y los miembros no pueden llevárselos para adornar hogares particulares. Los exploradores serán sancionados si un tentáculo decorativo desaparece de las habitaciones del club.

2. Durante una expedición oficial, los exploradores no pueden confraternizar con piratas y contrabandistas ni unir fuerzas con ellos.

3. El pez globo venenoso, la medusa de alambre de púas, la pastinaca de agua salada y la anguila eléctrica no son rellenos apropiados para pasteles o sándwiches. Toda petición en este sentido será educadamente rechazada por los cocineros.

4. Se pide respetuosamente a los exploradores que se abstengan de ofrecerse a enseñarle al chef del club cómo preparar serpiente de mar, tiburón, crustáceos o monstruos abisales para el consumo humano. Esto incluye a las criaturas enumeradas en la norma número 3. Por favor, respeten los conocimientos del chef.

5. El Club de Exploradores del Calamar Oceánico no considera que el pepino de mar sea un trofeo merecedor de recompensa o reconocimiento. Tampoco si se trata de un pepino mordedor, menos frecuente, ni de un pepino cantor o discutidor.

6. Cualquier explorador del Calamar Oceánico que regale al club un tentáculo del maligno calamar rojo aullador será recompensado con una provisión de Ron Oscuro Premium del Capitán Ishmael para todo un año.

7. Por favor, no dejen los submarinos sumergidos en el muelle, ya que provoca estragos en el servicio de limpieza de vehículos del club.

8. Se ruega amablemente a los exploradores que no dejen monstruos marinos muertos en los pasillos ni en ninguna de las salas comunitarias del club. Es muy posible que los monstruos marinos desatendidos sean llevados a la cocina sin previo aviso.

9. La Compañía de Navegación de los Mares del Sur no se hará responsable de ningún daño causado a sus submarinos. Esto incluye los daños provocados por ataques de calamares gigantes, emboscadas de ballenas y conspiraciones de medusas.

10. Los exploradores no pueden usar el gabinete de los mapas para comparar la longitud de tentáculos de calamar u otros trofeos. Tengan la amabilidad de utilizar las áreas señaladas dentro de las salas de trofeos para resolver cualquier tipo de apuesta privada.

11. Les informamos de que cualquier explorador que amenace a otro explorador con un cañón de arpones será expulsado inmediatamente del club.

DESPUÉS DE SER ADMITIDOS EN EL CLUB, TODOS LOS EXPLORADORES DEL CALAMAR OCEÁNICO RECIBIRÁN UNA MOCHILA DE EXPLORADOR CON LOS SIGUIENTES ARTÍCULOS:

• Una lata de cebo para kraken del Capitán Ishmael.

• Una red para kraken.

• Una petaca grabada llena de Ron Salado Especial para Expediciones del Capitán Ishmael.

• Dos afilados arpones y tres bolsas de anzuelos.

• Cinco tarros de Abrillantador de Cañón de Arpones del Capitán Ishmael.

NORMAS DEL CLUB DE EXPLORADORES DEL CHACAL DEL DESIERTO

1. Las alfombras mágicas voladoras deben mantenerse cuidadosamente enrolladas cuando se hallen en las instalaciones del club. Cualquier daño causado por alfombras voladoras fuera de control será considerado responsabilidad exclusiva de su propietario.

2. Los genios de lámparas encantadas deben permanecer con sus dueños en todo momento.

3. Les informamos de que la presencia de genios en el bar y en las mesas de *bridge* está estrictamente prohibida.

4. El uso de tiendas de campaña y jaimas queda limitado a las expediciones: no pueden usarse para dar fiestas, celebrar reuniones, charlar o cotillear.

5. No se debe permitir que los camellos escupan a otros miembros del club ni animarlos a que lo hagan.

6. Los cactus saltarines no pueden entrar en el club salvo en circunstancias excepcionales.

7. Por favor, no se lleven banderas, mapas ni pequeños marsupiales del club.

8. Entre la medianoche y el alba, no está permitido que los miembros del club resuelvan sus desacuerdos con carreras de camellos.

9. Los canguros, coyotes, gatos del desierto y serpientes de cascabel del club han de ser respetados en todo momento.

10. Se aconseja a los miembros que deseen conservar todos sus dedos que no fastidien a los escorpiones gigantes peludos del desierto, irriten a los quebrantahuesos ni molesten a las arañas violín moteadas del desierto.

11. Se ruega a los exploradores que se abstengan de lavarse los pies en los recipientes de agua colocados en la entrada del club, que están pensados exclusivamente para que nuestros miembros puedan beber de ellos.

12. En los terrenos del club pueden construirse fuertes de arena, por lo que se insta a los exploradores a vaciar de arena sus sandalias, bolsillos, bolsas, fundas de prismáticos y cascos antes de entrar en el club.

13. Se ruega a los exploradores que no se excedan al adornar a los camellos. Los camellos del Club de Exploradores del Chacal del Desierto pueden llevar como máximo un collar de piedras preciosas, un tocado (o diadema) con borlas, siete tobilleras lisas de oro, hasta cuatro cascabeles para las rodillas y un adorno floral en el morro.

DESPUÉS DE SER ADMITIDOS EN EL CLUB, TODOS LOS EXPLORADORES DEL CHACAL DEL DESIERTO RECIBIRÁN UNA MOCHILA DE EXPLORADOR CON LOS SIGUIENTES ARTÍCULOS:

• Un sombrero de safari plegable de piel o un salacot.

• Una lata de repelente de escorpiones gigantes peludos del desierto, especial para el trópico.

• Una pala (téngase en cuenta que este objeto es muy práctico si uno acaba enterrado vivo por una tormenta de arena).

• Un lote de aseo para camellos consistente en champú ecológico, rizador de pestañas, cepillo para la cabeza, recortador de uñas y abrillantador de pezuñas (amablemente suministrado por la Asociación Nacional de Acicaladores de Camellos).

• Dos lámparas de genio de repuesto y una botella de genio de repuesto.

NORMAS DEL CLUB DE EXPLORADORES DEL FELINO DE LA JUNGLA

1. Los miembros del Club de Exploradores del Felino de la Jungla se abstendrán de asistir desaliñados a los pícnics. En todos los pícnics de las expediciones hay que comportarse con gracia, aplomo y elegancia.

2. Todos los cubiertos de pícnic de una expedición deben ser de plata y estar perfectamente pulidos en todo momento.

3. Las canastas para llevar el champán deben estar elaboradas con mimbre de la mejor calidad, piel de primera categoría o madera de teca. Les informamos de que las canastas consideradas chabacanas no serán transportadas por el elefante del equipaje bajo ninguna circunstancia.

4. En las expediciones no se harán pícnics a menos que haya bollos. Idealmente, también debería haber faroles mágicos, pasteles élficos y un surtido de gominolas élficas.

5. Las culebras de herradura orientales, las tortugas caimán mordedoras, las tarántulas monocornudas y las panteras voladoras deberán permanecer encerradas bajo llave mientras se hallen en las instalaciones del club.

6. No molesten ni provoquen a los duendes de la selva. Pueden morder y también lanzar a sus agresores unas minúsculas pero extremadamente potentes bayas apestosas. Quedan advertidos de que las bayas apestosas huelen peor que cualquier otra cosa en el mundo, incluidos los pies sucios, el queso enmohecido, la caca de elefante o el eructo de hipopótamo.

7. Hay que permitir que los duendes de la selva se unan a los pícnics de las expediciones si ofrecen uno de los siguientes regalos: pasteles de elefante, bollos de jirafas rayadas o ponche espumoso de tigre del Templo del Tigre de la Selva Perdida.

8. Las barcas de los duendes de la selva tienen derecho a navegar por el río Tikki Zikki en cualquier circunstancia, incluso cuando haya pirañas.

9. Las lanzas no deben apuntarse nunca hacia los demás miembros del club.

10. Cuando se viaje en elefante, se ruega amablemente a los exploradores que aporten sus propios plátanos.

11. Si un explorador del Felino de la Jungla se encuentra frente a un hipopótamo enfurecido, debe permanecer en calma y actuar con rapidez para evitar cualquier daño a la canoa de la expedición (les informamos de que la Compañía de Navegación de la Jungla espera que todas las canoas sean devueltas en condiciones impecables).

12. Se recuerda cortésmente a los miembros que, debido al tamaño y el olor de las criaturas en cuestión, la casa de los elefantes del club no es un lugar adecuado para celebrar veladas, banquetes, galas o guateques. En la casa de los elefantes está estrictamente prohibido cualquier tipo de juerga con alcohol.

DESPUÉS DE SER ADMITIDOS EN EL CLUB, TODOS LOS EXPLORADORES DEL FELINO DE LA JUNGLA RECIBIRÁN UNA MOCHILA DE EXPLORADOR

CON LOS SIGUIENTES ARTÍCULOS:

• Un elegante cuchillo y un tenedor de madreperla con las iniciales del explorador grabadas.

• Un juego de limpiador de metales para la cubertería de plata.

• Un servilletero personalizado del Club de Exploradores del Felino de la Jungla y cinco lujosas servilletas de lino planchadas, almidonadas y estampadas con la insignia del club.

• Un farol mágico con fuego élfico.

• Un tarro de Caviar Ahumado del Capitán Greystoke con Sabor a Expedición.

• Un sacacorchos, dos cuchillos escoceses para huevos y tres cestas de mimbre para uvas.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a las siguientes personas:

A mi agente, Thérèse Coen, y a la Agencia Literaria Hardman and Swainson.

Al encantador equipo de Faber, en especial a Annie Eaton, Natasha Brown, Sarah Lough y Nina Douglas.

A mis dos gatas siamesas, *Suki* y *Misu*, y a mi marido, Neil Dayus.

A todos los libreros y los profesores que se toman el tiempo de recomendar libros y alimentar el amor por la lectura en los más jóvenes.

Y, por último, a todos los niños que han leído los libros de «El Club de Exploradores del Oso Polar» y han disfrutado con ellos. Cuando os vestís como los personajes, me escribís cartas, creáis material en la escuela o compartís vuestras asombrosas ideas, me recordáis lo especial que es ser escritora de literatura infantil. Espero que disfrutéis también con este título.

Alex Bell (Hampshire, Reino Unido, 1986) siempre quiso ser escritora, aunque tenía varios planes alternativos para no acabar en un hospicio.

Con esa idea en la cabeza, se licenció en Derecho y ahora, aparte de escribir y atender todos los caprichos de su gato siamés, trabaja para la Oficina de Atención al Ciudadano, proporcionando ayuda legal gratuita a quienes lo necesiten.

Ha publicado novelas y cuentos breves. *El viaje al País del Hielo* es su primer libro juvenil.